

Selección RNR

*La* LLAVE  
*del* CORAZÓN

*Marcia Cottlan*



*Suspense romántico*

**MARCIA COTLAN**

*La llave del corazón*

*Los hijos de El Monstruo N°1*

*CreateSpace*

# Sinopsis

*Travis Duncan es un detective de la policía de Miami que lleva toda su vida escondiéndose de un asesino en serie que le sigue la pista. Cuando conoce a Alana Keller, una ladronzuela fuera de lo común, cae rendido antes sus múltiples encantos, pero no puede permitirse una relación con ella, porque eso la pondría en peligro. Se debate entre la intensidad de sus sentimientos por la muchacha y el miedo a ponerla en el punto de mira del asesino. Todas estas complicaciones los van separando y uniendo, haciendo que la tensión sexual entre ellos sea cada vez más insoportable y que sus sentimientos sean imposibles de contener.*

Autor: Cotlan, Marcia

©2014, CreateSpace

ISBN: 9781499337044

Generado con: QualityEbook v0.75

# LA LLAVE DEL CORAZÓN

Marcia Cotlan

(Saga “Los hijos de El Monstruo”, 1)

Todos los derechos reservados: Marcia Cotlan, 2014.

Diseño de portada: Olalla Pons

A mi padre,  
que exprimió la vida al máximo  
y dejó un inmenso legado de amor.

# CAPÍTULO 1

**C**UANDO el detective Travis Duncan cruzó la puerta acristalada del supermercado, Alana Keller no supo si sentirse aliviada o todo lo contrario. El guardia de seguridad la tenía agarrada por el brazo para evitar que se escapara corriendo y, sobre el mostrador, al lado de la máquina registradora, había colocado el botín de la joven: las dos cosas que había robado. Era una situación incómoda. Peor: era una situación humillante y, de todas las personas de la ciudad, el último que quería que la viera en esas condiciones era él. Precisamente él. ¡Y además no tenía ni idea de que fuera policía!

Travis recorrió el pasillo entre las estanterías llenas de comestibles sin fijarse en ella. Iba hablando con otro policía, su compañero, un gigante moreno de barba que era tan atractivo como el propio Travis, aunque parecía varios años mayor. Formaban un tándem tan fabuloso que las mujeres que había en el supermercado dejaron de mirar a la joven con gesto de rechazo y se quedaron hechizadas ante la visión de aquellos dos espectaculares especímenes masculinos. Pero Alana solo tenía ojos para Travis. Desde la primera vez que lo vio, semanas atrás, su mirada escrutadora y seria y ese gesto en los labios, entre cínico y asqueado, habían hecho que algo en su interior se tensara. Él solía pasarse la mano por la barba de tres días, casi a modo de tic, y cruzar los brazos sobre el pecho con gesto de pocos amigos. Parecía estar siempre enfadado, como si algo le saliera constantemente mal, pero cuando quería ser encantador, esbozaba una de sus sonrisas de tigre al acecho y desplegaba con maestría aquella capacidad suya de mirar perezosamente a los ojos, haciendo que el pulso de la joven se acelerara.

El dependiente salió de detrás del mostrador, se acercó a él y lo llamó *detective*, por eso se enteró de que era policía, ya que no llevaba uniforme, sino unos vaqueros gastados y una camiseta gris con el emblema de *Harley Davidson*. El dependiente y Travis hablaron a suficiente distancia como para que sus palabras no fueran escuchadas por la joven.

—¿Por qué carajo me llamas para estas gilipolleces, eh, Orson? —preguntó malhumorado—. Son los de la patrulla los que se encargan de los robos.

—Lo sé —contestó el dependiente, un chico de apenas veinte años cuyo rostro aún tenía las marcas de acné de la adolescencia—, pero no quiero meterla en líos, solo que la asustes un poco. Mis jefes están hasta los huevos de que entre a robar, pero no parece mala tía...

—A ver, ¿dónde está? —el humor de Travis no había cambiado y parecía tener prisa. Orson se apartó para señalarla y entonces el detective la vio. Alzó una ceja, sorprendido, y respiró hondo de manera que fue evidente para cualquiera que lo estuviera observando que su pecho había subido y bajado de manera ostensible.

Cuando Alana sintió su mirada sobre ella, se estremeció y sus mejillas se tiñeron de un rojo intenso. No pudo evitar cerrar los ojos durante un segundo. Oyó los pasos de él acercándose y volvió a abrirlos de inmediato. El aura que lo rodeaba era electrizante. Aquel hombre siempre conseguía que el tiempo se detuviera para ella y que hasta el último músculo de su cuerpo se volviera de gelatina. Caminaba con la seguridad del que domina la situación y al detenerse a su lado, un aroma cítrico y varonil la envolvió.

—¿Es esta la ladrona? —su voz tenía un timbre un poco ronco, profundo y sexy. Se comportaba como si fuera la primera vez que la veía, como si no se conocieran.

—Sí, es ella —respondió Orson—. Y no es la primera vez que roba aquí, aunque nunca hemos podido pillarla hasta hoy.

Travis no había apartado la mirada de la muchacha ni un solo segundo y ella se sintió empequeñecida y desastrosa, con sus viejos vaqueros cortados a tijeretazos para convertirlos en *shorts* y su gastada camiseta negra con el dibujo de la lengua de *The Rolling Stones*. Para colmo de males, las sandalias de cuero mostraban unas uñas que habían estado pintadas de rojo, pero que en

esos instantes se encontraban medio despintadas.

—Vamos a la trastienda un momento, quiero hacerle unas preguntas —ordenó Travis. El guardia de seguridad soltó el brazo de Alana para que siguiera al detective, aunque sabía que aquello era ilegal: no podía retenerla así, ni tampoco cachearla. Tras ella, vigilando para que no se escapara, iba el otro policía, su compañero. Travis comenzó a escuchar el levísimo tintineo que acompañaba siempre los movimientos de la joven y que lo volvía loco. El sonido procedía de algún pequeño cascabel que no llevaba a la vista: ni en un colgante, ni en una pulsera... Imaginarse el lugar en el que podría estar hacía que su temperatura aumentara varios grados.

Accedieron a un cuartucho diminuto con una pequeña mesa y tan solo una silla. No tenía ventana. En una esquina, había un armario destartado en cuyo interior, tal y como mostraba la puerta entreabierta, se guardaban paquetes de galletas y botellas de agua.

—Siéntese —le dijo Travis con voz neutra. Alana obedeció. Se sentó en la silla plegable y sus piernas desnudas notaron el frío del metal. No se atrevió a mirarlo. Ambos policías se colocaron frente a ella, de pie, pero el de barba no abrió la boca—. Somos los detectives Duncan y Donahue —informó Travis.

—¿Quién es Duncan y quién es Donahue? —quiso saber. Él la observó, paseó su mirada sorprendida por el rostro de la muchacha. Desde que lo había visto por primera vez, Alana había deseado saber su nombre. Había barajado varias posibilidades y llegó a la conclusión de que no podía ser un nombre corriente. No podía llamarse Peter, ni Bob, ni nada por el estilo. Para su disgusto, Travis no le respondió. Continuó hablando como si no la hubiese escuchado—. La acusan de robar, señorita. De robar varias veces, además.

—¿Ambos son detectives? —lo interrogó, alzando una ceja—. ¿Y desde cuando los detectives de la policía se interesan por un caso de tan poca importancia?

Travis frunció el ceño y su compañero trató de ocultar la sonrisa. Los chispeantes ojos azules de Alana brillaron de pura malicia. Era perfectamente consciente de su atractivo. Puede que estuviera vestida como una pordiosera, pero aquella ropa no ocultaba sus curvas, ni la ausencia de maquillaje restaba un ápice de intensidad a sus labios carnosos, sus pómulos marcados y sus ojos azules.

—Bien, veamos lo que has robado —continuó Travis, haciendo caso omiso a sus palabras. El gigante moreno le tendió el botín: una caja de tampones y una lata de comida para perros. El detective resopló.

—No sabía que fueras policía —la voz de ella sonó tremendamente sensual, aun sin pretenderlo. Lenta y sibilante. Al escucharla, el otro detective se volvió hacia Travis con rostro interrogativo, como si le estuviera preguntando a su compañero: “¿De qué va todo esto?”.

—¿Nos dejas un momento a solas, Donahue? —le dijo Travis a su compañero. Este salió del cuarto de mala gana y en su rostro se veía cierta advertencia, como si aquello que el detective estaba haciendo fuese de lo más inconveniente. Cuando al fin quedaron solos, la miró a los ojos sin la máscara de profesionalidad que había llevado puesta hasta ese momento, pero con un brillo de mal humor.

—Así que tú eres Duncan... —la sonrisa de Alana iluminó su rostro. Travis la miró con tal intensidad que la hizo estremecer.

—¿Se puede saber por qué robas tampones y una lata de comida para perros? —ya no parecía malhumorado. Había algo acariciador en su mirada, algo tierno que le inspiraba confianza y eso sí que era novedoso. Ella desconfiaba de todo el mundo. Siempre.

—Me gusta cómo suena... Detective Duncan... Te pega. Pero es tu apellido. ¿Cuál es tu nombre? —cuando escuchó sus palabras, él apoyó los puños en la mesa, mirándola desde arriba.

—Respóndeme, ¿por qué robaste comida para perros y tampones? —casi parecía divertido.

—Dentro de una semana tendré la regla y *Jagger* tiene la mala costumbre de comer, al menos, una vez al día —Alana sonrió de nuevo. Travis miró su camiseta con la famosa lengua de *The Rolling Stones*. Su perro se llamaba *Jagger*. Desde luego, le gustaba la música de sus satánicas majestades.

—Dime, ¿te pagan poco en la gasolinera y por eso tienes que robar? —estaba verdaderamente interesado. Ella se puso de pronto seria y trató de desviar el tema. Se levantó de la silla haciendo que el sensual tintineo de cascabeles excitara hasta el último nervio del cuerpo del detective. Quedaron frente a frente, con la pequeña mesa entre ambos, pero tan cerca que la respiración se les aceleró. Su famosa sonrisa de tigre al acecho le cruzó el



rostro justo antes de prevenirla—. Estás jugando con fuego, *Marnnie*.

—¿*Marnnie*? —preguntó ella con una amplia sonrisa y un deseo feroz de acariciarlo. Llevaba demasiado tiempo llenando el depósito de su maldito todoterreno, con la mirada de su jefe encima y sin poder confraternizar con el detective Duncan por ese motivo, por miedo a que la despidieran. Y, finalmente, había sido despedida de todos modos.

—Es la protagonista de una... —lo interrumpió.

—De una película de Hitchcock, lo sé. *Marnnie, la ladrona* —su tono era de suficiencia—. No estoy jugando con fuego, detective Duncan. En primer lugar, porque no estoy jugando y en segundo lugar, porque tú no eres de fuego, ¿o sí? —esto último lo dijo casi en un susurro.

—Estás tratando de hacerte la graciosa, ¿no?

—Puede que sí —declaró ella con humor, acercándosele más.

—En serio, ¿por qué robas estas gilipolleces?

—Si me dices tu nombre, prestaré declaración... Una declaración completa y sincera, detective Duncan.

—Si en vez de venir yo, hubiera venido uno de los chicos de la patrulla, estarías en serios problemas, ¿lo sabes? Acabarías en comisaría y te ficharían.

—Vamos, no te hagas de rogar, dime tu nombre. El mío es Alana Keller —seguía insistiendo, pero él no dijo nada. Guiada por un impulso incontrolable, elevó la mano hasta el rostro del detective y las yemas de sus dedos acariciaron la firme mandíbula, sintiendo las cosquillas de la incipiente barba—. ¿Por qué a veces tienes este gesto de muralla?

—¿Gesto de muralla? —contuvo la respiración cuando ella lo tocó. Aquello era surrealista. ¿Por qué dejaba que lo tocara? ¿Por qué la ladronzuela le afectaba de aquella manera?

—Sí, de muralla... Un rostro infranqueable, como una declaración de intenciones: “Nadie pasará de aquí, nadie logrará entrar” —su voz era casi un ronroneo, sus dedos aún no se habían apartado del rostro de Travis—. ¿Qué es lo que no quieres que la gente descubra de ti? —estas palabras lo sacaron de su ensimismamiento y como si se hubiera accionado un resorte en su interior, se apartó de la joven. Ella iba a decir algo, pero entonces llamaron a la puerta.

—Travis, debemos irnos —la voz de su compañero era tal y como uno se imaginaba que tenía que ser la voz de alguien de tal envergadura: profunda y

cavernosa.

—Ya voy —respondió, mirándola fijamente justo antes de llevar la mano al picaporte.

—Adiós, Trav —dijo ella, utilizando a propósito el diminutivo del nombre que acababa de conocer. La mano de él se crispó sobre el pomo de la puerta y tardó unos segundos en abrirla y desaparecer sin decir ni una palabra más.

\*

Kurt Donahue y Travis Duncan trabajaban juntos desde hacía dos años y medio, justo cuando Travis había ascendido a detective y había removido cielo y tierra para que Kurt fuera su compañero, aunque se habían convertido en mucho más que eso. Eran amigos.

—¿Qué coño estaba pasando ahí dentro, Travis? —la voz de Kurt era de preocupación y de incredulidad.

—Nada —dijo secamente.

—¿Cómo que nada? ¿Crees que soy imbécil? Vamos, tío, la manera en la que os hablabais... —Kurt iba conduciendo y su mirada oscilaba entre la carretera que se extendía ante él y el espejo retrovisor. Travis apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla durante unos segundos. Parecía pensativo.

—Trabaja en la gasolinera por las noches. La conozco solamente de eso. No ha ocurrido nada entre nosotros.

—No ha ocurrido nada *aún* —dijo Kurt con el ceño fruncido. Detuvo el coche a la altura del desvío hacia Tampa. Ese tramo de la carretera estaba en obras y lo habían cortado momentáneamente para que circularan los coches del sentido contrario—. No me malinterpretes, me importa poco con quién te lo montes. Lo que no me gusta es que te tomes a broma las cosas del trabajo. Sé que viniste por hacerle un favor a Orson. Ese fue el primer error, porque los hurtos de poca monta no son cosa nuestra. Pero lo peor es que si tienes cualquier tipo de relación, por superficial que sea, con una sospechosa, no debes interrogarla ni, mucho menos, jugar a los policías en un cuarto cerrado. Parece mentira, joder. No eres nuevo en esto —Kurt lo miraba fijamente con sus intensos ojos negros, heredados de algún antepasado armenio. Se rascó la

barba y apartó la mirada de su amigo.

—Solo tonteamos un poco, nada serio. Ni siquiera sabía cómo se llamaba. La veo los jueves, a última hora, cuando voy a echar gasolina y a meter el coche en el auto lavado —su voz parecía cansada, como si le diera pereza explicar aquello, pero Kurt lo conocía lo suficientemente bien como para saber que algo ocurría. Travis nunca se lo pensaba dos veces para llevarse a la cama a una mujer que le gustaba. Le costaba poco, además, engatusarlas. Si no había dado ese paso con un bombón como aquella ladronzuela es que ocultaba algo, pero a Kurt le costaba imaginar qué era lo que detenía a su amigo.

—Pero a ti te gusta, ¿no? —le preguntó a Travis con una media sonrisa. Quería ver si este respondía de la manera desenfadada con la que él hablaba de las mujeres. Esperaba una respuesta del tipo: “A cualquier heterosexual le gustaría, ¿has visto lo buena que está?”.

—No vamos a sacar las cosas de quicio, Kurt —fue todo lo que dijo y, de pronto, parecía estar de muy mal humor. Eso fue lo que le indicó al detective Donahue que aquella belleza de pelo negro y ojos claros no era el prototipo de polvo de una noche y sin complicaciones para Travis Duncan.

\*

*Mi querido niño:*

*A estas alturas, la señora Longstone ya te lo habrá contado todo. Tienes edad para saberlo. Te envío, por lo tanto, mis diarios. Los he ido escribiendo todos los días desde que naciste. Son para ti, para que sepas lo que hago cada día y, sobre todo, para que tengas claro lo muchísimo que te quiero. Estás presente en cada segundo de mi vida, no lo dudes jamás, aunque las circunstancias hagan peligroso que estemos juntos.*

*No podré enviarte cartas asiduamente, ni tú a mí tampoco. Cuantas menos pistas dejemos, mejor. Lo que sí podemos hacer es escribirnos diarios y enviárnoslos una vez que los hayamos terminado. La señora Longstone los ha escrito por ti durante todo este tiempo, desde tu nacimiento, para que yo pudiera saber lo que te ocurría, pero ya tienes edad de escribirlos tú y estoy*

*deseando leerlos de tu puño y letra. Guárdalos bien, que nadie te los encuentre. Lo mejor es que quemes los míos una vez que los hayas leído, será más seguro. Quema también las fotos que te envió en este paquete. Su finalidad es que conozcas mi cara y veas cómo he ido cambiando a lo largo de estos doce años, desde tu nacimiento. Las fotos están hechas siempre el día de tu cumpleaños. Comprobarás que el paisaje, a veces, es desértico y, a veces, muy verde o totalmente nevado. Me muevo mucho. No suelo permanecer demasiado tiempo en ningún lugar. He vivido también fuera del país. Ya sabes, tratando de borrar mis huellas.*

*Quizás algún día (rezo por ello a los dioses de todas las religiones posibles) él desaparezca de nuestras vidas y nosotros podamos encontrarnos por fin. Te adoro, mi vida, nunca lo olvides.*

*Con amor,  
Mamá.*

\*

Travis abrió la puerta del sótano. Era blindada y de doble hoja, de modo que parecía una especie de búnker. El mobiliario era escaso: una gran mesa en el centro, un par de sillas, una de las cuales estaba llena de carpetas, estanterías llenas de papeles archivados y decenas de corchos en las paredes con cientos de fotografías de asesinatos clavadas con chinchetas. Asesinatos de mujeres jóvenes y rubias en su mayoría. Había alguna que otra de pelo castaño claro también. En el fondo de la habitación, pegado contra la pared, podía verse un enorme arcón de acero.

Se sentó en la silla giratoria y comenzó a mirar las fotografías de las paredes. En una se veía un pie descalzo y el zapato, de color oscuro y con el tacón roto, unos metros más allá, aunque en la fotografía ese zapato no era más que una mancha borrosa y había que leer el expediente del caso para saber qué era en realidad. En otra foto se veía un primer plano de una mujer muerta, con los ojos aún abiertos, acuosos y el horror impreso en ellos. Desde que había conocido a Alana, bajaba más a menudo allí, al sótano de los horrores, para recordar por qué no debía dejarse arrastrar por lo que sentía. Aquella

ladronzuela no despertaba solo su entrepierna, por eso era peligrosa. Despertaba una parte de su corazón que no debía abrirse a nadie, pero cada vez le resultaba más difícil mantenerla alejada. ¿Qué le había dicho ella?... Ah, sí... Que tenía gesto de muralla, y después le había preguntado qué era lo que no quería que descubrieran de él. Tal y como la señora Longstone solía decir: “Hay gente que es como una llave, gente que abre todas tus cerraduras”. Alana era así: como una llave maestra y él no podía permitirle que abriera ni una sola de sus cerraduras.

\*

Travis tenía la típica casa de soltero, semivacía y sosa, aunque la construcción era bonita: una vivienda unifamiliar de color blanco, ventanas oscuras y más cuartos de los que necesitaba, pero él la tenía casi sin amueblar. Todo era extra grande: la televisión y el sofá de la sala, la cama, incluso la mesa y las sillas del comedor eran de un tamaño considerable, como si creyera que con los muebles pequeños se notaría más que casi estaba vacía.

En esos momentos, cocinaba una salsa carbonara para los *fetuccini* que iba a comerse. Se comportaba como un experto cocinero y, de hecho, no lo hacía nada mal. Había aprendido con la señora Longstone, pues ella solía contarle cosas de su madre mientras preparaba la comida o la cena de los chicos que vivían en la casa de acogida. Travis recordaba todos sus secretos culinarios cuando se enfrentaba a los fogones. La pasta solía quedarle *al dente* gracias a las enseñanzas de la señora Longstone. La salsa carbonara, en cambio, era de cosecha propia. Había ojeado muchos libros de cocina, tomando apuntes de aquí y de allá, y finalmente el resultado tenía poco que ver con la salsa carbonara original. Estaba probándola y decidiendo que necesitaba una pizca más de sal cuando se dio cuenta de que le faltaba algo, de que aquel silencio era inusual... ¡Su teléfono no había sonado durante las dos últimas horas! Frunció el ceño, contrariado, y se palpó los bolsillos del pantalón. Después se acercó a la puerta de entrada para hacer lo mismo en los bolsillos de la chaqueta que colgaba del perchero. Nada. Fue al garaje y rebuscó en el coche, por si se le había caído allí, pero tampoco lo encontró.

Era excepcionalmente cuidadoso con el orden de las cosas. Cuando esperas ser atrapado por alguien, cuando sientes que pueden seguirte la pista y tu vida corre peligro, es normal memorizar dónde dejas cada objeto y cómo colocas cada cosa para advertir al instante si alguien la ha tocado. Recordaba perfectamente que había utilizado su móvil justo antes de entrar en el supermercado e *interrogar* a Alana. Después, lo había guardado en el bolsillo izquierdo de su chaqueta, como siempre... Entonces cayó en la cuenta... ¡Alana Keller! Durante un instante ella se había acercado mucho a él, excesivamente. Lo distrajo con sus artimañas y ni siquiera se dio cuenta, ¡estúpido! Aquella ladronzuela le había robado el móvil...

Apartó la salsa carbonara del fuego y se dirigió a su todoterreno con intención de buscar en la base de datos de la policía la dirección de Alana.

## CAPÍTULO 2

ALANA KELLER vivía en un camping de caravanas muy cerca de la playa de Nokomis, en Sarasota. El lugar era uno de los más deprimentes que Travis había visto en su vida. Las caravanas estaban oxidadas y sucias, las pequeñas parcelas de hierba sobre las que se asentaban tenían un aspecto descuidado y estaban llenas de cachivaches inservibles esparcidos por todas partes. Sentados en sillas de playa y a medio vestir, algunos de los vecinos descansaban tras la comida. La mayoría con pinta de ex presidiarios peligrosos. Travis le preguntó a un anciano negro que tocaba un ukelele con bastante maestría dónde vivía Alana.

—Allí —le indicó, mostrándole su boca desdentada al sonreír. El detective miró en la dirección señalada y vio, en la parte más alejada de la entrada del camping, una caravana de un blanco immaculado. Era más pequeña que las otras, pero estaba limpia y reluciente. La hierba a su alrededor estaba bien recortada y algunas macetas de flores amarillas adornaban la entrada. En un lateral, había ropa tendida en perfecto orden de tamaño: de las piezas más grandes a las más pequeñas. Según se iba acercando, la puerta de la caravana se abrió y vio asomarse el hermoso rostro de la joven, que sonrió mientras se apoyaba contra el quicio. Travis la recorrió lentamente, desde los pies descalzos hasta el cabello negro y brillante. Se había cambiado de ropa. Llevaba un vestidito corto de flores, barato y gastado, pero aquella mujer era la visión más desasosegante y erótica que había tenido en su vida. ¡Dios, cómo iba a poder mantenerse a distancia si ella trataba de tentarlo otra vez, como aquella mañana en el supermercado!

—Qué agradable visita, poli —dijo ella con ironía.

—No me llames poli —trató de que su voz sonara fría e impersonal.

—Te llamaré Trav, entonces —la sonrisa de Alana indicaba que quería picarlo. Él apretó la mandíbula, pero no dijo nada.

—¿Tienes idea de la clase de lío en la que te has metido? —le preguntó de mal humor. Realmente tenía un humor de perros en ese momento. Todo su cuerpo ardía solo con contemplarla—. Le has robado el móvil a un detective de la policía de Florida.

—Creo que eres tú el que está en un lío, Trav —ella aún no había salido de la caravana, seguía apoyada contra el quicio de la puerta y una sonrisa irónica iluminaba su rostro—. ¿Qué clase de detective deja que le robe el móvil una ladrona a la que está interrogando por otro robo? Yo te diré quién... —él la miró furioso, creyó que Alana aduciría la atracción evidente que había entre ambos—. Un detective que subestima a la persona que tiene delante.

—¿Yo te subestimo? —arqueó las cejas, sorprendido por la respuesta de ella.

—Oh, sí, ya lo creo. Me subestimas. Lo haces todo el rato. Todo el mundo me subestima, en realidad —Alana le sonrió—. ¿Te apetece un té helado?

—¿Qué? —el cambio de tema lo descolocó.

—Té helado, ¿te apetece? Estaba a punto de tomarme uno cuando te vi por la ventana, caminando hacia aquí con tus andares de tipo duro, como Clint Eastwood en *La muerte tenía un precio* —cuando la oyó pronunciar el nombre de Clint Eastwood, se puso tenso. Todos decían (especialmente los periódicos sensacionalistas) que *El Monstruo* se parecía a Eastwood. Recordó entonces a su madre y ese dolor persistente en medio del pecho lo inundó todo.

—Sí —respondió, aunque se había olvidado de lo que le había preguntado.

Alana desapareció dentro de la caravana y Travis se quedó mirando el lugar exacto en el que ella había estado segundos antes. Hacía un calor de mil demonios. Notaba la piel húmeda por el sudor y la ropa estorbándole. Oyó ruido de platos y cristales en el interior. Dio un paso más hacia la caravana y en cuanto puso un pie en el césped perfectamente recortado de la parcela, oyó el gruñido feroz de un perro. Lo buscó con la mirada, a derecha e izquierda, y



lo vio emerger de una zona en penumbra. Había estado ahí todo el rato, al acecho, vigilándolo. Aquel debía de ser el famoso *Jagger*. La verdad es que impresionaba. Era un macho adulto, absolutamente negro, de un tamaño mucho más que considerable. Un enorme *pitbull* con un collar de pinchos.

—Relájate, chico, es un amigo —la voz de Alana, que acababa de asomarse a la puerta, tranquilizó al animal. Se echó de inmediato a la sombra extendiendo sus patas justo en el mismo sitio del que acababa de levantarse. Ella colocó la jarra con el té helado y los dos vasos en una mesa de playa que había en la parte trasera de la caravana. Travis la siguió y tomó asiento en la silla vacía, justo al lado. Observó que al final de la parcela, en el lugar más alejado posible de la caravana, había una pequeña barbacoa. Alana lo vio mirarla.

—Odio el olor a comida dentro de la caravana. Siempre cocino fuera.

—¿Y cuando llueve? —quiso saber él.

—Me preparo un sándwich dentro —Alana sonrió y el hoyuelo que se marcaba en su mejilla derecha le dio cierto aire entre infantil y travieso. Él cambió de tema, tratando de no fijarse demasiado en sus encantos.

—El perro debería llevar bozal. Es una raza peligrosa —Travis se había imaginado que *Jagger* sería un perrito de tamaño pequeño o mediano, no semejante bestia.

—En primer lugar —Alana se puso a la defensiva—, todos los permisos están en regla y lo tengo atado, aunque la cadena es larga. En segundo lugar, estoy en mi propiedad y me protejo como creo conveniente. Hay gente que tiene armas, yo tengo a *Jagger*.

—¿Y en tercer lugar? —preguntó. Todo lo que le ocurría cuando estaba cerca de ella era asombroso. Aquel instante, por ejemplo: había ido a reclamarle el móvil que le robó y, en vez de eso, estaban sentados tomándose un té helado y discutiendo sobre un maldito perro.

—En tercer lugar, él no es peligroso, en todo caso la peligrosa soy yo, que lo adiestré para que me defendiera —lo miró detenidamente—. ¿Te dan miedo los perros?

—Por supuesto que no, me encantan —Travis esbozó una de sus sonrisas encantadoras y a Alana se le contrajo el estómago, pero no solo por su atractivo, era mucho más que eso... En Florida había miles de hombres

atractivos y ninguno la hacía temblar de pies a cabeza. No, no era por su atractivo, era por aquella mirada que a veces asomaba a sus ojos. Un hombre adulto, seguro de sí mismo y guapísimo y, en ocasiones, sus ojos dejaban ver un no sé qué, un cierto tipo de vulnerabilidad, algo que Alana no sabía nombrar pero que le decía que Travis era especial. Lo sabía, lo intuía, se lo decían las entrañas. Ella, que jamás confiaba en nadie y pensaba que, por naturaleza, todos los seres humanos son malos hasta que se demuestre lo contrario, había necesitado mirarlo solo durante unos segundos en la gasolinera para saber que aquel era *su* hombre. ¿Un flechazo? Ella prefería llamarlo destino.

—De modo que el perro no te da miedo... ¿Y yo? ¿Yo te doy miedo? —se lo estaba preguntando en broma, con una sonrisa burlona.

—Joder, tú das miedo a cualquiera. Eres la clase de chica que puede meter en líos muy gordos a un tío —Travis le respondió con una media sonrisa, pero hablaba completamente en serio. Ella hizo una mueca de disgusto. “La clase de chica que mete en líos a un tío”. Lo había escuchado demasiadas veces.

—Sí, ya me lo habían dicho antes —dio un trago largo a su té helado sin apartar ni un minuto la mirada de él, de sus ojos azul tormenta. Le costaba horrores mantenerse serena en su presencia—. Tú a mí no me das nada de miedo, pero me despiertas una curiosidad enorme.

—¿En serio? —Travis parecía divertido—. ¿Y qué es lo que te despierta tanta curiosidad, dime?

—Por qué hiciste como que no me conocías en el supermercado o por qué nunca trataste de ligar conmigo en la gasolinera cuando es más que evidente para ambos la atracción física que existe entre nosotros —la sinceridad de Alana lo asombró—. Y no me digas otra vez que me tenías miedo. Te lo pregunto en serio. Además, tú no eres un hombre que huya de las situaciones que le dan miedo, eso se nota —volvió a beber y Travis se fijó en la marca que dejaban sus labios en el borde del vaso y también en los finos tirantes del vestido sobre sus delicados hombros. Dios, no llevaba sujetador. Sería tan fácil acceder a su cuerpo... ¿Por qué no podía ser simplemente una cabecita hueca, una de esas chicas con las que se acostaba y a las que olvidaba sin más, con la misma facilidad con la que ellas lo olvidaban a él después de un polvo? Pero ella no era así. No era ninguna cabeza hueca. Ella podía ver debajo de su

armadura, podía intuir su debilidad.

—También tú podías haberme dicho algo —respondió. Alana se sonrojó al darse cuenta de cómo la miraba y al adivinar los pensamientos de él, unos pensamientos tan similares a los suyos.

—Habría perdido mi trabajo, aunque al final lo perdí igual, de modo que...

—¿Perdiste tu trabajo? ¿Por eso robaste hoy? —frunció el ceño, preocupado, aunque ella malinterpretó su gesto, creyendo que era de desaprobación.

—Toda mi vida he robado, poli... Toda mi puñetera vida, así que relaja esa expresión de horror, ¿vale? Siempre he robado en grandes superficies, no a pequeños comerciantes, y siempre he tenido buen cuidado de no robarle dos veces al mismo dependiente para no meterlo en líos. Esas cosas las tengo en cuenta, claro, no soy ninguna cabrona desalmada, pero he robado y volveré a hacerlo tantas veces como necesite —ella se puso furiosa de pronto—. Dios, no creí que fueras de ese tipo de gente, a pesar de ser poli.

—¿Qué tipo de gente?

—Ya sabes, de esos que lo han tenido todo fácil y se escandalizan por gilipollices. Mi madre no me daba dinero para comida, ¿sabes?, y la mayor parte del tiempo la nevera estaba vacía porque se gastaba el dinero en otras cosas. Dime, tipo listo, ¿qué habrías hecho tú? —resopló sin darle tiempo a hablar—. ¡Oh, Dios, déjalo, no me respondas! Tú te hubieras muerto de hambre, hubieras sido un ciudadano modelo, no habrías robado. Pero yo, poli, no soy una buena chica, me temo... Acabas de decirlo: soy el tipo de chica que mete en líos a los buenos chicos. Esa soy yo.

—Eh, no juzgues si no quieres que te juzguen. Eso de que he tenido una vida fácil puede ser cierto o absolutamente falso... Para tu información, salí de una infancia nada idílica sin infringir ninguna ley, así que me cuesta comprender a quienes no hacen el mismo esfuerzo que yo y se dejan caer fácilmente en la delincuencia.

—¿Fácilmente? Ya veo... Crees que robo porque es la opción más fácil. No tenía ni un dólar, ¿qué propones, que vaya al dependiente y le pida amablemente que me regale la comida para *Jagger* y los tampones? —el enfado de Alana había hecho que su rostro se transformase en una brasa. Travis descubrió que cuando se cabreaba, su piel adquiría una tonalidad roja y

brillante.

—¿Cómo puede ser que no tengas un puñado de dólares al menos? ¿Hace poco que aún te vi en la gasolinera, así que debieron de despedirte no hace demasiado. ¿En qué gastas el dinero, si no es mucha indiscreción?

—¿Me estás juzgando? —no quiso reconocer que lo gastaba en la matrícula de la universidad—. Para tu información, ayer por la tarde compré varias latas de comida para *Jagger* y también los famosos tampones, pero hubo un pequeño incidente y...

—¿Un incidente? —Alana asintió ante su pregunta.

—¿Te has fijado en los niños que viven en la primera carava que te encuentras a la derecha? —Travis negó con la cabeza—. Su abuelo toca maravillosamente bien el ukelele, fue un músico muy famoso en Kentucky, en los años sesenta. La madre de los niños murió de sobredosis y del padre no se sabe nada —el detective la escuchaba con atención, sin saber muy bien qué relación podía tener aquella historia con el hecho de que no tuviera tampones—. A veces pasan tanta hambre que le roban la comida a *Jagger* de su cuenco y ese perro, al que tú consideras tan peligroso, deja que lo hagan porque tiene debilidad por los niños. Ayer lo hicieron, robaron la comida que tenía en el cuenco y las latas que guardaba en la cocina... Los vi entrar a la caravana desde el otro extremo del camping, pero no les dije nada, pobrecitos —Travis se quedó unos segundos en silencio, conmovido, sin saber qué decir.

—¿Y los tampones? —preguntó entonces.

—Estaban en la misma bolsa que las latas de comida para perros. No creo que supieran lo que eran. Si te fijas, podrás verlos todos esparcidos por el suelo del camping. ¿Qué iba a hacer? No podía reclamarles nada. Bastante tienen ya con su situación —Alana se encogió de hombros y él le sonrió. Había tanta ternura en su sonrisa que ella sintió que se le oprimía el pecho—. A veces también yo me comporto como una buena persona.

—Dios, haces que ser un buen ciudadano o una buena persona parezca algo depravado —dijo Travis con una sonrisa.

—No, no —ella volvía a estar de buen humor—. No hay nada malo en ser un buen ciudadano, solo que desde tu burbuja no puedes juzgar lo que ocurre en la mía. Tú y yo tenemos concepciones distintas de la vida, tú aspiras a que en tu tumba rece el típico epitafio romano y yo, en mi tumba, quiero el típico

epitafio griego —lo dijo como si le sorprendiera y le doliera esa diferencia entre ambos, como si ella hubiera creído que eran más afines de lo que eran en realidad.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —reconoció, dándose cuenta de que, efectivamente, tal y como ella había dicho al principio de la conversación, la había subestimado.

—Los romanos aspiraban a que, tras su muerte, se dijera de ellos que habían sido buenos hijos, buenos padres y buenos ciudadanos de Roma —explicó sin mirarlo.

—¿Y qué querían los griegos que se dijera después de su muerte? —Travis sintió de pronto el aire pesado en torno a ellos, una electricidad que iba a hacerlos estallar. Si no se largaba pronto de allí, se abalanzaría sobre Alana y le haría el amor.

—Querían que se dijera que habían vivido apasionadamente, sin miedo —lo estaba mirando ahora, sintiendo lo mismo que él, la misma tensión, la misma necesidad de entrar en la caravana y dar rienda suelta a lo que quiera que fuese aquello que estallaba cada vez que estaban cerca, pero entonces ella habló, rompiendo el hechizo del momento—. Seguro que de ti se puede decir todo eso que decían los romanos: buen padre, buen hijo y buen ciudadano.

El rostro de Travis se oscureció y Alana se dio cuenta perfectamente de que había vuelto a levantar la muralla que siempre lo rodeaba. De hecho, estaba sorprendida de que hubiera bajado la guardia con ella durante tanto tiempo.

—Creo que no soy un mal ciudadano —le respondió, serio—, pero he sido un hijo pésimo y jamás seré padre. Jamás. Antes prefiero arrojarme de cabeza desde el monte Rushmore con las caras de los presidentes como testigo —respiró profundamente y se levantó de la silla—. Y ahora debo irme. Es tarde.

Alana vio cómo se alejaba unos pasos y lo siguió de cerca. Travis oyó el tintineo del cascabel y su excitación llegó a cotas difícilmente soportables. Iba descalza, el pequeño vestido suelto apenas cubría su cuerpo... ¿Dónde demonios estaba escondido aquel cascabel? De pronto escuchó la voz femenina y se detuvo.

—¿Habías venido a buscar esto, poli? Pues será mejor que no te vayas sin él —le estaba mostrando el móvil. Travis caminó hacia ella. Cuando lo tomó

de su mano, sus dedos se rozaron levemente y una corriente eléctrica los traspasó.

—Gracias —le dijo, confundido.

—No pretendía quedarme con él, imagino que ya lo sabes. Solo quería asegurarme de que volvía a verte, como ahora ya no trabajo en la gasolinera...

—Alana se mordió el labio inferior recordando las sensaciones que la habían invadido al tenerlo tan cerca en la trastienda del supermercado, al compartir ese momento tan íntimo. Travis dejó escapar entonces el aire que había estado conteniendo y supo que había perdido la batalla en cuanto vio cómo ella se mordía el labio. La deseaba, así de simple. Y no solo la deseaba por su cuerpo... Eso sí era una novedad.

—Hay algo que... —se lo pensó unos segundos antes de continuar—. Hay algo que quiero saber desde hace tiempo. ¿Dónde diablos escondes el cascabel que hace ese sonido cuando te mueves?

—Si tanto te interesa, averígualo tú mismo —se dio media vuelta, sonriendo, y caminó despacio hacia el interior de la caravana.

## CAPÍTULO 3

SI alguien le hubiera dicho, cuando la vio por primera vez, que acabaría obsesionado con Alana Keller, habría asegurado que no, que eso no iba a ocurrir. Y sin embargo, allí estaba: a punto de entrar en su caravana, enfebrecido y nervioso.

Cuatro meses atrás, Alana Keller aún no existía para él. Hasta ese momento, sus relaciones siempre habían sido rápidas y superficiales. Nunca se acostaba con nadie del trabajo, ni con vecinas, ni con mujeres a las que sería fácil encontrarse en los lugares que frecuentaba. Cuando deseaba sexo, iba a bares o discotecas a las que no solía ir y confiaba en su atractivo para salir de allí con un ligue ocasional. Era amable y generoso en la cama. Se acostaba con ellas, trataba de ser un buen amante y, a la mañana siguiente, ambos se despedían sin traumas. Si, además, la mujer en cuestión no era demasiado lista, mejor que mejor, porque así estaba seguro de que su interés por ella nunca iría más allá de aquella noche de buen sexo. Pero entonces apareció Alana para ponerlo todo patas arriba.

Lo había sabido casi al instante, en cuanto la vio por primera vez. Jamás habría confesado algo tan sentimental como eso ante nadie, pero fue verla y saberlo: ella era diferente. Aquel jueves hacía exactamente diecinueve años de la desaparición de su madre. Ambos tenía un trato que les servía para saber que estaban bien, que seguían vivos y que *El Monstruo* no había dado con ellos: cada primer día de mes su madre le enviaba una postal con tres números. Al día siguiente, él insertaba un anuncio en la sección de anuncios por palabras de un diario de tirada nacional indicando la respuesta. Los tres

números que su madre escribía correspondían a la página, la línea y la palabra de la edición de una novela que le había regalado tiempo atrás. La última postal que le había enviado contenía los siguientes dígitos: 63, 3, 11. Travis fue a la página sesenta y tres del libro y buscó en la tercera línea la palabra que ocupaba el puesto número once. Había insertado un anuncio con una única palabra: “Navegaba”. Pero diecinueve años atrás, su madre no había enviado ninguna postal y él supo que le había ocurrido algo grave.

Desde el instante mismo en que había sonado el despertador aquella mañana, Travis se sintió amargado, como todos los aniversarios. Cada año era peor, porque cuanto más tiempo pasaba, más se desvanecían sus esperanzas de saber algún día qué había ocurrido. Al principio, soñaba con encontrarla viva, pero hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de que eso era casi imposible. Como detective de la policía, conocía las estadísticas. A partir de cierto número de años era difícil encontrar incluso una mínima pista que indicara qué había ocurrido. Había acabado por asumir que su madre estaba muerta, que llevaba muerta muchísimo tiempo y que, casi a buen seguro, *El Monstruo* era el culpable. No se explicaba cómo podría haberlo hecho, pero con la información que su madre le había dado sobre él y la que el propio Travis había podido averiguar, comprendió que habría encontrado la manera de llegar hasta ella.

Aquel jueves había sido especialmente duro. Cuando salió del trabajo y se dirigió a la gasolinera, como de costumbre, vio que todas las máquinas de auto lavado estaban ocupadas y que había varios coches en fila esperando para utilizarlas. Llevaba años lavando allí el coche, pero en esa ocasión no quiso esperar, así que se dirigió a la siguiente gasolinera, que quedaba a dos manzanas. Entonces la vio de espaldas, con la manguera de la gasolina en la mano, abasteciendo a un descapotable cuyo conductor la miraba como si ella fuese el merengue de una tarta. Pensó que un polvo sin complicaciones le haría olvidar por un rato todo lo que le rondaba la cabeza. Repasó el cuerpo femenino con cierto anhelo y esperó a que se girase para verle la cara. Tenía que ser muy fea para que aquel cuerpazo dejara de excitarlo. No tenía nada que ver con esas mujeres flacas cuyas piernas parecían más propias de un ave zancuda. No, aquella mujer era curvilínea, con un magnífico culo respingón, unas piernas bien torneadas y una cintura estrecha. Vestía una camiseta blanca



de tirantes y unos *shorts*. Cuando se giró para colocar la manguera en el surtidor pudo ver el contorno de su pecho, tan redondeado y respingón como su culo y, sobre todo, vio su rostro y se quedó sin aliento. Era, con diferencia, la mujer más guapa que había visto en su vida. Pero esa visión encantadora quedó nublada cuando comenzó a sonar en la radio aquella vieja canción de Joni Mitchel titulada *A case of you*. Era la favorita de su madre y escuchada justo ese día tan señalado, lo partió en dos. Además, la cantautora se parecía mucho a su madre en aquellas fotos que le había enviado, hechas durante los años setenta. El mismo pelo rubio y largo, idéntico flequillo, similares rasgos de muñeca de porcelana y también su vestimenta hippie. Algo de todo su dolor debió de reflejarse en su rostro, porque cuando Alana se volteó para atenderlo, tras despedir muy seria al baboso del coche deportivo que la observaba con ojos golosos, sus miradas se encontraron y ella parpadeó muy despacio, a cámara lenta, y lo observó como si supiera lo que estaba pensando y compartiera su dolor. Como si lo comprendiera a la perfección. Travis volvió a colocarse de inmediato la máscara de tipo inmutable y frío, pero ya era tarde: ella había logrado verlo desnudo de toda impostura y había captado su debilidad, sus miedos, su dolor. Cuando se había acercado a él le había dicho algo que no logró comprender, incómodo como estaba aún por haber sido pillado sin la armadura puesta. Maldita sea, casi había estado a punto de echarse a llorar.

—¿Qué? —le preguntó a Alana, pues había visto cómo se movían sus labios sin escuchar ni una sola de sus palabras.

—¿Quieres el depósito lleno? —repitió la pregunta banal y seguía mirándolo con sus ojos clarividentes. Travis pensó que todo había sido una mala jugada de su imaginación. ¿Cómo iba una perfecta desconocida a ver algo en su mirada? ¿Cómo iba a captar esa grieta que amenazaba con partirlo en dos cada vez que pensaba en su madre?

—Sí, por favor, lleno —la miró otra vez con ojos hambrientos, como si Alana fuese una más, otra mujer cualquiera que llevarse a la cama para olvidar durante unos instantes el dolor y la soledad que siempre lo habían acompañado.

—No hay nada malo en dejar que se nos caigan los disfraces de vez en cuando, te lo aseguro —dijo entonces ella, desarmándolo por completo y

dejándolo sin palabras— y tampoco hay nada malo en que alguien vea que estamos a punto de llorar.

Travis la miró anonadado, pero no dijo nada. Eso fue mucho más extraño que el hecho de haberle dicho: “No sé de qué me estás hablando”. Al no haberle dicho nada, había confirmado las palabras de la joven. Simplemente esperó en silencio a que el depósito estuviera lleno, pagó con su tarjeta de crédito y se fue. Ella se despidió diciéndole: “Hasta la próxima”, pero Travis no la miró y se fue pensando que no habría una próxima vez. Pero sí la hubo. Durante toda aquella semana se dijo que no volvería a la gasolinera, que no debía verla otra vez. Nunca antes había pensado tanto en una mujer, jamás había dedicado ni un solo minuto de su tiempo a tratar de recordar sus rasgos, ni las palabras que le decían, ni tampoco había tenido sentimientos encontrados sobre si debía o no volver a verla. Y al llegar el siguiente jueves, se dio por vencido y se dejó llevar por el deseo de encontrarse de nuevo con ella. En esta ocasión, llevaba un vestido largo con estampado de flores y, extrañamente, a Travis le resultó mucho más sensual que en la anterior ocasión, cuando sus piernas y su escote se mostraban impudicamente. ¿Por qué demonios no llevaba un mono de trabajo? Alana lo vio en cuanto su todoterreno pisó la gasolinera y no fingió no haberlo visto. Le hizo saber con sus miradas y con una sonrisa que hubiera derretido el Polo Norte que se alegraba de que él estuviera allí y que había poblado sus pensamientos al igual que ella había poblado los suyos a lo largo de aquella semana.

—Hola —lo saludó con una sonrisa familiar, como si se conocieran de toda la vida. Travis le sonrió del mismo modo y disfrutó íntimamente al ver cómo sus mejillas se sonrojaban al sentirse observada.

—Lleno, por favor —le dijo, y ella asintió. Travis escuchó entonces, por primera vez, el suave tintineo que acompañaba todos sus movimientos. La observó en silencio y ella tampoco le habló hasta que él pagó la gasolina.

—Toma, escúchalo —Alana le extendió con disimulo un CD que ojeó, sorprendido—. Cuando una canción nos hace daño, hay que escucharla hasta acostumbrarnos a ella, hasta que ya no signifique nada para nosotros. El infierno hay que conocerlo a fondo para que deje de ser infierno.

Imaginó que el CD contenía la canción de Joni Mitchell que casi lo había hecho llorar la semana anterior. Nuevamente lo había dejado sin palabras. No

sería la última vez y lo sabía, de modo que en aquella ocasión, cuando ella se despidió diciéndole: “Hasta el jueves”, él le respondió exactamente lo mismo: “Hasta el jueves”. Y de pronto, ese día se convirtió en el momento más ansiado de la semana. Travis sabía que podía verla cualquier día si se acercaba a la gasolinera, pero el encuentro perdería su magia. De algún modo, sabía que ella esperaba el jueves con tanta ansia como él y eso hacía que todo fuese especial y diferente. Debería huir de ella como de la peste, pero deseaba verla y, por primera vez, le fue absolutamente imposible controlar sus pensamientos. Alana comenzó a llenar, poco a poco, hasta el último rincón de su mente y por mucho que bajara al sótano y mirase aquellas horribles fotografías de crímenes, nada lo disuadía de acudir, cada jueves, a aquellas citas.

\*

Travis se lo pensó durante un segundo. Sabía que tenía la batalla perdida, que no debía hacerlo, pero lo haría. A pesar de todo, se lo pensó y después entró en la caravana, dispuesto a descubrir el origen del tintineo que acompañaba cada movimiento de Alana.

Por dentro, la caravana era exactamente igual que por fuera: más que limpia, impoluta. Ordenada casi hasta lo obsesivo. Era pequeña. Lo primero que vio fue la mesa y el banquito al que estaba acoplada. Sobre ella, varios libros bien colocados, unos sobre otros, y una carpeta de plástico transparente llena de folios manuscritos. Frente a la mesa, la diminuta cocina que no parecía que se usara demasiado. Tan solo el microondas mostraba el desgaste típico de aquello que tiene un uso frecuente. Todo lo demás parecía nuevo. Se veían dos puertas correderas cuyo color imitaba a la madera. Una debía de ser el baño y otra, la habitación.

Alana estaba justo al lado de la mesa. Como acababa de entrar desde la resplandeciente luz del exterior, tuvo que acostumbrarse a la relativa penumbra que reinaba en la caravana. Sus pasos fueron deliberadamente lentos

mientras se acercaba a ella, como si quisiera darle tiempo para que se lo pensara, aunque parecía más que convencida de lo que iba a hacer. Aun así, le dio ese margen. La deseaba con desesperación, pero al mismo tiempo, quería que ella le parase los pies. Travis lo sabía, maldita sea... Sabía que no debía dar aquel paso porque Alana era distinta al resto de las mujeres que habían pasado por su vida. No se conformaría con acostarse con ella una sola vez. Alana no era una más y al involucrarse con ella, la ponía en peligro. Pero no podía evitarlo. Le gustaba demasiado.

Cuando finalmente estuvo a su lado, notó cómo ella se estremecía. Se miraron a los ojos y Alana esbozó una sonrisa tímida. Eso lo desarmó. Parecía tan desenvuelta, tan segura de sí misma, que ese instante de vulnerabilidad le resultó más arrebatador que su cuerpo sensual o su vestido corto. Más arrebatador, incluso, que el tintineo que lo había llevado hasta el interior de la caravana.

—Veamos —comenzó diciendo Travis—, el cascabel no está en las orejas, ni en el cuello, ni en las muñecas.

Acompañó sus palabras susurrantes con caricias, de modo que cuando nombró las orejas, le pellizó con suavidad los lóbulos y cuando nombró el cuello, paseó el dedo índice por sus clavículas, a derecha e izquierda, con una lentitud devastadora que hizo que las piernas de Alana temblaran. Cuando, finalmente, nombró las muñecas, deslizó las manos por sus brazos, descendiendo desde los hombros, hasta detenerse justo allí donde el pulso era perceptible.

—Tampoco está en los tobillos —esta vez no tocó sus tobillos, simplemente los miró desde arriba, demorándose en contemplar los hermosos pies diminutos—. Quizás esté por aquí —susurró entonces. Los dedos de Travis se introdujeron bajo los tirantes del vestido e hicieron que estos resbalaran por los hombros de Alana dejando al descubierto un sujetador negro de algodón. Él había creído que no llevaba. Era de todo menos bonito: cómodo, sencillito... Pero bonito no. Tampoco necesitaba que lo fuera para excitarse. Era imposible estar más excitado de lo que ya estaba. Habría arrancado aquel sujetador de inmediato si no lo hubiera distraído un destello procedente del ombligo. ¡Allí estaba el cascabel! En realidad no era un cascabel, sino una diminuta campana que llevaba a modo de *piercing*. La parte

superior del vestido se arremolinaba en torno a su cadera, dejando que asomaran unas braguitas negras de algodón que tenían una pinta tan poco atractiva como la del propio sujetador.

—¡Por fin! —exclamó Travis, mirando embobado el *piercing*. Se arrodilló ante Alana que, sorprendida, contuvo la respiración—. ¿Tienes una mínima idea de lo mucho que he soñado con buscar el jodido cascabel por todo tu cuerpo?

La risa femenina sonó también como un cascabel al escucharlo, pero se detuvo en cuanto él, aún arrodillado, depositó un beso sobre su ombligo para luego lamerlo con lentitud y suavidad, extasiado en la realización de esta caricia como si la vida le fuese en ello.

Pasó bastante tiempo hasta que él dejó de lamer su ombligo y de besar su vientre. Cuando por fin alzó los ojos y se encontró con los de Alana, una sacudida semejante a un terremoto le hizo darse cuenta de la urgencia de su deseo. Se incorporó y la tomó en brazos para colocarla sobre la mesa, sin tener en cuenta los libros y apuntes. Las piernas de ella se abrieron instintivamente y él se instaló entre ellas con la confianza del que llega a su casa y sabe en qué lugares se encuentra más cómodo, en qué sillón, en qué cama... Se acoplaron como piezas de un rompecabezas, encajando a la perfección, pero una alarma sonó en la cabeza de Alana, haciendo que se removiera incómoda.

—¡Así no! —le dijo, con cierto nerviosismo. Él no movió ni un solo músculo. Alana no quería echar un polvo rápido, quería algo más—. Más despacio... ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió, ansioso por tocarla y sintiéndose débil, pues estaba traicionando la principal de sus reglas básicas sobre las relaciones con mujeres: nunca involucrarse demasiado. Pero en ese instante le daba igual. En ese momento se sentía indestructible. Estaba dentro de aquella caravana con la única mujer que había logrado conmoverlo e interesarlo. *El Monstruo* y su sórdido mundo quedaban afuera, muy lejos de ellos, tan lejos que parecía una pesadilla en vez de una amenaza real.

Alana le desabrochó entonces el cinturón y después el primer botón de los vaqueros mientras respiraba desacompañadamente. Su mano se perdió dentro de sus calzoncillos y le agarró el miembro con familiaridad y sin dudas. Lo

tomó en su mano como si le perteneciera, como si estuviera acostumbrada a acariciarlo. Y eso fue lo que hizo: cerrar los dedos en torno a él y mover la mano con lentitud, pero con firmeza. Supo lo mucho que le gustaba a Travis no solo por el sonido gutural arrancado de su garganta, sino por cómo se tensaron los músculos de sus piernas y por cómo acompañó con sus caderas los movimientos marcados por ella.

El sujetador abandonó pronto su cuerpo para caer olvidado a un lado de la mesa. La miró entonces despacio. Los pezones estaban erectos, los pechos eran blancos y suaves, redondeados y plenos. No eran muy grandes, le cabían en la mano, tal y como pudo comprobar, y su aspecto era tan delicioso como el de una fruta dulce y fresca en medio de una sofocante tarde de verano. Se los llevó a la boca con un gesto de posesión, casi de furia. La postura impidió que ella pudiera seguir acariciándolo así que se abandonó a las sensaciones que la íntima caricia masculina le proporcionaba. Se sentía húmeda y excitada. Deseaba sentirlo dentro, pero le había pedido que fuera despacio, de modo que contuvo los deseos de abalanzarse sobre él para no parecer demasiado ansiosa. Sus manos libres volaron sobre la camiseta de Travis para sacársela por la cabeza y arrojarla al suelo. Lo obligó a detenerse y lo mantuvo a cierta distancia para poder contemplarlo. Él sonrió con satisfacción. La mirada de Alana se paseó por sus abdominales, por los músculos de su pecho y por el tatuaje de su hombro izquierdo. Lo acarició entonces casi de forma reverencial y lo hizo estremecerse.

—¡Joder! —fue lo único que pudo exclamar ella.

—¿Qué? —Travis sabía exactamente lo que significaban la mirada y la exclamación de ella, pero quería oírsele decir.

—Me gusta lo que veo —se sonrojó al decirlo—. Me gusta mucho, mucho lo que veo.

—Pues ni te imaginas lo mucho que me gusta a mí lo que estoy viendo en estos momentos —respondió el detective, justo antes de besarla en la boca. Y besarla fue el paraíso. Alana besaba como si el beso fuera un fin en sí mismo y no un calentamiento para algo posterior y más intenso. Besaba como si el beso fuera lo único, lo más excitante, el verdadero acto sexual. Agarró a Travis por el cuello y llevó las riendas del movimiento de los labios y la lengua, succionando y lamiéndolo, descubriendo los rincones y cavidades de su boca,

acelerándole la respiración y llevándolo casi hasta el punto de no retorno. Mordisqueó su labio inferior e introdujo la lengua con fuerza y seguridad, paseando por la hilera de dientes, buscando la lengua masculina para entablar una dulce lucha de voluntades. Cuando por fin se separó de él, Travis se sintió tan exhausto y mareado como después de un orgasmo.

—¿Dónde has aprendido a besar así? Nunca me habían besado de esa manera —le dijo. Alana sonrió, mientras le bajaba los pantalones y los calzoncillos hasta las rodillas y adelantaba las caderas para tropezar con su miembro. Él se desembarazó rápido de su ropa y al toparse con la barrera de las bragas, se quejó.

—No he aprendido en ninguna parte. Simplemente me dejo llevar —su mirada entonces se volvió misteriosa—. Los besos son lo más íntimo que, sexualmente, pueden compartir dos personas. Te puedes acostar con mucha gente, pero besar es distinto. Le doy mucha importancia a los besos, tanta que podría hacer que te corrieras solo besándote.

Travis soltó una carcajada.

—Te creo, pero prefiero no comprobarlo. Quiero correrme de otra manera —le susurró, excitándola aún más y haciendo que se humedeciera, preparada para recibirlo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo quieres correrte? —le preguntó al detective. Las manos de él desaparecieron bajo su vestido y agarraron con fuerza las bragas para quitárselas y tirarlas en el suelo. Introdujo dos dedos dentro de ella y comprobó que estaba ardiendo y resbaladiza, tan enfebrecida como él.

—Sé que prometí ir despacio, pero quiero metértela ya —su voz era apenas un susurro inaudible—. Estoy a punto de estallar.

Ella no respondió. Simplemente agarró la excitada polla con su mano derecha y comenzó a acariciarla con mucha lentitud. Sintió de nuevo los dedos de él en su interior, moviéndose con una cadencia similar a la de su mano sobre el miembro de Travis. Los cristales de la caravana comenzaban a empañarse y los gemidos llenaban el estrecho espacio.

—Saca el condón, Trav. Ya no aguanto más —exigió Alana entre gemidos. Los ojos de él se abrieron, enormes, y masculló una maldición.

—¡Joder, no he traído! Dime que tienes tú —ella negó con la cabeza y se mordió el labio inferior. Pensó con rapidez. No debía hacer algo así, ¡pero al

diablo con todo!

—Tomo la píldora y siempre he usado condón, ¿tú? —Travis también había sido siempre muy cuidadoso, pero ni siquiera contestó a la pregunta y no dejó que su parte consciente lo ametrallara con mensajes de alarma. ¡Sí, era una irresponsabilidad hacerlo! ¡Era peligroso! ¡Pero al diablo con todo! De un solo movimiento entró dentro de ella y el gemido de ambas gargantas al unísono lo excitó más aún. Solo pasados unos segundos, cuando aún no había comenzado ni siquiera a moverse, percibió aquellas sensaciones desconocidas para él: ¡Estar dentro de ella sin condón era increíble! Sintió el calor y la humedad de Alana en torno a su miembro, rodeándolo y acogiéndolo. Nunca había experimentado nada igual y no sabía cómo iba a poder conformarse con no volver a experimentarlo de nuevo.

—Dios, esto es... —respiró profundamente y apretó los dientes.

—Muévete, Trav, por favor —la voz de Alana era casi una súplica. Sus caderas habían adquirido vida propia y se movían en pequeños círculos incitándolo, volviéndolo loco. Sintió cómo ella entrelazaba las piernas alrededor de su cintura y su cuerpo comenzó a moverse enfebrecido, entrando y saliendo del interior de la húmeda cavidad femenina con brusquedad, con una necesidad primitiva de que los movimientos fueran tan intensos como fuese posible. La agarró firmemente por las nalgas y empujó una y otra vez hasta que ella exclamó algo que Travis no logró comprender y supo que había alcanzado el orgasmo. Alana sintió el placer arremolinado en su vientre, estallando, y abrió los ojos al escuchar el gemido profundo de él al alcanzar su propio clímax.

Travis apoyó la cabeza en el hombro de Alana, sin salir del todo de su interior, y la abrazó. El abrazo la pilló totalmente por sorpresa e hizo que el miembro masculino, que poco a poco comenzaba a relajarse, volviera a hundirse dentro de ella, pero esta vez sin el ímpetu de hacía unos momentos. Estaban aún acoplados tras el placer, abrazados, y ella sintió algo semejante a la melancolía, una emoción profunda que amenazaba con hacerla llorar.

—Te pedí que fueras despacio y, finalmente, he sido yo quien insistió para que fueras deprisa —murmuró ella, un poco avergonzada. El cuerpo de él tembló brevemente, abrazado al suyo, y Alana supo que se estaba riendo.

—Ni siquiera son las seis de la tarde. Nos quedan muchas horas por



delante para hacer el amor. Deja que me recupere un poco y comenzaremos de nuevo —le susurró él, al tiempo que depositaba besos suaves en su cuello— Te haré el amor tan lentamente como si fuera tu primera vez.

Alana sonrió y se abrazó a él con más fuerza. Se fijó entonces en el tatuaje que Travis lucía en su hombro izquierdo. Era un dibujo tribal que le recordaba a las runas celtas, hermoso y con cierto misterio. Le hubiera gustado preguntarle qué significaba, todos los tatuajes tenían un significado o conmemoraban algo, pero antes de que las palabras salieran de su boca, descubrió que, medio oculto entre los trazos del tatuaje, había escrito un nombre de mujer: Melissa. Sintió que una mano la ahogaba momentáneamente y que los celos se apoderaban de ella. En la vida de Travis había existido alguien tan importante como para que su nombre estuviera tatuado en su piel. Alana acarició el tatuaje, pensativa, y le susurró:

—¿Quién es Melissa? —notó cómo él se movía inquieto al escuchar la pregunta.

—Era mi madre —respondió, después de carraspear. Alana frunció el ceño.

—¿Era? —quiso saber. Travis se removió de nuevo, impaciente.

—Murió —le dijo secamente—. Es una historia triste, no quiero hablar de ello ahora.

—Lo siento —notó tal aflicción en él que su corazón se encogió de pena. Travis la miró, conmovido de pronto por la preocupación que vio en los ojos femeninos.

—Vamos a la cama —le susurró al oído con una voz tan tierna que la hizo estremecer.

Se tumbaron abrazados en el viejo colchón y se quedaron dormidos. Un par de horas más tarde, Travis le hizo el amor con una delicadeza exquisita, sin permitirle otra cosa que disfrutar, que dejarse hacer. “Como si fueras virgen”, le había dicho. Ella pensó que así habría tenido que ser su primera vez, justo así, y lo pensó mientras gritaba su nombre en medio de su segundo y glorioso orgasmo de la tarde.

## CAPÍTULO 4

A la mañana siguiente, cuando por fin logró abrir los ojos y desperezarse, aún sentía sobre su piel el olor de Travis. Estiró los brazos y bostezó. La sonrisa que colgaba de sus labios era el eco de la maravillosa tarde y la increíble noche que había pasado. ¡Pero ya eran las diez de la mañana y en menos de una hora había quedado con su director de tesis! Saltó de la cama, se dio una ducha rápida y tras vestirse con unos tejanos desgastados, unas deportivas y una vieja camiseta de *Led Zepellin*, buscó en el armario el paquete de pienso de emergencia (uno que guardaba para casos extremos como aquel, pues no tenía nada más que darle de comer) y llenó el cuenco de *Jagger*. Saltó entonces sobre su bici para pedalear como alma que lleva el diablo y no llegar tarde a su cita en la Universidad.

Solo pensaba en Travis. ¿Se podía ser más feliz de lo que ella era en aquel instante? Alana lo dudaba. Voló en su bicicleta por las calles de la ciudad hasta llegar al edificio que albergaba la facultad de Arte y, por lo tanto, también el despacho del profesor Darrow. Subió las escaleras de tres en tres como si la mochila que llevaba sobre los hombros no pesara nada, cuando en realidad contenía los trescientos folios de su tesis más algún que otro libro que estaba consultando. Cuando por fin llamó a la puerta, el reloj marcaba las once menos cinco. Llegaba un poco tarde. Apenas diez minutos.

—Pase, señorita Keller —oyó que decía la voz de sobra conocida del profesor Darrow, con su marcado acento texano.

Alana abrió la puerta con suavidad y se dejó envolver por la magia de aquella estancia, con su desorden de libros y láminas por todas partes.

Reproducciones de Durero, de Van Eyck y de Rubens en la pared de la derecha y con las enigmáticas láminas que mostraban algunas obras emblemáticas de Edward Hopper en la pared de la izquierda. Normalmente, el desorden la incomodaba, sin embargo aquel despacho era lo más cercano al paraíso que había conocido. La luz que penetraba por la ventana se paseaba sobre los muebles oscuros dándoles una apariencia casi irreal, como esas fotos hechas con una Polaroid que parecen medio veladas o amarilleadas por el paso del tiempo. El hombrecillo que había sentado detrás del inmenso escritorio carraspeó. Casi no se le veía entre la montaña de libros que lo rodeaba. Cuando Alana lo conoció, pensó que se parecía mucho a Yoda, el personaje de *La guerra de las galaxias*, pero no solo físicamente. Como Yoda, el profesor Darrow parecía un personaje de otro tiempo y era tan sabio que sus palabras nunca podían ser escuchadas a la ligera. Se atusó el pelo blanco y ralo que ya no le cubría nada más que una pequeña parte de la cabeza.

—Siéntese, señorita Keller. Ha llegado usted tarde —la miró por encima de sus gafillas redondas, que colgaban del extremo de la nariz, a punto de caer. Esperaba una respuesta.

—Me he dormido, profesor. No volverá a pasar —lo miró expectante, pues él la observaba con los ojos entrecerrados, como si notara algo distinto en ella e intentara averiguar de qué se trataba. Si alguien podía notar que algo había cambiado en su vida, ese era el viejo profesor Darrow, no en vano se conocían muy bien. De hecho, aquel hombre de apenas metro y medio de estatura era el padre que Alana hubiera deseado tener y había fantaseado más de una vez con la idea ser su hija.

Había conocido al profesor John P. Darrow durante el primer semestre que pasó en la universidad. Aquel campus no había sido, ni de lejos, su primera opción. De hecho, la habían admitido en un par de buenas universidades privadas, pero la alegría inicial se vio empañada por una terrible realidad: cuando acabara de estudiar en estas universidades, debería pedir un préstamo para pagar sus estudios y dicho préstamo tardaría décadas en ser liquidado. Optó por aquella pequeña universidad pública porque pensó que, siendo una alumna tan brillante como había sido siempre, lo de menos era el lugar en el que se formara. Una vez que tuviera bajo el brazo su título, ella se encargaría

de abrirse camino y triunfar. Pero estaba equivocada. Era más valorado el más mediocre de los ex alumnos de Columbia, Yale o Harvard que ella, con un expediente de Matrícula de Honor. Ese fue el motivo por el que se animó a matricularse en el doctorado, porque era un extra que añadir a su currículum, pero pronto se dio cuenta de que nada de lo que se obtuviera en una universidad pública era demasiado valorado en el mercado laboral norteamericano. Aun así, decidió seguir adelante.

Durante el primer semestre en la facultad, solo se matriculó de las asignaturas comunes, pues aún no tenía muy claro el camino que iba a tomar, pero pasó frente a un aula abierta y escuchó una clase del profesor Darrow. Hablaba sobre la pintura flamenca de los siglos XV y XVI. Se quedó impresionada y decidió matricularse en su clase. Desde ese momento, todos los semestres se matriculaba en alguna de las clases del profesor Darrow y también lo había elegido para que dirigiera su tesis.

El profesor y ella mantenían una relación profesional, pero también muy estrecha. Jamás se habían encontrado fuera de los muros de aquel edificio y, sin embargo, él sabía más de ella que toda la gente que la rodeaba y también ella tenía la sensación de que el profesor le abría su corazón muy a menudo. Por eso sabía por qué alguien tan brillante seguía dando clases en aquella universidad pequeña en vez de optar por Yale, por ejemplo, o por Princeton o Harvard, todas las cuales le habían ofrecido un puesto de trabajo. “Es por amor a mi mujer y por respeto a la profesión. Ella se siente cómoda aquí y yo no quiero dar clase a alumnos ricos que tienen todo al alcance de la mano. Quiero formar a aquellos que carecen de recursos y oportunidades”, le había dicho y, aunque no entró en más detalles, aquello le pareció muy revelador a la joven. Dudaba que le hubiese dicho nada semejante a ningún otro alumno suyo.

—Bien, señorita Keller, ¿Está usted preparada? Aunque le parezca que tres meses son muchos, le aseguro que pasarán volando. La presentación de su tesis está a la vuelta de la esquina.

—Estoy preparada, profesor —fue la respuesta escueta. Como el anciano estaba acostumbrado a sus largas conversaciones, se sorprendió. En realidad, Alana tenía cosas que preguntarle. Dudas y alguna que otra consulta sobre el mejor modo de afrontar algunos temas, pero después de que el terremoto Travis asolara su vida, parecía que su memoria a corto y largo plazo se había

vuelto selectiva y solo en lo concerniente al detective mantenía frescos los recuerdos.

—Parece distraída y eso me preocupa. Ha invertido demasiado tiempo y esfuerzo en esta tesis como para estropearlo todo ahora —él estaba refunfuñando.

—¿Solo porque he llegado unos minutos tarde y me nota un poco despistada piensa que voy a echarlo todo a perder? —tampoco ella estaba de buen humor.

—Es mucho más que eso, señorita Keller. No me tome por tonto. No es usted la misma que la del último día que la vi y tan solo ha pasado una semana. Algo ha ocurrido y ese algo es lo suficientemente importante como para que la alumna más brillante del campus haga algo que nunca le había visto hacer: desconcentrarse de sus estudios —el profesor Darrow la miró por encima de sus gafas con el ceño fruncido y las manos entrelazadas sobre el escritorio—. Si no quiere hablarme de eso tan importante que le ha ocurrido, al menos coménteme los últimos retoques que le ha hecho al texto de su tesis.

Alana abrió su vieja mochila y colocó los trescientos folios sobre el escritorio antes de comenzar a hablar.

\*

Travis había llegado a casa de madrugada y se había encerrado en el sótano de los horrores. La angustia le atenazaba el estómago, pero trataba de calmarse diciendo que aún no había ocurrido nada irreparable. Alana no estaba condenada. Él no iba a convertirla en un blanco fácil. No volvería a verla y punto. Había pasado con ella unas horas maravillosas, las más especiales de su vida, y por eso no iba a permitir que le ocurriera nada malo. No había peligro. Solo si fuera tan estúpido de seguir viéndola la pondría realmente en el punto de mira. Y él no era tan estúpido como para hacer eso. Pero por más que se prometía no volver a verla, una angustia desconocida lo invadía y lo hacía moverse por su casa como un tigre enjaulado. Era su día de descanso y

sabía que Kurt Donahue, su compañero y amigo, tampoco trabajaba, así que lo llamó esa tarde para tomar unas cervezas y quedaron en un bar cercano a la playa de Virginia Key. Era una de las playas favoritas de Travis. En 1945 y años posteriores, en la época de la segregación racial, esa era la única playa a la que se permitía el acceso de los afroamericanos, aunque en la actualidad era frecuentada por familias con niños, ya que tenía amplias zonas para hacer barbacoas, un gran parque de juegos y un tren en miniatura. Además, permitían la presencia de perros, algo infrecuente en las demás playas, y Kurt agradecería poder llevar a *Big*, su gran danés blanco con manchas negras.

Fue Travis el primero en llegar al bar y pidió una cerveza fría para tomársela en la terraza. Estaba mirando fijamente el vaivén de las olas, retirando la mirada de tanto en tanto para fijarla en un niño que gritaba de júbilo mientras correteaba con sus padres o en alguna pareja que estaba jugando a las palas o al frisbee. Entonces oyó el ladrido atronador de *Big*, que lo había reconocido en la distancia y trotaba hacia él, feliz. El gran danés se paró frente a Travis moviendo el rabo, esperando el leve asentimiento que le permitía colocar las enormes patas sobre sus hombros y lamerle la cara. Cuando por fin lo hizo, *Big* le pasó la lengua por la mejilla con una delicadeza casi humana y el detective lo abrazó con cariño.

—Yo también me alegro de verte, grandullón —le susurró, al tiempo que le rascaba detrás de las orejas. Kurt llegó mientras su perro y Travis se abrazaban efusivos.

—Eh, eh, ¿tengo que ponerme celoso, *Big*? ¿No se supone que tu mejor amigo soy yo? —como si lo entendiera, el gran danés se acercó a él, poniéndole las patas sobre los hombros y mirándolo de frente. La imagen era tan graciosa (parecían una pareja a punto de ponerse a bailar) que una anciana que paseaba cerca se quedó mirándolos con una enorme sonrisa.

Travis entró al bar para pedirle una cerveza a Kurt y después se sentó frente a él en la terraza. *Big* estaba a los pies de su amo, dormitando mientras disfrutaba del cálido sol de la tarde. Hacía calor, pero la brisa del mar refrescaba un poco el ambiente y era agradable disfrutar de aquel rato al aire libre.

—Mi hermano se casa —le dijo Kurt con un gesto tan sombrío que Travis frunció el ceño.

—¿Y qué hay de malo en eso? Creí que te gustaba la novia de tu hermano.

—¡Por supuesto que me gusta! Lilian es fantástica.

—¿Qué problema hay entonces? —Travis no lograba comprender aquella actitud de su amigo, parecía cabreado.

—El problema es que Lilian es prima de Olivia —declaró entonces, y después emitió un resoplido y se removió inquieto en su silla. Como si notara su nerviosismo, *Big* alzó la cabeza y miró a Kurt con ojos adormilados.

—Joder, lo siento —Travis comprendió entonces qué era lo que preocupaba tanto a su amigo—. Pero hace años que no os veis, seguro que cuando te la encuentres no sentirás nada.

—¿¡Nada?! —Kurt parecía fuera de sí—. Subestimas mi cabreo. No se me pasará ni dentro de mil años, te lo aseguro.

Travis lo miró comprendiéndolo por primera vez. A él nunca le había importado tanto una mujer como para entender los sentimientos de Kurt, pero después de que el terremoto Alana irrumpiera en su vida, estaba cerca de saber lo que supondría ser abandonado por alguien que te importa tanto.

Olivia Nash era la ex mujer de Kurt. Lo había abandonado hacía siete años y él estuvo todo ese tiempo alimentando el rencor y la ira. No entendía qué carajo había hecho tan mal para que ella se fuera como lo hizo. Lo suyo fue amor a primera vista. En menos de un año se casaron, locos de amor ambos, y Kurt soportó todas las niñerías de Olivia, su inmadurez y sus manías. Pero no había sido suficiente: la joven hija del reverendo Nash decidió que necesitaba una vida más electrizante y el matrimonio fue un lastre para ella. Abandonó a Kurt tras una monumental discusión y desde ese instante, él había amenazado a todos sus familiares y amigos para que no le volvieran a hablar de ella, algo complicado si se tiene en cuenta que Kurt y Olivia compartían amigos y que el hermano de Kurt y la prima favorita de Olivia estaban saliendo juntos desde hacía cuatro años y ahora iban a casarse.

—Deberías pasar página, en serio, o plantearte por qué no eres capaz de darle carpetazo a esa historia. Tal vez ella te sigue importando y...

—Déjalo estar, Trav, no vayas por ese camino. No me importa Olivia lo más mínimo, pero no soporto la idea de compartir espacio con ella. Si quieres hacer de psicólogo, céntrate en ti mismo y en lo que te pasa con esa ladronzuela tan guapa del supermercado —Travis entornó los ojos y no dijo

nada, pero algo en su rostro debió de indicarle a Kurt que había dado en el clavo—. ¡Joder, te acostaste con ella! —Travis frunció los labios, incómodo, y Kurt sonrió más ampliamente aún al notar esa incomodidad—. Y no puedes olvidarla, ¿verdad?

—Está bien, lo admito —en el fondo, Travis había quedado con su amigo con la esperanza de sacar el tema de Alana. Estaba rumiándose él solo todos aquellos sentimientos encontrados y creía que el punto de vista de Kurt podría ayudarlo—. No debí hacerlo. Sabía desde el principio que ella era distinta, que con una vez no me iba a bastar, pero no pude contenerme...

—¡Pero qué...! —Kurt meneó la cabeza—. ¿Qué coño te ocurre, Travis? Te pasas la vida huyendo de cualquier relación estrecha con nadie. Casi me parece un milagro que tú y yo seamos amigos y que me estés contando esto. No sé qué puede haber en mí que te haga confiar, mientras desconfías del resto del mundo, pero te digo algo: ahí fuera hay más gente digna de confianza y quizás esa ladronzuela sea una de esas personas —no se lo creía del todo. Al fin y al cabo, se dedicaba a robar y era lo suficientemente lista como para manipular a un hombre, pero Travis no era ningún imbécil que se dejara mangonear.

—El problema no es ese. No es que no confíe, es que no quiero más relaciones estrechas de las que puedo gestionar —no era consciente de lo raro que sonaba todo aquello.

—¿Por qué? —quiso saber Kurt.

—Pues no sé, tío. Quizás por el mismo motivo por el que tú te cabreas por compartir espacio con tu ex.

Ambos se quedaron callados durante un rato. El sol comenzaba a ponerse y la gente iba abandonando poco a poco la playa. *Big* bostezó. Una bandada de pájaros cruzó el cielo en aquel instante.

—Vale, lo pillo. No quieres hablar del tema. ¿De qué quieres hablar entonces?

—Quiero... —Travis pareció pensárselo unos segundos—. Quiero que me digas qué debo hacer para mantenerme alejado de ella.

—Y yo qué sé...

—Tienes que saberlo, Kurt. ¿Qué hiciste tú para mantenerte alejado de Olivia a pesar de seguir loco por ella? —la pregunta quedó flotando en el aire, mientras el gigante moreno miraba a Travis con ganas de partirle la cara,



pero después se dio cuenta de que no pretendía molestarlo, de que realmente quería saber la respuesta. Quería alejarse de la ladronzuela y parecía desesperado. Kurt no entendía nada. No sabía por qué su amigo no se dejaba llevar por sus sentimientos ni qué era lo que le impedía mantener una relación, pero aun así, decidió ayudarlo.

## CAPÍTULO 5

**E**L noveno día que no tuvo noticias de Travis, Alana decidió llamar a la comisaría para preguntar por él. El profesor Darrow tenía razón. Ya no era la misma. Debía terminar su tesis y no podía concentrarse. Durante el primer día, lo único que hizo fue rememorar las horas que habían pasado juntos, sus caricias, el modo en el que la había mirado y cada una de sus palabras. Sin embargo, según iba pasando el tiempo sin tener noticias de él, comenzó a plantearse si tal vez ella había hecho algo mal, si se había mostrado demasiado ansiosa, o entregada en exceso, y eso lo había asustado o disuadido de llamarla para verse de nuevo. Era cierto que Travis en ningún momento le había prometido nada. Nunca le había dicho que la llamaría o que aquellas horas juntos habían significado algo para él, pero Alana lo dio por supuesto. No podía haberse equivocado tanto... ¡Él parecía tan interesado!... Se lo habían pasado bien, demonios, y lo que compartieron era mucho más que sexo o, al menos, para ella había sido mucho más. Si incluso la había despertado de madrugada porque tenía que pasar por la comisaría para hacer no sé qué y no podía quedarse hasta por la mañana. Podría haberse escabullido en medio de la noche sin decir ni siquiera adiós, pero en cambio lo que hizo fue despertarla con dulzura para despedirse, la había besado tierna y apasionadamente, la había mirado a los ojos antes de abandonar su cama y le había susurrado: “Eres increíble”. ¿Eran esas las palabras de alguien que no quiere volver a verla? ¿Esa era la forma lógica de comportarse?

Lo disculpó de todas las maneras posibles. “Aparecerá por aquí cuando menos me lo espere”, se decía. “Seguro que está inmerso en un caso muy

complicado que le impide venir a verme”, pensaba. Trató de que las horas pasaran lo más rápidamente posible, sin que el desánimo se apoderara de ella. Terminó de revisar su tesis, volvió a hablar con el profesor Darrow, cuidándose mucho de llegar puntual, iba a dar largos paseos con *Jagger* y, cuando llegaba la noche y los pensamientos negativos revoloteaban por su cabeza como un enjambre enfurecido, salía con una silla de playa y se sentaba junto al resto de sus vecinos en la calle, algo que nunca antes había hecho, pero que la entretenía y la ayudaba a no pensar en Travis.

El noveno día ya no pudo más y lo llamó. Respondió al teléfono una voz femenina informando de que era la recepcionista de la Comisaría Catorce. No tenía otro modo de ponerse en contacto con él, pues no le respondió al par de llamadas que le había hecho al móvil. Tan solo quería saber si se encontraba bien.

—Querría hablar con el detective Duncan, por favor —su voz temblaba un poco. Le daba vergüenza hacer aquello, pero no quería quedarse con la duda. Si estaba equivocada, si Travis no sentía ni el más mínimo interés, quería saberlo. Aunque quizás le había pasado algo y por eso no se había puesto en contacto con ella.

—Ahora mismo la paso. No cuelgue —a Alana no le dio tiempo ni siquiera a responder. Oyó una musiquilla ambiental durante unos segundos, hasta que una voz profunda y varonil le respondió.

—Sí, diga —supo al instante que aquella no era la voz de Travis, pero aun así quiso cerciorarse.

—¿El detective Duncan?

—El detective Duncan no está en este momento. Soy el detective Donahue, ¿puedo ayudarla en algo? —al escucharlo, Alana recordó al gigante moreno de barba, el compañero de Travis.

—Soy Alana Keller, no sé si se acuerda de mí —su nerviosismo iba en aumento.

—Sí, por supuesto. La chica del supermercado. ¿Puedo ayudarte yo o necesitas al detective Duncan? —quizás solo fueran imaginaciones suyas, pero le pareció que aquel hombre la trataba con excesiva amabilidad, con ese tono compasivo que utilizan a veces los médicos para hablarnos de una enfermedad terminal.

—En realidad, solo quería saber si él está bien.

—Sí, claro, él está bien, ¿por qué lo preguntas? —había cierta sorpresa en el tono de su voz. Alana no respondió.

—Eso era todo lo que necesitaba saber, detective Donahue, muchas gracias —trató de que su voz no temblara.

—Espera un momento... —Kurt Donahue no pudo terminar de hablar. La joven había colgado el auricular.

\*

Los detectives Duncan y Donahue estaban sentados en sus respectivos escritorios con idéntica desgana. Las largas piernas estiradas debajo de la mesa y la espalda recostada en el respaldo de la silla. Tras ellos, el enorme ventanal regalaba la imagen de una hilera de edificios multicolor de estilo art decó. Travis escuchaba en silencio lo que Kurt le estaba contando sobre su conversación con Alana.

—¿No es extraño que preguntara si te encuentras bien? —Kurt lo miraba con una ceja alzada, como siempre que tenía dudas acerca de algo.

—En realidad no —se mantuvo en silencio unos segundos antes de proseguir—. En cuanto supo que no me había pasado nada, se dio cuenta de que no tuvo noticias mías porque yo no deseaba dar señales de vida —su rostro reflejaba su contrariedad. Eso era lo que quería, desengañarla y que se alejara de él, que fuese ella quien pusiera distancia entre ambos, porque si volvía a verla, no podría dejarla ir. Pero, al mismo tiempo, le dolía todo aquello más de lo que deseaba admitir, incluso ante sí mismo.

—¿Por qué eres tan cobarde en el amor, Travis? No entiendo que un tío tan valiente tenga tanto miedo a enamorarse —aquel moreno enorme, aquel barbudo con pinta de guerrero antiguo, era en realidad (y a pesar del fracaso de su matrimonio) un romántico. Solo imaginaba algo peor que su divorcio y era no haber conocido nunca a Olivia Nash, su ex mujer, pues el inmenso sentimiento que lo había unido a ella le enseñó de lo que era capaz cuando

estaba enamorado: era mejor persona, era la mejor versión de sí mismo. Travis lo miró de una forma extraña que no supo interpretar. Lo que ignoraba Kurt era que su amigo no tenía miedo a enamorarse, ni a entregarse a una persona si era la adecuada. Lo que temía era hacerle daño, involucrarla en su vida y sus oscuros asuntos y que ella fuera la que acabara pagando los platos rotos. A pesar de eso, Travis no se explicó. Prefirió dejar que Kurt siguiera pensando que no era más que un cobarde, un inmaduro incapaz de sentar la cabeza con una mujer.

\*

A lo largo de sus veinticinco años, Alana había tenido tres relaciones y algún que otro rollo. La diferencia entre unos y otros era el tiempo durante el cual habían estado juntos, porque la profundidad de sentimientos y la confianza eran similares con los chicos cuya relación había durado una semana y con Michael, su último novio, con el que había salido durante casi un año. Nunca se encariñaba demasiado, nunca daba por supuesto que aquella relación duraría ni siquiera un día más. Vivía al instante, asumiendo que aquellos hombres estaban en su vida de paso, no de manera permanente. Y justo el único hombre al que veía en su futuro era quien decidía irse sin decir adiós tras la primera cita. Aunque lo suyo, en sentido estricto, no había sido una cita. Alana se sentía devastada, viviendo una especie de luto por alguien que ni había muerto, ni había estado en su vida el tiempo suficiente como para haber dejado aquel vacío desolador, pero el vacío estaba ahí y la sensación de abandono y soledad, que pesaba como una mochila cargada de piedras. Nunca antes se había sentido de esa manera por un hombre, tan pequeña, débil y estúpida. Notaba que sus pasos se habían vuelto más lentos y desgastados, arrastraba los pies como una anciana e incluso su espalda parecía encorvada, como si su cuerpo quisiera ovillarse para hibernar aquel dolor. ¿Acaso estaba cayendo en una depresión? ¡No podía permitirselo, tenía que reaccionar! Fue entonces cuando decidió que era imprescindible pasar página, no dejarse

ganar por el desánimo. Seguir adelante. Era cuatro de julio. El país celebraba el Día de la Independencia. Desde el muelle White Street de Kay West comenzaban a lanzar los fuegos artificiales. Había tomado una decisión y era irrevocable: Travis Duncan estaba fuera de su vida y no iba a permitir que ese hecho destruyera sus ilusiones, por más que le doliera y por más que hubiera creído ver en él a su alma gemela por algún motivo tonto que ahora le parecía una simple niñería. Lo había decidido: no volvería a pensar jamás en Travis Duncan. Claro que esa decisión había sido tomada antes de descubrir que estaba embarazada.

\*

William Weiss, socio fundador de Avon, Weiss & Dilliamson, uno de los bufetes más prestigiosos de la ciudad, acababa de cruzar el último control que lo separaba del pabellón de alta seguridad de la cárcel estatal. Solía ir una vez por semana para visitar a su cliente desde que había sido encarcelado en mil novecientos noventa y tres. Lo hacía a título personal, pues el caso de *El Monstruo de Florida* hacía mucho tiempo que se había cerrado y éste permanecía en su celda de máxima seguridad a la espera de la pena de muerte. No recibía más visitas que las de su abogado, pues su escasa familia había roto todo contacto con él tras saberse las barbaridades que les había hecho a aquellas pobres mujeres.

Weiss lo vio sentado en la gélida sala de visitas, una única mesa ocupada entre decenas de ellas vacías, y no pudo evitar el escalofrío que siempre lo recorría al verlo. Aun así, con las manos esposadas, grilletes en los tobillos y dos fornidos policías flanqueándolo, era un tipo imponente. Mediría un metro noventa y, tal y como habían dicho todos los periódicos sensacionalistas, se parecía enormemente a Clint Eastwood.

El abogado saludó a los policías con una inclinación de cabeza y se sentó frente a Hans Henning Skald, sintiéndose diseccionado por los fríos ojos azules y la agudísima inteligencia de éste.

—Por fin le traigo buenas noticias, señor Skald —su sonrisa era triunfal mientras hablaba. *El Monstruo* arqueó las cejas durante un breve segundo, fue lo único que indicó cierta incertidumbre. Como en todas las visitas, permanecía recostado en la silla, sin perder ni un ápice de la elegancia que lo caracterizaba. Incluso con el mono naranja de presidiario, era un hombre soberbio, de modales exquisitos.

—¿Las niñas? —preguntó Skald con ese gesto suyo congelado, carente de emoción alguna. Por lo general, aquellas visitas semanales servían para que Weiss le informara sobre la vida de sus dos hijas. Todo el país sabía de la existencia de una de las muchachas, Freya, ya que fue ella quien avisó a la policía al sospechar lo que su padre hacía en el sótano de su casa. El país entero asisitio, aterrado y sobrecogido, a la hazaña heroica de aquella muchacha de doce años que ponía al, por entonces, jovencísimo detective Kurt Donahue sobre la pista de *El Monstruo de Florida*, al que llevaban buscando años. Lo que nadie sabía era que Hans Skald tenía otra hija, que nació en 1978 (tres años antes que Freya) y fue adoptada por un reverendo de Missouri. No tuvo noticias de su existencia hasta que la niña cumplió trece años. Nunca había dejado de velar por sus hijas, aun en la cárcel. Siempre había utilizado la fortuna que todavía le quedaba (la mayor parte de ella había sido entregada, en concepto de indemnización, a las familias de sus víctimas) para allanarles el camino hacia la felicidad sin que ellas lo supieran. La felicidad, ese hermoso país al que nunca se le había permitido entrar.

—No se trata de las niñas, sino de Melissa —respondió, masticando con calma las palabras para ver la reacción de Skald y, tal como imaginaba, éste abandonó su gelidez habitual y su rostro se transformó, pareciendo casi humano y no una figura de cera. *El Monstruo* enderezó la espalda e inclinó el cuerpo hacia adelante, colocando sobre la mesa sus manos esposadas.

—¿Melissa? —parecía incapaz de creer lo que estaba oyendo. William Weiss asintió, satisfecho. Por fin había hecho algo verdaderamente bien. Era un misterio el porqué de aquella necesidad de aprobación: un abogado rico y famoso necesitando las palabras amables de un asesino en serie. Era un misterio, pero él no era el único que había caído subyugado ante el hechizo de Hans Skald, había mucha gente ansiosa por ganarse su aprobación.

—¡Por fin la encontré! —hizo una pausa dramática para añadir emoción a

lo que iba a revelar—le—. Lleva muerta desde el año noventa y cuatro. Está enterrada en el cementerio de una pequeña localidad al norte de Alabama.

—¿Y el bebé? ¿Abortó? —Hans Skald habló con un tono de voz ronco. En vez de responder a su pregunta, el abogado sacó una carta de su maletín y se la entregó. *El Monstruo* observó el sobre con detenimiento. El remitente no indicaba su dirección, solo las iniciales T. D. Giró el sobre y leyó, escrito con una letra que parecía infantil, el nombre de Melissa Albert y sus señas en el pueblucho de Alabama donde estaba enterrada. El matasello indicaba que había sido enviada desde Oregón en marzo de mil novecientos noventa y cuatro. Skald sacó el folio y lo leyó con ojos rapaces. Levantó la vista tras finalizar y la clavó en el abogado.

—Tenía catorce años cuando la escribió —blandió el folio delante de las narices de Weiss— y es un chico.

El abogado sonrió ante aquella visión: un sicópata casi feliz, ilusionado al encontrar, tras años de búsqueda, al tercero de sus hijos. Eso sí que era digno de estudio por parte de los psiquiatras.

\*

*Querida mamá,*

*Hoy he celebrado mi decimocuarto cumpleaños y te he tenido presente todo el rato. Pensaba en lo maravilloso que sería que estuvieras aquí, conmigo. Quizás algún día él ya no sea un peligro para nosotros y podamos vernos al fin. ¡Sería increíble!*

*Creo que te gustará saber que he ganado el concurso de Ciencias de mi instituto y que he sacado las mejores notas de mi clase. Por fin he entrado en el equipo de baloncesto, pero creo que me pasaré en el banquillo toda la temporada porque Dillon es mejor pívot que yo.*

*Te agradezco mucho los discos y los libros que me enviaste. Te echo tanto de menos que hasta me duele. A veces, cuando recibo tu dirección para que envíe allí mi carta, lo que de verdad me apetece es escaparme y*



*aparecer ante tu puerta, pero después pienso que puedo ponernos en peligro a ambos y me contengo. Qué triste es no tenerte cerca, mamá. Ojalá llegue el día*

(La carta queda interrumpida en este punto. La cuartilla en la que continúa no fue encontrada por el detective contratado por el bufete de abogados de Hans Skald).

## CAPÍTULO 6

*UN año más tarde.*

El todoterreno de Travis estaba aparcado en la cuneta, muy cerca del camping de caravanas en el que vivía Alana Keller. Sus manos se aferraban al volante y, mientras inclinaba la cabeza hacia atrás, sus labios murmuraban: “Lárgate de aquí, lárgate de aquí”. No era la primera vez que había ido hasta Sarasota para ver si la encontraba casualmente. Tampoco era la primera vez que estaba en semejante trance, a escasos metros del camping, luchando contra el deseo feroz de tenerla de nuevo cerca. Entonces, oyó que alguien golpeaba el cristal de su ventanilla. Abrió los ojos, sorprendido, y observó a los dos niños que había al lado de su todoterreno.

—¿Está usted bien, señor? —le preguntó el mayor de los niños. Travis asintió. Al mirarlos detenidamente, recordó la historia que le había contado Alana sobre los nietos del viejo músico que tocaba el ukelele, los chicos aquellos que pasaban tanta hambre que robaban la comida del perro para comérsela ellos. ¿Serían aquellos? Movido por un impulso, sacó un billete de diez dólares en cuando vio que los niños se encaminaban hacia el camping. Bajó la ventanilla y se asomó para que pudieran oírlo.

—Eh, chicos, esto es vuestro si me respondéis a una simple pregunta —les dijo, enseñándoles el billete. Los niños se miraron y sonrieron. No tardaron ni cinco segundos en echar a correr de nuevo hacia el coche.

—¿Qué quiere saber? —esta vez era el más pequeño el que había hablado. Era un mulato de ojos verdes que tenía uno de los dientes frontales partido.

—Vivís en el camping, ¿verdad? —ambos asintieron—. ¿Conocéis a

Alana Keller? ¿Qué podéis contarme de ella?

—¡Claro que la conocemos! Pero ya no vive aquí. Se marchó hace unos meses.

—¿Ya no vive aquí? —preguntó Travis, contrariado.

—No, no vive aquí. Se marchó poco antes de que naciera su bebé —respondió el más joven—. ¿Quiere saber algo más? —Travis no dijo nada. Extendió el brazo para que los muchachos agarraran el billete y observó cómo se marchaban, saltando emocionados. Sentía una especie de zumbido en los oídos y, por un instante, fue incapaz de tragar saliva.

¿Bebé?... ¡¿Qué bebé?!

\*

William Weiss había ido, como cada semana, a visitar a Hans Skald. También, como cada semana, este lo había recibido con la misma apatía. Una vez pasada la emoción de haber encontrado por fin a Melissa Albert un año atrás y haber descubierto que tenía un hijo varón, todo volvió a ser como antes: Skald se comportaba como si Weiss no hiciera más que decepcionarlo. La única novedad había sido saber el dictamen del forense sobre la muerte de Melissa: intoxicación etílica (Weiss había tenido que robarlo del archivo del hospital). A Skald no le extrañó que fuera alcohólica, siempre había sido demasiado débil para soportar una situación de estrés sin la ayuda de algún tipo de droga.

Skald deseaba que el abogado encontrara por fin a su hijo, pero durante meses no había descubierto nada nuevo, de modo que lo único que tenían era que el muchacho (en realidad ya era un hombre hecho y derecho) respondía a las iniciales T. D. y que tenía catorce años cuando le envió la carta a su madre desde Oregón. Por lo que había escrito, él sabía quién era su padre y se escondía del mismo modo que lo había hecho Melissa, como si Skald fuese a hacerle algún daño. Durante aquellos meses había podido reflexionar sobre la carta y sobre la relación de Melissa y su hijo. ¿Por qué se escribían? ¿Por qué vivían a kilómetros de distancia? ¿Acaso ella pensó que protegía a su hijo

alejándolo, que así él no lo encontraría en caso de dar con ella? Le había pedido a William Weiss que se pusiera en contacto con Colter Bronstein, el periodista que había seguido paso a paso todo el proceso de su detención y juicio. Bronstein sabía más que nadie del caso. Más incluso que la propia policía, pues le había revelado algunos datos muy jugosos para los libros que escribió sobre él: *El Monstruo de Florida, radiografía de un asesino*, aparecido en el año noventa y cuatro, cuando el periodista aún era un mero estudiante de Yale, y *Pasado imperfecto de un psicópata*. Este último libro, aparecido en el año noventa y seis, llevó a Skald a romper todo contacto con Bronstein porque le había parecido que airear los trapos sucios de su infancia, la relación con sus padres, vecinos y compañeros del colegio y con alguna que otra novia, era desleal. Skald le había dado detalles valiosísimos para su primer libro y, tras obtener un rotundo éxito de ventas, lo hizo quedar como un pobre infeliz en el segundo, como una víctima de su familia y de su entorno... ¡Y él no era ninguna jodida víctima, si no que se lo preguntaran a las mujeres que estuvieron en el sótano de la casa de estilo victoriano en la que había vivido en Fort Lauderdale! A pesar de todo, aquel periodista le caía bien de un modo irracional, tan irracional como el odio que le despertaban algunas mujeres rubias que a veces veía paseando por la calle o, desde que estaba encarcelado, en la televisión.

Ahora, pasados los años, pensaba que si alguien podía ayudarlo a encontrar a su hijo, ese era Colter Bronstein, pero el inútil de su abogado no era capaz de localizarlo en ninguna parte y en la redacción del periódico en el que trabajaba le habían dicho que se había tomado un año sabático y que se encontraba de viaje por Europa.

—Freya acaba de ser nombrada jefa del departamento de psiquiatría — Weiss decidió comenzar despacio, dando las noticias poco a poco, dosificando la emoción para asestarle el golpe final cuando menos se lo esperara Skald.

—¡Esa es mi chica! —exclamó *El Monstruo*—. ¿Y Liv?

—Liv se ha comprado un apartamento —declaró.

—¿Te refieres a aquel estudio en Missouri del que me hablaste? —Skald parecía verdaderamente interesado.

—Se ha comprado el apartamento aquí, en Miami —segunda gran noticia.

La primera había sido el ascenso de Freya. Weiss vio cómo brillaban los ojos de Skald.

—¿Liv se ha comprado un apartamento aquí? —soltó una carcajada—. Ni ideándolo yo saldría mejor... ¡Liv en Miami! ¿Lo sabe su ex marido?

—Creo que no —¡El maldito ex marido! Weiss frunció el ceño. Le gustaba Liv, siempre le había gustado, tan hermosa, tan dulce... No entendía que a Skald pudiera parecerle aceptable aquel tipo para su hija. Aún recordaba cómo había movido cielo y tierra para que se conocieran, cómo lo había ideado todo para que se enamoraran. En ocasiones, se preguntaba qué pensarían sus hijas si supieran hasta qué punto su padre las conocía y les había ido marcando el camino a seguir, como aquella vez que contrató a un actor para hacerse pasar por estudiante de Harvard y que le diera ánimos a Freya en su segundo año en la universidad, cuando comenzó a tener dudas sobre qué estudiar. Siempre había soñado con ser psiquiatra, pero algo le ocurrió que la hizo dudar. Tal vez el miedo a pasar la vida rodeada de mentes perturbadas como la de su padre, pensó Weiss.

—Debes averiguar por qué se ha mudado a Miami. Imagino que es por él. Sigue enamorada y, desde luego, su ex marido sigue amándola también —sonrió—. Solo necesitan un empujoncito, pero habrá que estudiar la manera de ayudarlos...

—Tal vez se mude por motivos laborales, al fin y al cabo acaban de contratarla en... —se atrevió a contradecirlo el abogado. Skald lo miró con sus ojos fríos, agudos y no lo dejó terminar.

—Es demasiada casualidad que justo se mude a la ciudad en la que vive su ex marido. Demasiada casualidad y punto. Guárdate tus estúpidas conjeturas, Weiss, no me amargues el día —había algo parecido al odio en su mirada.

—Dudo que algo pueda amargarle el día después de escuchar la noticia que le traigo —había llegado el momento del impacto final. Los ojos de Skald se abrieron desmesuradamente, intuyendo de qué se trataba—. No quise decirle nada antes para no crearle falsas esperanzas.

—¡Habla de una vez, maldita sea! —le dijo con un tono impaciente que nunca antes le había escuchado. Tampoco lo había oído maldecir con anterioridad. Skald era siempre un hombre extremadamente correcto en el trato.

—Por fin encontré a Colter Bronstein. Está en Sorrento, un pueblecito en el sur de Italia. Contacté con él en su hotel y cuando le dije que usted quería verlo, me aseguró que regresaría a Miami tan pronto como le fuera posible. Ese periodista está deseando saber lo que quiere de él —al escucharlo, Skald se puso de pie y por si su metro noventa no fuese suficientemente intimidador, el ruido de las cadenas al chocar contra el suelo hizo que a Weiss se le erizara el vello de la nuca.

—Levántate —le dijo Skald. El abogado lo miró sin pestañear. Se asustó, aunque en realidad acababa de darle una buena noticia, así que él no tenía motivos para hacerle daño. Miró a los policías que flanqueaban al reo y no se inmutaron, pero ellos estaban tan fascinados con Skald como él mismo, de modo que no serían de mucha ayuda si este se ponía violento—. He dicho que te levantes.

William Weiss se levantó de la silla y antes de poder reaccionar, Skald había dado la vuelta a la mesa y se encontraba frente a él. Lo abrazó, así de simple. Fue un abrazo breve, casi no se había enterado de qué había ocurrido y por un instante dudó si lo había soñado, pero Skald seguía allí de pie, frente a él, y le dijo:

—No sé si eres consciente de lo que acabas de hacer, pero yo sí soy muy consciente de ello. No lo voy a olvidar, te lo aseguro. Nunca voy a olvidar esto.

Llevaba años esperando una reacción como aquella por parte de Skald y cuando al fin sucedió, no supo cómo sentirse. Se quedó paralizado.

\*

A Travis le sorprendió descubrir que Alana vivía en Coconut Grove, muy cerca de dos de las principales universidades de la ciudad. Aparcó su todoterreno justo delante de la puerta de la casa que, según había descubierto en los ordenadores del departamento, era su nuevo hogar. Salió del vehículo preparándose para el golpe de calor, que siempre parecía más insoportable al

abandonar el cómodo ambiente del coche y su aire acondicionado. Se quitó las gafas de sol de estilo aviador que llevaba puestas justo antes de llamar al timbre. La casa era una hermosa construcción de paredes blanquísimas y ventanas con rejas oscuras, de estilo español. Antigua, pero en muy buen estado de conservación. Estaba seguro de que tenía piscina. Todas las casas de ese vecindario la tenían. Se le revolvieron las tripas al imaginar a Alana casada o viviendo con algún tipo al que le habría dado un hijo. ¿Cómo, si no, podía vivir en semejante casa? Antes de ver aquella mansión, él había creído que el bebé podía ser suyo. No habían sido precisamente cuidadosos. Ahora ya no estaba tan seguro y no entendía por qué le fastidiaba tanto que ese bebé fuera de otro. Él no quería ser padre. Nunca había querido serlo. Cualquier cosa antes de traer un niño a este mundo podrido. Llamó a la puerta antes de dejar que sus pensamientos siguieran volando sin control. El timbre retumbó como si la casa fuera enorme o estuviera vacía. La puerta tardó unos segundos en abrirse y cuando lo hizo, un hombrecillo de apenas metro y medio y cabello canoso y ralo apareció en el umbral.

—¿Sí? —dijo el anciano. Travis lo miró desde su metro ochenta y cinco de estatura y dudó antes de hablar.

—Travis Duncan, detective del condado de Miami Dade. ¿Podría hablar con Alana Keller, por favor? —dijo con tono neutro, mostrando su placa y tratando de averiguar quién era aquel hombrecillo vestido con un pantalón oscuro y una camisa de cuadros y manga corta.

—¿Ha ocurrido algo, detective? —el acento del hombre era profundamente texano. Parecía preocupado.

—No puedo decirle nada, señor. Necesitaría hablar con Alana Keller lo antes posible —insistió. A lo lejos, comenzó a oírse el llanto de un bebé y Travis sintió de nuevo que se le revolvían las tripas. ¿Acaso era aquel ser diminuto el padre del hijo de Alana? ¡Pero si casi podía ser su abuelo! ¿Habría sido ella capaz de acostarse con aquel tipo por dinero? Echó un vistazo rápido al *hall* de la casa mientras el anciano se decidía a avisarla y se dio cuenta de que el cambio con respecto a la caravana era sustancial, no la culparía por tratar de mejorar su situación, pero se arrepintió de inmediato: quizás no la conociera a fondo, pero sí lo suficiente como para saber que no se vendería por dinero. Entonces, ¿quién diablos era aquel hombrecillo?

—Señorita Keller, ¿puede venir un momento? Alguien pregunta por usted —al escuchar el modo nada familiar de tratarla, respiró tranquilo. Ningún marido o amante se refería a su pareja de ese modo. Oyó unos pasos acercándose y los suaves quejidos de un bebé. Su corazón comenzó a latir tan fuerte que por un segundo creyó que estaba trepando por las costillas hacia su garganta. Entonces la vio aparecer por uno de los pasillos, tratando de tranquilizar al bebé con caricias. Iba vestida con un sencillo pantalón vaquero y una camiseta fucsia. Llevaba el pelo más largo que un año atrás y sus pies descalzos se deslizaban delicadamente sobre las baldosas ajedrezadas del *hall*. Levantó la mirada hacia el hombrecillo que acababa de llamarla.

—Está aquí la policía —dijo el anciano. Ella desvió la mirada hacia el detective y palideció. Sus pies se detuvieron como si se hubieran hundido en arenas movedizas. Dejó de mecer al bebé que, en ese instante, giró su rubia cabecita como si quisiera mostrarle su rostro. Si en algún instante Travis había podido dudar sobre la paternidad de aquel bebé, esa duda quedó disipada en cuanto vio que tenía unos ojos azul tormenta idénticos a los suyos. Fijándose más detenidamente vio los pendientes diminutos en sus orejitas. ¡Era una niña!

—¿Puedo hablar con usted a solas, señorita Keller? —preguntó él con voz neutra, tratando de mantener las apariencias. Ella pareció salir de su ensimismamiento al escuchar sus palabras.

—¡No! —había en su tono más rabia de la que hubiese querido mostrar y en un impulso inconsciente, apretó a la niña contra su pecho. Los ojos claros de Alana chispearon furiosos al mirarlo, pero eso no lo amedrentó. ¡Aquella bebé era hija suya, tenía que serlo! ¡Su hija! ¡Y se lo había ocultado! La rabia de ella, por profunda que fuera, no podía compararse, ni remotamente, a lo que él sentía en ese momento.

El tono de Alana y su actitud defensiva hicieron que el hombrecillo diminuto que había a su lado frunciera el ceño y se interpusiera entre ambos, como si pudiera detenerlo en caso de que Travis tratara de imponerse.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es este hombre? —quiso saber el anciano. Alana no tuvo tiempo de responder.

—Soy el padre de la niña, ¿no es cierto, Alana? —las palabras salieron de la boca de Travis como si fueran un puño que la golpeará. Reaccionó de forma violenta, señalándolo con el dedo índice, roja de furia.



—¿El padre de la niña, maldito miserable? —rugió. No la recordaba así. Travis recordaba a una mujer inteligente y dulce, una mujer increíblemente tierna y sexy. Que tuviera la desfachatez de enfadarse con él cuando era ella la que había cometido la barbaridad de ocultarle que había tenido una hija suya lo enervó.

—¿Miserable yo? ¡Eres tú quien se ha comportado como una miserable ocultándome...!

—¡Cállate, maldita sea! No te hagas el ofendido. No eres más que un...

—¡Por favor, por favor, seamos civilizados! —dijo de pronto el hombrecillo—. La niña se está poniendo nerviosa, ¿o no os dais cuenta? —ambos escucharon entonces el lloriqueo de la niña y la miraron—. Dame a Melissa, la llevaré a su cuna —dijo el anciano, al mismo tiempo que la tomaba en brazos y se alejaba con ella por el pasillo. Travis parecía noqueado, como si un peso pesado le hubiera dado de lleno en la cara sobre el *ring* de boxeo. Tardó varios segundos en reaccionar y Alana temió lo que iba a decir tras saber cómo se llamaba la niña.

—¿Le has puesto el nombre de mi madre? —las pupilas del detective se dilataron y las aletas de su nariz se movían como si estuviera corriendo una maratón—. ¡Le pusiste el nombre de mi madre y no me dijiste siquiera que había sido padre! ¿Y me llamas miserable a mí?

—¿Ya se te olvidó lo que me dijiste acerca de tener hijos? ¡Preferías lanzarte de cabeza desde el monte Rushmore! —ella había dado un par de pasos hacia él de manera inconsciente. Era una leona defendiendo a su cría.

—No quería tener hijos, lo cual no significa que los abandonase si los tuviera ¡No manipules mis palabras! —Travis estaba gritando—. ¡Y dile a ese hombrecillo diminuto que traiga a mi hija inmediatamente aquí!

Sonó de pronto el ladrido de un perro, un ladrido multiplicado por el eco de aquel *hall*. El detective clavó la mirada detrás de Alana y vio al anciano agarrando fuertemente de la correa a *Jagger*.

—Este hombrecillo diminuto le avisa de que si no se marcha ahora mismo de mi casa llamaré a la policía. ¡Llamaré a la policía y soltaré al perro! —Alana lo miró boquiabierta.

—¿Que va a llamar a la policía? Esa sí que es buena... ¡Yo soy la policía! —gritó Travis.

—Pues llamaré a otro policía que esté menos loco que usted, debe de haber alguno en esta maldita ciudad, ¿no? —le dijo el profesor Darrow alzando también la voz, algo que Alana no le había visto hacer jamás. Se interpuso entre el perro, que rugía como el cancerbero del infierno, y Travis.

—Tranquilo, chico, tranquilo, no pasa nada —la voz de ella era tranquilizadora y el perro se calmó—. No se preocupe, profesor Darrow, por favor. El detective Duncan es un imbécil inmaduro y desconsiderado, pero es inofensivo... ¿Verdad, poli? —miró a Travis con cierta burla.

—¿Es así como lo quieres, Alana? ¿Quieres que las cosas sean difíciles? Pues así serán —dio media vuelta y se dirigió a su coche—. A partir de ahora hablaremos a través de abogados.

—¿Abogados? —ella parecía desconcertada. Salió tras él, corriendo por la acera.

—Melissa es hija mía. No permitiré que sigas manteniéndome lejos de ella —el primer sorprendido ante esa afirmación era él mismo. En esos momentos no sabía qué era lo que lo llevaba a actuar así, no sabía si era la propia niña o que esa niña fuera hija de ambos, suya y de Alana. Quizás las dos cosas. Era su hija, ¡suya!, y no crecería sin su padre. Tal vez nunca hubiera deseado tener hijos, pero no la desampararía.

—¿Cómo estás tan seguro de que es tu hija? —le espetó ella con rabia—. ¡Pude haberme acostado con decenas de hombres! ¡Decenas! El padre puede ser cualquier soltero de menos de cuarenta años que viva en esta maldita ciudad...

Travis había llegado ya a su todoterreno. Abrió la puerta y, antes de sentarse al volante, se giró para mirarla y todo su enfado se disipó. No sabía por qué se había esfumado ese enfado, tal vez porque tenía la certeza de que no había habido ningún hombre en la vida de Alana desde que estuvo con él. Eso lo hacía sentirse menos estúpido por no haber podido acostarse con nadie más desde que estuvieron juntos. Algo había cambiado en él. Algo profundo que no tenía vuelta atrás: ya no le bastaba con tener sexo con alguien. Quería lo que había tenido con ella, pero sabía que eso solo podía tenerlo con Alana. Seguía sonriéndole cuando se sentó por fin al volante.

—Sabes que eso no es cierto —había tanta seguridad y arrogancia en su voz que Alana deseó abofetearlo, pero antes de darse cuenta, el todoterreno se

alejaba por la avenida y desaparecía en el primer cruce con dirección a la bahía.

\*

El profesor Darrow puso entre las manos de Alana una taza humeante de tila. La joven, sentada en el sofá de la sala, permanecía con los ojos fijos en la pared de enfrente. ¿Cómo se había enterado Travis de la existencia de la niña? ¿Y qué iba a hacer él ahora? ¿Querría quitársela? ¡Pero si no deseaba tener hijos!

—Señorita Keller, ¿quiere hablarme de ese detective? —la voz del viejo profesor era acariciadora y transmitía confianza y tranquilidad. Ella cerró los ojos durante unos instantes y dio un sorbo a la infusión.

—No hay mucho que decir. Me enamoré de él como una loca. Pasamos una noche juntos y desapareció de mi vida. Cuando me enteré de que estaba embarazada, no se lo dije, ¿para qué? No quería saber nada de mí y tampoco deseaba tener hijos, él mismo me lo había dicho —al terminar de hablar cerró de nuevo los ojos. El anciano se había sentado a su lado en el sofá y la miraba, preocupado—. Ahora querrá quitarme a la niña.

—No podrá hacerlo. Ningún juez le quitaría a la niña solo por no haberle dicho al padre que estaba embarazada —le aseguró. Alana sabía que ese no era motivo para quitarle la custodia, pero Travis podría utilizar otras armas, como decirle al juez que la habían pillado robando en varias ocasiones, incluso tenía testigos de ello: su compañero, el chico del supermercado,... ¡Y era policía! Cualquier juez confiaría una niña a un policía, pero no a una ladronzuela que había pasado toda su vida viviendo en caravanas de mala muerte.

—Si quiere quitarme a la niña, encontrará la manera —dijo, abatida, sin atreverse a contarle al profesor Darrow su pasado delictivo. Este le puso la mano en el hombro, tratando de animarla.

—Si ese detective quiere guerra, la tendrá. Puede que usted y yo no

seamos más que un par de muertos de hambre, pero le pediremos ayuda a la hermana de Priscilla. Los Hoffstagen tienen en nómina a los abogados más prestigiosos de la ciudad. Veremos si ese tipo puede con nosotros teniendo un ejército de nuestra parte —estaba convencido de que Travis Duncan no iba a ganarles la batalla—. Además, Melissa es como si fuera mi nieta y no permito que nadie haga daño a mi familia.

Alana, con los ojos llenos de lágrimas, lo miró como habría mirado a un padre cariñoso y le dio un abrazo.

—Creo que ya es hora de que nos llamemos por nuestros nombres, ¿verdad, John? Al fin y al cabo, somos familia.

## CAPÍTULO 7

**K**URT DONAHUE miraba a Travis sin poder creerse lo que le contaba. Ambos estaban sentados en los sillones del salón de Kurt. La televisión, silenciada, retransmitía un partido de la Super Bowl. Sobre la mesa auxiliar había varios álbumes que Kurt había estado ojeando: fotos de su boda con Olivia. Desde que sabía que iba a ver de nuevo a su ex mujer, sentía una desazón extraña.

Travis había llegado apenas una hora antes, directamente desde la casa de Alana. Necesitaba contarle a alguien que su vida había cambiado radicalmente en apenas dos minutos.

—¿Y cómo estás? No todos los días descubre uno, por sorpresa, que es padre —le preguntó Kurt.

—Acojonado —su mirada se endureció—, pero es mi hija y por asustado que esté no voy a permitir que Alana me mantenga lejos de ella como si yo fuese una mala influencia —en esos momentos estaba pensando en *El Monstruo*, en cómo su madre había evitado que Travis y él pudieran encontrarse alguna vez. Pensar que Alana estaba haciendo lo mismo lo mataba, le hacía más daño del que era capaz de explicar, porque él no era como *El Monstruo*, no lo era, y no merecía estar apartado de la niña.

—¿Qué vas a hacer? —Kurt estaba sentado en el sillón, inclinado hacia adelante y con los codos apoyados en las piernas, mirando a su amigo con preocupación.

—Quiero que figure legalmente como mi hija, que lleve mi apellido. Quiero verla crecer, tenerla a mi lado.

—¿Y si Alana se niega?

—No se negará. Llamó a la niña como mi madre. Eso tiene que significar algo. Si me odiara, no lo hubiera hecho, ¿no crees? —miraba a Kurt con cierto anhelo.

—Sigues estando loco por ella, Travis. ¿Por qué carajo la alejaste de ti? —el gigante de barba movía la cabeza a derecha a izquierda, incrédulo.

—Es complicado... —ambos permanecieron en silencio unos segundos, entonces Kurt volvió a hablar.

—Le puso a la niña el nombre de tu madre... ¿Cómo lo sabía Alana? —Travis levantó la manga corta de su camiseta de *Metallica* y le mostró el tatuaje. Kurt lo había visto cientos de veces en los vestuarios de la comisaría y en los del gimnasio también, pero nunca se había fijado en que el dibujo tribal escondía un nombre de mujer. Pensó en su propio tatuaje, también en el hombro. Aún llevaba sobre su piel el nombre de Olivia.

—Alana me preguntó quién era Melissa. Le dije que era mi madre. No puede ser casualidad que haya llamado así a la niña, ¿no?

—¡Joder! ¿Pero qué os pasa? Si yo estuviera tan loco por alguien que, a su vez, está loca por mí, no la dejaría escapar por nada del mundo y vosotros, par de imbéciles, no hacéis más que poner os obstáculos el uno al otro...

—¿Por qué no me dijo nada de la niña? —Kurt lo miró con los ojos muy abiertos tras escucharlo.

—¿Me lo preguntas en serio? No volvió a saber de ti, no quisiste siquiera hablar con ella para darle una explicación... ¿Qué esperabas?

—Un hijo es algo serio. ¡Tengo derecho a saber que soy padre, maldita sea! —Travis estaba volviendo a enfadarse, notaba cómo la ira se iba apoderando de él.

—Probablemente creyó que te desentenderías del tema y quiso ahorrarse el mal trago de ser despreciada otra vez —comentó Kurt—, pero si quieres ver a la niña, si quieres ejercer de padre, lo mejor será que hables con ella, que hagas las cosas bien.

Travis se quedó pensativo. Hacer las cosas bien..., Alana no parecía estar dispuesta a que él se acercara a la niña, pero debía intentarlo antes de emprender cualquier acción legal. No quería entrar en guerra con ella. Le importaba demasiado aquella mujer.

\*

Priscilla estaba sentada en su habitación y, mientras tanto, Alana hacía su cama y el profesor Darrow recogía el desorden de ropa que había en el suelo.

—John, ¿no sería bueno que comenzáramos a preparar el cumpleaños de Megan? Si queremos que vengan payasos y que haya actuación musical, no podemos esperar hasta el último momento —dijo Priscilla mirando a su marido.

—Claro que sí, cariño. Comenzamos a organizar la fiesta cuando tú quieras —le respondió el profesor Darrow con una sonrisa triste. Megan era su sobrina, la hija de la hermana de Priscilla. En la actualidad tenía treinta años y vivía con su marido y sus dos hijos en Toronto. Priscilla la adoraba y desde que el Alzheimer había avanzado, en los escasos momentos en que lograba recordar algo, su mente se había quedado anclada en los años en que Megan era aún una niña y pasaba largas temporadas con ellos. De hecho, desde que estaba enferma, la hermana de Priscilla les había permitido vivir en aquella casa, donde ambas habían pasado su adolescencia, porque parecía ubicarse mejor en aquellas habitaciones de su juventud, como si recordara el pasado con mayor nitidez que el presente más inmediato. El profesor Darrow no podría permitirse un lugar como aquel. La pareja había vivido siempre en una apartamento modesto dentro del campus de la universidad.

Alana estaba terminando de hacer la cama en silencio. Intentaba pasar desapercibida. Si no hacía demasiado ruido y no hablaba, Priscilla ni siquiera se percataba de su presencia. Si se fijaba en ella, enseguida se daba cuenta de que era una desconocida y a veces reaccionaba bien, pero otras, tenía una de sus pequeñas crisis de desconcierto. Había terminado de colocar los almohadones cuando oyó el teléfono. Caminó despacio a través de la habitación y cerró la puerta tras ella con sumo cuidado.

—¿Sí, quién es?

—¿Alana? Soy Travis —se hizo un silencio—. Necesitamos hablar.

—Creí que habías dicho que solo tendríamos contacto a través de

abogados —a ella le costaba verdaderos esfuerzos no ponerse a llorar. Estaba asustada... ¿Y si él pretendía quitarle a la niña?

—Estaba cabreado. Creo que lo mejor es que tratemos de ser civilizados, ¿no te parece? Me gustaría que habláramos de Melissa —al pronunciar su nombre, la voz de Travis tembló ligeramente.

—Quieres quitármela, ¿no es cierto? Vas a pedir la custodia —el corazón de la joven comenzó a latir con fuerza. Travis podría haberla calmado diciéndole que esa no era su intención, pero no quería rebelar tan pronto sus intenciones. Tenía que negociar con ella.

—Lo que quiero es que hablemos sobre la niña. ¿Te parece bien que quedemos esta tarde en alguna cafetería del centro? Dime la hora y el lugar que te venga bien.

—Si lo que quieres es arrebatármela... —comenzó a decir ella.

—Si mi intención fuera arrebatártela sin más, no te habría llamado para hablar. Quiero que resolvamos las cosas de forma pacífica, pero si te niegas a que tenga contacto con Melissa...

—¡De acuerdo, hablemos! —la respuesta de Alana fue cortante, casi furiosa—. En el *Dopp's* a las cinco y media de la tarde.

—Lleva a la niña —las palabras de Travis sonaron como una orden.

—No —Alana respondió de forma visceral.

—Es mi hija y quiero verla —insistió él.

—¡No!

—Mira, Alana, será mejor que no empecemos con mal pie. No te he mandado a los abogados, trato de llegar a un acuerdo. Necesito un gesto de buena fe por tu parte. Trae a la niña. Ayer ni siquiera pude verle bien la cara —su voz seguía sonando imperativa.

—En el *Dopp's* a las cinco y media —tras estas palabras de confirmación ella colgó, sin comprometerse a llevar a la niña.

\*



La señora Longstone parecía contrariada. Su voz sonaba, a través del teléfono, perpleja. Travis sujetaba el auricular contra su hombro porque tenía ambas manos ocupadas en hacer unas tortitas para el desayuno y en esos momentos estaba dándoles la vuelta en la sartén. Sabía que tenía que llamar a Kate Longstone para contarle todo lo referente a Melissa y aquel era un momento tan bueno como otro cualquiera, aunque estuviera ocupado.

—¿Una niña, dices? —el tono de la anciana era levemente chillón, como siempre que recibía una sorpresa—. ¿Pero por qué no me avisaste antes, cariño? ¿Y por qué no trajiste a tu novia para que la conociéramos?

—Es complicado, mamá Kate —dijo Travis—. Alana, en realidad, no es mi novia.

—Ah, ya veo... Era algo pasajero y se quedó embarazada... ¿Pero a ti te gusta esa tal Alana? —aquella era una de las típicas preguntas de la señora Longstone, porque le servía para calibrar los sentimientos de Travis. Estaba loca por verlo casado y con niños, así que siempre que iba a Oregón a visitarla, trataba de emparejarlo con las hijas de sus vecinas. Le preguntaba: “¿No te gusta esa?” y la respuesta era idéntica cada vez, siempre en tono de broma: “A mí me gustan todas, mamá Kate, parece mentira que aún no me conozcas”. En esta ocasión, en cambio, hubo un largo silencio por parte de él, de modo que se lo preguntó una vez más—. ¿Ella te gusta, Travis?

—Esa no es la cuestión, yo...

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la anciana, alborotada—. ¡Oh, Dios mío! ¡Phil, cariño, ven, Travis se ha enamorado!

A través del auricular Travis oyó los pasos apresurados del señor Longstone haciendo retumbar las viejas tablas de madera del suelo.

—No hagas un mundo de esto, mamá Kate, por favor —le pidió él. La señora Longstone no le hizo caso y habló con su marido.

—Cariño, Travis se ha enamorado y ha tenido un bebé.

—¿Un bebé? —gritó el señor Longstone—. ¿Qué demonios...? Pásame el teléfono, Kate, que quiero hablar con el chico. ¿Travis, estás ahí?

—Estoy aquí, Phil —la voz del joven sonaba resignada. Adoraba a los Longstone, eran su única familia, pero a veces resultaba agotador aguantar sus charlas casamenteras.

—A ver, muchacho, cómo es eso de que tienes un bebé y te has

enamorado... ¿Cómo no nos has dicho nada?

—Hace pocos días que me enteré de que era padre —con Phil, Travis siempre era un libro abierto. Era la única persona con la que hablaba franca y abiertamente.

—¿Por qué te lo ocultó la madre del bebé? —sonaba preocupado.

—Alana, se llama Alana. Imagino que me lo ocultó porque antes de que ocurriera nada entre nosotros yo le dije, y cito textualmente, que prefería lanzarme de cabeza desde el monte Rushmore que ser padre.

—Oh, vaya, ya veo... —por el tono de voz del anciano, el detective supo que se avecinaba una charla muy, muy seria.

—Tampoco ayudó que después de acostarme con ella no volviera a saber de mí, a pesar de que lo que tuvimos no fue algo sin importancia, más bien todo lo contrario.

—Oh, chico, la has jodido bien —murmuró. Travis oyó cómo su esposa le gritaba, a lo lejos: “¡No uses ese vocabulario en mi casa!”—. La chica... Alana, ¿te gusta?

—Estoy loco por ella —declaró con sinceridad arrolladora—. Jamás había sentido nada así por nadie. Mantenerme lejos de ella ha sido lo más difícil que he hecho en mi vida, pero tú mejor que nadie sabes que yo no puedo...

—¡No, basta! Estoy harto de oírte decir idioteces. Construyes muros a tu alrededor para mantener a distancia a todo el mundo, ¿y por qué?, por las paranoias de tu pobre madre. Era una buena mujer, pero no estaba en su sano juicio, Travis. El miedo la hizo enloquecer. *El Monstruo* jamás se ha acercado a ti. ¿Crees que si él hubiera llegado hasta ella para matarla, no habría averiguado tu paradero? Siempre me pareció una estupidez que te dejara con nosotros. Os enviabais cartas, ¿en serio crees que *El Monstruo* no habría encontrado alguna si hubiera llegado hasta ella? Él no sabe de tu existencia. Maldita sea, supera ya eso, olvídalo —Travis se daba cuenta de que Phil tenía buena intención, pero él no sabía hasta dónde podía llegar *El Monstruo*. No manejaba toda la información a la que él, por ser detective de la policía de Miami, tenía acceso.

—Phil... —comenzó a decirle.

—No, Travis, no. Ya eres un hombre y tienes responsabilidades. Sabes lo

que debes hacer, ¿o acaso tengo que decírtelo yo? Si Alana es tan importante para ti, recupérala, y sé para esa niña el mejor padre que pueda soñar. Eso es lo que debes hacer y eso es lo que harás.

—Sí, Phil, lo que tú digas —era una expresión muy suya. “Lo que tú digas”, pero en esa ocasión sabía que el anciano estaba en lo cierto: eso era justo lo que debía hacer. Lo que quería hacer.

—Y otra cosa: Kate y yo queremos conocerlas, a Alana y a la niña. Hace seis meses que no vienes a vernos y el mes pasado dijiste que tenías pendientes tus vacaciones. ¿Estás en algún caso importante ahora?

—No, pero...

—Sin peros, Travis. Somos tu familia y queremos conocer a tu mujer y a tu hija. Así de simple. Porque me imagino que cuando al fin vengas a vernos ya habrás solucionado ese pequeño problema, ¿verdad? Ya te habrás hecho perdonar por Alana para entonces, ¿no? —el anciano escuchó la risa de Travis al otro lado del hilo telefónico.

—Deberías haber sido político, Phil. Menudo poder de persuasión...

—Conquistala, Travis. Estoy seguro de que sabes hacerlo. Deja simplemente que llegue hasta ti, que te conozca. No levantes más murallas, hijo...

Aún hablaron varios minutos más antes de despedirse, pero la conversación giró en torno al colesterol y la tensión alta de Phil y al dolor de huesos de Kate, que se acentuaba por el clima frío y húmedo de Oregón. Travis le propuso que pasaran una temporada en Florida con él, pero respondían lo mismo de siempre: “No podemos dejar solo al chico”. En esos momentos tenían a su cargo a Harrison, un huérfano de catorce años. “Además sabes que este será nuestro último niño. Ya no tenemos edad para que nos confíen a más, así que no voy a perderme ni un segundo de estar con él”, declaró Kate.

## CAPÍTULO 8

**E**L *Dopp's* quedaba cerca de Lincoln Road y era una cafetería con estética de los años cincuenta. Cuando Alana entró, empujando el carrito de Melissa, Travis ya ocupaba una mesa cercana a los ventanales del fondo, a través de los cuales se veía el amplio paseo bordeado de palmeras. Sonaba *Love me tender*, de Elvis Presley. El detective se levantó de inmediato, en cuanto las vio, y saludó a la joven con un leve movimiento de cabeza. Se acercó entonces para ver a su hija, que dormía plácidamente en su capazo. Iba vestida con un trajecito de color verde claro y parecía un ángel, con su cabello rubio y su nariz de botón. No se atrevió a tocarla por miedo a que se despertara. Alana lo observó con escepticismo.

—¿Nos sentamos? —le dijo con cierta inquietud. Y, sin mediar palabra, Travis tomó de nuevo asiento. La camarera se acercó de inmediato para preguntarle a ella qué deseaba tomar y apenas tardó nada en traerle su café con hielo. Travis bebía una cerveza. Solo cuando la camarera se alejó, Alana lo miró fijamente—. Bien, ¿qué es lo que quieres?

—Respuestas —le dijo. Ella frunció los labios—. ¿Tienes una mínima idea de lo que ha supuesto para mí enterarme de que soy padre de esta manera?

—Ni lo sé, ni me importa —le espetó, pero podría preguntarle, a su vez, si tenía una mínima idea de lo que había supuesto para ella que no volviera a llamarla tras la noche que habían pasado juntos—. Por cierto, ¿cómo te enteraste de la existencia de Melissa?

Travis no estaba dispuesto a contarle la verdad, no quería que supiera

hasta qué punto la había echado de menos durante aquel año y cómo había tenido que controlarse férreamente para no ir a buscarla más de un millón de veces, porque entonces Alana le preguntaría qué era lo que le había impedido acercarse de nuevo.

—Te vi un día por la calle con la niña y até cabos —mintió. El pulso comenzó a acelerársele al tenerla tan cerca. La notaba muy cambiada, como si la maternidad la hubiera convertido en una mujer distinta, más madura. Vestía de forma discreta, con unos simples pantalones oscuros y una camisa amarilla. Lejos quedaban sus diminutos vestidos y sus *shorts*. Seguía siendo la mujer más sexy que había conocido jamás, pero ahora la discreción de su atuendo le daba un aire más elegante.

—¿Me viste paseando un bebé y supusiste que era tuyo, tras pasar una sola noche juntos? ¿Qué te hace creer que no hubo más hombres que tú en mi cama durante aquel tiempo? —el gesto de Alana era frío e indescifrable. Todo su cuerpo estaba tenso ante la cercanía de Travis.

—Fue una intuición —le dijo él, con esa sonrisa de condescendencia que detestaba, como si supiese lo importante que había sido para ella. Se hizo un silencio largo. Él miró de nuevo el interior del cochecito, donde Melissa seguía durmiendo—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque preferías arrojarte desde el monte Rushmore que ser padre. Esas fueron tus palabras exactas. Además, nunca volviste a llamarme. Creí que la decisión de tener a la niña era mía y que tú lo desaprobabas. No quería enfrentarme a ti con algo tan delicado. Un solo polvo y me quedo embarazada. Estaba segura de que dirías que no era tuyo, así que... —había cierta amargura en su voz.

—Dos —puntualizó él.

—¿Qué? —Alana no comprendía.

—No fue un polvo, sino dos —él hablaba muy serio, pero ella creyó ver cierta diversión en sus ojos. No entendía su maldita actitud. No quería ser padre, pero reclamaba a Melissa y parecía tomarse con cierta diversión lo que le estaba contando—. ¿No tenías dinero para abortar? ¿Por eso seguiste adelante con el embarazo?

—¡Claro que no! La tuve porque deseaba tenerla. Es mi bebé, independientemente de quién sea el padre —lo miró furiosa. Travis tenía una

necesidad casi dolorosa de abrazarla, de besarla.

—Me sentí como un apestado cuando supe que me habías ocultado la existencia de la niña —se sinceró—. No voy a permitir que las cosas sigan así. Quiero un régimen de visitas, quiero que lleve mi apellido... Por cierto, ¿cuál es su segundo nombre?

—Duncan —reconoció ella, sonrojándose. Él abrió mucho los ojos y se incorporó en la silla, separándose del respaldo.

—¿Le pusiste mi apellido como segundo nombre? —parecía incrédulo, pero al mismo tiempo estaba encantado, entonces murmuró el nombre de la niña—. Melissa Duncan Keller...

—Pensé que nunca llevaría Duncan como apellido, así que se lo puse como nombre —se sonrojó aún más al reconocerlo. Travis la miró con tal intensidad que el corazón comenzó latir enloquecido y tuvo que recordarse que ella detestaba a ese hombre, que jamás lo perdonaría.

—Debemos buscarle un segundo nombre, ya que finalmente sí llevará Duncan como apellido —Travis seguía mirándola sin pestañear. Se dio cuenta de que entre ellos no existía ya aquella corriente eléctrica que había un año atrás. Alana estaba demasiado enfadada para que su cuerpo fuera receptivo a las señales emitidas por el de Travis.

—Me gusta Jane —dijo ella—. Melissa Jane Duncan suena bien.

Travis no dijo nada, simplemente la miraba. No solo la corriente eléctrica entre ambos había desaparecido, tampoco el tintineo del cascabel que tanto lo enloquecía acompañaba los movimientos de Alana.

—¿Cuántos meses tiene Melissa?

—El día veintisiete hará tres —respondió Alana. Travis sonrió.

—¿Cómo fueron el embarazo y el parto?

—No tuve antojos, ni problemas. El parto fue natural. Nació a las nueve de la noche —ella no estaba dispuesta a dar más datos que los puramente objetivos, ninguna concesión a sus sentimientos ante el nacimiento de su primera hija.

—¿Estabas sola? —imaginarla sin compañía en el hospital y durante el embarazo le dolía.

—No —dijo secamente.

—¿Te acompañaba el tipo que me abrió ayer la puerta? —Alana no

respondió—. ¿Quién es?

—Eso no te importa —lo cortó.

—Sí me importa. Vive con mi hija —Travis sonaba cada vez más imperativo. Sabía que no era el mejor modo de congraciarse con Alana, pero no podía evitarlo. Quizás no fuera el amante de ella, pero había asistido al nacimiento de su hija y había vivido con ella. No podía evitar sentirse celoso —. ¿Trabajas para él? Te llama señorita Keller, así que imagino que no es un familiar.

Alana permanecía en silencio. Había apartado la mirada de Travis y estaba concentrada en las palmeras mecidas por la suave brisa de la tarde que veía a través del ventanal. Como sabía que no iba a recibir respuesta, él cambió de tema.

—Quiero solucionar lo del apellido cuando antes —le dijo.

—¿No vas a hacer las pruebas de paternidad? —ella volvió a mirarlo. Sus ojos azul tormenta eran dos brasas y sintió aquella vieja sensación de debilidad en las rodillas cuando él la miraba.

—No —durante unos segundos se miraron a los ojos, justo hasta que la niña comenzó a lloriquear. Ambos se volvieron hacia ella. Alana se apresuró a ponerle el chupete—. ¿Puedo...?

Ni siquiera terminó de decirlo cuando Alana sacó a la niña de su capazo y se la colocó en los brazos. Travis estaba nervioso, las manos le temblaban y sentía un nudo en el estómago. La niña movía los bracitos y las piernitas y parecía contenta, aunque los brazos que la agarraban eran torpes e inseguros. Observó los rasgos de su hija, los ojos azul tormenta y aquel hoyuelo en la barbilla idéntico al suyo. Observó sus manos diminutas. La emoción se unió al miedo. Debía protegerlas a ambas de *El Monstruo*, pero ese era un tema complicado. Todavía no sabía cómo decirle a Alana que contrataría a un guardaespaldas para ellas. Desde que supo de la existencia de la niña y, por lo tanto, se había dado cuenta de que no podía permanecer alejado de Alana, había planeado lo del guardaespaldas. A ellas no les ocurriría lo mismo que a su madre. No permitiría que *El Monstruo* se acercase a Alana y a Melissa.

—Hola, Mel. Soy papá —cuando Alana escuchó aquel diminutivo en boca de Travis y vio la dulzura con la que miraba a la niña, a punto estuvo de echarse a llorar—. Siento haberte traído a un mundo tan jodido como este,

pequeña, pero ahora que estás aquí intentaré hacerlo bien —se inclinó para besarla y Alana torció la cara para que él no viera que los ojos le brillaban por las lágrimas.

—Y el régimen de visitas del que hablabas —dijo ella, sin volver el rostro para mirarlo—, ¿cómo sugieres que sea: los fines de semana, cada quince días,...?

—Tantas veces como sea posible —le dijo—. Querría verla todos los días... ¿Cómo va a reconocirme si apenas me ve?

—¿Todos los días? Es complicado. Tengo que trabajar...

—Puedo quedarme con la niña cuando no trabaje. Aprenderé a darle el biberón, a cambiar pañales,... Enséñame y aprenderé —había tanta ansiedad en sus palabras que Alana comprendió que realmente deseaba estar cerca de Melissa.

—¿Por qué? No querías tener hijos... ¿Por qué pareces tan encantado con Melissa? —Travis la miró unos instantes, pensativo.

—Este mundo es una mierda, Alana. Quería evitarle a un hijo mío la desgracia de vivir en un lugar lleno de miseria y maldad. Además, digamos que mi herencia genética no me hace sentir demasiado orgulloso y no quería traspasársela a un pobre bebé inocente, aunque viéndola tan perfecta, he debido de transmitirle lo mejor de mí, sinceramente —murmuró.

—No es eso —declaró Alana muy seria—. Si es tan maravillosa es porque se parece a mí. De ti solo ha heredado los ojos.

—Y el hoyuelo de la barbilla, y el color del pelo... De pequeño, también yo era rubio —Travis estaba sonriendo ante las palabras de ella.

—Ahora que lo dices, también debe de haber heredado tu carácter. No veas cómo se pone cuando tiene hambre —declaró, y la sonrisa de Travis se amplió aún más.

—De acuerdo, quedamos entonces en que lo bueno lo ha heredado de ti y lo malo de mí, ¿no? —Travis parecía divertido, pero el rostro de Alana permanecía completamente serio.

—Exacto.

Permanecieron de nuevo en silencio unos instantes. Comenzó a sonar *Always on my mind*. Aquella debía de ser la tarde de Elvis Presley en el *Dopp's*. Alana miró su reloj.



—Tengo que marcharme —al escucharla, Travis se mordió la lengua para no protestar.

—¿Podré ver a la niña mañana?

—Sí —respondió Alana sin mirarlo. Él colocó a Melissa en su capazo con sumo cuidado y esta comenzó a llorar y a mover sus bracitos, como si echara de menos el contacto con su padre.

—¿Aquí, a la misma hora? Mañana es mi día libre —Alana asintió y salió de *Dopp's* sin decir ni una palabra más.

\*

Alana y el profesor Darrow preparaban la cena mientras Priscilla dormía una de sus eternas siestas tras la merienda. A veces estas siestas se dilataban tanto que ni siquiera se despertaba para cenar y dormía de un tirón hasta las cuatro o cinco de la mañana. Melissa llevaba más de media hora dormida en su cuna también. Estaban esperando a que el *roast beef* se enfriara para servirlo. La cocina olía al tomillo que habían utilizado para la receta.

—¿Confías en él? —preguntó el profesor Darrow, preocupado por el trato verbal al que había llegado Alana con el detective—. ¿Estás segura de que no quiere quitarte a la niña?

—Sí, estoy segura. Parece que quiere hacer las cosas por la vía pacífica. Tendrías que haberlo visto con Melissa... No me lo podía creer. Realmente quiere ejercer de padre. No me lo explico, porque parecía muy convencido de no querer hijos, pero Melissa lo encandiló —la joven sonrió por un segundo, pero después volvió a ponerse seria. La relación de Travis con Melissa era una cosa, pero la relación con ella era otra bien diferente.

Alana se sentó en la mesa de la cocina mientras observaba cómo el profesor se acercaba a comprobar si el *roast beef* ya se había enfriado. Se oyó entonces un golpe seco, como si algo muy pesado se hubiese desplomado en el suelo. Se miraron asustados y exclamaron al mismo tiempo: “¡Priscilla!”. Corrieron en direcciones opuestas, completamente sincronizados, sabiendo

cada uno lo que debía hacer: el profesor Darrow se apresuró a llegar a la habitación de su esposa y Alana se dirigió al teléfono para llamar a una ambulancia.

\*

Travis comenzó a preocuparse cuando el reloj marcó las cinco y media y Alana no había dado señales de vida. El día anterior había llegado a la cita con puntualidad británica. No quería que el terror hiciera presa en él, podría haberle ocurrido algún incidente sin importancia y por eso se retrasaba, pero... ¿Y si *El Monstruo* había dado con ella y con la niña? Qué mejor forma de hacerle daño que dañándolas a ellas... Antes de abandonar el *Dopp's*, le dejó una nota a la camarera, la misma mujer del día anterior, para que se la entregara a Alana en caso de que llegara tarde y no lo encontrara allí. Travis fue a buscarla a su casa. El trayecto en coche hasta Coconut Grove lo hizo en una exhalación, superando todos los límites de velocidad, con una sensación de ahogo que le dificultaba incluso respirar. Llamó a la puerta y nadie respondió, los minutos iban pasando y cada vez estaba más aterrorizado. Apoyó ambas manos en la puerta de entrada de la casa, deseando gritar, tirarla abajo a patadas. ¿Y si ocurría como con su madre? ¿Y si no volvía a saber nada de Alana y de Melissa? Sentía el corazón latiendo desbocado en su pecho y el sudor resbalándole por la espalda. Dio una vuelta alrededor de la casa, por si había alguna ventana abierta por la que se pudiera colar, pero todas estaban bien cerradas, así que forzó la puerta trasera con una pequeña ganzúa. Por ella se accedía directamente a la cocina. Miró a su alrededor y vio sobre la encimera el *roast beef* que nadie había tocado y la mesa preparada para dos personas. Una flojera extraña se apoderó de su cuerpo. ¿Dónde demonios estaba Alana? Recorrió las distintas habitaciones de la casa. Había tres que parecían ocupadas. Dos de ellas las miró desde la puerta, sin entrar, pero cuando llegó a la que tenía la cuna, sus pasos se dirigieron hacia el interior con esa sensación extraña de estar viendo la escena de un

delito. Alguien se había marchado de allí a toda prisa: había ropa sobre la cama, mantitas desordenadas dentro de la cuna de la niña. Y por lo poco que conocía a Alana, sabía que ella era muy ordenada. Angustiado, aterrorizado, Travis se tapó el rostro con ambas manos. ¿Se las había llevado algún amigo de *El Monstruo*? Agarró con fuerza una de las camisetas que había sobre la cama y la olió. El aroma inconfundible de Alana lo envolvió y el nudo en el estómago amenazaba con hacerlo llorar. Tomó entre sus manos uno de los peluches que había en la cuna de la niña. Estaba tan asustado que tiritaba de frío, aunque la última vez que había comprobado la temperatura, en el coche, indicaba más de treinta grados. Había algo peor que la muerte de un ser querido, lo sabía bien. La desaparición era aún peor. No saber si estaba vivo o muerto, desconocer lo que le había ocurrido... Se paseó de nuevo por las otras habitaciones, sin soltar la camiseta de Alana ni el peluche de Melissa. Solo entonces, al acercarse a la ventana de uno de los dormitorios, comprobó que había un espejo roto tras la cama, también había mantas en el suelo y un portarretratos caído, como si alguien se hubiera resistido en un forcejeo. Un dolor intenso comenzó a palparle en las sienes y dudó si llamar a la policía. Finalmente decidió no hacerlo. Hasta pasadas cuarenta y ocho horas no las darían por desaparecidas y, además, tampoco sabía cómo explicar su presencia en aquella casa. Al fin y al cabo, era un allanamiento de morada.

Cuando regresó al dormitorio de Alana, le temblaban las piernas. Se echó en la cama para captar su olor en la almohada. No iba a poder soportarlo. Otra vez no. No podría soportar la desaparición de Alana y de Melissa. Llamó por teléfono al *Dopp's* para comprobar si había ido por allí. Nada. Absolutamente desesperado, se tumbó en la cama y sintió en los ojos el escozor que anticipaba las lágrimas.

## CAPÍTULO 9

CUANDO, horas más tarde, Alana abrió la puerta de su habitación, con Melissa en brazos, vio a Travis sentado en su cama con un arma en la mano, apuntándola.

—¿Pero qué demonios...? ¿Estás loco? ¡Aparta el arma ahora mismo! —susurró, al tiempo que apretaba a la niña somnolienta contra su pecho, como si quisiera protegerla de él. Travis se levantó lentamente de la cama, puso el seguro en el arma y la enfundó de nuevo. Sabía que su voz iba a sonar temblorosa.

—¿Dónde carajo has estado? Te esperé en el *Dopp's* durante no sé cuánto tiempo, loco de la preocupación, creyendo que te había pasado algo.

—¿Pero qué me iba a pasar? —ella lo miraba extrañada—. Surgió un inconveniente de última hora y no me acordé de avisarte. ¿Cuándo alguien se retrasa, siempre lo esperas apuntándole con una pistola? —preguntó ella un poco molesta—. ¿Cómo has entrado en casa? ¡No me lo digas: has forzado la cerradura! —rió con cierto gesto cínico y mirada burlona—. Dios, debías de estar verdaderamente preocupado. Un buen ciudadano como tú no comete allanamiento de morada —la sonrisa de su rostro molestó a Travis.

—¿Te parece gracioso?

—¿El qué? ¿Que te comportes como si nos hubieran secuestrado o como si yo huyera con la niña para fastidiarte? La verdad es que sí, me resulta gracioso —se acercó a la cuna y sacó las mantas revueltas para acomodar a Melissa, que estaba adormilada. Después se dio media vuelta para enfrentarse a él—. No te comportes como un novio celoso, porque no te lo voy a permitir.

Hago lo que quiero cuando quiero sin rendirle cuentas a nadie y mucho menos a ti, ¿de acuerdo? —había un fulgor extraño en su mirada. Lo estaba retando.

—Por mí, perfecto. Puedes hacer lo que te dé la gana. Puedes desaparecer, si te apetece, pero no con mi hija —él se acercó a la cuna y besó la cabecita de la niña, después se encaminó hacia la puerta del dormitorio y, justo antes de abandonarlo, soltó la bomba. Era algo que acababa de decidir en esos instantes, algo que sabía que a Phil y a mamá Kate les haría ilusión y que él necesitaba: regresar a casa—. Por cierto, te comunico que me voy a llevar a Melissa a Oregón unas semanas.

—¿Qué?! —escuchó la voz de Alana mientras recorría el pasillo hacia la puerta principal. Sabía que ella no dejaría que viajara solo con la niña. Sabía que los acompañaría, que irían los tres a Oregón—. No te llevarás a mi hija a ninguna parte, ¿te enteras? Y menos a Oregón... ¡Está lejísimos! ¿Qué demonios hay en Oregón que sea tan importante?

—Mi familia —declaró él con solemnidad, dejándola muda por unos segundos—. Creo que es normal que desee que conozcan a mi hija, ¿no?

Alana se mantuvo en silencio, mirándolo unos instantes. De acuerdo, comprendía a Travis. Su petición era de lo más normal, pero aquel no era un buen momento.

—Es muy pequeña, me necesita. No puedes llevártela —le dijo entonces. A Travis le pareció extrañamente conciliadora y su mirada lo delató: había ternura en los ojos de él... Ternura y algo más. Ella se envalentonó, porque había encontrado su punto débil. Si era amable, lo desarmaba—. Te entiendo, de verdad. Yo no tengo familia, quizás por eso valoro tanto lo que acabas de decir...

—¿No tienes familia? —él frunció el ceño.

—Bueno, mi madre sigue viviendo en Los Ángeles, imagino, pero no nos hablamos desde que tengo dieciocho años, así que no, no tengo familia — Travis deseó abrazarla. También su voz sonó conciliadora.

—En unos días comienzan mis vacaciones y voy a tomarme, además, unos días libres extra. En total, cinco semanas. Es mi única oportunidad para ir a Oregón este año. Ven con nosotros. No quiero separar a Melissa de ti —había un fuego en su mirada que la hizo estremecer, ¿acaso aquello era deseo? No podía ir con él. ¡No podía! Mantener a raya todo lo que sentía estando a su

lado le suponía un esfuerzo titánico. Había deseo, había dolor, había mucha rabia... Todo eso sería muy difícil de manejar si convivían juntos.

—No puedo ir contigo... Es más: ¡no quiero ir contigo! —ella sonaba segura y enfurecida.

—Vamos, Alana, ¿a qué tienes miedo? ¿A que te guste pasar tiempo conmigo? ¿A que descubras que no soy tan cabrón como quieres creer y eso te deje sin argumentos para odiarme? —colgó una de sus medias sonrisas de los labios y ella apretó los dientes, enfadada.

—Tengo trabajo.

—Trabajas para ese tipo que me abrió la puerta el otro día, estoy seguro. Se ve a leguas que te trata casi como a una hija, así que no me vengas con esas. Seguro que te permite faltar unas semanas al trabajo...

—¿Pero tú qué te crees, que puedes entrar y salir de mi vida cuando quieras y que te lo voy a permitir? —su rostro estaba enrojecido por la furia. Travis sabía que se sentía humillada por él, que aún le dolía que no la hubiera vuelto a llamar después de la noche que pasaron juntos. Sabía que ella no lo había perdonado y no la culpaba.

—Lo siento. Siento de verdad haber sido tan cabrón contigo, pero ahora quiero hacer las cosas bien. Me esforzaré para ser el mejor padre posible para Melissa y para ser un buen amigo para ti, si me dejas —había utilizado la palabra “amigo” con cautela. Pisaba un suelo minado y no quería dar pasos en falso. Exponerle sus verdaderas intenciones habría dado al traste con aquel viaje a Oregón—. Si haces esto por mí, si permites que lleve a la niña a conocer a mi familia y nos acompañas, jamás volveré a exigirte nada, excepto las visitas que regularice el juez. Te lo prometo.

—Vete. Me lo pensaré —fue todo lo que dijo. Tenía los brazos cruzados a la altura del pecho y el ceño fruncido. Nada de lo que él le había dicho disminuyó su enfado. ¿Sentía haber sido tan cabrón? Más lo sentía ella, que había sufrido las consecuencias de sus cabronadas: el abandono, la humillación, la soledad, el absurdo de sentirse enamorada de alguien para quien no significaba nada. Lo vio salir de la casa y subirse a su todoterreno. Cuando al fin cerró la puerta, solo quería llorar.

\*

Alana no tenía por qué decirle que sí y lo sabía. No tenía por qué permitir que la niña fuese a Oregón y mucho menos acompañarlo, pero estaba segura de que si se negaba, todo se complicaría entre ellos. Travis podía contratar a un abogado y ella podría salir perdiendo. Temía que si se oponía demasiado a él, podía utilizar en su contra su pasado como ladrona de poca monta. No quería perder la custodia de la niña, solo por eso aceptó ese viaje. Por eso y porque su petición no era descabellada. Sería difícil soportar su amargura, controlar su lengua viperina sin soltarle comentarios hirientes. El embarazo había sido tan triste. ¡Y el parto! Si el profesor Darrow no hubiera estado a su lado, comportándose como un padre, ¿qué habría sido de ella? No quería ni siquiera imaginárselo.

Dejar solo al profesor le dolía inmensamente y jamás habría accedido a ese viaje en un momento delicado como aquel si la hermana de Priscilla y su marido no hubieran llegado desde Canadá para pasar una temporada con él. Sabía que no estaba solo y, aun así, alejarse del anciano le dolía. Pero no serían cinco semanas, tal y como había dicho Travis. Alana se inventaría algo para regresar a Miami. Estaría fuera quince días como mucho.

\*

Colter Bronstein y *El Monstruo de Florida* no se veían desde hacía años, tras publicarse aquel libro que había enfurecido tanto a Skald. El periodista no tenía muy claro cómo iba a recibirlo ni qué era lo que quería. La curiosidad lo estaba matando. Cuando iba a entrevistarle a la cárcel, en el pasado, ambos se llamaban por sus nombres de pila y, en ocasiones, Colt se descubrió riendo con él de algunos de sus comentarios ácidos sobre la actualidad política o cultural. Producía ese efecto en la gente que lo conocía. Tenía un encanto natural y una elegancia poco común, de caballero de otro siglo. Fue ese

malestar por confraternizar con él lo que llevó a Colt a investigar la infancia de Hans Skald y descubrió horrores que lo hicieron compadecerse del niño que había sido, aunque odiaba los crímenes que cometió siendo adulto. De alguna manera llegó a comprender que se hubiera transformado en un monstruo. ¿Quién no perdería la cordura, el alma y hasta el último rastro de humanidad si hubiese vivido lo que Hans Skald vivió de niño? Colt sabía que cuando mataba a esas pobres mujeres, en realidad, a quien estaba matando una y otra vez era a su propia madre, Gudrun Skald, y no se lo reprochaba. Lo que le hizo aquella mujer era espeluznante.

El periodista entró en la sala de visitas y se encontró con un Hans Skald más anciano y más delgado, pero con su elegancia de otro siglo y su magnificencia intactas. Era un hombre que impresionaba.

—Hola, Colt —le dijo, con una media sonrisa.

—Hola, Hans.

Se sentó frente al preso y ambos se miraron directamente a los ojos. A Skald siempre le había gustado Colter Bronstein. Ya cuando era apenas un mozalbete recién llegado a la universidad, le parecía un hombre regio, derecho. Un hombre de verdad, de los que no agachan las orejas ni se dejan pisar, de los que presentan batalla. Su apretón de manos era firme sin ser excesivo y aquella manera de mirar directamente a los ojos, sin titubear, decía mucho de su carácter valiente y decidido. Los años le habían sentado bien.

—Te preguntarás qué quiero de ti —Skald fue directo al grano, como era frecuente en él.

—Pues sí.

—Gracias por venir desde Italia con tanta prisa, por cierto —le sonrió otra vez.

—¿Lo dudabas? No, no lo dudabas. Sabes que acudo cuando me llamas. Sabes lo mucho que me interesa tu caso —Colt había colocado ambas manos sobre la mesa.

—Lo sé.

—Pero dime, ¿me has perdonado lo del libro? —el gesto de Skald se torció ante la pregunta.

—No, pero lo pasaré por alto. Ese libro no debería haber visto la luz. Yo no fui ningún pobre niño perdido —dijo con tono firme.



—Fuiste algo mucho peor que eso y lo sabes. Me dejé decenas de anécdotas en el cajón del escritorio porque sabía que no querías que te vieran como una víctima, pero no era esa mi intención. No quería que te vieran como una víctima, sino que supieran lo que había ocurrido para que algo dentro de ti se rompiera —cada palabra de Colt hacía que los ojos del preso relampaguearan de furia.

—No busco que me comprendan. No busco perdón, ni arrepentimiento. ¿Por qué crees que me he conformado con la sentencia y no trato de cambiarla? Podría ir al Supremo, ¿pero para qué? He hecho todo lo que dicen que hice y aún más cosas que ni siquiera sospechan y hubo alguien más listo que yo que me echó el guante —pensó con orgullo en su hija Freya—, así que asumo las consecuencias. En eso consiste ser libre, ¿recuerdas que te lo decía en nuestras entrevistas? Ser libre es hacer lo que quieres y asumir las consecuencias.

—Tu hija merecía saber toda la verdad sobre tu vida —Skald cerró los ojos durante un segundo antes de responder nada. Colt lo conocía bien. Sabía lo que Freya significaba para él. Lo que no sabía era lo de Liv, ni tampoco sabía lo de su hijo.

—Freya no es mi única hija —le soltó a quemarropa—, por eso te he hecho venir. Necesito que me ayudes.

Lo puso en antecedentes. Le habló sobre Melissa Albert y cómo huyó de él. Le dijo que no era más que una loca que creía en la energía de la tierra y de las plantas, a todas horas estaba meditando. Una loca, sí, pero supo ver al demonio que había dentro de él, y no porque la hubiera tratado mal. Jamás trataba mal a sus mujeres. Nunca les hacía daño, pero algunas supieron detectar la maldad que anidaba en su corazón. Melissa lo había visto y huyó sin dejar rastro. Skald habría pasado página, pero encontró una prueba de embarazo que había dado positivo entre la basura y creyó morir de la impresión. Iba a ser padre. ¡Padre! Y ella huía de él. Tenía que encontrar a su hijo, no importaba lo mucho que costase. “Me das miedo”, le decía a veces Melissa. “Tu aura es negra y percibo un demonio latiendo dentro de ti”. Skald se preguntaba cómo ella podía saber eso. Jamás fue violento con Melissa; frío sí, incluso despreocupado y ausente. Pero violento jamás. Ella no se lo merecía. No era como aquellas otras que habían pasado por su sótano. Madres

pésimas que abandonaban a sus hijos o los maltrataban. Madres como la suya: hienas incapaces de dar amor y proteger a sus cachorros.

Le habló a Colt de cómo Melissa mantuvo al niño lejos de ella y de cómo, años después, estuvieron escribiéndose cartas hasta que ella murió víctima del alcoholismo. Le dijo a Colt que quería encontrar a su hijo y que solo conocía dos datos sobre él: que tenía treinta y tres años y que sus iniciales eran T. D. Quería ponerle una pequeña trampa para que él diera la cara: deseaba que Colt publicara un artículo sobre la muerte de Melissa Albert, explicando que Skald

solo pensaba revelar los detalles del lugar en el que estaba enterrado el cuerpo y las causas de la muerte al hijo de la víctima. Quería que Colt armara bastante revuelo, que diera a entender que era una nueva víctima suya y que había más, que no daría nombres si el hijo de Melissa Albert no iba a verlo y se lo preguntaba en persona.

—Imagino que no esperarás que salga de aquí y me ponga a escribir ese artículo para que aparezca publicado en el periódico vespertino de mañana... Nunca escribo sobre algo que no he investigado a fondo —Colt había escuchado toda la historia en absoluto silencio y le parecía peligroso embarcarse en semejante aventura sin tener todos los cabos atados.

—No esperaba menos de ti —le dijo Skald, verdaderamente satisfecho del hombre en el que se había convertido. Lo había conocido cuando era un estudiante universitario y ya había descubierto en él las cualidades que en la actualidad lo adornaban: perfeccionismo, honradez, fuerza de carácter y compromiso con la verdad. Le caía muy bien Colter Bronstein. Le caía verdaderamente bien, por eso se arrepintió de haber cortado toda comunicación con él durante los últimos años.

## CAPÍTULO 10

ALANA agradeció que, en el avión, su asiento y el de Travis estuvieran separados por un par de filas debido a que compraron los billetes apresuradamente, apenas dos días antes. Sin embargo, cuando llegaron al aeropuerto de Portland, descubrió que aún le quedaba una hora de viaje en coche y de esa intimidad no podía escapar. Él fue tan precavido que ya había alquilado por internet un todoterreno idéntico al suyo, con sillita para Melissa. Alana aceptó a regañadientes que la ayudara a meter el equipaje en el maletero, porque pesaba una barbaridad. Fue la única concesión que le hizo, pues se había empeñado en pagar su billete de avión y, en cuanto vio el coche, se apresuró a dejarle claro que compartirían los gastos de la gasolina. Travis ni siquiera se lo discutió, después del poco éxito que había tenido su negativa a que Alana pagara el billete de avión. Tampoco le importaba demasiado porque, en cuanto regresaran a Miami, pensaba ingresarle el dinero en el banco.

Tuvieron que alejarse bastantes kilómetros de Portland para que el paisaje norteño se mostrara en todo su esplendor. La carretera, solitaria y sin apenas curvas, transcurría paralela a un pequeño riachuelo y todo lo que la vista alcanzaba era maravillosamente verde. Por fin divisaron el cartel indicador de su destino: Renfield, 15 km. Habían permanecido en silencio todo el trayecto, a excepción del breve intercambio de palabras sobre pagar o no la gasolina a medias.

—No sabía que eras de California —le dijo Travis de pronto, recordando lo que ella le había contado acerca de que no mantenía contacto con su madre

y que esta seguía viviendo en Los Ángeles.

—No soy de California —indicó, sin la más mínima emoción en la voz. De tanto en tanto, miraba hacia atrás para comprobar si la niña seguía dormida.

—Creí que habías dicho que tu madre...

—Mi madre, supongo, seguirá viviendo en Los Ángeles, porque cuando llegó a la ciudad juró que nada ni nadie la haría mudarse de allí. Pero ni ella ni yo somos californianas. Cambiábamos cada pocos años de ciudad, de estado. Incluso vivimos un tiempo en el norte de México. Cuando mi madre se encaprichaba de un hombre, lo seguía allá donde este fuera. Siempre decía que ese hombre era el definitivo, que la trataba mejor que ninguno, que estaba loca por él... Pero todos dejaban de tratarla tan bien y ella ya no parecía seguir tan loca por ellos. Entonces nos mudábamos a otra caravana hasta que encontraba un hombre nuevo. Parecía tener imán para los que estaban a punto de mudarse y empezar de cero en otra parte... —mientras estaba hablando, observaba el paisaje a través de la ventanilla: los bosques, el riachuelo. Aquello parecía un documental de *National Geographic*.

—¿Y tu padre? —Travis la miró de reojo.

—Fue uno de esos tipos. Nadie especialmente importante en su vida —respondió de forma escueta, dando a entender que no le interesaba seguir hablando del tema—. ¿Y qué me dices de tu familia? ¿A quién va a conocer Melissa?

—A la pareja que me crio y al chico que ahora vive con ellos, Harrison —al escucharlo, la joven giró el rostro para mirarlo con detenimiento.

—¿Tras la muerte de tu madre te criaron unos desconocidos?

—Sí —mintió él, porque no quería entrar en detalles escabrosos, contarle que nunca había visto a su madre en persona.

—¿Y tu padre? —la joven seguía mirándolo sin darle tregua. El cuerpo de Travis se puso tan tenso que Alana se dio cuenta de que acababa de tocar un tema doloroso, tan doloroso como el de la muerte de su madre.

—Nunca hizo caso de mí —mintió de nuevo.

El silencio se instaló entonces entre ellos, separándolos como si viajaran en vehículos distintos. Justo cuando entraron en el pueblo, sonaba en la radio una vieja canción de R.E.M. Travis se dio cuenta de que ella, a propósito, había evitado responder a su pregunta, así que insistió.

—No me has dicho de dónde eres.

—No me siento de ninguna parte. Jamás he vivido el suficiente tiempo en un lugar para echar raíces —seguía rehuendo el tema, pero él no iba a darse por vencido.

—Dios, eres muy esquivia... Bien, te lo preguntaré de otro modo: ¿dónde naciste?

—En Hawaii, pero nos marchamos de allí cuando yo tenía siete meses y nunca regresamos —tuvo que reconocer ella, al fin.

—¿Ves cómo no ha sido tan difícil responder? Vamos a intentarlo de nuevo —en ese momento, cruzaban la calle principal, que a esas horas tenía bastante tráfico, y Travis saludó con la mano a algún que otro transeúnte que se paraba en seco en cuanto divisaba a Alana y, sobre todo, a la niña—. ¿Cómo se llamaba tu padre? Nombre y apellido, por favor. Al fin y al cabo, es el abuelo de mi hija.

—Steve Dawson, jugador profesional de billar y un cabrón de primera. Lo vi una sola vez en mi vida, cuando tenía once años. No congeniamos. Fin de la historia —no estaba dispuesta a contarle que había huido de casa, harta de las borracheras y palizas de su madre, y había ido a buscarlo a Las Vegas. Al decirle que era su hija, la miró a los ojos con una sonrisa ausente, le metió un puñado de dólares en el bolsillo del pantalón y la subió en el primer autobús con destino a Arizona, donde entonces vivía con su madre. También la invitó a un batido en la estación mientras le daba la típica charla sobre que una madre era una madre, por muy mal que fueran las cosas,

Travis permaneció en silencio. Detuvo el coche frente a una cabaña hecha de troncos. Era pequeña y bonita y tenía un amplio porche delantero. Se apeó y abrió el maletero tratando de no hacer demasiado ruido para no despertar a Melissa. Alana continuó sentada unos segundos más observándolo todo.

—¿Esta es la casa de la pareja con la que viviste de niño?

—No. Esta casa es mía —Travis ni siquiera la miró al hablar. Seguía sacando las maletas y acercándolas al porche. Ella tomó a la niña en brazos con sumo cuidado y, aún boquiabierta, lo siguió cuando este abrió la puerta. Accedieron a una sala decorada con gran sencillez. Había una chimenea en el centro de la estancia y, ante ella, unos sillones de piel, algunas estanterías con libros y un pequeño televisor sobre una repisa. A la izquierda se encontraba la

hermosa mesa de comedor con ocho sillas, cerca de la cocina abierta y espaciosa donde ella se imaginaba preparando galletas y bizcochos. Sacudió la cabeza para deshacerse de esa idea excesivamente familiar. ¡Pero si ni siquiera le gustaba cocinar!

Travis subió las escaleras con las maletas de Alana y empujó una puerta con el pie.

—Esta será tu habitación —le dijo, mientras colocaba las maletas a los pies de una enorme cama de madera maciza cubierta con una manta de tonos verdes. Lo que conmovió a Alana casi hasta el llanto fue la hermosa cuna tallada que había cerca de la ventana. En el cabecero podía leerse el nombre de Melissa. ¿Cuándo había encargado aquella cuna? Su corazón comenzó a latir con tanta fuerza que creyó que Travis podría oírlo y se regañó por ello. ¡Cómo podía ser tan idiota de seguir sintiendo esa debilidad en las piernas cuando él se le acercaba, después de todo lo que le había hecho!

—La cuna es muy bonita —tuvo que reconocérselo, era de justicia.

—Sí, verdaderamente bonita —aseguró él con una sonrisa de satisfacción—. Mi cuarto está al final del pasillo. La puerta que hay a continuación es el baño. Es el único que hay, el de abajo es un aseo sin ducha. Como puedes comprobar, uso la casa muy pocas semanas al año y no es demasiado grande —ella asintió. Después la dejó sola para que se instalara con tranquilidad.

Alana permaneció unos instantes en el medio de la habitación, mirándolo todo un poco contrariada. Ver aquellos muebles era como ver al Travis que él quería mostrar ante el mundo: práctico, impersonal... A excepción de la cuna, no había visto ni un solo objeto más que pudiera indicar que aquella era una casa particular y no un hotelito con encanto. No había fotografías, ni cuadros, ni un solo adorno innecesario. Nada que dijera cómo era o qué le interesaba al dueño de la casa. Incluso los libros que había creído ver en la primera planta eran antiguas guías telefónicas. Pero la cuna era otra cosa. De algún modo, la cuna decía de Travis más que ningún otro objeto de la casa. Era maravillosa, tallada con mimo y mostraba una faceta de él que, por alguna razón, trataba de ocultar: la ternura.

Acomodó a la niña en la cunita y miró cómo dormía durante unos minutos, pero sin verla en realidad, con el pensamiento en otra parte. Se dio cuenta de que el dolor por su abandono hacía tiempo que había disminuido, pero la

furia... La furia no, la furia estaba ahí, creciendo, engordando, deseando venganza.

\*

Alana agradecía la temperatura de Oregón. A veces se olvidaba de que el verano no era siempre una estación insufrible. Había lugares en los que la temperatura era agradable y el calor no molestaba, como allí, en Renfield. Aquella noche le hizo falta, incluso, una chaqueta sobre el vestido porque refrescó un poco. Subieron al todoterreno alquilado, que estaría en su poder durante las semanas que pasaran en el pueblo, y se dirigieron a la casa donde Travis había pasado toda su vida.

No se podía decir que estuviera nerviosa, aunque sí sentía un extraño vértigo al imaginarse rodeada de los seres queridos de Travis cuando en realidad lo único que los unía era que habían tenido una hija en común.

Le sorprendió que la casa de los Longstone fuera tan grande. Enorme, en realidad. En el jardín delantero había un pequeño estanque y un pino de cuya rama más baja colgaba un neumático que desempeñaba la función de columpio. La puerta se abrió de par en par tan pronto como pusieron un pie en el camino de gravilla y en el umbral aparecieron dos ancianos como sacados de uno de esos reportajes en los que muestran a la típica familia media americana, buenas personas cuya vida siempre ha sido moderadamente feliz. Ella tenía los ojos vivaces y risueños, aunque no sonriera. Eran unos ojos alegres, enormes —demasiado grandes para su cara delgada y huesuda— y de un hermoso color avellana. Él tenía una barriga tan prominente que a Alana le costaba creer que pudiese mantener el equilibrio y no caerse hacia adelante.

Travis colocó una mano en la espalda de Alana, como si la alentara a continuar porque se hubiera percatado del leve paso dubitativo que acababa de dar. No estaba acostumbrada a ningún tipo de estampa familiar y, menos aún, a las felices. La mano de Travis le transmitió una extraña energía que tensó su cuerpo más de lo que ya estaba. Todo eso sumado la puso furiosa.

—Sé caminar sola, gracias —le susurró con evidente mal humor mientras se desembarazaba de la mano masculina. Él la miró con ojos sorprendidos, pero dejó de tocarla. Los Longstone se acercaron y la abrazaron. Travis los presentó.

—Mamá Kate, Phil, os presento a Alana —la joven recibió los abrazos sin inmutarse, un tanto incómoda, con las manos colgando a los costados, aunque la pareja no pareció darse cuenta.

—Y esta preciosidad debe de ser Melissa... —Kate Longstone miró a Alana, pidiéndole permiso para coger en brazos a la niña— ¿Puedo...?

—Por supuesto —su tono era un tanto seco.

—Pero, por favor, adelante —Phil Longstone pasó un brazo sobre los hombros de Travis con gesto cariñoso—. Ahora Kate ya no se abalanza sobre ti para abrazarte cuando te ve. Melissa tiene ese privilegio.

—Oh, calla, Phil. Travis siempre será mi niño y él lo sabe —sonrió al mirarlo—, pero a esta preciosidad acabo de conocerla.

Melissa había captado, con ese instinto propio de los bebés y también de los perros, que aquella mujer era alguien en quien podía confiar. Le sonrió casi de inmediato y acurrucó su rubia cabecita contra su pecho.

El interior de la casa mostraba que era un verdadero hogar, algo difícil de conseguir en unas habitaciones de tamaño tan imponente. Los muebles eran sencillos y prácticos, el típico mobiliario de alguien que sabe que siempre habrá niños revoloteando por la casa y no quiere preocuparse de si hacen una muesca o un rayón en la madera. Colores pastel por todas partes, una chimenea al fondo, amplios sofás a la derecha, un piano justo al lado de las escaleras que conducían al segundo piso y a la izquierda, una mesa preparada para cenar. Alana se fijó en los cuatro adolescentes que miraban a Travis expectantes. No tardaron ni un segundo en abalanzarse sobre él y tirarlo sobre la alfombra entre grandes risotadas.

—¡Dios, chicos, dejad a este pobre viejo! Antes podía con vosotros, renacuajos, pero eso fue la última vez que os vi. Ahora...

—¡No haber tardado tanto en venir a vernos! —dijo el más alto de los chicos—. ¿Y la niña? Oh, Dios... ¡Es igual que tú, Travis!

Los cuatro se acercaron a Melissa, que los miró con el ceño fruncido al principio, pero pronto rompió a reír al ver que le hacían monigotadas y



caricias. Con la niña aún en brazos, Kate Longstone los presentó.

—Estos son Harrison y sus amigos. Cameron...

—Llámame Cam, por favor —le dijo el chico más alto a Alana.

—Lucien... —dijo la anciana.

—Llámame Luc —el chico sonrió, moviendo su cabello rubio y algo largo.

—Robert...

—Llámame Rob, por favor —sonrió con la misma amabilidad que los otros y sus ojos chispearon de pura malicia. Era, y se notaba, el más travieso de todos.

—Y Harrison, mi chico —terminó de presentar Kate, con una ternura que hizo sonrojarse al adolescente.

—Sé lo que vas a decirme, que te llame Harry, ¿verdad? —comentó Alana. El joven, que era el más serio de los cuatro chicos, abrió mucho los ojos y negó con la cabeza.

—No, Harrison está bien. Odio que me llamen Harry —por primera vez desde que había llegado, Alana sonrió con sinceridad. No sabía por qué, pero sintió una conexión inmediata con aquel chico, Harrison. Sus gafillas redondas le daban un aspecto de foto antigua. Vestía demasiado formal para ir al instituto.

—Sentémonos a cenar —dijo Phil Longstone. Kate colocó a Melissa otra vez en su capazo y la orientó de manera que pudiera ver bien a los comensales para que no se aburriera. Todos fueron tomando asiento y Kate agarró un momento a Travis del brazo para avisarlo.

—Nick está aquí. Llegó esta mañana —fue apenas un susurro, pero eso no impidió que Alana escuchara sus palabras y el consiguiente juramento de Travis. Antes de tener tiempo de preguntarse siquiera quién sería el tal Nick, este apareció en lo alto de la escalera. El semblante de Travis se oscureció y el de Nick, al verlo, no fue mucho más alegre.

Nick era un tipo más bien bajo, flaco, de rostro insignificante. Una de esas personas que es fácil olvidar a menos que tengan una gran personalidad y Nick no parecía tenerla.

—¡Cuánto tiempo, Travis! —bajó las escaleras y se acercó a él con la mano extendida para saludarlo. Todo muy formal. Nada que ver con el recibimiento que le habían hecho los cuatro muchachos.

—¿Qué tal estás, Nick? —estrechó su mano con frialdad.

—Bien, no me puedo quejar —Nick forzó una sonrisa que solo fue una mueca.

—Lo han contratado en el consultorio de una psiquiatra, ¿no es fabuloso? —dijo mamá Kate porque notaba que el ambiente se estaba enrareciendo. Pero Nick no dejó que nadie respondiera nada. Miró a la niña y, después, a Alana.

—Mamá Kate no ha hecho más que hablar de ti todo el día. Estaba deseando conocerte. ¿Eres Alana Keller, verdad? —ella se extrañó de que utilizara su apellido. Tampoco Travis recordaba haberle dicho el apellido a los Longstone, así que se enfureció de inmediato. Nick estaba haciendo de nuevo de las suyas, investigándolo, incapaz de soportar que algo fuera bien en su vida. Desde niños había sido igual, lo perseguía como una sombra.

—Sí, soy Alana.

—Yo soy Nick Duncan —estrechó su mano y la joven la sintió húmeda y blanda entre las suyas. El apretón de manos de los pusilánimes. Pero hubo algo que le llamó más la atención: el apellido.

—¿Duncan? —miró entonces a Travis—. ¿Sois familia de verdad?

—Todos somos familia *de verdad* —dijo la señora Longstone—, porque la familia no la hace la sangre. Todos mis chicos se apellidan Duncan porque proceden del Hogar Duncan para bebés abandonados. Se desconocen los nombres de sus padres y se les pone como apellido el nombre del orfanato.

“¿Bebés abandonados?”. Alana creyó que había formulado la pregunta en voz alta, pero solo resonaba en su cabeza. Aun así, Travis pareció leerle los pensamientos. ¡La había engañado otra vez! Era un bebé abandonado. No había conocido a sus padres. ¡Dios mío! Melissa no era el nombre de su madre, tal vez fuera el de alguna antigua amante y por eso lo llevaba tatuado. ¡Y ella le había puesto ese nombre a su hija! Comenzó a sentirse mal y Kate lo notó.

—¿Estás bien? Pareces un poco mareada.

—Estoy bien, no se preocupe —aseguró la joven, que pronto recuperó el color y su rostro pasó de la palidez sepulcral a un intenso carmesí debido a la furia. Se sentó al lado de Travis en la mesa, justo en el sitio que le indicó Phil Longstone. Nick estaba frente a ella y la miraba con sus ojillos ratoniles.

—No sabía que Travis tuviera pareja y una hija —el detective se removió

inquieto en su silla y ella habló a través de su enfado sin sopesar sus palabras.

—No somos pareja. Nunca lo hemos sido, en realidad —vio por el rabillo del ojo cómo él la miraba furioso. Los Longstone parecían boquiabiertos, los cuatro chicos permanecían con la indolencia típica de su edad y Nick.. El rostro de Nick era de triunfo.

—Ya me parecía extraño —Nick saboreó cada sílaba, aunque no parecía sorprendido por lo que acababa de escuchar, más bien era como si ya lo supiese—. Travis es incapaz de quedar con una mujer dos veces. Jamás lo ha hecho y jamás lo hará.

—Y tú eres incapaz de conseguir una cita. ¡Incapaz! Ni siquiera pagando puedes. Solo drogando a una mujer conseguirías que estuviera a tu lado —al escuchar esto, el rostro de Nick se desencajó. Saltó de la silla como si tuviera un resorte y parecía que iba a abalanzarse sobre Travis por encima de la mesa.

—¡Basta! —el chillido de Phil cortó la tensión del ambiente. Ambos lo miraron y dejaron de pelear. Nick se sentó y no volvió a abrir la boca en toda la cena. Con el escándalo, Melissa comenzó a llorar y Alana la tomó en brazos para tranquilizarla. Estaba de espaldas a la mesa, meciéndola, pero sentía los ojos de Travis clavados en ella. Cuando la niña por fin se adormeció y pudieron cenar, la conversación no fue fluida ni agradable. Había silencios incómodos que nadie parecía atreverse a romper. Entonces todo terminó y se vio a sí misma despidiéndose de Nick, de los muchachos y de la pareja de ancianos.

—Muchas gracias por todo, señora Longstone.

—De nada, querida. Solo siento que no hayamos tenido una velada más tranquila, pero cuando Nick y Travis están bajo el mismo techo nunca hay tranquilidad —sonrió con tristeza y Alana comprendió que en aquel hogar no todo había sido tan idílico como se imaginó al encontrarse ante la fachada de la casa unas horas antes—. Por cierto, puedes llamarme mamá Kate, todos los hacen.

—Lo siento, pero no puedo llamarla así. Ni siquiera a mi madre la llamaba mamá —se sinceró. La anciana frunció el ceño antes de preguntarle.

—¿Y cómo la llamabas?

—Cuando no estaba enfadada con ella, la llamaba Sarah.

—¿Y cuando estabas enfadada?

—Cuando estaba enfadada, la llamaba cosas muy poco elegantes, me temo. El mismo tipo de cosas que ella me llamaba a mí.

—Vaya... —la anciana no supo qué más decir. Travis, que había escuchado la conversación entre ambas por casualidad, sintió que el corazón se desbocaba dentro de su pecho. No sabía nada de la vida de Alana, no conocía a nadie de su familia ni a ningún amigo, a excepción del anciano profesor Darrow. Aquella pequeña revelación era para él más valiosa que el oro, igual que lo que ella le había contado en el coche sobre su padre y los lugares en los que había vivido.

## CAPÍTULO 11

**T**RAVIS estaba sacando a la niña del coche y parecía extrañamente tranquilo. Ella, en cambio, se comportaba con la incomodidad y el desasosiego del que lleva un jersey de lana que pica muchísimo.

—No lo hagas —le dijo de pronto él. Alana frunció el ceño.

—¿Que no haga qué?

—No armes un escándalo en medio de la calle, por favor. Ahora mismo entraremos en casa y podremos hablar tranquilos —la miró fijamente y ella le devolvió una mirada igual de intensa.

—Por supuesto que hablaremos al entrar en casa —la voz femenina fue apenas un susurro cargado de ira. Parte del enfado se debía a lo mucho que le molestaba que él se comportase como si pudiera leerle los pensamientos. ¿Cómo supo que estaba a punto de explotar?

Entraron en casa en absoluto silencio y Alana tomó a la niña en brazos para subirla a su cuna.

—¿Cuándo le toca el próximo biberón? —la voz de Travis seguía sonando calmada.

—Dentro de dos horas —respondió, mientras desaparecía escaleras arriba. Cuando volvió a bajar, encontró a Travis de espaldas, preparándose un trago de whisky. La sintió moverse detrás de él y se giró para enfrentarla. Estaba furiosa.

—¡Me engañaste!

—No exactamente —ni siquiera parpadeó mientras hablaba. Si no lo conociera, casi podría creerle.

—No seas cínico. Y no me tomes por idiota. Tu madre no se llamaba Melissa. Ni siquiera conociste a tu madre... ¿Quién es esa tal Melissa en realidad, una amante a la que no podías olvidar y por eso te tatuaste su nombre? —respiraba con dificultad—. Me hiciste creer que era el nombre de tu madre y llamé Melissa a mi hija. ¡Le puse a mi hija el nombre de una de tus amantes!

—Mi madre se llamaba Melissa Albert. Nunca la conocí y supe de su existencia a los doce o trece años gracias a Kate Longstone. Nos escribimos cartas durante mucho tiempo. Después, desapareció —parecía tan sincero, que por un instante Alana lo escuchó en silencio, tratando de descubrir huellas del engaño en sus gestos o su mirada.

—¿Murió? —los ojos claros de ella mostraban cierto asombro, quizás porque comenzaba a creerlo, muy a su pesar.

—No lo sé. Imagino que sí. No habría desaparecido de mi vida por propia voluntad.

—Lo hizo una vez. Te abandonó siendo un bebé —replicó ella.

—Eso fue diferente. No le quedaba más remedio —Travis estaba comenzando a sudar y a ponerse nervioso. Si no detenía aquella conversación, acabaría bordeando los límites de lo que quería que Alana supiera de su vida. Ella nunca debía relacionarlo con *El Monstruo*. Jamás.

—¿Por qué tuvo que abandonarte? —cada vez se la veía más interesada.

—No quiero seguir hablando de ello. Me duele —dijo con total sinceridad—. Ahora te toca a ti hablar de tu familia —al escucharlo, Alana arqueó las cejas.

—¿De mi familia?

—Sí, creo que es justo que si uno de nosotros cuenta algo de su vida, el otro haga lo mismo —sonrió, pero ella seguía muy seria. Sabía que Travis quería cambiar de tema.

—Cuando veníamos del aeropuerto, ya te hablé de mis padres. En realidad, esto que me has contado me lo debías —le sonrió con cierta ironía.

—Me alegro de que ya no estés enfadada —la sonrisa masculina hubiera derretido al corazón más helado, pero no el de Alana.

—¿Que no estoy enfada? ¡Te aseguro que sigo muy enfada contigo!

—Soy yo quien debería estar enfadado —tenía el vaso de whisky en la

mano, pero aún no le había dado ni un solo trago. Se acercó a Alana, que estaba apoyada en la puerta—. Hoy hiciste muy feliz a Nick, ¿sabes? Decirle que nunca habíamos sido pareja fue...

—¿Acaso mentí? ¿Es que fuimos pareja y no me di cuenta? Porque si lo fuimos, la canallada que me hiciste alcanza dimensiones épicas, poli.

—No me llames poli —la voz de él era una caricia sensual en sus oídos. Era la voz que había utilizado mientras le hacía el amor para decirle lo mucho que le gustaba, lo mucho que lo excitaba. Su corazón le martilleó en el pecho y su cuerpo traidor se rebeló contra el férreo control que ella quería imponerle: sus pezones se endurecieron y su clítoris se inflamó y se volvió tan sensible que el simple roce de las bragas iba a hacerla gritar. Recordar los momentos de sexo compartido en la caravana era demasiado para sus nervios. Aquella maldita voz le traía a la memoria cosas que deseaba olvidar.

—No te quejes —su voz sonó un tanto titubeante—, podría llamarte cosas peores que poli, mucho peores, y totalmente ciertas.

—Vamos, Alana —dio un nuevo paso hacia ella—. No hice las cosas bien, pero podríamos...

—¿Podríamos qué?! —casi era un chillido—. ¿Estás intentando llevarme a la cama, es eso?

—Alana... —él chascó la lengua. Trataba de ser conciliador, sin lograrlo.

—No pronuncies mi nombre con ese tonito tuyo de hombre encantador e irresistible, porque ya no funciona —mintió. La electricidad que una vez había existido entre ellos y que no había vuelto a sentir tras el reencuentro, apareció allí como por arte de magia. Su cuerpo fue consciente de lo mucho que Travis la deseaba y ella no era inmune. Podría estar llamándose imbécil durante un año completo y, aun así, no sería suficiente para mostrar lo idiota que se sentía por desearlo.

—Sabes que lo siento... —esta vez, cuando Travis dio un paso para acercarse, ella retrocedió.

—¿Lo sé? ¿En serio? —resopló—. No hubo ni una llamada. ¡Ni una! Y te despediste como si te costara alejarte de mí, pero en realidad no te costaba nada, ¿no es cierto? Me gustabas... Me gustabas muchísimo —se sinceró entonces— y me rompiste el corazón. No esperes que lo olvide, porque jamás lo olvidaré. Siempre recuerdo a quienes me han hecho daño.

—Joder, no fue mi intención. ¿Crees que lo premedité? No, no fue así. Tú también me gustabas muchísimo. No quería irme de la caravana, quería quedarme allí contigo, despertar juntos. Pero tuve que irme. A veces la vida no es tan simple, Alana. A veces un hombre hace lo que puede para seguir adelante y ser lo más decente posible.

—¿Decente? Estás de coña, imagino... —le dijo, pero sentía la cabeza bloqueada. Él reconoció que no había fingido mientras hacía el amor, pero después, simplemente se había ido de su vida sin darle una explicación—. ¿No me merecía, al menos, que me dijeras por qué?

—Es que no es tan fácil. No hay nada que quiera o pueda decir al respecto, solo que lo siento —si había logrado resquebrajar por un instante la coraza de Alana al reconocer que no había fingido nada, sus últimas palabras dieron al traste con cualquier posibilidad de reconciliación... No había nada que quisiera decir al respecto. Es decir: no quería excusarse de verdad. Bien. De acuerdo. Entonces no había nada más de qué hablar. Alana se dio la vuelta dispuesta a subir a su habitación, sin mediar palabra, pero él la detuvo tomándola de la muñeca. Después, se colocó detrás de ella, pegando su pecho a la espalda femenina y percibiendo su dulce aroma.

—El pasado es pasado, pero ahora estamos aquí. Tenemos otra oportunidad y esta vez no lo voy a estropear —ella le dejó acercarse y hablar, sin mover ni un solo músculo, sintiendo la dureza de su pecho contra la espalda, notando cómo se le erizaba la piel por el simple contacto—. ¿Qué más da por qué no te llamé? ¡Ahora estoy aquí y no quiero estar en ninguna otra parte más que aquí, contigo! No sabes cómo te deseo, ni cuánto te he echado de menos —esto último fue dicho en un tono tan íntimo, con una voz tan ronca y entregada, que ella tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no gemir.

No podía creerlo, ¿en serio le proponía olvidar todo lo que le había hecho y entregarse a la pasión solo porque se deseaban desesperadamente?

Se apartó de Travis, cuyo rostro casi se había hundido por completo en su pelo para memorizar su aroma, y comenzó a subir las escaleras sin decir absolutamente nada. No necesitó verlo para saber que se acababa de tomar el whisky de un solo trago. Entró en el baño y, bajo el agua caliente de la ducha, se acarició pensando en él. Se pellizcó los pezones rememorando cómo Travis



lo había hecho en la caravana y bordeó los contornos del clítoris con suavidad, soñando que era él quien estaba dándole placer. Ahogó los gemidos como pudo en cuanto llegó el orgasmo y, una vez terminado ese instante de abandono, se sintió estúpida y rastrera por seguir atrapada en aquella telaraña de sentimientos.

\*

Alana se despertó antes que Travis y decidió, tras darle el biberón a Melissa, que a la niña y a ella les vendría bien pasear un rato. Dejó una nota sobre la mesa de la cocina para que él no se preocupara al no encontrarlas en casa. Recordaba perfectamente el susto que se había llevado cuando no acudió a la cita en el *Dopp's* y la esperó en su cuarto con el arma en la mano. A continuación, se dirigió al pueblo.

La cabaña de Travis se encontraba al final de una calle llamada *Fifty Pines*. Quizás alguna vez hubiera habido allí cincuenta pinos, tal y como decía el nombre de la calle, pero en la actualidad había muchos más. De hecho, todo un bosque que se veía desde las ventanas de la cabaña y que olía de maravilla. Esa era otra cosa que le encantaba de Renfield, el olor a verde, a naturaleza. Era un poco abrumador aquel paisaje, la inmensidad del bosque rodeándola, la carretera solitaria, el silencio sepulcral roto solo, de tanto en tanto, por el trino de algún pájaro. Alana tenía la angustiada sensación de que alguien estaba observándola, allí, entre los árboles, agazapado. Apuró el paso para llegar pronto al pueblo. El recorrido le había parecido más corto cuando lo había hecho en coche con Travis, pero caminando le resultó demasiado largo. No era miedosa, pero nunca antes se había encontrado paseando con su hija por un lugar tan solitario y desconocido. Se arrepintió de no haber esperado a que Travis se despertara y las acompañase. Agilizó el paso y, al dar la curva, vio la calle principal, que constaba de algunas construcciones bajas, de tres pisos como máximo, a un lado y otro de la carretera. Había furgonetas de varios tamaños y *jeeps* aparcados de mala manera en los arcenes y le hizo

gracia ver a un par de vehículos deteniéndose ante el único semáforo del pueblo cuando aún este no se había puesto en rojo. Renfield era uno de esos extraños lugares en los que un semáforo en ámbar hacía que los coches se detuvieran y no que pisaran el acelerador para poder sobrepasarlo antes de que cambiara de color.

Los establecimientos ya estaban abiertos. Vio una ferretería, una peluquería, dos bares, un pequeño supermercado y una armería. Una madre arrastraba, literalmente, a su hijo porque este no quería salir del supermercado. Una anciana paseaba a un hurón al que llevaba con una correa de color rosa chicle. La mujer tenía el pelo blanco y alborotado y se maquillaba como una vedette de revista. “*Audrey Hepburn*, tienes que estar más tranquila. Sabes que los nervios te dan gases”, le decía a la pobre hurona, que se movía enloquecida alrededor de su dueña. A punto de soltar una carcajada, Alana la contempló con verdadero interés, mientras se aseguraba de memorizar la ropa que llevaba (vestido dorado de lentejuelas y tacones de vértigo, un verdadero peligro dado su avanzada edad) para poder contárselo con detalle al profesor Darrow. “Esa es la gente más interesante”, solía decir él, “porque tiene historias que contar... Historias tristes casi siempre”.

—Veo que has conocido a *La Diva del Cine Mudo* —le dijo una voz detrás de ella. Se volvió para ver quién era y se encontró con Nick Duncan. La noche anterior ya le había parecido terriblemente desagradable. Había algo en él que repelía. No era físico, aunque cuando había estrechado su mano sintió como si un calamar frío, húmedo y muerto se la empapara. Lo repelente que había en Nick provenía más bien de la atmósfera enrarecida que se creaba en su presencia. Su mirada era oblicua, esquiva, pero al mismo tiempo parecía no perder detalle de nada. Y estaba demasiado ansioso por agradar, sin lograrlo nunca. Alana se obligó a sonreírle, temía que él se hubiera dado cuenta de que aquella sonrisa solo era una mueca falsa.

—¿*La Diva del Cine Mudo*?

—Bueno, es nuestra versión particular de la loca de los gatos, solo que ella no tiene gatos, sino un hurón y un loro. Lleva casi treinta años viviendo ahí —señaló las ventanas que había sobre el Café de Sally, en el edificio de la esquina. Alana no había visto aquella cafetería hasta ese instante y, de inmediato, le apeteció un buen pedazo de tarta. No había desayunado y tenía

hambre—. Le cuenta a todo el que quiera escucharla que fue figurante en varias películas y que conoció personalmente a tal o cual actor. Todo mentira, por supuesto. Pero se cree que alguna vez fue musa de pintores y poetas y que algún director de cine enloqueció de amor por ella —soltó una carcajada que a Alana le resultó espeluznante.

Se hizo un silencio breve, pero tenso. La joven quería desembarazarse de Nick y era evidente que a él le interesaba seguir acompañándola.

—Bueno, voy a desayunar —el tono era lo suficientemente cortante, a modo de despedida, como para que Nick se diera por enterado, pero él era el tipo de persona que nadie quería tener a su lado, así que había aprendido a imponer su presencia, aun sabiendo que no era bien recibido, porque los demás eran demasiado corteses para decirle que no los acompañara y se aprovechaba de eso. Pero Alana no era así. Alana se había criado en la calle. Había sido una chica espectacularmente guapa rodeada de chicos muy insistentes y aprendió desde muy pronto a quitárselos de encima y a dejarles las cosas muy claras.

—Te acompaño, entonces —él sonreía con su boca excesivamente gruesa y sus labios brillantes y asquerosos.

—Prefiero que no me acompañes, pero gracias por ofrecerte. Me gusta aprovechar los pocos momentos de tranquilidad —señaló a la niña dormida en el cochecito— para desayunar en completo silencio leyendo el periódico.

—De acuerdo —si a Nick le pareció mal, no lo demostró. Ella cruzó la carretera y, al llegar al otro lado, oyó de nuevo la voz masculina—. Si algún día necesitas saber los secretos de Travis, esos que no cuenta a nadie, habla conmigo. Ya sabes, me refiero a ese tipo de cosas que destrozan a un hombre.

Puede que Travis no fuera ningún santo, pero lo que veía en los ojos de Nick le hizo pensar que él era mucho peor. Le parecía, además, muy ruin aquello que estaba haciendo. Alana se puso la mano en la frente a modo de visera, pues el sol le daba de frente y casi la cegaba.

—¿Y si quiero saber tus secretos, esos que no le cuentas a nadie y que podrían destrozarte, a quién se los pregunto? —al escucharla, Nick forzó una media sonrisa, se despidió con un movimiento de cabeza y le dio la espalda para subirse a un viejo *jeep*.

## CAPÍTULO 12

ALANA estaba degustando una increíble tarta de moras en el Café de Sally cuando vio a Travis entrando en el local. Casi se atraganta con el bocado. Se sentó frente a ella en la mesa y por la seriedad de su rostro supo que estaba enfadado, imaginaba que porque se había marchado con la niña mientras aún estaba dormido.

—Café y tarta de chocolate —le dijo a Sally cuando esta le preguntó qué deseaba tomar. Después miró de nuevo a Alana—. No me gusta que te escabullas así de casa —sus palabras eran controladas para que ella no supiera hasta qué punto se desquiciaba con eso, porque sería difícil de explicar y podría creer que era un tipo posesivo cuando en realidad, simple y llanamente, tenía miedo de *El Monstruo* y lo que podía hacerle.

—No me escabullí, salí a pasear. Además, mira quién habla de escabullirse, el que nunca da señales de vida después de acostarse con alguien —tenía el ceño fruncido. Travis apoyó los codos en la mesa y adelantó el cuerpo hacia ella.

—¿Acaso me escabullí de tu cama? Recuerdo que me despedí, ¿no lo recuerdas tú? —otra vez aquella condenada sonrisa y, para colmo, las imágenes tiernas de la despedida en la caravana poblaron su cabeza, haciendo que su corazón latiera más deprisa.

—Sabes a lo que me refiero —la voz de ella era un poco ronca y salió tímidamente de su garganta. Incluso se había sonrojado al recordar la intimidad compartida con él. Sí, Travis sabía a qué se refería Alana, por eso no insistió más y cambió de tema.

—Te vi con Nick. Habéis hecho muy buenas migas, a pesar de no hacer ni un día que os conocéis —su ceño volvía a estar fruncido y sus hombros, tensos. Trataba de controlar su mal humor.

—¿Exactamente qué quieres saber? ¿De qué hemos estado hablando?

—Imagino que habéis estado hablando de mí. Nick siempre habla de mí. Soy su tema de conversación favorito —tomó un sorbo del café humeante que Sally acababa de dejar en la mesa.

—¿Qué os pasa a Nick y a ti?

—La pregunta correcta es qué le pasa a Nick conmigo... No sé lo que te ha contado, pero yo no soy el problemático —Alana nunca antes se había fijado en lo sensuales que eran sus labios cuando hablaba, cómo se iban moldeando para formar las palabras.

—¿Por qué es problemático? —Melissa comenzó a revolverse en su capazo y Alana, como ya había terminado su desayuno, la tomó en brazos mientras Travis las miraba a ambas con aquel gesto intenso que la hacía estremecer.

—A los doce años se obsesionó conmigo. Imitaba mis gestos e incluso mi forma de vestir, es más, se ponía mi ropa, aunque le quedaba varias tallas grande. Cuando Phil Longstone le llamó la atención, huyó de casa y estuvo desaparecido casi dos meses. Telefonó desde Florida una noche para que fueran a buscarlo.

—¿Florida? ¿Por qué Florida? —Travis pareció pensar la respuesta unos segundos y, al final, se encogió de hombros.

—Nunca lo dijo.

Alana frunció el ceño y reflexionó unos segundos antes de continuar hablando. Le parecía raro que Nick hubiera huido justo al mismo lugar al que Travis se había trasladado a vivir años más tarde.

—¿Por qué te trasladaste tú a Florida? —él dejó de masticar el pedazo de tarta que acababa de meterse en la boca y lo tragó como si fuera una bola de papel, con gran dificultad. No podía decirle el motivo real y tampoco entendía por qué le preguntaba aquello. Seguramente sería una casualidad, pero recordar el motivo real hizo que todos sus temores se avivaran. En realidad, había ido a vivir a Florida para estar cerca de *El Monstruo* y se había esforzado para ser el mejor de su promoción y poder elegir la comisaría e

incluso el compañero. Siempre lo había tenido claro: deseaba trabajar al lado de Kurt Donahue porque había detenido a *El Monstruo* y podría sonsacarle información confidencial, ese tipo de detalles que a veces no quedaba reflejado ni siquiera en los informes más concienzudos. Creía que ese era el único camino para averiguar qué le había ocurrido a su madre. No contaba con que, al final, Kurt Donahue fuera mucho más discreto de lo que nadie pudiera imaginar y, además, aquel caso lo había marcado demasiado como para querer hablar de él... Las terribles cosas que había visto, lo que les ocurrió a aquellas pobres mujeres... Por otro lado, Kurt y él ahora eran amigos y Travis no se imaginaba trabajando con ningún otro compañero.

—Estaba harto del frío y busqué un lugar cálido —respondió. Alana se dio cuenta de que había desviado la mirada y supo que mentía, aunque no lograba imaginar el motivo.

—Dices que está obsesionado contigo. Puede que el mismo motivo que te llevó a Florida llevara también a Nick. Me refiero al buen tiempo, claro —esto último lo dijo con ironía.

—Imposible —Travis parecía muy convencido—. Además, si hubiera algún motivo oculto para trasladarme a Florida, el último en saberlo sería Nick.

—No estés tan seguro. Hace unos momentos me dijo que si algún día quería saber algo turbio sobre ti, que le preguntara —observó la reacción confusa de él, la palidez que tiñó su rostro. No era tonta, algo ocurría y tenía que averiguarlo. Por algún extraño motivo confiaba en Travis, sabía que ese secreto no era algo malo sobre él, tal y como afirmaba Nick, pero sí era algo que le afectaba mucho.

—¿Y tú lo creíste, Alana?

—No quise escucharlo. Si hay algo que deba saber, espero que seas tú quien me lo cuente. O, en todo caso, lo averiguaré por mí misma. Desde luego, a él no voy a escucharlo.

Travis no respondió nada. Terminó su tarta ante la atenta mirada de Alana, que aún tenía a la niña en brazos, y después cruzaron el pueblo para ir a la ferretería que quedaba cerca del aserradero, pues la que había al lado del Café de Sally no tenía las herramientas que Travis necesitaba para arreglar unos tablones del porche.

\*

—Te he hablado de la relación que tengo con Nick. Deberías contarme algo sobre ti, en eso habíamos quedado —Travis empujaba el carrito de la niña y Alana, a su lado, parecía absorta mirando el paisaje.

—¿Qué quieres saber? —trataba de fingir indiferencia, pero lo cierto era que el repentino interés que sentía por ella la sorprendía.

—¿Por qué no acudiste a nuestra segunda cita en el *Dopp's*? —lo preguntó tan rápido que supo que le habían estado reconcomiendo las dudas.

—La esposa del profesor Darrow sufrió un accidente doméstico y tuvimos que llevarla al hospital. Olvidé que había quedado contigo. No lo hice a propósito para fastidiarte, si es eso lo que piensas.

—¿Qué le pasó? ¿Fue muy grave?

—No, no fue grave —no le apetecía entrar en detalles escabrosos sobre la vida de los Darrow. Sabía lo mucho que le dolía al profesor que la gente se enterara de las crisis de Priscilla y de lo violenta que podía llegar a ponerse cuando se miraba al espejo y no se reconocía. Entonces creía que la que había enfrente, en su cuarto, era una mujer extraña que estaba observándola y trataba de atacarla. En una ocasión se había cortado con el espejo que acababa de romper. Otras veces era a su esposo a quien atacaba porque no lo reconocía y se sentía en peligro, pero no había tenido episodios de esos desde que se había trasladado a la casa de Coconut Grove donde había pasado su infancia, por eso aquella noche fue tan traumática para el profesor, porque había supuesto que ya nunca volvería a vivir aquel tipo de situaciones. En esta ocasión, los cortes de Priscila eran superficiales, pero la sangre había cubierto buena parte de su rostro y se habían asustado creyendo que era más grave de lo que realmente fue. La dejaron un día y medio en observación y el profesor y ella la acompañaron por turnos en la habitación, para poder ocuparse también de la niña.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—Al profesor Darrow no le gustaría que contara cosas de su vida privada.

—¿Le ayudas a cuidar de su mujer? —Alana asintió. También solía pasar a ordenador las notas que él escribía a mano y probablemente la contrataran como adjunta en el departamento de Arte gracias a la recomendación del anciano, pero no le parecía que tuviera que dar tantas explicaciones. En realidad, le apetecía muy poco hablar de su vida, porque cuanto más interés demostraba por conocerla, más difícil le resultaba mantener a raya la necesidad de tenerlo cerca. Le gustaba sentir que Travis estaba interesado, pero se odiaba por ello. Se odiaba porque a veces se descubría a sí misma tratando de justificar la conducta que había tenido con ella en el pasado.

Justo cuando llegaron al coche, que estaba aparcado cerca del ayuntamiento, se encontraron a Kate Longstone. Travis se apresuró a ayudarla porque iba cargada de bolsas.

—Voy a hacer mermelada —explicó la anciana.

—El día de la mermelada es toda una institución en casa —le explicó Travis a Alana—. ¿Por qué no acompañas a mamá Kate? Yo me ocupo de la niña.

—¿Te ocupas tú? —parecía incrédula.

—Por supuesto. Biberón, pañales, siesta mañanera y mimos. Todo controlado —al sonreír, su rostro se iluminó. Le guiñó un ojo con una complicidad que la sorprendió. ¿Cuándo se habían vuelto cómplices?

—Sí, Alana, acompáñame. Siempre me han encantado esas charlas en la cocina mientras hago la comida.

Alana, por algún motivo extraño, sentía cierto rechazo hacia Kate, pero al mismo tiempo fue incapaz de decirle que no. Le intrigaba saber cómo se comportaría la anciana con ella sin la presencia de Travis ni de Phil. Besó la cabecita de Melissa e iba a despedirse de Travis, antes de subir al Sedán de la señora Longstone, con un simple movimiento de cabeza, pero él la agarró por la cintura, acercándola mucho a su cuerpo, y le dio un beso en la mejilla, un beso suave, cálido y lento muy cerca de la comisura de los labios que la hizo estremecer.

—Pásalo bien —le susurró— y no te preocupes por nada, me ocuparé de la niña.

La estaba mirando a los ojos. Su aliento olía a café y ella pudo imaginar lo que sería saborear su lengua, acariciarla con la suya, hundirle las uñas en la



espalda exigiéndole más. La flecha del deseo la traspasó con tal voracidad que la pilló por sorpresa y retrocedió hasta que su espalda chocó con el Sedán.

—De acuerdo —fue lo único que logró murmurar justo antes de sentarse al lado de Kate Longstone. A través de la ventanilla vio la sonrisa de Travis. ¡Dios, lo había notado... Se había dado cuenta de que lo deseaba! Mientras solo se diera cuenta de eso, mientras no supiera que estaba enamorada de él...

## CAPÍTULO 13

COLTER BRONSTEIN entró en el despacho de William Weiss a las once menos diez de la mañana. *El Monstruo* le había dicho que hablara con su abogado antes de comenzar la investigación, pues conocía todos los detalles sobre la muerte de Melissa Albert, ya que había sido él quien se encargó de contratar a los investigadores privados que se dedicaron a seguir su pista durante los últimos años.

—Buenos días, señor Bronstein —lo saludó una secretaria rubia con un sensual vestido negro. Le sonrió con sus labios retocados a base de Bótox y una mirada coqueta. Bronstein alzó una ceja, irónico—. El señor Weiss lo está esperando.

Acompañó al periodista hasta el despacho del abogado y cerró la puerta al marcharse. Estaba dándole los buenos días a Weiss cuando sacó la grabadora y la colocó sobre la mesa tras pulsar el botón de encendido.

—Nada de grabaciones. Puede tomar notas, eso es todo —le indicó. Parecía mucho más seguro allí, en su terreno, que delante de Hans Skald. El periodista creyó adivinar que aquel abogado estaba, como tantas otras que conocían a *El Monstruo*, un poco subyugado por la personalidad del asesino. Paró la grabación y se alegró de haber accionado la grabadora de su móvil justo antes de entrar en el bufete. Quería cubrirse las espaldas. De sobra conocía a los abogados como aquel. Si se formaba cierto escándalo al publicar las investigaciones, negaría toda la información que le había dado y Colter Bronstein no iba a permitir que nadie lo dejara por mentiroso y pusiera en duda su profesionalidad.

—Hay algunas cosas que me gustaría hablar con usted sobre Melissa Albert. Su cliente utilizó la llamada semanal para hablar conmigo y decirme que podía despejar todas mis dudas —Weiss asentía mientras lo escuchaba hablar.

—¿Qué quiere saber?

—¿Cómo dio con ella? —Colt sacó un bloc de notas y se dispuso a tomar anotaciones, como si la grabadora de su móvil no estuviera registrando hasta el más mínimo sonido que se produjera entre aquellas cuatro paredes.

—Desde el principio imaginamos que no usaría su propio nombre. El señor Skald me dijo que tenía cierta tendencia a utilizar nombres diferentes cuando quería pasar desapercibida —se detuvo un momento y lo miró fijamente—. Melissa Albert sufría ciertos... No sé cómo decirlo. Sufría ciertos desequilibrios.

—¿Desequilibrios? ¿Quiere decir que padecía una enfermedad mental?

—Ningún psiquiatra la había diagnosticado, que nosotros sepamos —se encogió de hombros—, pero sufría manía persecutoria y tenía ciertos rasgos de la personalidad obsesiva compulsiva. Cuando el señor Skald la conoció, ella aseguraba que huía de un ex novio violento que había jurado matarla si se atrevía a abandonarlo. Solo elegía lugares que comenzaban por la letra erre para vivir y los nombres que utilizaba siempre tenían las mismas iniciales: M. A. Siguiendo esas pistas di con ella en diferentes ciudades pequeñas y aunque siempre le pisaba los talones, ella ya se había ido semanas antes de que el detective apareciera en los moteles de mala muerte en los que se alojaba. La conocían como Marianne Anderson en el pueblucho de Alabama donde murió, pero no cabe duda de que era ella: rubia y pecosa, con flequillo, ojos verdes, metro ochenta de estatura y un tatuaje de una mariposa en la cadera izquierda. Era ella, seguro —Colt lo escuchaba, pensativo.

—¿Y cuál era su verdadero nombre: Melissa Albert o Marianne Anderson?

—No llegué a averiguarlo y ahora me temo que deberá hacerlo usted. El señor Skald me ha dicho que debo darle toda la información que he acumulado durante estos años —Weiss mostraba cierto resentimiento y frunció los labios cuando le entregó las carpetas llenas de fotografías y documentos.

\*

Habían lavado y cortado la fruta y la estaban colocando en la cazuela, alternándola con capas de azúcar. Al terminar, añadieron zumo de limón y Kate Longstone cubrió la cazuela con un paño.

—¿Eso es todo? —Alana parecía sorprendida. Creyó que la mermelada llevaría mucho más trabajo. La anciana se rio de buena gana.

—¡Dios mío, no, aún queda mucho trabajo, pero debemos dejar que el azúcar se disuelva y que la fruta suelte su jugo! Habrá que esperar unas horas. Veo que no sabes cocinar. Travis podría enseñarte, es un gran cocinero —la joven abrió mucho los ojos ante esta información del todo inesperada.

—¿Travis sabe cocinar? Nunca lo hubiera imaginado —hablaba para sí misma.

—Cocina muy bien y, además, le gusta. A todos mis chicos les gusta, porque siempre hemos hecho de la comida una fiesta: prepararla, comerla... Ponemos música, charlamos tranquilamente. Nos tomamos un vino. Bueno, Phil y yo nos lo tomamos, los muchachos se toman algún refresco, claro — Alana sonrió con cierta incomodidad y a Kate no le pasó desapercibido. Si la anciana tenía un don, era el de captar la esencia de las personas y comportarse justo como necesitaban, sacando lo mejor de ellas de una manera u otra, aunque al principio solo lograra extraer pura bilis—. ¿Siempre te sientes tan fuera de lugar al lado de la gente amable o soy solo yo la que te incomoda? — Alana clavó en ella su mirada.

—No sé a qué se refiere.

—Sí, guapa, lo sabes perfectamente. Desde el primer instante te sentiste incómoda conmigo y con Phil y cuanto más amable soy contigo, más incómoda te sientes.

—Mire, señora Longstone, creo que esta conversación no va a llevarnos a buen puerto, ¿sabe? Dudo que quiera saber de verdad qué me ocurre o qué pienso de usted.

—Jamás hago una pregunta si no quiero saber la respuesta. Créeme, me interesa que hables —arqueó las cejas al comprobar cómo Alana enderezaba

la espalda y se ponía automáticamente a la defensiva.

—No me molesta la amabilidad de la gente, al contrario: me maravilla encontrar gente realmente buena y generosa. Lo que ocurre es que no me creo que alguien sea amable solo porque se muestre amable, ¿comprende? He vivido demasiado como para caer en esas trampas. La mayoría de la gente es amable cuando cree que puede sacar algo de ti. En cuanto le demuestras que no es así, enseñan su verdadera naturaleza y esa, se lo aseguro, no es demasiado amable —al hablar, se había transformado nuevamente en la hija de Sarah Keller, la ladronzuela que sobrevivía robando aquí y allá y callaba la boca de los chicos a golpes cuando le preguntaban a gritos si de mayor iba a ganarse la vida enseñando el culo, como su madre.

—Ya veo... Y según tú, ¿por qué soy amable contigo? ¿Qué crees que espero conseguir a cambio?

—No todas las cosas que queremos conseguir son materiales. No siempre intercambiamos amabilidad por dinero o favores. A veces lo hacemos por cariño. Usted adora a los niños, de otro modo no habría tenido a tantos en su casa. Imagino que quiere congraciarse conmigo para estar cerca de Melissa porque se ve a leguas que adora a Travis y, por lo tanto, adorará también a su hija.

—Lo adoro, sí. Fue el primer niño al que acogí. Durante cinco años me dediqué a él en exclusiva y después fueron viniendo los demás. Llegó a esta casa tres días después de nacer. Es una larga historia. Con él aprendí todo lo que sé de bebés y después me fui perfeccionando con mis otros chicos.

—Eso me parecía, que Travis era especial para usted —meneó la cabeza como dando a entender que había acertado.

—Lo que olvidas es que Travis también me adora a mí y él va a permitirme ver a Melissa. Vendrá con ella a Oregón con o sin ti, así que no necesito ser amable contigo para ver a la niña —la anciana se había sentado en la mesa de la cocina, enfrente de la joven, que permanecía callada, sin saber qué decir—. ¿Tanto daño te han hecho que no confías en nadie?

—¡Hay gente en la que confío! —saltó como si la hubieran pinchado. Claro que había gente en la que confiaba: el profesor Darrow, por ejemplo—, pero no confío en cualquiera. En cuanto al daño, no sé... Depende de con quién me compare. Si me comparo con Travis, puedo decir que mi vida sí ha sido

dura. Él se comporta como un imbécil inmaduro e incapaz de comprometerse y eso que ha tenido una infancia idílica... Una casa enorme, muchos hermanos, un columpio en el jardín, una pareja que lo cuidó y lo adora. Él no tiene excusa para ser tan egoísta y cruel como es. En cambio, yo he pasado por situaciones nada idílicas y sigo comportándome decentemente con las personas que me rodean. Yo sí tendría excusa para ser cruel y solo soy desconfiada. No es tanto, si lo piensa bien —Kate Longstone la miraba con el ceño fruncido y una tristeza en la mirada que impactó a Alana, quizás porque era extraño ver que unos ojos tan alegres se ensombrecieran.

—¿Crees que la vida de Travis ha sido idílica? Bueno, de eso no puedo culparte, porque él no te ha contado nada, pero...

—¿Y qué es lo que tendría que contarme? —el corazón de Alana comenzó a latir con fuerza. ¿Qué, qué era eso que Travis no le había contado? Kate pareció asustarse de sus propias palabras.

—Me refiero a que todos tenemos tristezas en nuestro pasado, Travis también. Que no te cuente sus penas no quiere decir que no las haya padecido —trataba de arreglarlo, pero era demasiado tarde. Alana estaba cada vez más segura de que en el pasado de él había algo muy trágico—. En cuanto a lo de ser cruel, te equivocas. No es cruel en absoluto, ni malvado. Tampoco es incapaz de comprometerse, ¿cómo llamas a lo que está haciendo con Melissa y contigo? Creo que es un compromiso en toda regla, otra cosa es que tengas tanto miedo a confiar en él que prefieras blindar el corazón. Si eres cobarde, no es culpa de mi chico, Alana.

Durante varios segundos, hubo un silencio incómodo y ambas mujeres simplemente se miraron.

—Señora Longstone, si no me atrevo a confiar en Travis es porque me rompió el corazón y se comportó como un cretino, ¿o no se lo ha contado? —trataba de controlar su furia y su resentimiento—. Su chico, como usted lo llama, sabía que yo estaba loca por él, sabía que no quería una relación conmigo, y aun así me engañó haciéndome creer que sentía algo por mí y, tras esa noche, no me respondió al teléfono ni quiso volver a hablarme. Su chico, sí, su chico, ese al que defiende. ¿Cobarde? Quizás sí lo sea, pero lo que usted llama cobardía yo lo llamo cautela, ¿o no es de estúpidos volver a confiar en quien nos ha traicionado ya una vez?

La anciana la miraba boquiabierta, sin acabar de creerse lo que le estaba contando aquella joven. Travis no podía haber hecho eso.

—¿Lo que me dices es cierto?

—Completamente cierto. Pregúntele a él. Y después de todo lo que le he contado, un día apareció ante mi puerta exigiendo sus derechos como padre y aquí estamos... ¿No le parece que soy una persona tolerante y conciliadora? — Kate seguía sin poder creérselo.

—Tiene que haber otra explicación. Travis no puede haber hecho las cosas tal y como me las cuentas. Él no es así. Es cierto que nunca tuvo relaciones largas. Ni siquiera cortas. Nunca ha tenido una relación, pero siempre se ha cuidado de que las chicas con las que estaba fueran como él, que no desearan compromisos. No las engaña —Alana se encogió de hombros antes de responderle.

—Pues a mí sí me engañó.

—¿Y entonces por qué estás aquí? —la anciana parecía pensativa—. Quiero decir que si de verdad crees que es un ser cruel que te ha engañado, ¿qué haces bajo el mismo techo que él, confiándole a tu hija?

Alana la miró entonces despacio. Muy despacio. Sorprendida. Eso mismo se preguntaba ella: si él era tan despreciable, ¿qué diablos hacía allí? Su corazón latió con fuerza y el calor le subió al rostro. ¡Joder! Si hasta Kate Longstone se daba cuenta... ¿Y Travis? ¿Se daría él cuenta de que lo amaba, de que era tan condenadamente estúpida como para no odiarlo después de todo lo que le había hecho?

—Tengo que irme —Alana se levantó de la silla y se apresuró a salir cuanto antes de aquella casa.

\*

Cuando la vio entrar por la puerta, Travis supo que había ocurrido algo y eso que Alana había hablado con el profesor Darrow, lo cual había calmado sus nervios. “¿Crees que es un mal hombre, que quiere hacerte daño?”, le había

preguntado el profesor. Ella había sido sincera, le había respondido que no. “Entonces date una oportunidad y dásela a él”. Pero ella no estaba segura de que eso fuera lo mejor. Por un lado quería dejarse llevar por lo que sentía, por sus deseos de conocer más a Travis y que él la conociera. Quería creer que había algo terrible que lo había apartado de ella, que lo que le decía era verdad, aunque al mismo tiempo, algo la detenía, le impedía abrirse de nuevo por miedo a que le hiciera daño otra vez.

—¿Y la niña? —le preguntó. Se sentía mal, incómoda, intimidada por la posibilidad de que él supiera lo que sentía.

—Duerme en su cuna —la miró con un gesto extraño—. ¿Estás bien?

—¡Deja de fingir! ¿Te importa si me pasa algo, de verdad? Yo creo que no —en realidad estaba furiosa consigo misma, no con él. Travis resopló mientras la observaba, ni siquiera sopesó si era conveniente lo que iba a decir, solo sabía que necesitaba decirlo.

—¡No quiero seguir así! —parecía aliviado tras pronunciar las palabras.

—¿Así, cómo? —ella frunció el ceño, sin comprender.

—Fingiendo que no me importas, que no te deseo y fingiendo también que te creo cuando me rechazas como si no me desearas, cuando quieres hacerme creer que mi interés por ti no te afecta —resopló otra vez—. Es agotador... ¡Me interesas y lo sabes! Es más, te encanta que quiera averiguarlo todo de ti. Y nos deseamos. No sé qué demonios ocurre cuando estamos juntos, pero con la electricidad que generamos podríamos iluminar este maldito pueblo durante un año.

Hubo un silencio que pareció durar horas. Alana no acababa de creerse lo que él había dicho. ¿Cómo podía ser tan petulante? Puede que estuviera en lo cierto, pero decirlo de esa manera...

—¿Crees que me halaga tu interés por mí? ¿Crees que aún te deseo? —se la veía enfadada.

—Sí, estoy completamente seguro —dio un paso hacia ella—. Escúchame, si no volví a llamarte después de acostarnos no fue porque no quisiera hacerlo, sino porque no debía. Créeme, lo hice por tu bien. No soy bueno para ti, pero...

—Oh, Dios, no... ¿Vas a utilizar una excusa de telefilme barato? “No soy bueno para ti. No fue tu culpa, sino mía”. No insultes mi inteligencia, Travis.



No estás hablando con ninguna imbécil, ¿de acuerdo?

—Déjame terminar.

—¡Basta! Si no quieres decirme la verdad, está bien, lo acepto. ¡Pero ni se te ocurra mentirme!

—No te estoy mintiendo. Vamos, Alana, no seas niña.

—Déjémoslo, ¿vale? —mientras hablaba, Alana se había acercado a la chimenea. Travis la siguió, metió ambas manos en los bolsillos y su rostro reflejaba cierta derrota.

—No vas a dejarme que lo arregle, ¿verdad?

—No hay nada que arreglar. Está demasiado roto —hubo un cierto temblor en su voz al responder. No podía evitar que su piel y su corazón reaccionaran a las palabras de Travis.

—Entonces por qué tiembles cuando me acerco a ti —ella lo miró de frente, con la piel sonrojada—. No lo niegues: tiembles. Yo tampoco puedo evitarlo cuando te tengo así, tan cerca. Hasta las manos me tiemblan.

—Déjalo ya —sus palabras contradecían sus acciones. No se apartó cuando dio un paso hacia ella y quedó tan cerca que la tela de su camiseta le rozaba la piel de los brazos.

—Te creo cuando me dices que estás enfadada, incluso cuando me dices que no vas a perdonarme —su voz era un susurro y su aliento cálido le acarició el rostro—, pero es mentira que no me desees y lo sabes. Si eso es lo único que puedes ofrecerme, lo acepto. Por ahora me conformo. Mejor tu deseo que nada —ella lo miró con el ceño fruncido y entonces Travis mostró su sonrisa de tigre al acecho—. Te permito que me utilices para el sexo —quiso restarle peso a todo lo que le había dicho. De pronto, le dio miedo decirle todos los sentimientos que despertaba en él.

—¿Que te utilice para el sexo? ¿Cómo si fueras un consolador? —su rostro era serio y la sonrisa masculina no logró conmoverla ni siquiera un poco.

—Puedes utilizarme como quieras —seguía sonriendo. Se acercó para besarla en los labios y ella apartó el rostro, de manera que su boca aterrizó sobre la sensible piel del cuello. Sintió cómo se estremecía y aprovechó el golpe de efecto antes de que Alana reaccionara. Recorrió su cuello con la lengua, mientras sus manos la agarraban fuertemente por la cintura, recordando

sensaciones que ya creía olvidadas, y cuando escuchó el suspiro profundo de ella, supo que estaba disfrutándolo tanto como él. La empujó con suavidad hacia el sofá y, por un segundo, temió precipitarse, pero al mismo tiempo pensó que la pasión no consistía en pensar, sino en dejarse llevar, así que hizo lo que deseaba hacer. Comenzó a desabrochar los botones de su camisa sin que Alana ofreciera ni la más mínima resistencia.

“¿Pero qué demonios me está pasando?”, se dijo, incapaz de reaccionar ante él. Cuando la tela blanca cayó a sus pies y tumbó su cuerpo sobre los cojines, Travis sintió que lo miraba expectante. Enseguida se colocó sobre ella. Trató de besarla nuevamente en la boca y esta vez también lo rechazó.

—¿Qué ocurre? —alzó el rostro para mirarla.

—No quiero que me beses en la boca.

—¿¡Qué?! ¿Hablas en serio? —recordaba la importancia que le daba a besar en la boca, pero aquello le parecía excesivo. ¿Esa era su manera de castigarlo?

—Si no estás de acuerdo... —comenzó a incorporarse en el sofá, pero Travis la detuvo.

—Estoy de acuerdo. ¿Hay algo más que esté prohibido? —alzó una ceja tratando de parecer irónico, aunque en realidad estaba molesto. Ella negó con la cabeza, se quitó el sujetador sin apartar la mirada de la suya, igual que una autómatas, se tumbó de nuevo y extendió los brazos hacia atrás en actitud de abandono, como si le estuviera diciendo: “Excepto besar, hazme lo que quieras”. Su enfado se disipó al verla arquear la espalda, incitándolo. Su boca se aferró a uno de los pezones—. ¿Es esto lo que quieres?

—¡Dios, sí! —las manos masculinas desabrochaban la cremallera de los vaqueros y se los bajaba un poco, arrastrando con ellos el tanga.

—¿Y qué más quieres? —sus palabras salieron atolondradas mientras su boca cambiaba un pezón por el otro. A modo de respuesta, ella guió la mano masculina hasta hundirla entre sus piernas. Era una mano fuerte y experta, tal y como recordaba, y sintió que todo su cuerpo se derretía cuando sus dedos acariciaron con delicadeza el clítoris para hundirse, finalmente, en su interior. Dejó escapar un gemido y separó las piernas todo lo que el pantalón, a medio bajar, le permitió.

—¿Te gusta? —Alana tenía los ojos fuertemente cerrados, no se atrevía a

mirarlo ni quería ver qué expresión tenía Travis mientras la observaba. Asintió, dejando escapar otro gemido. Travis la contemplaba, con el rostro sobre el suyo y unos deseos inmensos de tomar por asalto su boca. Ella forcejeó con los vaqueros, ansiosa por librarse de ellos—. No voy a bajarte aún los pantalones, tendrás que conformarte con esto.

La risa masculina resonó en sus oídos, pero nada le importaba excepto aquel placer que estaba a punto de culminar. Si él la acariciaba durante unos segundos más... Solo unos segundos...

—Abre los ojos y mírame o dejaré de acariciarte... —Travis quería que ella estuviera allí y no lo estaba. Al permanecer con los ojos cerrados era como si hubiera volado lejos, muy lejos de él, donde no podía alcanzarla.

—¡No pares! —gimoteó Alana, arqueando la espalda. Apoyó su mano sobre la de Travis para que él continuara moviendo los dedos en su interior. Parecía sorprendido ante su urgencia.

—No me digas que vas a... —no pudo terminar de hablar. Los ojos de Alana se abrieron de pronto y quedaron atrapados en los suyos. Travis absorbió su mirada y también su placer. Sintió que ambos le pertenecían justo en ese instante. El orgasmo se desató haciendo que el cuerpo femenino se convulsionara levemente, se tensara para luego relajarse. Su respiración agitada y sus gemidos enloquecieron a Travis, que comenzó a bajarse los pantalones, ansioso por hundirse en ella, por sentirla como aquella vez en la caravana. Aturdido por su propio deseo, no se dio cuenta de que los movimientos que ella hacía en el sofá no eran para quitarse la ropa, sino para acomodársela. Solo cuando estuvo completamente vestida y de pie a su lado, se dio cuenta de que algo iba mal.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, pero ella ni siquiera se atrevía a mirarlo. Estaba tan ruborizada que más bien parecía que había estado tomando el sol durante horas y se había quemado.

—No ocurre nada, ¿qué quieres que ocurra?

—¿Entonces por qué estás vestida? —Alana seguía sin mirarlo y hacía como que buscaba algo entre los cojines del sofá.

—Dijiste que querías que te usara para el sexo, como si fueras un consolador —la voz se quebró al decir la última palabra. Como Travis no respondió y los segundos pasaban, alzó la cabeza para observarlo. Estaba

sentado en el sofá, con los pantalones desabrochados y sin camiseta. Una suave línea de vello descendía desde sus pectorales hasta su ombligo. Era tan sexy como lo recordaba. Tragó saliva.

Él no dijo nada. Simplemente la observó unos segundos más con una mirada de acero que ella desconocía. Sin apartar los ojos de los suyos, se abrochó los vaqueros y se puso la camiseta. Alana no supo durante cuánto tiempo aquel silencio de plomo había estado vibrando entre ellos, pero escuchar el timbre de la puerta la hizo resoplar tranquila. Fuera quien fuese, era bienvenido.

## CAPÍTULO 14

**T**RAVIS agradeció la interrupción de Phil Longstone. Cuando abrió la puerta y lo vio, supo que solo la Divina Providencia podría haberlo llevado hasta allí justo en ese momento para evitar la discusión que iba a tener con Alana. Estaba demasiado furioso para hablar y, a buen seguro, le habría dicho cosas terribles de las que después se arrepentiría. ¿Aquel era su modo de castigarlo? No besarlo en la boca podía ser comprensible. Raro, pero comprensible. Sin embargo, ella había ido más lejos... Demasiado lejos.

Phil quería proponerle una mañana de pesca y Travis aceptó de inmediato, sin mirar siquiera a Alana y sin darle explicaciones. Apenas permitió que el anciano la saludara con un movimiento de cabeza, pues cerró la puerta tras ellos y se encaminó hacia la furgoneta, que estaba aparcada en el camino de gravilla. Cuando se sentó ante el volante, Phil lo miró muy serio.

—¿Qué ocurre? —Travis negó con la cabeza y no dijo ni una palabra en todo el trayecto. Solo cuando se encontraban ya en la barcaza, en medio del lago, cada uno con su vieja caña agarrada, rompió el mutismo:

—Sé que está loca por mí, pero no va a ceder —tenía la mirada perdida en el agua, como si fuese a saltar un pez de un momento a otro.

—Le has hecho daño —Phil no era dado a sentimentalismos. Si alguien estaba pagando un precio por algo que había hecho, debía ser lo suficientemente adulto para asumirlo.

—Sabes que fue por su bien.

—Ella no lo sabe —al escuchar las palabras del anciano, Travis resopló.

—¿Qué crees que debo hacer? —por primera vez giró el rostro y miró a

Phil a los ojos. Este pareció pensar detenidamente la respuesta.

—¿Quieres estar con Alana solo por tener cerca a tu hija?

—No —la respuesta fue inmediata, sin un atisbo de duda.

—¿Te gusta mucho?

—Sabes que sí.

—¿La quieres? —Phil sabía la respuesta. Travis contuvo el aliento ante la pregunta y fue sincero, como siempre que hablaba con el anciano.

—Joder, sí —era ridículo. Apenas la conocía y estaba enamorado de ella.

—Pues cuéntale la verdad. Toda la verdad.

—No puedo —Travis movió la cabeza a uno y otro lado—. No puedo hacerlo. No quiero que ella sepa...

—Entonces resígnate a perderla y deja de darme la tabarra. Si no estás dispuesto a contarle quién eres, es que no la quieres de verdad —le dijo de manera cortante.

—Ella no necesita saber nada de *El Monstruo*, solo debe confiar en mí. Eso es todo.

—¿Eso es todo? ¿Te estás escuchando? —Phil se giró bruscamente haciendo que la barcaza se moviera más de la cuenta, oscilando a derecha e izquierda hasta que el agua casi los mojó—. Quieres que acepte tu abandono sin más y que confíe ciegamente en ti. Lo quieres todo a cambio de nada.

Se hizo el silencio y Travis tuvo miedo. ¿Sería cierto que si no le contaba la verdad, la perdería? ¿Por qué le afectaba tanto, si durante el último año había sido él quien se había alejado de ella? En cambio, ahora le resultaba insoportable la idea de no tenerla cerca.

\*

Colter Bronstein se empapó de toda la información que le dio William Weiss. Aun sin haber averiguado nada sobre el hijo de *El Monstruo*, le asaltaban las dudas. Tenía ciertos escrúpulos. Si no quería ser encontrado por su padre, ¿quién era él para desvelar su identidad? Aquella información que manejaba

era, como siempre, un auténtico lujo. No podía ignorar lo mucho que Hans Skald lo había ayudado en su carrera. Todo lo que le había contado, y que plasmó en su primer libro, colocó su nombre en los principales periódicos y noticieros del país cuando no era más que un estudiante de Periodismo. También era cierto que conocer a *El Monstruo* le había arrancado de raíz los últimos rastros de inocencia y gran parte de la confianza que había depositado en el ser humano. Lo que les había hecho a aquellas mujeres era indescriptible. Las fotos que vio le impidieron conciliar el sueño durante meses e incluso tuvo que acudir a un psicólogo. La memoria de Skald era fotográfica, recordaba cada minuto de las torturas infligidas, cada lugar exacto donde había enterrado los cuerpos, la ropa con la que las había vestido (a unas con las prendas de las otras, intentando crear con todas ellas un rompecabezas macabro que diera pistas a la policía, porque eso había sido para él: un simple juego con el que demostrar su inteligencia superior).

No había podido olvidar aún la extrañeza que le supuso recibir una llamada de *El Monstruo* para proponerle una entrevista cuando solo tenía diecinueve años. Había sido hecha desde la cárcel. ¡Utilizó su llamada semanal para ponerse en contacto con él tras leer un ensayo suyo sobre el crimen en la Literatura! En esos momentos, Colter era un simple redactor del periódico universitario que soñaba con ser periodista algún día, pero que no había logrado todavía que le publicasen nada, hasta que el jefe de su sección leyó aquel ensayo que había hecho para clase de Literatura porque su profesor había dicho que era digno de salir en la sección cultural del periódico de la universidad. Cómo llegó hasta las manos de Skald fue siempre un misterio, porque el asesino jamás se lo aclaró.

—Me gusta cómo diseccionas el personaje de Ripley —le había dicho, tras declararse un ferviente admirador de la saga de Patricia Highsmith— y aún me gusta más cómo explicas la dimensión filosófica del asesinato en la obra de Chesterton.

Él aún no había logrado reaccionar después de escuchar el nombre de quien le telefoneaba: Hans Skald, *El Monstruo de Florida*. Por aquellos días no se hablaba de otra cosa. Los cuerpos de aquellas mujeres llevaban años apareciendo aquí y allá, en varios estados, por eso no ataron cabos hasta muchísimo tiempo después de que el cadáver de Robin Lawrence fuera

encontrado, enterrado en la interestatal setenta y seis, aunque con su mano derecha asomando casi como si saludara a los coches que pasaban. Justo por esos días, cuando Skald lo llamó, los noticieros reproducían tanto su rostro y ademanes de hombre culto, elegante y económicamente solvente, como la imagen angelical de su hija Freya, una adolescente de doce años y belleza impactante que descubrió lo que su padre hacía en el sótano de su casa mientras ella estaba en el instituto y salió huyendo a la calle en busca de algún policía, pues no se atrevía a llamar por teléfono a la comisaría por miedo a que él la escuchara. La buena suerte hizo que un joven policía fuera de servicio, Kurt Donahue, la viera corriendo, descalza y desorientada, por las calles de Fort Lauderdale y se detuviera para ayudarla. Lo demás ya era historia.

Colter Bronstein sabía perfectamente quién era Skald. Solo tenía diecinueve años y su experiencia de la vida era más bien limitada, pero las conversaciones con *El Monstruo* lo hicieron crecer de repente y volverse cínico y desconfiado. Sin embargo, algo de la personalidad del asesino en serie más prolífico y sádico de Florida lo hacía acudir una y otra vez a su llamada, deseando conocer cada secreto que quisiera contarle, quizás porque buscaba desesperadamente comprender cómo un hombre como aquel podía hacer lo que había hecho.

Descubrir que Freya no era su única hija lo descolocó. ¿Cuántos secretos ocultaba Skald? Más tarde investigaría a Olivia Nash, la mayor de los tres, que había sido adoptada por un reverendo de Missouri, pero ahora le interesaba el caso de Melissa Albert (o Marianne Alexander, o como se llamase) y su misterioso hijo desaparecido. Había muchas pistas. Un buen detective lo hubiese visto enseguida, pero justo cuando la carta del hijo misterioso llega a sus manos, Skald decide prescindir del detective que siempre le había ayudado y contactar con él. ¿Por qué? ¿Solo porque él podía sacar la noticia en primera plana de la prensa nacional? Eso lo haría cualquier periodista, era una noticia de suficiente impacto. ¿Qué más había detrás de todo aquello?



Travis envió un mensaje a Alana diciéndole que se ausentaría unos días porque tenía que acompañar a Harrison a un viaje para conocer universidades. Ni siquiera pasó por casa a buscar ropa y eso es lo que más le extrañó. Ella sabía que había ido demasiado lejos, que decirle que lo había utilizado para el sexo como un consolador fue rastrero y que tenía todo el derecho a enfadarse. En cierto sentido, se alegraba de que él se sintiese así, porque de ese modo sabría cómo se había sentido ella cuando no volvió a llamarla: usada, vacía, insignificante. Pero, al mismo tiempo, se le revolvía el estómago por lo que había hecho. Era cobarde, sí. La señora Longstone tenía razón. No se atrevía a reconocer que amaba a Travis. Ni siquiera se atrevía a reconocer que lo deseaba y cuando su cuerpo la traicionó, cuando su fuerza de voluntad cedió a su necesidad de sentirlo cerca, había huido como un conejito asustado, humillándolo. ¡Maldita sea! Algo muy dentro de ella se resistía a confiar en él. ¿Cuántas veces iba a permitir que le hiciera daño? Ya la había herido una vez y eso era más que suficiente.

Travis no regresó en varios días, pero lo peor eran las noches. La vieja casa de madera crujía como si un fantasma se paseara por las distintas habitaciones o como si un ladrón, de puntillas, tratara de ser sigiloso para que no lo descubrieran. En cualquier caso, parecía que había más gente en la casa, que no estaba sola, así que no se atrevía a apagar las luces. Ella, que siempre vivió en caravanas a las que cualquiera podría acceder dando una simple patada, sentía miedo ahora en aquella casa cuya puerta era segura y maciza.

Los días eran otra cosa. Paseaba y conocía a los habitantes de Renfield. La peluquera, por ejemplo, le cortó el pelo de muy mala gana (y más corto de la cuenta, además). Finalmente descubrió que siempre había estado enamorada de Travis. Ella no se lo dijo, por supuesto, pero no era difícil adivinarlo por los comentarios que le había hecho. “Así que tú eres la mujer de Travis”. Alana no tuvo tiempo a responder nada. “Si hubiéramos sabido que buscaba una modelo, las chicas de este pueblo no nos habríamos arrastrado tanto para llamar su atención”. La había mirado con un gesto despectivo y las tijeras habían volado sobre su pelo negro convirtiendo su larga melena en un corte justo por encima del hombro. Alana descubrió que se sentía celosa de aquella

rubia de ojos gatunos y comenzó a preguntarse si podría vivir con un hombre que gustaba tanto a las mujeres, si podría sentirse tranquila cuando saliera a la calle y tardase en regresar a casa. Se sorprendió respondiéndose a sí misma que sí. Era más una intuición que otra cosa: Travis era hombre de una sola mujer, pero... ¿Era ella esa mujer? La deseaba, eso era evidente, pero no podía conformarse con eso. Alana lo amaba y eso es lo que exigía: que él la amara.

Lo más destacable de aquellos días sin Travis fue su repentina amistad con *La Diva del Cine Mudo*. Todo fue culpa de la hurona, por supuesto. La anciana le confesaría más tarde que la hurona elegía y ella se adaptaba a la elección. Se refería a la elección de amigos.

Como Travis no se había llevado el todoterreno y la llave estaba sobre la chimenea, había dejado de bajar al pueblo dando un paseo. No le gustaba caminar sola con la niña por aquella carretera en medio del bosque. Nunca había tenido sensaciones tan extrañas como aquellas que la asaltaban desde que se encontraba en Renfield. Parecía que siempre había alguien observándola. Creía escuchar pasos detrás o temblaba, presa del escalofrío que nos sacude cuando creemos que alguien puede estar vigilándonos, de noche, a través de las ventanas iluminadas o a través del ojo de alguna cerradura. Se acercaba al pueblo en su todoterreno cuando apenas había amanecido y se resguardaba en el único local abierto a esas horas, el Café de Sally. Más tarde, cuando el sol brillaba con intensidad y las calles se llenaban de gente (todo lo que podían llenarse en un lugar tan tranquilo como aquel), caminaba entre los rostros cada vez menos desconocidos de los vecinos, que la saludaban y se interesaban por “la hija de Travis”. Acabó moviéndose perfectamente bien por los alrededores del lago y las calles cercanas a la plaza y la vieja iglesia. La primera mañana, tras recibir el mensaje de Travis anunciándole su viaje, Alana había tenido su primera conversación con *La Diva del Cine Mudo*.

—¿Te gusta? —había escuchado preguntar a alguien con una voz rota de fumador de tabaco negro. Se volvió para ver quién hablaba y se encontró con la anciana vestida de lentejuelas y acompañada de su hurona. Volvió a repetir la pregunta—. ¿Te gusta, *Audrey Hepburn*? Sí, eso me parecía. Buena elección. A mí también me gusta.

Alana la miró asombrada y no se atrevió a mover ni un solo músculo

cuando el animal trepó por sus pantalones vaqueros y después por su camiseta de *Gun's & Roses* hasta acomodarse sobre su hombro, igual que el loro de un pirata.

—A *Audrey Hepburn* le gustas —le informó la anciana. Llevaba pintada una raya negra en los ojos al estilo egipcio, como una moderna Cleopatra.

—Vaya, me alegro —trató de sonreír, pero no pudo. Recordaba muy bien su última aventura con un hurón cuando había llevado a *Jagger* al veterinario. El bichejo le había mordido los dedos de los pies y ella se había cuestionado seriamente si volver a calzarse unas sandalias.

—Te conozco. Te he visto con dos de los chicos Duncan. Me llamo... —dudó unos instantes— Me llamo Maddi Applegate.

—Yo, Alana Keller —como vio que la anciana miraba a la niña, también la presentó— y ella es Melissa Duncan.

¡Vaya, lo había dicho por primera vez: Melissa Duncan! Le salió solo, ni siquiera había titubeado. Duncan, la niña era una Duncan.

—¿Duncan? —Maddie parecía extrañada.

—Sí, Duncan. Es la hija de Travis.

—¿Cuál de los dos es Travis: el que le tiene miedo a las rubias o el que atrae a las mujeres como la miel a las moscas? —la hurona, que aún estaba sobre el hombro de Alana, se removió inquieta y la anciana la agarró para posarla, de inmediato, en el suelo.

—Pues no sé qué decirle, la verdad. No sabía que ninguno de los dos le tuviera miedo a las mujeres rubias, pero como no creo que Nick atraiga a nadie como la miel a las moscas, le diré que Travis es el atractivo —Maddi asintió y se quedó pensativa durante un rato.

—Ese chico es listo. Ya sabes, el guapo. Pero el otro es más listo aún —empezó entonces a arreglarse el pelo canoso utilizando los dedos de ambas manos a modo de peine. Alana estaba desconcertada. Era evidente que aquella mujer no estaba bien: la forma en la que vestía, las cosas que le decía a su hurona, incluso aquella manera enigmática de hablar... Pero la atrajo de inmediato.

—Me dijeron que lleva casi treinta años viviendo allí —Alana señaló las ventanas que había en el primer piso, sobre el Café de Sally.

—Sí, así es. Más de treinta años, de hecho. ¿Te apetece conocer mi casa?

Puedo enseñarte fotos muy interesantes... Fui figurante en muchas películas, ¿sabes? Conocí a los grandes del cine.

Alana sopesó durante unos instantes si aquella mujer era peligrosa y llegó a la conclusión de que no, de modo que aceptó acompañarla al pequeño apartamento en el que vivía.

—No podré presentarte a *Errol Flynn* porque a estas horas duerme — volvió a atusarse el pelo con las manos y Alana se dio cuenta de que se trataba de un tic—. Es un loro, ¿sabes? Lo llamé así porque me lo regaló mi querido Errol después de unas semanas maravillosas rodando juntos.

—¿Entonces la hurona se la regaló Audrey Hepburn, verdad, Maddi? — comenzaba a comprender el patrón del desequilibrio de la señora Applegate. La anciana la miró con el rostro iluminado por una enorme sonrisa.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo lo supiste? —agarró a Alana por el brazo con confianza, como si la conociera de mucho tiempo atrás—. No me digas que aún recuerdas aquel artículo en el que Audrey lo contaba.

La joven asintió y de la garganta de Maddi salió un grito de júbilo que hizo que varios transeúntes se dieran la vuelta y se quedaran mirándolas, extrañados por verlas juntas. Nick Duncan, al otro lado de la calle, observaba toda la escena, pero estaba demasiado lejos para escuchar lo que decían. Las vio entrando, con el carrito del bebé, en el portal que conducía al apartamento de *La Diva del Cine Mudo*. Entrecerró los ojos y murmuró una maldición.

## CAPÍTULO 15

**T**RAVIS había viajado hasta Miami con Harrison para visitar con él algunas universidades en las que podría estudiar cuando acabara el instituto. En realidad, sabía que el chico no iba a moverse de Oregón, que probablemente estudiaría en Portland, pero necesitaba una excusa para ir allí e investigar a Alana. Sí, sabía que era una bajeza hacerlo, que sería mejor preguntárselo directamente, pero ella no se lo diría y necesitaba saber cómo llegar a su corazón. Necesitaba arrancarle aquella coraza con la que se estaba protegiendo. Tal vez si conociera sus secretos, podría comprender muchas cosas... Quién sabe si incluso se atrevería a confesarle toda la verdad.

No dejaba de pensar que quizás Alana estuviese en peligro, sola con la niña, por eso le pidió a Phil que las cuidara y las protegiera igual que había hecho con él durante tantos años. ¿Podría *El Monstruo* dar con ellas en aquel pequeño pueblo de Oregón durante su ausencia? Su parte más lógica le respondió que no y, aun así, el miedo seguía palpitando como un corazón salvaje en lo más profundo de su pecho.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? Quizás te enteres de cosas que no te gustan —le preguntó Kurt, que parecía bastante dispuesto a ayudarlo, aunque en menos de una semana se marcharía a Las Vegas, a la despedida de soltero de su hermano.

—Estoy seguro.

Pero Alana tenía un pasado más tranquilo de lo que él hubiera podido imaginar, salvo una multa de tráfico y el hecho de que su nombre apareciera, como testigo, en un altercado de violencia doméstica (una tal Sarah Keller

había agredido con un cuchillo de cocina a un tipo que respondía al nombre de Frank Harriot Almont). Estaba completamente limpia. Había asistido a catorce colegios e institutos diferentes a lo largo de toda su vida y en todos ellos demostró ser una alumna muy brillante: las mejores notas, delegada de curso, presidenta del Sindicato de Estudiantes, miembro del equipo de debate y del club de arte, ganadora de la beca Montfort para alumnos de escasos recursos y, ya en la universidad, número uno de su promoción y premio a la mejor tesis doctoral defendida en el curso anterior. Travis estaba tan absolutamente sorprendido, que viajó hasta Texas para visitar el instituto en el que ella había logrado la mayor parte de sus éxitos como estudiante. Lo recibió la directora, una anciana de pelo blanco como la nieve que le aseguró que la encontraba de milagro, pues se jubilaba a principios de la siguiente semana.

—Alana Keller, claro que la recuerdo... —la mujer abrió un viejo archivador y rebuscó una carpeta de color negruzco. Colocó los informes sobre la mesa. Travis sonrió ante la facilidad de la mujer para mostrar documentos supuestamente confidenciales. Había enseñado su placa, era cierto, pero ni siquiera le había preguntado por qué investigaba a Alana y le estaba enseñando todo lo que tenía sobre ella. No sabía si era la avanzada edad o la cercanía de la jubilación, pero a aquella mujer ya le había dejado de importar el instituto que dirigía.

—No parece que tenga demasiado sobre ella —había pocos papeles. Se fijó en la fotografía de carnet donde se veía a una Alana adolescente, preciosa y con cara de pocos amigos.

—Todos los buenos alumnos tienen expedientes breves... Alana se dedicaba a estudiar y a hacer actividades extraescolares que engordaran su currículum. Ansiaba ferozmente huir de la vida que llevaba, quería asistir a una buena universidad y sabía que solo estudiando podría salir de la cloaca.

—¿Nunca se metía en líos? —Travis sintió remordimientos al recordar lo que le había dicho el día que estuvo en su caravana: “Eres el tipo de chica que mete en problemas a los chicos buenos”.

—No, jamás la veías en una pelea, ni con compañías poco aconsejables. Siempre se movía en los grupos de los chicos buenos y estudiosos, pero sin involucrarse demasiado. Una vez ocurrió algo, pero el chico nunca lo denunció, así que...

—¿Ocurrió algo? —las pupilas del detective se dilataron por la sorpresa.

—Sí... Había un chico, no recuerdo el nombre, pero se apellidaba McPherson. Era uno de los hijos del concejal de urbanismo. Solía llamar a Alana “la stripper” y le preguntaba si de mayor se dedicaría a lo mismo que su madre —la anciana lo miró—. ¿Se fijó en el polígono industrial que hay a la entrada del pueblo, detective? Pues ahí había un club de *strepttease* y la señora Keller trabajaba en él. Por entonces vivían en el camping de caravanas con un tipo bastante peligroso, Jack Garrett, que aún trabaja aquí mismo, en el taller de motos.

—¿Y qué fue lo que pasó con ese chico, McPherson? —Travis trató de hacerla volver al tema central de la conversación porque veía que se estaba desviando.

—Lo encontramos un día por la mañana atado al mástil de la bandera, en el patio, desnudo y con un letrero en la frente lleno de palabras soeces que no voy a repetir. Siempre estaba insultando a Alana y alguien dijo que había visto la moto de Garrett delante del instituto de noche. Ella la usaba a menudo, así que fue fácil culparla. Lo negó todo. Jack Garrett juró que él y su moto estaban en una concentración cerca de Monty Pines y el propio chico, McPherson, aseguró que ella no había tenido nada que ver, que habían sido cuatro chicos mayores a los que no conocía de nada, así que el asunto se paró ahí, pero siempre he creído que Alana tuvo algo que ver, porque jamás volvió a meterse con ella, no se atrevía ni siquiera a mirarla cuando la encontraba por los pasillos. Fue por la época en la que ella comenzó a vestirse así... Como su madre, ya sabe —nuevamente los ojos de Travis se abrieron desmesuradamente—, pantalones muy cortos, minifaldas, camisetas de tirantes. Dejaba poco a la imaginación, la verdad. Pero ni su actitud ni sus notas cambiaron. Siguió siendo una alumna brillante, tranquila y responsable.

—¿Cómo vestía antes?

—Normal, nada del otro mundo: vaqueros largos, camisetas, zapatillas deportivas. Ropa sencilla y barata, pero decente, ya me entiende. Era raro verla en el concurso de lengua o en el de matemáticas, dejando boquiabierto al jurado, tanto por sus conocimientos como por la cantidad de carne que mostraba. Un día hubo un altercado entre dos chicos que se pelearon en el gimnasio porque ambos querían llevarla al baile de fin de curso. Había sangre

por todas partes, creo que uno de ellos le había roto al otro la nariz. Llamamos a casa de los tres, pero la madre de Alana no se dignó aparecer. Fue Jack Garrett quien vino a verme. “¿Qué coño ha pasado?”, le preguntó él. Ella se encogió de hombros y le dijo: “No sé, creo que un par de chicos se alteraron un poco porque ambos querían llevarme al baile. Total, no pensaba ir con ninguno”. “No es por el baile, sino por esa ropa que llevas”, le respondió Garrett. Le puso sobre los hombros su cazadora y se la llevó de mi despacho sin despedirse siquiera.

—Bueno, algún incidente sí que vivió Alana aquí...

—¿Ha visto la vitrina de entrada? Entre las copas de los campeonatos de rugby y los uniformes de antiguos alumnos que llegaron a la liga profesional, hay fotos tuyas en los muchos concursos que ganó, el de ortografía, el de debate, el de matemáticas... Era una celebridad. Fue elegida reina en un baile al que ni siquiera había asistido. Hable con Jack Garrett, él podrá decirle más cosas que yo sobre ella.

Lo que había escuchado le había servido a Travis para hacerse una composición de lugar, para conocerla mejor. Podría haber regresado a Oregón, pero no pudo resistirse a hablar con Jack Garrett.

\*

En mil novecientos noventa y cuatro, T. D., el hijo de *El Monstruo*, tenía catorce años y formaba parte de un equipo de baloncesto escolar donde había un pívot llamado o apellidado Dillon. Uno a uno, Colter Bronstein telefoneó a todos los institutos de Oregón, lugar desde el que había sido enviada la carta a Melissa Albert. Tardó días en conseguir la información. Algunos centros no querían facilitársela, por más que aseguró que era una investigación para uno de los periódicos más importantes del país y por más que su nombre le sonara a quien respondía al teléfono. Pero la buena suerte hizo que sí le respondiera el centro en el que había un pívot llamado Josh Dillon por aquellos años. Colt memorizó el nombre del pueblo: Renfield, al norte de Portland. Todo



cuadraba... El nombre del pueblo empezaba por erre y una de las manías de Melissa Albert (o Marianne Alexander) era vivir en pueblos cuyo nombre comenzaba por erre. Anuló todas sus citas y compró un billete de avión a Portland para aquella misma tarde.

\*

Jack Garrett trabajaba en un taller de motos llamado *Clarkson's*. Se quedó helado cuando su jefe le dijo que preguntaba por él un detective de la policía de Miami. Se quitó los guantes llenos de grasa y lo miró con el ceño fruncido.

—No he hecho nada. Desde que salí del trullo estoy limpio, puede creerme —aseguró.

—Lo sé. Vengo a preguntarle por alguien a quien creo que conoce: Alana Keller.

—¿Alana Keller, la hija de Sarah? —el detective asintió—. ¿Le ha pasado algo?

—Me extraña que pregunte si le ha pasado algo y no si ha hecho algo.

—Bueno, no me malinterprete, no es que no la vea capaz de hacer algo —sonrió—, pero es demasiado lista para dejarse pillar.

—Pues a esa chica tan lista la pillaron robando en un supermercado —le dijo, para ver lo que le respondía Garrett, pero él volvió a sonreír.

—La habrán pillado, no digo que no, ¿pero a que no ha pisado la cárcel, ni siquiera un calabozo? —Travis no emitió ni un sonido y eso valió una carcajada por parte del ex presidiario—. Por su cara deduzco que tampoco le ha pasado nada grave...

—Quiero saber cómo era ella cuando la conoció.

—¿Por qué? —Garrett enarcó las cejas.

—Porque es la madre de mi hija —al escuchar al detective, respiró hondo y puso los brazos en jarras.

—Mire, detective, si lo que busca es que le dé munición para quitarle a la niña, está ante la persona equivocada. La Alana que yo conocí era lista y

responsable. Estaba rodeada de mierda y aun así olía a flores, ¿me explico? No sé si la pilló robando o no, probablemente sí, pero seguro que se ha convertido en una mujer de bien. A mí me salvó la vida. La loca de su madre iba a quemar la caravana en la que vivía, conmigo dentro, porque sospechaba que yo me acostaba con otra. Fue Alana la que me avisó para que durmiera esa noche en otra parte.

—¿Y qué me dice de McPherson, el hijo del concejal de urbanismo? Ya sabe, el chico que apareció desnudo y atado al mástil de la bandera del instituto. ¿Recuerda ese incidente?

—¡Todo el mundo recuerda eso! En un pueblo pequeño como este no se olvida nada —respondió después de reírse de buena gana—. No sé quién ató a ese chico, pero se lo merecía.

—¿No fue Alana?

—Si fue Alana, tiene mucho mérito, ¿no cree? Una muchachita delgada y no demasiado alta reduciendo sin problemas al capitán del equipo de rugby, que pesaba el doble que ella y medía treinta centímetros más. Es una hazaña.

Travis no fue capaz de sonsacarle nada a aquel tipo, pero si algo le quedaba claro es que Jack Garrett guardaba buen recuerdo de Alana, incluso parecía tenerle cierto cariño.

—Solo una cosa más... ¿Por qué empezó a vestirse de forma tan provocativa de repente, si siempre había sido más bien discreta? —al escuchar al detective, Garrett frunció el ceño.

—Veo que ha hecho sus deberes, detective. Ha estado investigando a fondo sobre ella —resopló—. Alana era una buena chica, ¿sabe? Realmente lista y muy guapa. Sarah no tenía una relación normal con ella, no eran una madre y una hija comunes. La vida que Sarah había llevado comenzaba a pasarle factura. Demasiado alcohol, tabaco y drogas, demasiada vida nocturna y desenfreno. Se sentía vieja y poco atractiva aunque era, con diferencia, la mujer más guapa que yo había visto. Pero estaba loca, era insegura y muy violenta. Veía a Alana como una competencia y la trataba mal. La insultaba y le decía que no sería capaz de atraer a un hombre con todos sus libros y sobresalientes, que físicamente no valía nada, cosas así... Un día ella apareció vestida como una de las chicas del *Blue's*, el local de *strep tease* en el que trabajaba Sarah. Creo que fue para fastidiarla, para demostrarle que era más

joven y atractiva. Después le perdí la pista. ¿Sigue vistiendo así?

—Ya no —cambió de tema radicalmente—. ¿Usted la quería?

—¿Quererla? —pareció dudar un instante—. No viví tanto tiempo con ella como para quererla, pero hice muchas veces de escudo humano para que Sarah no le pegase. Me resultaba graciosa, la chica. Siempre tenía algo mordaz que decirle a su madre y era difícil no reírse de sus ocurrencias. Además, era fácil vivir con ella. Nos adaptamos bien. Me avisaba cuando Sarah estaba de malas dejando la luz exterior de la caravana encendida y yo ya sabía cómo debía entrar. Cosas como esa, que parecen tonterías, pero que te facilitan la vida.

—¿Por eso la ayudó con lo del chico ese, McPherson? —Travis lo había adivinado todo hacía ya un rato. Jack Garrett había protegido a Alana frente a aquel crío.

—Mire, detective, seguramente Timmy McPherson le haya dicho lo que le hice, pero debería saber que fue poco para lo que se merecía. Se propasó con Alana. Trató de besarla a la fuerza. Hacía unas semanas lo había avisado... Solía insultarla, decirle que si de mayor iba a ganarse la vida como su madre, enseñando las tetas. Le dije al chaval que la dejara en paz, que Alana merecía un respeto y que si seguía así le iba a partir la cara, pero creyó que no tendría cojones de hacerlo porque era el hijo del concejal del distrito... Esa noche, al regresar a casa, me lo encontré tratando de besarla cerca del parque. Ella intentaba zafarse, pero Timmy medía casi uno noventa y pesaría noventa y muchos kilos. Lo oí claramente cuando le dijo que no sabía que las putas pudieran negarse a nada, que si era cuestión de dinero, que le dijera cuánto debía pagar. Se me encendió la sangre. En ese momento Sarah se iba al trabajo y lo vio todo. Se dio cuenta de que iba a interceder y trató de detenerme porque, según ella, Alana debía aprender a quitarse de encima a tipos así, que era la clase de tíos que frecuentaban los locales de *streptease*. “¿O en serio crees que ella va a dedicarse a algo mejor que esto?”, me preguntó. Y se reía. Joder, detective, comprenderá que un hombre no puede aguantar según qué cosas. En ese instante decidí que lo nuestro se había acabado, que daba igual lo buena que estuviera o que follara como los putos ángeles, Sarah era un tía despreciable. Decidí, además, que el cabrón ese de Timmy McPherson iba a tener su merecido. También fui jugador de rugby en el instituto, ¿sabe?, y de los buenos, por eso cuando le lancé la piedra supe que le daría en la cabeza...

Alana escapó corriendo y me abalancé sobre él. Le di una buena paliza y lo até desnudo al mástil de la bandera. Le dejé claro que la próxima vez que la molestara sería mucho peor. Alana nunca supo que fui yo.

—¿Y él no se vengó?

—Joder, ya lo creo que se vengó... ¿Por qué piensa que acabé cumpliendo condena? No soy ninguna buena pieza, pero no robé en esa licorería de la avenida Olsen y mucho menos lo hice a mano armada, pero misteriosamente apareció un arma con mis huellas, la cinta de la cámara de seguridad había desaparecido y el dependiente juró que era yo, con nombre y apellidos, que me conocía bien.

—¿Me está diciendo que Timmy McPherson falsificó pruebas para inculparlo?

—Solo le digo que el dependiente, después de señalarme con el dedo, cerró su mierda de licorería y abrió un maravilloso hotel rural cerca de Biloxi. ¿Sabe quién es su socio? ¡Bingo! Acertó: Timmy McPherson.

—¿Sigue viviendo aquí ese cabrón? —Travis tenía ganas de romperle la cara.

—Ya lo creo que sí. Está en plena campaña, opta al puesto de su padre, ya jubilado, como concejal. Con la de mierda que esconde y va de ciudadano modelo...

—¡Hijo de perra!

—Oiga, detective, ¿qué ha sido de la vida de Alana? —Travis repasó mentalmente lo que había averiguado de ella durante esos días para hacerle un resumen lo más breve posible.

—Fue a la universidad en Miami, estudió Arte y acaba de doctorarse. Está pendiente de que la acepten como adjunta en el departamento de arte renacentista.

—Joder con la morenita, ha llegado lejos, ya lo creo que sí, y eso que Sarah siempre decía que nunca saldría de aquí gracias a sus libros, sino meneando bien el culo delante del hombre apropiado...

## CAPÍTULO 16

ALANA visitaba a Maddi Applegate cada día. Las visitas no duraban nunca más de una hora, a veces bastante menos. Eran simple cortesía, aunque le encantaban las excentricidades de la anciana. La primera vez que entró en el diminuto apartamento situado sobre el Café de Sally le llamó la atención que estuviera tan lleno de objetos que casi era imposible moverse por él. Había decenas de muebles antiguos, de madera oscura, patas torneadas y con enormes flores talladas; estanterías llenas de libros, tan cubiertos de polvo que apenas podía leerse sus títulos en los lomos; cachivaches cuya utilidad era un auténtico misterio y que parecían sacados de una chatarrería; sillones de terciopelo color menta que permanecían ocultos bajo montañas de ropa tan extraña que podría pensarse que había sido robada de un almacén de disfraces; y colores, cientos de colores por todas partes sazonados con un cierto olor a naftalina. Maddi la había invitado a un té aquel primer día y le enseñó álbumes de recortes y de fotografías antiguas donde ella aparecía al lado de celebridades del Hollywood de los años sesenta. Alana tuvo que hacer todo un ejercicio de contención para morderse la lengua y no mostrar sus dudas. ¿Realmente pensaba la anciana que alguien iba a creerse que aquella mujer rubia, pecosa y altísima era la misma Maddi que ahora se sentaba en el sofá, a su lado? Maddi mediría, como mucho, un metro sesenta y cinco y no era pecosa, ni tampoco había sido nunca rubia. Sus cejas indicaban que había tenido el cabello oscuro, aunque ahora las canas disimularan este hecho. No, la anciana no era la mujer de la fotografía.

Cuando Alana se despidió, oyó un batir de alas que le recordó lo que

Maddi le había dicho: no solo la hurona compartía su apartamento, sino también un loro.

—*Errol* se está despertando —explicó. Con su dedo índice arrugado, huesudo y levemente torcido por la artrosis le indicó la jaula que colgaba de un soporte dorado cerca de una de las ventanas y que estaba tapada con una tela negra. Días después le explicaría a la joven que cuando se veían a oscuras, los loros creían que era de noche y se dormían.

—¿Habla? —Alana nunca había visto un loro de cerca, ni había escuchado a ninguno tampoco.

—Solo dice mi nombre... Y si tiene mucha hambre, ¡dice mi nombre y mi apellido! Es lo único que le enseñó a decir un ex novio mío bastante simpático, que fue quien me lo regaló —Alana recordó que la anciana le había dicho que aquel loro había sido un regalo del actor Errol Flynn, de ahí su nombre, pero no dijo nada. Se despidió y prometió regresar al día siguiente.

Desde esa visita, había ido a verla todas las tardes.

\*

Tras su enfrentamiento con la señora Longstone, Alana reflexionó sobre muchas de las cosas que ella le había dicho y llegó a la conclusión de que en algunas tenía razón. Tras la partida de Travis, fue a verla. La tarde anterior habían comenzado a hacer la mermelada y lo único que se le ocurrió al encontrarse frente a su puerta fue alegar precisamente eso.

—Venía a ver cómo termina de hacer la mermelada, si no le importa — Kate Longstone consideró estas palabras como una especie de bandera blanca, como si Alana tratara de finalizar la guerra que iniciaran la tarde anterior. La anciana miró a Melissa, que dormía plácidamente en su capazo, y le indicó que pasara.

—Precisamente iba a ponerme ahora a hacerla —llegaron hasta la cocina y le enseñó el recipiente donde horas antes había colocado la fruta picada, acompañada de abundante azúcar y zumo de limón—. Mira, ya está listo: el

azúcar se ha disuelto y la fruta ha soltado su jugo. Ahora debemos ponerlo a fuego lento hasta que llegue a ebullición y removeremos de vez en cuando con un cucharón de madera —según iba hablando, la anciana colocaba la cazuela sobre el fuego y preparaba el cucharón que usaría para remover. Durante unos segundos, Alana la miró hacer y no se atrevió a decirle lo que verdaderamente la había llevado hasta su casa. Se sentía cómoda en aquella cocina. Era enorme, luminosa y estaba abierta al salón, separada solo por una pequeña isla donde habían instalado la vitrocerámica. Justo ahí, en un taburete alto un tanto incómodo, estaba sentada Alana mientras observaba a Kate moverse entre las cacerolas con soltura. Ella jamás había tenido esa soltura en la cocina. Su madre nunca cocinó. De hecho, no recordaba haber comido otra cosa que sándwiches y comida precocinada durante toda su vida. Después, cuando fue a estudiar a Miami, a la universidad, comenzó a cocinar alguna que otra cosa sencilla. Lo que más le gustaba era la repostería, aunque no se le daba demasiado bien, pero encontraba relajante, en especial, el momento de decorar las tartas y las galletas.

—¿Y una vez que llegue a ebullición? —Alana parecía muy concentrada, como si aprender a hacer mermelada fuese lo más interesante del mundo, cuando en realidad solo tenía una cosa en la cabeza: Travis.

—Querida, te oigo pensar —la anciana la miró sonriente—. Tu cabeza hace un ruido metálico y muy molesto, piensa que te piensa... Venga, desembucha. ¿Qué quieres saber sobre Travis?

Al escucharla, Alana dejó de fingir que le interesaba aprender la receta.

—No pretendo que me cuente cosas que Travis no desea que yo sepa.

—No lo pretendes, pero...

—Pero necesito saber.

—¿Y qué es lo que necesitas saber? —Alana se removió inquieta en la silla antes de lanzar la primera pregunta.

—¿Nick es de fiar? —comenzó tanteándola para ver si la anciana era capaz de hablar sinceramente sobre sus chicos.

—Creí que querías hablar sobre Travis —parecía incómoda, incluso un poco molesta.

—Creo que saber cómo es Nick me ayudará a entender cómo es Travis, sobre todo después de la discusión de ambos durante la cena y de lo que Nick

trató de insinuarme. Dígame, por favor, ¿Nick es de fiar?

—No —la respuesta fue inmediata, pero no porque le resultara fácil, todo lo contrario: se notaba que le dolía tener que reconocerlo, pero lo había hecho de prisa, para anestesiar el dolor, igual que hacemos al tirar bruscamente de las bandas de cera cuando nos depilamos.

—Y Travis, ¿es de fiar?

—Sí —fue igual de veloz y parecía sincera.

—O sea, que si me dice que se alejó de mí porque algo grave lo obligó a ello, no me engaña.

—Puedes creerle, no te engaña. Se alejó de ti para protegerte, esa era su intención —parecía tan sincera...

—¿Y eso que lo obligó a alejarse de mí puede ponerme en peligro?

—Travis cree que sí, pero en realidad no hay nada que temer.

—¿Usted cree que él siente algo por mí? —Kate Longstone miró fijamente a Alana durante unos segundos, incapaz de creer que aquella muchacha pudiera poner en duda los sentimientos de Travis.

—Está enamorado de ti, ¿acaso no te has dado cuenta? Se lo ha dicho a Phil, pero no hace falta que lo diga. Es tan evidente —resopló antes de seguir—. No te estaría contando esto si no supiera que también tú lo amas. No soporto las estupideces... La vida es demasiado corta para malgastarla, querida.

Alana no pudo responder ni una sola palabra. ¿Travis estaba enamorado de ella? ¡¿Enamorado?! El corazón comenzó a latirle con fuerza y las manos le temblaban.

—Ahora hay que bajar el fuego —dijo Kate, refiriéndose a la mermelada — y dejar que vaya cociendo lentamente durante una hora, al menos —la vio moverse por la cocina, pero sin prestar atención en realidad—. ¿Alana, estás bien? Parece que hayas visto un fantasma... ¿Tanto te ha impresionado lo que te dije de Travis? —la joven solo fue capaz de asentir—. Te aconsejo que utilices esta información con inteligencia: él necesita un sentimiento incondicional, no sabes hasta qué punto. Necesita saber que lo amas, que estás con él en lo bueno y en lo malo como él estaría contigo. Pero, Alana, no olvides que Travis es muy testarudo y es difícil hacerle cambiar de opinión. Si quieres que se abra a ti, conviértete en la llave de su corazón... —Kate le



guiñó un ojo y sonrió—, consigue que no le quepa la menor duda de que lo amas y de que pase lo que pase y averigües lo que averigües, ese amor no cambiará—. De pronto sintió miedo de saber aquella verdad que él ocultaba. ¿Qué podía ser tan terrible? Porque de una cosa estaba segura: aquel secreto tenía que ser algo verdaderamente aterrador.

\*

Colter Bronstein aterrizó en Portland a las siete de la tarde y alquiló un coche para llegar hasta Renfield. Cuando entró en el pueblo, con aquel *Pontiac FireBird* de un color negro brillante, hasta el último de los ciudadanos que había en la calle en esos momentos se detuvo para verlo pasar. El coche era similar al que llevaban Starsky y Hutch en aquella serie de los años setenta que tuvo a medio país sentado frente al televisor para ver las aventuras de aquellos policías, uno rubio y otro moreno. Colt hacía a veces ese tipo de cosas. Era absolutamente impermeable a lo que los demás opinaran de él. Sabía, no le cabía duda, que al verlo conduciendo ese Pontiac, alguna gente pensaría que era un poco imbécil y a otros les parecería, como a él, que encontrar semejante joya en el aeropuerto y no alquilarla era de idiotas. El *Pontiac* no era el tipo de coche que se compraría, pero eso no significaba que no se muriese por conducir uno. Hacía unos meses también había alquilado un *Gran Torino* y se había sentido el puñetero amo de la ciudad al volante de aquel automóvil. Hay coches que te hacen sentir así, coches que te convierten en quien quieres ser y él a veces quería ser otra persona.

En Renfield quería verse reflejado en los ojos de la gente como *el imbécil que vino presumiendo de coche horterá*. Siempre era más fácil sonsacarle información a la gente cuando te considera un poco tonto, porque con los tontos todo el mundo baja la guardia.

Había reservado una habitación en el único hotel del pueblo. Dejó en ella su maleta y no quiso perder tiempo: habló con el recepcionista. En un pueblo como aquel, en seguida se sabría que estaba buscando información y se

preguntarían por qué, de modo que quiso despistar lo más posible. Lo último que quería era que el hijo de *El Monstruo* estuviera sobre aviso.

—Hola... —leyó el nombre del recepcionista en la chapa identificativa— Jack. Quería preguntarte por un chico de este pueblo que tal vez conozcas: Josh Dillon —que la gente creyese que aquel chaval era el objetivo de su investigación era perfecto.

—¿Dillon? —frunció el ceño—. ¿Es por lo de la boda?

—Sí —respondió Colt de inmediato. Aquello era la leche, acababa de darle la coartada perfecta—. Unos amigos suyos de la ciudad quieren regalarle en la despedida de soltero un video emotivo en el que la gente de su pueblo recuerde cómo era de niño.

—Oh, vaya... Es un buen detalle. Puedo decirle poco de él. Es mucho mayor que yo. Pregúntele a Sammy Jo, en la ferretería, o a Sally, la dueña del Café de Sally. Ah, también en el instituto quedan algunos profesores que le dieron clase, incluso el entrenador Thompson fue compañero suyo —el recepcionista sonrió con sus dientes grandes y separados—. Dillon es un buen chaval, ¿sabe? El mejor pívot que ha tenido Ridell jamás.

Colt le dio las gracias antes de encaminarse hacia el instituto, pero aún no había alcanzado la plaza cuando se topó de frente con una anciana de pelo blanco vestida entera de lentejuelas. Brillaba más que la bola de una discoteca y sus tacones eran vertiginosos. Parecía una versión trasnochada de aquellas modelos escuálidas y excéntricas que mataban las horas en *Studio 54*. Se fijó en la correa de color rosa chicle, al extremo de la cual no había, como uno hubiera podido imaginar, un perro, sino un hurón. La mujer le sostuvo la mirada durante unos segundos y lanzó una exclamación.

—Yo lo conozco, joven. Lo conozco muy bien, aunque ha cambiado con los años. Usted era su confidente, lo recuerdo —lo miró con una mueca extraña en los labios y repasó de arriba abajo la indumentaria de Colt: sus pantalones vaqueros desgastados, su camisa blanca y sus zapatos italianos, todo muy casual, pero también muy caro. Se detuvo después en el pendiente de su oreja izquierda y, finalmente, de nuevo en sus ojos—. Sí, ya lo creo que prestaba oídos a lo que él quería contarle... Siempre escuchó todas las cochinadas que él deseaba contar, ¿verdad?

—Creo que me confunde, señora —estaba sorprendido del tono bélico de

la anciana.

—No, no me equivoco. Era usted. Más joven y menos musculoso. Más inseguro y menos arrogante... ¡Pero era usted quien escuchó lo que él tenía que decir para contárselo al mundo entero sin ningún pudor! —no esperó la respuesta de Colt. Tomó al hurón en brazos y se marchó taconeando con un ritmo tal que nadie hubiera dicho que tenía casi ochenta años. Colt permaneció mirándola unos instantes, pasmado.

\*

Travis estaba deseando llegar a casa, después de más de una semana de ausencia. Dejó a Harrison en el jardín de los Longstone sin entrar siquiera a saludar. No sabía lo que iba a encontrarse, el estado de ánimo con el que Alana lo recibiría. Lo último que esperaba era encontrarla decorando un enorme pastel de chocolate recién horneado. Cuando oyó la llave en la puerta, levantó la mirada de la manga pastelera con la que dibujaba pequeñas flores sobre el pastel y no pudo evitar la luz especial que hizo que su rostro se iluminara. Se alegraba de verlo y Travis se dio cuenta. Se quedó parado en el umbral unos segundos, sintiéndose extraño en su propia casa. Había descubierto tantas cosas sobre ella en esos días que no sabía cómo tratarla. No tenía ni idea de cómo hablarle ahora. Todos los que debían haberla amado y protegido en su vida le fallaron. Él no se había portado mejor.

—Hola —le sonrió con cierta indefensión. Alana se dio cuenta de que el hombre que había frente a ella era el mismo que aquella vez en la gasolinera, muchos meses atrás, había dejado caer su armadura mientras sonaba en la radio una canción de Joni Mitchell. Era el mismo que le había hecho el amor en la caravana por primera vez. No sabía qué había ocurrido en aquellos días, pero el resultado era realmente bueno. También le sonrió, tímida.

—Hola —ninguno de los dos supo qué más decir. Travis cerró la puerta tras él y miró hacia el capazo en el que dormía Melissa—. Durante estos días no te llamé porque...

—Lo siento —lo interrumpió ella, mientras dejaba la manga pastelera olvidada sobre el mármol de la cocina—. Lo siento de verdad.

—¿Qué sientes? —alzó una ceja sin comprender a qué se refería

—Ya sabes, lo que ocurrió entre nosotros antes de que te fueras —se sonrojó al recordarlo—. Creí que te lo merecías, pero...

—Es cierto, me lo merecía —ni siquiera se acordaba ya de aquello. Qué importancia podía tener el hecho de que ella se hubiera negado a acostarse con él en comparación con lo descubierto durante aquellos días.

—Sí, quizás te viniera bien saber lo que es sentirse utilizado y despreciado, pero no debería haberlo hecho. Yo no soy ese tipo de persona —parecía muy seria, concentrada al cien por cien en aquella conversación como si llevara mucho tiempo preparándose para pedir disculpas.

—Quiero que hablemos seriamente, sin caretas. Lo necesito, Alana —la miró con aquellos ojos desnudos, sin el escudo protector que solía colocarse para que el mundo no pudiera llegar hasta él. Si Travis podía desnudarse, ella también podía intentarlo.

—De acuerdo —ambos se sentaron en la mesa del comedor, uno frente al otro.

—No daré rodeos, no me iré por las ramas. Lo que quiero decirte es simple: me gustas muchísimo —ni siquiera pestañeó al decirlo—. Jamás pretendí hacerte daño, Alana, aunque sé que te lo hice. Mi pregunta es: ¿Estamos a tiempo de intentarlo? Deseo que nos vaya bien. No quiero que seas solo la madre de mi hija. Sabes que deseo de ti mucho más que eso.

Alana no respondió de inmediato. Su cerebro tardó en procesar lo que le estaba diciendo.

—¿Quieres que intentemos tener una relación? —parecía un tanto perpleja por la facilidad con la que todo estaba ocurriendo.

—Sí.

—¿Quieres que dejemos el pasado atrás y empecemos de cero? —no sabía si podría dejar atrás el pasado, resignarse a no saber nunca qué le había ocurrido a Travis, qué era aquello tan terrible de lo que quería protegerla.

—Sí.

—¿Crees que algún día podrás contarme qué te obligó a alejarte de mí? —vio cómo él cerraba los ojos por un instante.

—No lo sé —respiró profundamente—. Me da miedo que si lo sabes...

Alana se levantó de la silla, adelantó el cuerpo sobre la mesa y le colocó la mano sobre los labios para hacerlo callar.

—De acuerdo, intentaré confiar. No te prometo nada, solo que lo intentaré.

Travis la miró y tardó apenas un segundo en acariciar la mano que le tapaba la boca. Entrelazó los dedos con los suyos y le besó los nudillos.

—No te arrepentirás —le susurró—. También yo me arriesgo en esto, ¿sabes? Mi corazón no tiene parachoques en lo que a ti respecta. Podrías rompérmelo en mil pedazos.

Ella no respondió. Tragó saliva y un nudo de emoción se arremolinó en su garganta impidiéndole emitir sonido alguno. Tardó varios segundos en pronunciar una sola palabra.

—Tampoco yo tengo parachoques y no voy a negarte que me da miedo sufrir otra vez —volvió a tragar saliva.

—Creo que deberías saber que durante todo el tiempo que estuvimos separados, tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no ir a buscarte —se pasó las manos por el pelo y respiró hondo—. Dios, cómo te eché de menos. No sabes cuánto te necesitaba. Aparcaba mi coche cerca del camping de caravanas porque quería verte, aunque sabía que no debía hacerlo. Fue así como me enteré de la existencia de Melissa. Les pregunté por ti a unos niños del camping, creo que eran los nietos del viejo que tocaba el ukelele. Joder, cómo rogué para que ese bebé fuera mío. Solo con imaginar que habías tenido un hijo de otro... —respiró hondo y ella notó la angustia contenida, el dolor—. Quería estar contigo. Lo necesitaba más que nada en el mundo, pero precisamente por lo mucho que me importabas, no podía ponerte en peligro.

Una sombra cruzó los ojos de Travis y también los de Alana. Cada vez le intrigaba y le preocupaba más aquel secreto. Cada vez tenía más claro que haría todo lo posible por averiguarlo. Tal vez no fuera algo tan terrible, pero todo parecía indicar que sí lo era.

—Yo... —la respuesta femenina murió en sus labios en cuanto escuchó el llanto de Melissa e, inmediatamente después, el timbre de la puerta. Travis fue a abrir y ambos vieron, pasmados, a Harrison con el rostro desencajado.

—Odio a Nick, lo odio con todas mis fuerzas... Juro que si no se va pronto, lo mato —parecía desesperado—. Déjame dormir hoy aquí, por favor,

Trav.

## CAPÍTULO 17

ACABABAN de acostar a Melissa en su cuna, tras darle el biberón, y los tres se encontraban sentados a la mesa, con sus platos de *spaghetti* boloñesa humeantes y pidiendo ser devorados. Travis se había esmerado especialmente al preparar aquella cena. Alana y el detective se miraron con aquella complicidad recién estrenada que hizo que a ella se le erizara el vello de la nuca, le temblaran las rodillas y hasta le bailaran mil mariposas en el estómago.

—Ahora cuéntame detalladamente qué te ha ocurrido —Travis miraba a Harrison con el ceño fruncido. Sabía de sobra que Nick era desesperante, que sacaba de sus cabales a cualquiera, pero ver a Harrison tan enfadado le sorprendió, porque era el muchacho más tranquilo que había conocido en su vida.

—Se trata de Jenny Scabot —el chico pronunció el nombre casi con reverencia.

—¿La hija del gordo Pike? —él recordaba a una niña que tropezaba con todo, que llevaba corrector dental y tenía bastante mal carácter.

—La misma. Estamos haciendo juntos el trabajo de Ciencias para fin de curso y viene bastante a casa... ¡No soporto cómo la mira Nick! Joder, Travis, te juro que me dan escalofríos. La mira como si... No sé. La mira como si fuese un puto obseso —al escucharlo, Alana recordó lo que había sentido al estrechar su mano cuando se lo presentaron... Un asco profundo. Y su mirada, lo incómoda que se había sentido al saberse observada por él, eso también acababa de recordarlo. Y algo más... ¿No había dicho *La Diva del Cine Mudo*

que le tenía miedo a las mujeres rubias?

—¿De qué color tiene el pelo Jenny Scabot? ¿Es morena o rubia? — preguntó ella, dejándolos pasmados a ambos.

—¿Por qué? —Travis inclinó la cabeza hacia un lado con un gesto característico suyo que indicaba que algo lo había sorprendido.

—Ahora te lo explico —dejó de mirar al detective y miró a Harrison—. ¿Es rubia, verdad? Y él la mira desde lejos, como si quisiera devorarla con la mirada, pero al mismo tiempo le diera miedo, ¿me equivoco?

—Sí, has acertado en todo, pero...

—¿Sabéis quién es *La Divina del Cine Mudo*? —ambos asintieron sin saber qué tenía que ver una cosa con la otra. Así que ella les contó con todo lujo de detalles la conversación que había tenido con la anciana.

—Eso es absurdo, ¿vas a hacerle caso a una mujer que está loca? — Harrison estaba boquiabierto.

—Probablemente la anciana exagere, pero hay algo muy desagradable en Nick, algo que da grima —insistió Alana.

—Tal y como hablas parece que Nick fuese un violador. ¿No crees que exageras? Yo soy el primero en detestarlo, pero creo que lo que afirmas es excesivo.

—¡Yo no digo que sea un violador, solo que es un tipo raro que hace que la gente se sienta incómoda! Y el modo en el que mira, cómo lo observa todo con sus ojillos de ratón, Dios, Harrison tiene razón, solo de pensar en Nick siento escalofríos. La manera en la que se relaciona con la gente y cómo impone su presencia aunque sabe que molesta... Todo en él es repulsivo.

Travis la escuchó en silencio. Sí, era evidente que Nick despertaba sentimientos negativos, que generaba malestar su simple presencia en un lugar, pero creía que tanto Harrison como Alana exageraban. Lo que realmente ocurría es que Nick envidiaba a todo el que era feliz y creía que observando a esa persona, vigilándola, acabaría averiguando cuál era el secreto para caer bien o para enamorar a alguien, cualidades que él no poseía.

—Bueno, chicos, lo que es cierto es que no es ningún obseso sexual. Esas cosas se saben y jamás he escuchado nada semejante sobre Nick. En cuanto a que molesta, Harrison, mañana se acabarán tus problemas: se marcha a primera hora.



—Lo sé, Travis, y estoy deseándolo. Si no fuera por eso, ya lo hubiese golpeado, te lo juro...

—Debe de gustarte mucho Jenny. Jamás te había visto así —al escucharlo, se puso colorado hasta la raíz del cabello y comenzó a cenar en silencio. Travis cambió de tema de conversación para aligerar el aire dramático que había tomado la noche. Él y Alana recogieron después la mesa y dejaron al muchacho viendo la televisión.

—¿Dónde dormirá? —le preguntó Alana en voz baja mientras iba metiendo en el lavavajillas los platos sucios que le daba el detective.

—En la habitación de invitados, claro —le sonrió.

—¿Y entonces, dónde dormiremos la niña y yo? —abrió mucho los ojos esperando una respuesta. Deseaba y temía escucharla.

—Melissa y tú no os movéis. La habitación de invitados es la que ocupó yo. Vosotras estáis en la mía.

—¿Cómo?!

—Quería que te fueras acostumbrando a ella. Soñaba con compartir mi cama contigo, pero si eso no ocurría, al menos tendría el consuelo de saberte sobre mi colchón —le sonrió—. ¿Y yo? ¿Dormiré en el sofá, Alana, o me permitirás compartir la cama contigo?

Lo miró, sin poder hablar, y simplemente carraspeó.

—No puedo permitir que duermas en el sofá —la sonrisa de él se amplió aún más ante la respuesta femenina.

—Dormiremos juntos, entonces.

\*

La niña estaba profundamente dormida en su cuna y Alana se movía por el cuarto como una autómatas mientras Travis se daba una ducha. Imaginaba que no ocurriría nada entre ellos esa noche, pues Harrison dormía en la habitación del final del pasillo y podría escucharlos, pero aun así, el simple hecho de compartir con él la cama la hacía sentirse intranquila como una adolescente.

El detective entró en el cuarto con una toalla atada a la cintura. Tenía el pelo mojado y algunas gotas de agua caían sobre sus hombros y le resbalaban por el pecho. Ella tragó saliva y no disimuló lo mucho que le afectaba verlo así. Travis sonrió, paseando la mirada, a su vez, por el cuerpo femenino, cubierto solamente con una vieja y descolorida camiseta verde. Alana contuvo la respiración cuando la mirada de él se detuvo en su boca y, finalmente, la miró a los ojos.

—Te has cortado el pelo —había ternura en su mirada. Ternura y algo más—. Ya me di cuenta antes, pero había cosas más urgentes de las que hablar.

—Me lo cortó una amiga tuya, una rubia explosiva que no parecía muy contenta de que tú y yo intimáramos y tuviéramos una hija en común. Quería retocarme el corte, pero ella se vengó y me lo dejó así de corto —tocó su pelo mientras hablaba.

—Me gusta cómo te queda —sonrió y se acercó a ella.

—A la peluquera le gustas. Me dijo que...

—Podría gustarle a todas las mujeres del mundo y no importaría... Tengo una ceguera selectiva. Tú eres la única mujer que veo, la única que quiero ver —le acarició la mejilla—. La única que necesito.

—Harrison podría oírnos —trató de disuadirlo cuando se inclinó para besarla y él arqueó las cejas.

—¿Es esto un truco para que no te bese, como la otra vez? ¿Sigo sin ser merecedor de tu boca? —aunque no quería sonar preocupado, lo estaba.

—¡No es ningún juego, pero Harrison...!

—¿Puedo besarte entonces? —su voz era suave como una caricia. Alana asintió—. Entonces ven aquí y olvídате de Harrison.

La atrajo hacia él y la miró fijamente a los ojos antes de besarla. Ella se apartó un poco y le preguntó en un susurro si tenía condones. Travis rio escandalosamente.

—¡No te rías, mira lo que pasó la otra vez! —hizo un mohín—. Había tomado una pastilla para el dolor de cabeza tres días antes y eso anuló el efecto de la píldora... Y aún no uso ningún método anticonceptivo porque, tras el parto, no he tenido cita con el ginecólogo.

—No te preocupes, tengo condones —de hecho, había metido una caja en la maleta justo antes de tomar el avión en Miami. No es que estuviera seguro

de que Alana fuera a acabar perdonándolo, pero tenía esperanzas de que sí ocurriera y tampoco él deseaba volver a ser padre tan pronto. Abrió la maleta que había traído de la habitación que ocupaba Harrison y que aún no estaba deshecha del todo y le enseñó un paquete todavía sin abrir—. Quería estar preparado por si me perdonabas. ¿Algo más?

Alana negó con la cabeza y se puso de puntillas para besarlo. Fue un beso tierno al principio, incluso un poco tímido, sin más exigencia que la de los labios acariciándose con delicadeza, pero las respiraciones se aceleraron muy pronto y las bocas comenzaron a devorarse, las lenguas se enzarzaron en una lucha excitante, tratando de dominar unas veces y dejándose vencer otras. Travis la abrazaba como si temiera que Alana pudiera evaporarse o escurrírsele entre los dedos si no la asía con fuerza. Cuando separó los labios de los de ella, más desnudo y vulnerable que nunca, no refrenó sus palabras.

—Te amo. Creo que te amé desde el instante aquel en la gasolinera, cuando me descubriste roto mientras escuchaba aquella canción que me recuerda a mi madre. Cómo me miraste, lo que me dijiste... Era como si me conocieras de antes, como si alguien te hubiera hecho para mí siguiendo mis indicaciones de lo que necesito en una mujer para entregarme a ella por completo —Alana se mordió el labio para que no temblara. No quería llorar, no era el momento.

—Yo también te amo. Algo me dijo que eras diferente desde el primer instante. Tal vez no fuera amor ese primer fogonazo que me cegó cuando te vi por primera vez, allí sentado en tu todoterreno —le sonrió emocionada—, pero era la prehistoria de lo que después comencé a sentir.

—El prólogo —puntualizó él, sonriendo también. Alana quitó la toalla que el detective tenía anudada a la cintura y se deshizo de su vieja camiseta de dormir con un movimiento rápido.

—Me parece un sueño que esto vaya a ocurrir —apoyó sus manos en el duro pecho masculino—. Creí que nunca más...

—Desde que nos reencontramos, que esto ocurriera estaba en tus manos y lo sabes. Era yo el que me sentía desesperado, incapaz de saber qué pasos dar para que me perdonaras. No sé qué ha ocurrido para que cambies de opinión, pero bendito sea.

—Fue la señora Longstone —Alana lo miró muy seria—. Me dijo que

confiara en ti. Me dijo que me amabas.

—Recuérdame que se lo agradezca —bajó el tono de voz y la fue empujando hacia la cama, pero ni siquiera llegaron a tumbarse porque Harrison los interrumpió con sus gritos.

—¡Travis, Travis! —aporreó la puerta con urgencia—. Hay alguien merodeando por el jardín. Lo vi agazapado entre los arbustos y creo que estaba tratando de mirar por la ventana del comedor.

## CAPÍTULO 18

**T**RAVIS se puso los vaqueros y una camiseta rápidamente mientras Alana, que no encontraba nada que ponerse y acabó buscando una camisa en el armario, le decía que durante su ausencia se había sentido observada, como si alguien la estuviera vigilando.

—No te muevas de aquí —parecía preocupado cuando le abrió la puerta del dormitorio a su hermano—. Harrison, quédate con ella. Si entra alguien en casa, sabes qué hacer —el muchacho asintió. El detective salió, dejándolos solos y asustados.

—¿A qué se refiere con que sabes lo que debes hacer, Harrison?

—Al bate de béisbol que hay en el armario —el joven ni siquiera la miró, se acercó a la ventana y ella lo siguió. Vieron cómo Travis sacaba el arma, no sabían en qué momento la había buscado ni dónde la tenía guardada, y se movía igual que haría un depredador que persigue a su presa. Alana sintió que el corazón comenzaba a latirle con tanta fuerza que casi le dolía el pecho.

—¿Crees que hay alguien ahí abajo? —parecía muy preocupada.

—Estoy seguro de ello. Lo vi.

Siguieron mirando a través de la ventana hasta que Travis desapareció entre los arbustos. Alana contuvo la respiración. Esperaron durante segundos que parecían horas hasta verlo aparecer, con el rostro desencajado y arrastrando a un hombre como si fuese un fardo. Gritaba y golpeaba al tipo que había a su lado. El perfil del merodeador, aun en la penumbra, les pareció familiar.

—¡Joder! —Harrison lo reconoció de inmediato y se lanzó escaleras abajo

seguido de Alana. Rodearon la casa y llegaron por fin a la altura de Travis, que zarandeaba al mirón como si hubiera perdido el juicio. Harrison se abalanzó sobre él para detenerlo.

—¡Lo vas a matar y no merece la pena ir a la cárcel por eso! —le costó que Travis dejara de golpear al otro hombre y cuando este se desplomó en el suelo, Alana comprobó aterrorizada que se trataba de Nick.

—Estaba ahí agazapado —señaló unos arbustos—, tratando de ver dentro de la casa, el muy hijo de perra —miró de nuevo a Nick, cuya cara ensangrentada indicaba que Travis le había roto el labio y, a buen seguro, la nariz—. ¿También lo hiciste durante mi ausencia? ¿Estuviste vigilando a mi mujer y a mi hija, cabrón? —le dio una patada en la pierna. Nick no respondió. A su lado yacían unos prismáticos.

—Déjalo ya, Trav, por favor —el detective buscó la mirada de Alana, tratando de identificar qué pensaba ella de todo aquello. Algo en los ojos femeninos le indicó que eso era justo lo que debía hacer: serenarse, dejar de golpearlo, y eso fue lo que hizo. Marcó un número de teléfono en su móvil.

—¿Phil? Soy Travis. Necesito que vengas inmediatamente a casa. Se trata de Nick —escuchó durante unos segundos lo que le decían—. Es muy grave, sí. Estaba merodeando por aquí y tratando de mirar por la ventana de mi casa con unos prismáticos.

Cuando terminó de hablar, guardó el móvil en el bolsillo del pantalón y se acercó a Nick, que se encogió inconscientemente.

—No te preocupes, no te voy a pegar, pero escúchame bien: esto es lo último que te tolero. Si vuelvo a pillarte cerca de mí o de mi familia, si sé que me estás investigando o vigilando, voy a ir a por ti y no voy a parar hasta verte en la cárcel, ¿me oyes? —respiró con dificultad, tratando de serenarse—. ¿Sabes cuánto te puede caer por mirón, eh? ¿Sabes que es ilegal fisgar a través de las ventanas de la gente? —Nick tragó saliva y asintió con dificultad—. Eres una basura, un miserable. Has dedicado tu vida a vigilarme, a imitarme... ¡A odiarme sin que yo te haya hecho nada!

Travis se calló, de pronto, y se alejó de Nick. Se acercó entonces a Alana y la abrazó con fuerza.

—Joder —le susurró al oído—, este mundo está lleno de locos. Si llega a hacerte algo, yo...

—Pero no me hizo nada —Alana trataba de tranquilizarlo y se apretó fuerte contra su pecho—, ni a mí, ni a la niña. Tú mismo lo dijiste, Nick no es peligroso.

—Ya no estoy tan seguro.

Nick emitió un quejido leve cuando trató de incorporarse. Travis le había dado varios buenos puñetazos en la cara y después él había tropezado con la raíz de un árbol que sobresalía de la tierra y se había caído de bruces. Le dolían las rodillas y notaba que la cara comenzaba a hincharse. Se preguntaba cómo podía haber sido tan idiota de dejarse pillar. Había bajado la guardia. Llevaba años vigilando los pasos de Travis sin que este se diera cuenta y había dejado de ser cuidadoso. ¡Maldito fuera aquel cabrón con suerte! Pero iba a enterarse de quién era Nick Duncan. Iba a borrarle de la cara ese gesto de superioridad aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

El ruido de la camioneta aparcando en la parte delantera de la cabaña les indicó la llegada de Phil. Llevaba las manos en los bolsillos de la cazadora y el gesto descompuesto. Al ver la cara ensangrentada de Nick, frunció los labios.

—¿Qué demonios has hecho, chico? —Nick no le respondió—. Y tú, Travis, ¿por qué has tenido que pegarle? Siempre fuisteis igual de idiotas. Nunca os habéis podido comportar, maldita sea —más que enfadado, parecía triste—. ¿Te das cuenta de la gravedad de lo que hiciste, Nick? ¿Acaso te has convertido ahora en un merodeador? Dios, solo espero que esto no sea algo que haces habitualmente... Quiero pensar que tu odio a Travis te ha llevado a ello.

Hubo unos instantes de silencio, entonces Nick murmuró: “Llévame a casa, Phil. Mañana me iré y ya no tendréis que soportarme”. Su voz sonaba herida, furiosa. El anciano lo ayudó a ponerse en pie y se encaminaron juntos hacia la furgoneta. A Alana aún le galopaba el corazón. Pensó en todas aquellas veces, durante los días en que Travis no estuvo en casa, cuando sentía que alguien la vigilaba. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. ¿Qué pretendía Nick observándolas a ella y a la niña?

—Entremos. Hace mucho frío —dijo Travis. Los tres se encaminaron hacia la cabaña, pero ninguno tenía ganas de dormir. Se quedaron en el salón hablando de Nick, intercambiando opiniones sobre él y recordando anécdotas

de la infancia.

\*

Travis recordaba muy bien su infancia junto a Nick. Recordaba el día que éste llegó a casa de los Longstone. Nunca tuvo un carácter fácil, más bien todo lo contrario. Había pasado por un hogar de acogida anterior y en la espalda aún llevaba marcas de los malos tratos recibidos. Kate Longstone había llorado al vérselas, pero Nick no había derramado ni una sola lágrima y jamás habló de lo que le había ocurrido.

Al principio, no mostró ningún interés por Travis ni por ningún otro chico de la casa. Era arisco y malhumorado. Desaparecía durante horas sin explicar dónde había estado. Y entonces se produjo el cambio. Travis se acordaba perfectamente porque fue por la época en que la señora Longstone habló con él para explicarle todo lo referente a su madre y a *El Monstruo*. Nick comenzó a seguirlo como si fuese su sombra. Lo observaba desde lejos, imitaba su manera de comportarse y de vestirse. ¡Quería convertirse en Travis! La situación llegó a ser insostenible y Phil Longstone tomó cartas en el asunto, entonces Nick huyó a Miami y no supieron de él durante semanas, hasta que telefoneó para que fueran a buscarlo. No quiso decir por qué había ido a Miami ni qué era lo que lo tenía tan desesperado. No podía ser solo por la riña de Phil, tenía que haber algo más. La situación entre Travis y él fue a peor. Nick buscaba la más mínima oportunidad para sacarlo de sus casillas, aprovechaba las ocasiones en las que la casa estaba sola para revolver los cajones y robar alguna pequeña tontería que Travis no llegaba a echar de menos hasta tiempo después, pero no lo relacionaba con Nick, porque no era fácil llegar a la conclusión de que había sido él quien hiciera desaparecer un bolígrafo, unos calcetines o una pelota anti estrés.

Travis no quería preocupar a los Longstone y por eso trataba de solucionar él mismo los pequeños conflictos que se producían con Nick, pero a veces sus nervios lo traicionaban y caía sobre él a golpes. Nick nunca se defendía, solo



lo miraba fijamente, con odio contenido, como si supiera algo que el otro ignoraba o como si fuera inmune a los golpes. Travis siempre tuvo claro que su enemigo nunca sería feliz porque invertía demasiado esfuerzo en odiar a los demás. Se aferró a la certeza de que en poco tiempo lo perdería de vista y así fue: se marchó a la universidad y le perdió la pista. A partir de entonces coincidían una vez al año o ni siquiera eso, y sin embargo, Travis tenía la incómoda sensación de que Nick no andaba del todo lejos, pero achacó esto a su situación particular: estaba tan obsesionado con que *El Monstruo* le pisaba los talones, que comenzaba a ver fantasmas en todas partes y creía que cualquiera era un peligro potencial. Al encontrarlo esa noche merodeando por su casa se dio cuenta de que no había estado tan equivocado, pues probablemente Nick sí había estado vigiéndolo durante todo aquel tiempo.

\*

Colter Bronstein no encontró trabas a su investigación. Acceder al instituto en el que había estudiado el hijo de *El Monstruo* fue una tarea relativamente fácil. Tal y como suponía, el recepcionista del hotel en el que se hospedaba había puesto en antecedentes a buena parte de los habitantes de Renfield, así que cuando llegó ante el director para preguntarle por Dillon, aquel pívot talentoso que había llevado al equipo de Ridell varias veces a la victoria hacía unos años, este no escatimó esfuerzos en mostrarle fotografías de la época y contarle tantas anécdotas como pudo. Bronstein tardó apenas media hora en encontrar la prueba que le revelaría la verdad: se trataba de una fotografía de grupo con todo el equipo, justo el mismo año en el que la carta del hijo de *El Monstruo* había sido enviada a su madre. Repasó los nombres de todos los muchachos, escritos justo debajo y, al fin, encontró a uno cuyo nombre encajaba con las iniciales T.D.: Travis Duncan.

—¿Podría hablar con alguno de estos muchachos? ¿Siguen viviendo en el pueblo? Me interesaría tener un testimonio suyo para el video que voy a grabar, ya sabe, para la despedida de soltero de Dillon —el director se puso

las gafas para observar los rostros y los nombres con detenimiento.

—La mayoría ya no viven aquí —señaló entonces a un par de chicos—, pero Matt Carnet y Jimmy Watson trabajan en el aserradero —señaló entonces otro rostro— y mire qué casualidad, Travis Duncan vive en Miami, pero ha venido a pasar unos días con su familia, así que también podrá hablar con él.

Cuando Colter Bronstein salió del instituto, solo pensaba en lo cerca que *El Monstruo* había tenido a su hijo durante todos esos años: ambos vivían en Miami. ¿Casualidad? No lo creía, de modo que la pregunta era: ¿Por qué Travis Duncan se había instalado en la misma ciudad que el hombre del que deseaba esconderse?

\*

Alana abrió los ojos y descubrió que estaba entre los brazos de Travis. La noche anterior habían hablado de Nick hasta tarde y se habían prometido que no permitirían que aquel incidente arruinara su reciente reconciliación.

Travis ya estaba despierto y tenía la mirada clavada en el techo. Las sábanas los cubrían hasta la cintura y sus pupilas se dilataron ante la contemplación del pecho desnudo de él.

—Buenos días —su voz era un poco ronca. No había logrado dormir más de dos o tres horas. Parecía cansado, pero le dedicó una sonrisa tan luminosa que hubiera podido alumbrar un estadio de fútbol en plena noche.

—Buenos días —Alana respondió con voz mimosa, aún adormilada. Se estiró en la cama para alcanzar sus labios y regalarle un beso rápido y tierno, pero él no pareció conformarse con eso.

—Ven aquí —ella acababa de apartar los labios de los suyos. A pasar de decirle eso, Travis no esperó a que ella se le acercara. Se inclinó sobre Alana y con un rápido movimiento logró que ella quedara tumbada de espaldas. Se acopló, encajando sus caderas entre las piernas femeninas.

—La niña está a punto de despertarse y Harrison...

—Lo sé, lo sé. Solo quiero besarte —pero sus movimientos desmentían

sus palabras. Se apretó aún más contra ella, que notó su erección y arqueó la espalda en un acto reflejo. Le besó delicadamente la punta de la nariz—. Esto es una tortura. Saber que ambos lo deseamos y no tener oportunidad de hacerlo.

—Cuando Harrison se vaya y la niña duerma la siesta de la mañana, quizás tengamos un rato —apretó de nuevo su erección contra ella al escucharla, mostrando lo mucho que deseaba que llegara ese momento.

—Ojalá —murmuró justo antes de besarla. Alana se sentía húmeda y excitada, tan solo por el hecho de que él le susurrara aquellas palabras que le indicaban que estaba tan ansioso como ella. Lo empujó hasta que fue él quien quedó de espaldas sobre el colchón. No usaba pantalón de pijama para dormir, sino calzoncillos, así que se los bajó.

—¿Qué haces? —la voz masculina sonó ronca y ansiosa.

—¿A ti qué te parece? Hace unos días te dejé a medias. Te lo debo y siempre pago mis deudas —se inclinó hacia el miembro erecto y expectante, pero él tomó su cabeza entre las manos para detenerla. La miró muy serio.

—No me debes nada —Alana sonrió al escucharlo con su tono circunspecto.

—Es una manera de hablar. No siento que te lo deba. No quiero hacerlo por eso. Pero te deseo —bajó la voz y se inclinó hasta tocar su oído— y lo que deseo ahora es tu polla en mi boca.

La única respuesta de Travis fue una especie de gruñido. Su cuerpo se tensó al ver cómo ella se posicionaba y cómo los labios de Alana se abrían para acogerlo en su interior, aunque antes de hacerlo, la lengua femenina acarició a fondo el miembro, haciéndolo estremecer. Una vez dentro de su boca, comenzó a moverse acompasadamente, con calma, haciéndolo entrar y salir, marcando el recorrido con la suave ayuda de sus manos. Solo cuando escuchó cómo se entrecortaba la respiración de Travis sus movimientos se hicieron más rápidos y enérgicos. Estaba a punto de correrse y lo notó como un vendaval entre sus piernas. Sentir la boca de Alana era una locura, no había tardado ni cinco minutos en llevarlo a ese estado de desenfreno. Apartó con sus manos la cabeza femenina y la arrastró por las axilas hasta que quedaron frente a frente, después colocó la mano de Alana sobre su polla y entonces la besó, devorándola. Los movimientos de la mano eran enérgicos como antes

habían sido los de su boca. Travis estiró la mano para abrir uno de los cajones de la mesita de noche. Tanteó durante unos segundos hasta encontrar lo que buscaba. Rasgó el envoltorio del condón con impaciencia, se lo colocó y antes de que Alana se diera cuenta, la cabeza de él se había hundido entre sus piernas. Quería excitarla, pero descubrió que estaba húmeda y preparada para él, tan ansiosa que le suplicó entre gemidos que la penetrara. Travis lo hizo despacio, mirándola profundamente a los ojos. No se movió, tan solo permaneció en su interior disfrutando de la intimidad tanto tiempo añorada. Le mordisqueó la clavícula y comenzó a entrar y salir de ella con una lentitud exasperante, obligándola a exigir más no solo con palabras, sino con gestos. Le clavó las uñas en las nalgas y se quejó.

—¿Quieres más? —ella asintió, con los ojos muy abiertos y dejando escapar leves gemidos. Entonces empujó con fuerza y decisión, logrando que el cuerpo de ella se tensara, que su espalda se arqueara y un gemido profundo los envolviera ambos—. ¿Así?

—Dios, sí... No pares —sus gemidos eran cada vez más profundos y el movimiento de sus caderas, imparable—. Deja que me ponga encima.

Travis la tomó por la cintura y con un movimiento rápido la colocó a horcajadas sobre él. Su visión era espléndida: tumbado sobre la cama, viéndola desde abajo con su pecho balanceándose al ritmo de sus movimientos pélvicos y su hermoso cuello expuesto cada vez que dejaba caer hacia atrás la cabeza, presa del desenfreno y el placer. Era realmente maravillosa. También él alzó las caderas para que la penetración fuera más profunda y fue entonces cuando sintió las contracciones del orgasmo de Alana cerniéndose sobre su miembro, apretándolo, succionándolo. Su propio placer estalló con la violencia de un monzón mientras el placer de ella la tenía aún extasiada y entregada. Se desplomó después sobre Travis y se abrazaron. Permanecieron así hasta que oyeron la voz de Harrison.

—¡Chicos, arriba, he hecho el desayuno! —ambos fruncieron el ceño. Melissa aún dormía y tenían unos minutos más para jugar en la cama.

—Lo voy a matar —murmuró Travis, hundiendo la cara en el pelo de Alana y comenzando a besarle el cuello. Ella olía de maravilla. Olía a flores y a sexo. Los besos en el cuello dieron paso a otros besos más profundos, en la boca, en los pezones, y antes de darse cuenta, Alana sintió los dedos de Travis

hundiéndose en su interior, exigiéndole que se entregara de nuevo al placer que quería proporcionarle.

## CAPÍTULO 19

AQUELLA mañana, tras hablar por teléfono con los Longstone para comprobar que Nick ya se había marchado, Travis y Alana fueron a visitarlos. Mamá Kate no parecía tener demasiadas ganas de hablar y Phil ocultaba algo. Travis estaba seguro. Los conocía demasiado bien como para no notar ese tipo de cosas.

La anciana tomó entre sus brazos a Melissa y después se sentó de espaldas a la cocina. “Esta niña es una maravilla. Lo único que hace es comer y dormir. No te imaginas la guerra que me dio a mí Travis: se despertaba cada poco tiempo, comía mal... Hasta que cumplió tres años no pude dormir más de tres horas seguidas”, al decirlo, miró sonriendo con ternura al detective, como si más que una molestia, todos aquellos inconvenientes hubieran supuesto para ella un verdadero placer.

—La verdad es que sí, es buenísima. Lloro mucho cuando tiene hambre, pero por lo demás, no hay queja —Alana contestaba de manera automática. Travis había tomado asiento en el sofá más cercano a la chimenea y Harrison se encontraba a su lado. Todos notaron que algo andaba mal. Hubo un silencio largo que terminó rompiendo Phil.

—Kate está muy afectada por la marcha de Nick.

—¿Afectada? —Travis parecía incrédulo. Miró a la anciana—. ¿Te contó Phil lo que hizo? Además, Alana notó cosas extrañas durante mi ausencia, de manera que ha debido de estar vigilándola todo este tiempo... Sabía que estaba obsesionado conmigo, que averiguaba cosas sobre mí con el fin de fastidiarme, pero esto es mucho más que una travesura, mamá Kate. Esto es tan

grave que ni siquiera alguien tan comprensivo como tú debería tratar de justificarlo.

—No es que lo justifique... Es que tengo miedo. Nick se negó a hablar con Phil anoche y esta mañana se fue sin despedirse. Dejó esta nota —sacó una cuartilla doblada del bolsillo de su chaqueta y alargó el brazo. Travis se levantó y se acercó a ella. Leyó en voz baja la despedida de Nick.

*“Una y otra vez ocurre lo mismo. Travis no merece nada de lo que tiene, pero la suerte parece sonreírle siempre y todo el mundo se pone en mi contra. No lo merece, Travis NO MERECE NADA DE LO QUE TIENE. Sé quién es. Sé TODO sobre él. Pero esta vez será la última. Ya nunca más regresaré. Jamás. Esto es el final. Me resistí con todas mis fuerzas, pero vosotros me habéis empujado hacia este final”.*

Travis levantó la mirada de la nota y observó a Alana.

—¿Qué ocurre? —quiso saber ella, preocupada.

—Parece una nota de suicidio. ¿Avisasteis a la policía? —los ancianos asintieron.

—Mendelsson dijo que era igual que las anteriores, que no era la primera vez que Nick hacía algo así y que solo buscaba llamar la atención, que tendríamos noticias suyas pronto —explicó Phil. El jefe de policía Mendelsson llevaba tantos años en el pueblo que había vivido incluso la primera huida de Nick a Florida, cuando era un adolescente, pero Kate Longstone tenía un mal presentimiento. Esta vez era distinto. Esta vez Nick no iba a regresar.

\*

—¿De verdad piensas que Nick va a suicidarse? —la voz de Alana sonaba nerviosa. En cierto sentido, se culpabilizaba por aquella situación. Todos eran responsables, de algún modo. Si en realidad Nick era tan inestable, el rechazo de todos podría llevarlo a cometer alguna locura.

—No lo sé, la verdad —Travis iba empujando el carrito de Melissa por el camino hacia la cabaña, a través del bosque—. Si tuviera que apostar e hiciera caso de mi instinto de policía, diría que Nick no da el perfil de suicida. Hay demasiada rabia en su interior, demasiado odio —no quiso decirle a Alana, para no preocuparla, que el perfil de Nick casaba más con el de agresor. De hecho, tenía pensado extremar la seguridad, pues no le extrañaría que intentara atacarlo a él o a Alana. Incluso a la niña. Comenzaba a darse cuenta de que tal vez Nick siempre había sido mucho más peligroso de lo que él pensaba y había estado ciego, no había sabido ver dentro de su propia familia lo que a diario veía en su trabajo. También le preocupaba esa afirmación que hacía en la nota: decía que lo sabía todo sobre él. ¿Se referiría a *El Monstruo* o sería una manera de hablar? Travis creía poco probable que Nick supiera la relación que lo unía a Hans Skald pero, aun así, no lograba controlar aquella desazón.

Siguieron caminando en silencio, pensativos ambos, durante unos pocos minutos, hasta que se dieron cuenta de que había un coche desconocido aparcado delante de la cabaña, uno de esos coches horteras de los años ochenta. De él se apeó un hombre alto y guapo, bastante joven y vestido con cierto toque informal. Destacaba su barba de tres días y su pendiente en la oreja izquierda. Era realmente guapo, pero tenía tanta seguridad en sí mismo (no había más que ver cómo se movía y cómo se comportaba) que resultaba incluso ofensivo. Travis lo reconoció de inmediato y palideció. ¿Cómo no iba a reconocer a Colter Bronstein, el periodista a quien *El Monstruo* había concedido en exclusiva varias entrevistas, el tipo que había publicado dos libros diseccionando la mente y la personalidad del asesino más prolífico de Florida, de todo el sur del país, en realidad? Travis sintió que el corazón dejaba de latirle. ¿Cómo demonios había dado con él y qué quería? Si Colter Bronstein sabía dónde encontrarlo, eso significaba que *El Monstruo* también lo sabía. Lo único en lo que podía pensar en esos momentos era en Alana y en Melissa, en que estuvieran a salvo.

—¿Detective Duncan? —extendió la mano para estrechársela, pero Travis ni se inmutó, lo cual captó la atención de Alana—. Me llamo Colter Bronstein. ¿Me permite hablar con usted unos segundos? —seguía con la mano extendida y Travis, finalmente, se la estrechó. Colt lo miraba con su sonrisa más



inocente, pero no iba a engañar al detective, que lo había visto moverse cuando no se sabía observado. Además, lo conocía. Lo había investigado a fondo. ¿Cómo un niño que recién comienza Periodismo logra la exclusiva de la década, entrevistar a *El Monstruo*? Se convirtió en una celeridad de la noche a la mañana y Travis conocía de sobra la arrogancia de Colt, así que no iba a caer en la trampa de considerarlo un simplón, que era lo que él pretendía.

—Claro, pase —le indicó con la mano la puerta de la cabaña. Ni siquiera miró a Alana. Lo que no quería que ella supiera iba a salir a la luz y, justo en ese instante, solo era capaz de sentir miedo por la reacción de ella cuando se enterara de todo. No contaba, sin embargo, con la discreción del periodista.

—Si no le importa, preferiría que habláramos en privado, aquí mismo —miró a Alana y se encogió de hombros—. Espero que no le importe, señora.

—Claro, no importa —ella sonrió, pero la expresión de Travis le preocupaba. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Entró en casa con la niña y los dos hombres se quedaron solos, frente a frente. Hubo un instante de silencio y duda por parte de Colt antes de comenzar a hablar. Lo miró a los ojos y Travis se sorprendió porque su expresión carecía de la arrogancia que solía teñirla cuando lo veía retratado en la prensa o en algún programa de televisión.

—No sé si ha escuchado hablar de *El Monstruo de Florida*, un asesino en serie que...

—Vaya directo al grano, Bronstein. ¿Qué demonios hace aquí? —la mirada de Travis era dura y su gesto, impenetrable. Había apretado la mandíbula y la piel se le erizó. El viento de la mañana movía las copas de los árboles y traía el olor a madreselva del bosque.

—¿Sabes que eres su hijo, verdad? —Colt le habló entonces casi como si fueran amigos. Lo miró de arriba abajo y se apiadó sinceramente de él. Así, a simple vista, no parecía un mal tipo. Era, además, detective de la policía de Miami. Tenía fortaleza de carácter, no había más que verlo... Y debía vivir con el estigma de ser hijo de uno de los asesinos en serie más terroríficos del país. No le extrañaba que lo llevara en secreto.

—Dime qué demonios has venido a buscar a mi casa —murmuró entre dientes.

—Personas contratadas por tu padre han encontrado una carta que le

enviaste a tu madre. Él prefirió que siguiera encargándome yo del caso... Lleva años tratando de encontrarte —Travis ni siquiera cambió de expresión, aunque sentía el sudor frío recorriendo su espalda—, pero como sé que no quieres que te encuentre y, además, no soy ningún cabrón, he venido a prevenirte.

—Claro, como buen samaritano, has rastreado mi pista solo para avisarme —sonrió con cinismo.

—Lo que me trajo hasta aquí fue la curiosidad. Quería saber cómo eras, pero sobre todo quiero averiguar quién fue tu madre —Colt sabía el impacto que esas palabras iban a tener en él. En efecto, el rostro de Travis se transformó.

—¿Mi madre?

—Sí, tu madre. Tengo información sobre ella, pero sobre todo tengo muchos interrogantes que resolver.

—¿Y vas a contarme lo que sabes? —Travis parecía en estado de shock.

—No.

—Vas a publicarlo, ¿verdad?, como siempre has hecho con todas las historias que te contó *El Monstruo*, porque la mató él, ¿no es cierto? ¿Ella está... muerta?

—No pienso contarte nada, Travis, a menos que tú resuelvas algunas de mis dudas sobre cómo ha sido tu vida. *Quid pro quo*. Te ayudo si me ayudas.

—¿Y qué me dices de *El Monstruo*? Te contrató para encontrarme...

—Eso déjame a mí. Tú piensa si quieres que compartamos información y si la respuesta es afirmativa, búscame. Me hospedo en el hotel.

Lo vio subirse al coche y desaparecer por la carretera, entre los pinos. Se metió las manos en los bolsillos y entró en la cabaña.

\*

Alana se había arrimado de tanto en tanto a la ventana para ver lo que ocurría entre Travis y aquel desconocido. El rostro del detective no parecía

demasiado relajado, en realidad todo lo contrario. Cuando entró por fin en la cabaña, se sentó en uno de los sillones y hundió los hombros como si estos soportaran toneladas de peso. Resopló.

—¿Quién era ese hombre? Parece que no te ha dado muy buenas noticias —quiso saber Alana. La miró con tanta tristeza que ella se sentó de inmediato a su lado—. ¿Qué pasa?

—Hay algo que debo contarte, pero permíteme que lo haga poco a poco. Me cuesta admitirlo en voz alta porque es algo que quiero negar, que quiero hacer desaparecer, aunque no puedo.

—¿Tiene que ver con ese secreto que...? —Travis asintió antes de que ella terminara de formular la pregunta.

—Ese hombre sabe cosas sobre mi madre. Sabe lo que le ocurrió —suspiró profundamente—, pero me pone condiciones para contarme toda la verdad.

—¿Qué condiciones?

—Que le hable de mi vida. Creo que quiere saber cómo llegué a casa de los Longstone.

—Bueno, no es tanto lo que te pide —se quedó pensativa durante un tiempo—. ¿Quién es? ¿Cómo sabe lo que le ocurrió a tu madre?

—Aún no. No puedo hablar todavía sobre eso —parecía muy cansado.

—De acuerdo. Perdóname —lo abrazó con fuerza. Hubo unos instantes de silencio.

—Siempre he creído que fue mi padre quien mató a mi madre, ¿sabes? —declaró, con un hilo de voz. ¡Dios mío, allí estaba la confesión, aquello tan terrible que había ocultado durante años! Alana se apartó un poco de él para poder mirarle a los ojos.

—¿Ese era tu secreto?

—Solo una parte, no todo, pero ya sabes lo suficiente como para entender que no quisiera ser padre, que no deseara que toda esta asquerosa herencia que me corre por las venas fuera a parar a otro ser inocente.

“De manera que es eso”, pensó Alana. “Se siente culpable por lo que hizo su padre”.

—Tú no eres como tu padre. Escúchame, Trav —le cogió la cara entre las manos con ternura—. Cada ser humano es responsable exclusivamente de sus

actos, no de los actos de otros. Tu padre deberá responder por lo que hizo y tú responderás por lo que hagas, no por lo que ha hecho él. ¿Creías que iba a rechazarte al saberlo, que iba a tener miedo de que fueras igual que él?

—No lo sabes todo —cogió las manos de ella entre las suyas y las besó—. Solo sabes una pequeña parte de lo que...

—Sé que te quiero. Sé que eres un buen hombre. Sé que me quieres y que adoras a la niña. Sé que con tu sufrimiento, durante todos estos años, has purgado una pena que no es tuya, sino de él. Tú no tienes la culpa de nada. De nada, ¿me oyes?

Pero él no parecía oírla o, al menos, no parecía comprender sus palabras. Y es que Alana aún no sabía lo peor. Su padre era *El Monstruo*. Su padre había torturado y asesinado a docenas de mujeres. ¿Cómo podría seguir mirándole a la cara después de saber algo así? ¿Cómo podría perdonarlo por haber transmitido sus malditos genes a Melissa? Cuando ella lo besó, Travis cerró los ojos tratando de olvidarlo todo, concentrándose solo en ella, pero no pudo. Finalmente tendría que decirle la verdad, toda la verdad. No podría mantener aquella mentira durante mucho más tiempo. El círculo se iba estrechando y no se fiaba ni lo más mínimo de Colter Bronstein. Tal vez un día abriese el periódico y se encontrara con su cara en primera página: “El hijo de *El Monstruo* convertido en detective de la policía de Miami”. El titular tenía su miga, dicho sea de paso.

## CAPÍTULO 20

CUANDO le avisaron desde recepción de que Travis Duncan había preguntado por él, Colter indicó que lo hicieran subir a su habitación. Lo que iban a hablar era lo suficientemente delicado como para necesitar toda la privacidad posible.

Esperó con la puerta abierta y oyó sus pasos subiendo las escaleras del primer piso. Aquel hotelito no tenía ascensor. Su rostro estaba serio y, aunque no eran idénticos, adivinó en algunos rasgos del detective cierto parecido con Hans Skald, aunque esto jamás se lo diría a Travis. El periodista se preguntaba cómo se tomaría lo que tenía que contarle.

—Aquí estoy —dijo Travis, deteniéndose frente a él.

—Vamos, pasa —Colt se apartó de la puerta y el detective echó un vistazo rápido al cuarto. El mobiliario no era ninguna maravilla, pero parecía una habitación cómoda y todo estaba muy limpio. Colt le indicó que se sentara en el sillón que había debajo de la ventana y él se sentó en la cama después de coger varias botellitas del minibar—. Las vamos a necesitar, me temo.

—Tú me dirás qué quieres saber —Travis habló mientras abría la pequeña botella de whisky que acababa de darle el periodista y se la tomaba de un solo trago.

—En primer lugar, muchas gracias por venir. En segundo lugar, me gustaría que supieras que tu padre no quiere hacerte daño —Travis lo miró con el ceño fruncido—. Al leer la carta que le enviaste a tu madre y hablar con Hans...

—¿Hans? ¿Lo llamas Hans? —resopló—. ¿Sois amigos o algo así?

—Hemos pasado muchas horas juntos. Dejando de lado que sea un asesino

en serie...

—Precisamente eso es lo que nunca se puede dejar de lado. ¡Es un jodido asesino en serie! —Travis estaba alterado.

—¿Leíste acaso mi segundo libro sobre tu padre? —Colter le hizo la pregunta con un tono absolutamente calmado, en parte para no contribuir aún más al malestar de su contertulio.

—Sí, lo leí. Pobrecito Hans... ¡Cuánto sufrió! —dijo con cinismo.

—Esa es justo la actitud típica de un policía cateto que se centra solo en el delito y jamás se pregunta el porqué de las cosas. ¿Es eso lo que eres, un policía cateto?

—¿Y tú qué eres, un periodista cabreado porque le están dando su merecido a un puto psicópata?

—Cabreado, sí, y no sabes hasta qué punto. Cabreado con una sociedad hipócrita como la nuestra. Todos los que ahora levantan su dedo acusador contra tu padre son los mismos que no hicieron nada por él cuando podían haberlo hecho. Lo condenan los que no lo protegieron cuando debían, cuando era un niño: sus vecinos, sus profesores, la policía, el Gobierno... Vivía en un barrio pequeño, todos sabían que algo malo pasaba en aquella casa y permitieron que siguiera ocurriendo. Créeme, lo que conté en el libro no es nada para lo que él sufrió. No escribí el ochenta por ciento de lo que averigüé, porque mi intención no era avergonzarle. Es demasiado orgulloso para reconocer lo mucho que toda aquella brutalidad tiene que ver con el monstruo en el que se convirtió.

—Vamos, no me jodas, Bronstein. Habría sido el mismo asesino desalmado si hubiera llevado una vida normal —Travis había perdido la paciencia por completo.

—Eso es algo que jamás sabremos ni tú, ni yo —hubo unos instantes de silencio—. No lo defiendo, quiero que te quede claro, pero tras conocerlo a fondo y sentirme en cierta manera fascinado por su personalidad, necesité averiguar qué había hecho que se convirtiera en un asesino en serie.

—Por Dios, pero si la suya es una tipología de libro: es un manipulador nato, atractivo, culto, inteligente y sabe descubrir las debilidades de los demás y usarlas en su beneficio. ¿No te das cuenta de que te tiene subyugado?

—Te equivocas: me horroriza lo que hizo. He necesitado terapia para

aprender a vivir con ese horror que vi en fotos y que escuché de sus labios. Me da miedo, además, y si lo viera por la calle en vez de entre las paredes de la cárcel, esposado y escoltado por policías, huiría como alma que lleva el diablo. Pero jamás había conocido el Mal en persona. Jamás lo había visto cara a cara y necesitaba comprender cómo un ser humano puede hacerle a otro lo que él le hizo a todas esas mujeres —Travis no dijo nada—. Y retomando lo que trataba de decirte al principio, Hans piensa que tu madre te hizo creer que corrías peligro, que él os mataría si os encontraba, pero quiere que sepas que jamás le hizo daño a tu madre de ninguna manera.

—Lo sé, acabo de darme cuenta. *El Monstruo* solo comete sus atrocidades con mujeres que han demostrado ser unas pésimas madres, ¿no es cierto? En realidad, está matando una y otra vez a su propia madre. Patético. Es un psicópata de manual de primer año de la academia de policía. Mi madre sabía que si descubría que había tenido un hijo suyo sin decírselo y la encontraba, querría vengarse de ella, quitarle al niño. Pasados los años, una vez que sabe que lo odio, que me escondo para que no me encuentre, imagino que todo ese rencor recaerá sobre mí, de modo que también estoy en peligro.

—Joder, no... Estás equivocado. Tu padre es el tipo más manipulador que conozco y considera su deber organizar la vida de sus hijos. Necesita saber que tu vida está en orden y bien, dentro de lo que él considera ordenado y bueno. Es otra de sus muchas patologías. No te imaginas todos los hilos que ha movido desde las sombras para que Freya tomara el camino que él quería, ni todo lo que ha hecho para que Liv...

—¿Quién es Liv? —Travis parecía desconcertado.

—Tu hermana mayor, pero esa es otra historia.

—¿Tengo otra hermana? Pero... —arqueó las cejas y enmudeció.

—¡Esa es otra historia, Travis! Te la contaré en otro momento. Centrémonos ahora en lo nuestro.

—¿Tengo más hermanos, además de ellas?

—Que yo sepa, no. Ahora escúchame. Tu padre quiere encontrarte para saber que llevas la vida que él quiere que lleves. Está así de loco, sí. Sabe, además, que le queda poco tiempo. El Gobernador fechará su ejecución pronto. Cuando digo pronto, me refiero a que en el plazo de un año o año y medio, aproximadamente, podrían llevarlo a la silla eléctrica. Por eso tiene

prisa.

—¿Y tú por qué me avisas?

—Porque aunque no lo creas, los periodistas también tenemos conciencia, no vale todo con tal de conseguir una noticia. Al menos, no para mí. Si fueras algún tipo corrupto al que pudiera pillar con las manos en la masa, no tendría miramientos contigo, pero pareces un buen hombre que ha tenido la mala suerte de ser hijo de un monstruo. Él te busca y tú no pareces querer que te encuentre. Solo quiero exponerte lo que te pierdes si no vas a verlo, tal y como él desea que hagas. Pero si tú me dices que no quieres que él sepa de ti, le diré que no te he encontrado, aunque te aviso: no desistirá, encargará a otros que te encuentren.

—¿Qué me pierdo si no voy a verlo? Cuéntame... —Travis se apoyó en el respaldo y cruzó los brazos.

—Te contará todo lo que sabe de tu madre, que no es demasiado.

—¿Cómo? —irguió de nuevo su espalda.

—La mayor parte de la información que tenemos sobre tu madre es mentira. Su nombre, su...

—¿Su nombre?

—Sí, pero no puedo contarte más. Estoy investigándola, pero del mismo modo que te digo que te he avisado, para que mi conciencia estuviera tranquila, de que *El Monstruo* te pisaba los talones, también debo confesar que todo lo que averigüe sobre tu madre se lo diré a él. Por la ley de la compensación, más que nada. Siento que le estoy traicionando.

—¿Traicionando a un asesino en serie? Pero si él no sabe lo que es la ética, ni la moral.

—Bueno, yo sí sé lo que es y siento que he traicionado a alguien que confiaba en mí, pero me ha parecido más decente decírtelo para que estés sobre aviso de que tu padre está a punto de encontrarte. Utilizará tretas muy bajas para obligarte a ir a verlo, yo quiero darte la oportunidad de que decidas sin presiones.

—¿Sin presiones? ¿Crees que hablarme de mi madre no es ejercer presión sobre mí? ¿Sabes lo que ha sido mi vida desde que ella dejó de escribirme? No tienes ni la más mínima idea de... —pareció quedar pensativo durante unos instantes—. Dime solo una cosa: ¿Él la mató o no?



Colter respiró profundamente mientras pensaba si debía responder o no a esa pregunta.

—Está muerta, pero él no la mató y no puedo decirte nada más sobre el asunto —al escucharlo, Travis cerró los ojos y se concentró para no flaquear. Tenía casi la total certeza de que ella estaba muerta, pero aún había una pequeña llama de esperanza en su corazón, ahora se daba cuenta. Al escuchar las palabras de Colt, sintió como si el acero de un cuchillo le hubiera traspasado el estómago y aún permaneciera en sus entrañas, removiéndolas—. Necesito que me des todos los datos que conozcas sobre tu madre para cotejarlos con los míos y seguir investigando.

—¿Para qué, para que se los cuentes después a *El Monstruo*? ¿Qué le importa a él lo que le ha pasado a mi madre o quién era? —el dolor salía de su pecho a través de cada una de sus palabras.

—Le importa porque sabe que a ti te importa.

—Ahora me dirás que me quiere —rió con sarcasmo.

—Hans no sabe lo que es querer, nadie se lo ha enseñado. Demasiada violencia y abusos. Es como si alguien hubiese extirpado la parte de su cerebro que genera los afectos, pero tiene una idea muy concreta de lo que supone ser padre. Está totalmente equivocado, en realidad, porque ser padre no significa manipular para que tus hijos hagan lo que a ti te da la gana, pero él cree que así os protege.

—Déjame ver si lo he entendido: no quiere a sus hijos, porque es incapaz de querer, pero como somos sus hijos, se cree con el derecho y hasta con la obligación de organizarnos la vida.

—Exacto.

—Joder, esto es de locos —mover la cabeza, incrédulo.

—Sí, de locos, eso es.

—Si te digo todo lo que sé de mi madre y después *El Monstruo* me cuenta solo lo que le interesa, ¿qué?

—Hagamos una cosa —prometió Colt—, cuando lo vayas a ver, sentiré que mi deuda con él está saldada y yo mismo te contaré todo lo que he averiguado ¿de acuerdo? Así tendrás la certeza de que conoces toda la información.

\*

Colter Bronstein transcribió rápidamente lo que le había contado Travis. Sus palabras las había grabado, pero le interesaba también anotar las reacciones que había tenido, sus gestos. Daba tanta importancia a lo que le contaban como al modo en el que se lo contaban.

Para Travis, su madre se llamada Melissa Albert y había nacido en Salt Lake City en el año cincuenta y ocho. Había huido de casa con su novio del instituto y trabajó como camarera en Las Vegas durante un tiempo. Esa relación se acabó y conoció unos meses más tarde a otro hombre, bastante mayor que ella, con el que convivió varios años. Lo abandonó cuando reunió el suficiente valor. La maltrataba y amenazó con matarla si lo dejaba. Después de eso, huyó a Rouland y trabajó en un hotel limpiando las habitaciones. Allí conoció a Hans Skald, que se hospedaba, porque asistía como ponente a un congreso, en una de las habitaciones de la planta que le habían asignado. La atracción fue inmediata. Le parecía un príncipe azul que había aparecido en su blanco corcel para salvarla de aquella pesadilla de vida que le había tocado en suerte. Tan guapo, tan alto, tan elegante, tan culto y con una maravillosa casa de estilo victoriano en Fort Lauderdale, Florida (“Vivió allí aunque el nombre de la ciudad no empezaba por erre”, pensó Colt). Tantas bondades también venían acompañadas de defectos, claro, pero al principio estaba tan embobada con él que no dio importancia a que fuese un obseso del orden, a que hubiera una habitación de la casa en la que tenía terminantemente prohibido entrar porque decía ser un gran aficionado a la fotografía y podría velarle algún negativo. También era desconfiado y frío hasta el extremo, capaz de tener la más interesante y divertida de las conversaciones, pero emotivamente era un pedazo de hielo. El simple hecho de que ella le diera un beso inesperado podía dejarlo descolocado durante un buen rato. Realmente Melissa dijo que nunca había sufrido ningún tipo de violencia, pero empezó a tenerle miedo cuando el perro del vecino apareció ahorcado ante la puerta principal de la casa de al lado. Ese perro se pasaba media noche ladrando y, aunque Hans nunca había emitido ni una sola queja, ella sabía que se

desvelaba con los ladridos y parecía inquieto. Se obsesionó con la idea de que había sido él quien había ahorcado al perro. La imagen del cuerpo balanceándose la persiguió en pesadillas durante mucho tiempo. Un día se atrevió a preguntárselo y él le respondió que no, pero pareció sorprendido, no porque ella pudiese pensar semejante cosa. Parecía, en realidad, gratamente sorprendido, como si ella le hubiese demostrado una gran inteligencia al llegar a esa conclusión sin haber tenido muchos datos y eso la hiciera más valiosa ante sus ojos. No podía acudir a ninguna parte a contar sus sospechas, porque la tomarían por loca, pero un día, sin poder aguantar más, le espetó al propio Hans que le daba miedo, que su aura era negra, que lo veía capaz de las peores atrocidades y él, con absoluta calma, le respondió: “No digas tonterías”. Nuevamente parecía sorprendido de que ella llegara a semejantes conclusiones. Cuando se enteró de que estaba embarazada, huyó de la casa sin decirle que esperaba un hijo y ahí había comenzado su periplo por medio país, temiendo siempre que él le pisara los talones. Tenía la intuición de que descubriría lo del niño y querría arrebatárselo, por eso cuando nació, decidió entregarlo. Travis había nacido en Renfield, ya que su madre pasó el embarazo en la pequeña localidad. Fue así como conoció a Kate y Phil Longstone, una pareja encantadora que no tenía hijos y que la ayudó cuando más lo necesitaba, dejándola incluso vivir en su casa. Les propuso entregarles al niño y Asuntos Sociales intervino para legalizar la situación a través de una institución que se dedicaba a cuidar a niños abandonados y entregarlos en régimen de acogida, porque la idea de Melissa siempre había sido regresar algún día por su hijo. El propio Phil Longstone le contó a Travis que la paranoia de su madre había ido en aumento y cuando vio en las noticias que Hans Skald, ya encarcelado, era el asesino en serie que les había hecho a esas pobres mujeres todas las brutalidades que narraban en televisión, en vez de considerarse a salvo de él y regresar por su hijo, se había obsesionado con la idea de que Skald tenía amigos que la buscaban a ella y al niño y continuó huyendo hasta el día de su muerte.

## CAPÍTULO 21

**T**RAVIS entró en la cabaña y encontró a Alana leyendo en el sofá. Kate y Phil habían ido a buscar a la niña para dar un paseo con ella y la joven aprovechaba para descansar un rato, pero no se concentraba en la lectura. Estaba demasiado preocupada por todo lo que ocurría y al verlo, supo que había tenido motivos para preocuparse. Parecía destrozado. Se sentó a su lado en el sofá. Más que sentarse, se desplomó.

—Necesito que me abrases —la miró con unos ojos casi suplicantes. Vio tanto dolor en ellos que estuvo a punto de llorar por él. Lo abrazó muy fuerte—. Si estás conmigo podré soportarlo todo.

—¡Claro que estaré contigo! —Alana se apartó un poco para mirarlo—. Sabes que te amo.

—Puede que todo sea mentira —murmuró.

—¿El qué?

—Ella, mi madre... Ni siquiera es seguro que Melissa Albert fuera su verdadero nombre. Si mintió en eso, pudo mentir en todo lo demás también. Lo que creía saber sobre ella no es nada. Es humo. Y el tatuaje, joder —bajó la cabeza durante unos instantes—. Me he tatuado un nombre que... —no sabía ni qué decir—. ¿Qué llevo tatuado, maldita sea?

—El nombre de tu hija, eso es lo que llevas tatuado —susurró Alana cerca de su oído, justo antes de depositarle un beso suave en la mejilla. Él la miró con tanto amor que la joven se sonrojó.

—Sabes justo lo que necesito para hacerme sentir mejor.

—Me alegro de hacer que te sientas mejor —lo acarició—. En cuanto a lo

de tu madre...

—No quiero hablar de eso ahora. Ven —entrelazó los dedos a los suyos y la condujo escaleras arriba—. Traerán a la niña en dos horas, ¿verdad? —Alana asintió.

Una vez en la habitación, comenzaron a desvestirse muy despacio, sin ninguna prisa. Se besaban y se acariciaban con suavidad. Hicieron el amor con calma, con movimientos de ola que llega a morir a la playa. Amándose más con las miradas que con las caricias. Por un instante, la idea cruzó la mente de Travis: Alana lo amaba de verdad, lo amaba con un amor fuerte como las rocas milenarias que resistían los envites de los siglos, no con un amor liviano que ante la mínima dificultad apaga su llama. Podía confiar en ella. Podía hablarle de *El Monstruo*, pero no sería esa noche.

\*

Travis decidió que iría a ver a Hans Skald cuanto antes. Necesitaba saber lo que tenía que contarle sobre su madre, aunque todavía hubiera muchos misterios sin resolver (ya hablaría después con Colter Bronstein para saber lo que había averiguado), pero antes debía hacer algunas cosas, aunque solo fuera por precaución. Le contó a Alana que iba a investigar unos asuntos relacionados con su madre, lo que en cierta forma era verdad. Sin embargo, no quería que ella y la niña lo acompañasen a Miami, porque creía que estarían más protegidas en Renfield, lejos de *El Monstruo*. Llamó a su compañero, Kurt Donahue, para pedirle ayuda.

—¿Tienes algún compromiso el próximo fin de semana? —soltó a quemarropa, mientras mecía en sus brazos a la niña, que parecía inquieta.

—No, ¿por qué?

—Perfecto, porque te necesito aquí. He mirado los horarios y el sábado y el domingo no trabajas, ¿verdad?

—¿Para qué quieres que vaya a Oregón? —su voz mostraba verdadero interés.

—Es cuestión de vida o muerte —su tono era lo suficientemente rotundo como para que Kurt no creyera que se trataba de una broma ni de una exageración— Te lo contaré todo cuando regrese. Es algo serio, de verdad, de lo contrario no te lo pediría. Necesito que protejas a Alana y a la niña. Tengo una pequeña propiedad en el bosque, cerca del lago, te mandaré las coordenadas al móvil. Una de las llaves está en el primer cajón de mi escritorio, en la comisaría.

—¿Pero de qué va todo esto?

—No puedo hablar ahora. Necesito que cuides de mi familia durante dos días, ¿podrás?

—Joder, claro que podré. Por ti lo que sea, lo sabes, y más si me dices que es cuestión de vida o muerte —Kurt no había dudado ni un segundo en su respuesta, pero tampoco había podido disimular el interés y la preocupación que le generaban las palabras de su compañero.

—Puedes traer a *Big*. Sé que quieres a ese perro más que a muchos miembros de tu familia y que te cuesta apartarte de él. Ah, y también necesito que me dejes quedarme en tu casa esos dos días. No puedo hacerlo en la mía.

—Eso está hecho, pero vas a tener que darme muchas explicaciones, Trav —cada vez parecía más preocupado.

—Te lo contaré todo a la vuelta, en serio —le prometió justo antes de cortar la llamada. En ese instante Alana bajaba por las escaleras con el pelo mojado. Acababa de salir de la ducha. Contemplar a Travis meciendo a Melissa era la visión más tierna y conmovedora del mundo.

—Estáis como para sacaros una foto —dijo. Travis le sonrió, pero parecía distraído.

—Tenemos que hablar.

—Vaya, parece que es algo serio —ella se sentó a su lado en el sofá.

—Necesito que confíes ciegamente en mí. ¿Confías en mí, Alana? —la miró preocupado.

—Por supuesto.

—Bien, pues escúchame. Debo ir a Miami para hablar con mi padre y tratar de averiguar todo lo que pueda sobre mi madre, pero mi padre es un tipo peligro y le tengo miedo —dejó de hablar unos instantes y simplemente la miró—. Tengo miedo de que alguien os haga daño a ti o la niña. Él tiene

amigos que pueden...

—Me estás asustando, Trav —Alana tenía el ceño fruncido y le temblaban un poco las manos—. ¿Quién demonios es tu padre?

—Te lo contaré todo a la vuelta, pero ahora solo debes confiar en mí. ¿Recuerdas a Kurt Donahue, mi compañero? —ella asintió—. Se ocupará de ti y de Melissa durante el fin de semana. Por favor, hazle caso en todo lo que te diga.

—¿Estarás fuera solo el sábado y el domingo? —él asintió—. ¿Realmente corremos tanto peligro?

—No lo sé. Todo el mundo me dice que no, pero mi instinto me obliga a mantenerme alerta, a no fiarme, y siempre me guío por ese tipo de corazonadas.

—De acuerdo, no te preocupes. Le haré caso a Kurt. Si eso te hace sentir más tranquilo, lo haré.

Travis aún mecía a la niña en sus brazos. Se había quedado dormida hacía unos minutos. Se inclinó para besar a Alana con ternura.

—Cuando todo esto acabe y regresemos a Miami, no podré estar separado de ti. Yo viviendo en mi casa y tú con tu querido profesor. No lo soportaré —volvió a besarla—. Dime que vendrás a vivir conmigo, tengo una casa enorme y casi vacía que está necesitando una mano femenina que la convierta en un hogar. Dime que nos casaremos, que tendremos más niños y otro perro para que le haga compañía a *Jagger*, uno enorme y lanudo que se llame *Peludo* o algo similar, y prométeme que tendremos domingos de barbacoa y más vacaciones en Renfield y todas esas cosas que hace la gente normal. Dímelo. Necesito oírtelo decir —ella sonrió.

—Sí, Travis, lo tendremos. Tendremos todo eso, pero debes reconocer que no es lo que necesitas ahora. Ya sabes que lo tendrás. Lo que necesitas saber es que te quiero incondicionalmente y para siempre, haya hecho lo que haya hecho tu padre, sea quien sea tu madre. Tú eres el amor de mi vida, el único hombre al que he querido y el único al que querré. Vete a hablar con tu padre, pero regresa pronto, te estaré esperando. Dos días sin ti me parecerán siglos —se acercó para depositarle un suave beso sobre la boca con cuidado, tratando de no despertar a Melissa, que dormía acurrucada contra el pecho de su padre. Vio que los ojos de Travis estaban vidriosos, casi a punto de soltar

algunas lágrimas—. Oye, poli, ¿nadie te ha dicho que los tipos duros no lloran?

—¡Y una mierda! —respondió él con una media sonrisa—. Los tipos duros son los que no temen llorar ante la persona adecuada. Y tú, morenaza, eres la persona más adecuada del mundo. La única persona del mundo para mí —Melissa se revolvió inquieta, como si se quejara por el comentario de su padre—. Bueno, y tú también, Mel.

Ambos sonrieron mientras miraban a su hija embobados.

\*

Nick Duncan aparcó el coche a escasos metros de un acantilado en una carretera secundaria al norte del estado de Florida, cerca de la ciudad de Apalachicola. Aquella misma mañana había enviado por correo dos cartas desde un pueblo que encontró de camino. Una iba dirigida a Hans Skald, en la cárcel de Miami, y otra a Alana Keller, cuya residencia, según había comprobado, estaba fijada en una vieja casa de Coconut Grove. Con eso se daba por satisfecho. Saber que les confesaba los más íntimos secretos de Travis, esos que él jamás hubiera querido que se supieran, a las últimas personas que querría que se enterasen de ellos lo hacía sentir en paz con el mundo.

—Hasta aquí hemos llegado, compañero —le dijo a su viejo *jeep*, al tiempo que le daba un par de palmadas en la carrocería como si se tratara de una mascota más que de un vehículo. Se fijó en que la carretera estaba desierta. No había pasado ni un solo coche en los últimos minutos. Se subió al asiento del conductor, metió la marcha y el coche comenzó a acercarse peligrosamente al acantilado. Nadie sobreviviría a una caída desde esa altura a las aguas del Golfo de México. Cerró los ojos y encendió la radio. Sonaba una vieja canción de Radiohead. El aire traía un intenso olor a algas. Estaba amaneciendo.



\*

Los días anteriores al fin de semana que viajó a Miami fueron para Travis lo más parecido al paraíso que había conocido nunca. Cada minuto con Alana y con la niña le hacía pensar en el maravilloso futuro que tenían por delante. Era su familia. Su mujer y su hija. Suyas. Pensarlo hacía que se le inflamara el corazón. A eso fue a lo que se aferró cuando entró en la sala de visitas de la cárcel, en el pabellón de máxima seguridad, y vio por primera vez en su vida, cara a cara, a su padre. Podría soportarlo todo porque las tenía a ellas.

Como detective del condado de Miami Dade, había enviado una solicitud para entrevistar a Hans Skald. No quería decir quién era ni qué motivo lo llevaba allí. Mintió. Le dijo al alcaide que deseaba hablar con *El Monstruo* para un libro sobre asesinos en serie que estaba escribiendo. Hans Skald había accedido y justo allí era donde se encontraba en esos instantes, a punto de entrevistarse con él.

*El Monstruo de Florida* era poco fotogénico. Travis se dio cuenta de que las fotografías y las imágenes emitidas por televisión no le hacían justicia. Poseía elegancia y atractivo, tenía porte. Era cierto que se parecía a Clint Eastwood, pero era mucho más guapo. Sus ojos eran de un azul intenso, fríos y afilados. Su pelo ya estaba completamente lleno de canas, aunque aún no tenía sesenta años. Desde lejos, el detective captó cómo arqueaba las cejas y separaba su cuerpo del respaldo de la silla, con una actitud de alerta más propia de un felino que de un hombre. Sonrió cuando Travis llegó a su altura y tomó asiento frente a él. El detective lo observó con detenimiento: las profundas arrugas alrededor de los ojos y en la comisura de los labios, las manos esposadas sobre la mesa. Lo flanqueaban dos policías.

—Soy el detective Travis Duncan, del condado de Miami Dade —se presentó. Sintió el sudor frío resbalando por la espalda. No sabía muy bien cómo identificarse. Utilizar la palabra hijo (decir, por ejemplo: «Soy tu hijo») le daba ganas de vomitar. Se le revolvían las tripas.

—Travis Duncan —repitió, cerrando los ojos durante un instante con una sonrisa gélida en los labios—. Travis es un buen nombre. En cuanto al

parecido, es increíble.

—¿El parecido? —el detective intentaba no mover demasiado las manos para que él no se diera cuenta de que le temblaban un poco. Había muchos sentimientos mezclados. Estaba el odio, el temor, la pena al pensar en su madre.

—Sí, el parecido. Me recuerdas a mi abuelo materno, Johann Skald. Era un tipo muy apuesto, casi tan apuesto como tú, Travis —el detective enmudeció—. Imagino que vienes a hablar sobre tu madre.

—¿Cómo supiste quién era? —no pudo evitar la pregunta.

—Fácil. El parecido entre mi abuelo y tú es ciertamente asombroso y, por si eso no fuera bastante, tus iniciales son T. D. Ese era uno de los pocos datos que tenía sobre ti.

—Colter Bronstein me dijo que viniera a verte —su voz era seca, fría, impersonal.

—El señor Bronstein, qué gran tipo —*El Monstruo* sonrió sin que esa sonrisa eliminara de su rostro el aspecto de figura de cera—. Te ha contado que tu madre está muerta, por lo que veo, de lo contrario no estarías aquí. ¿Qué pensaste, que la había matado yo, verdad?

—Llevo años pensando que la mataste tú.

—Sí, eso me temía —inclinó su cuerpo hacia adelante y el ruido de las cadenas y los grilletes retumbó en la sala—. Jamás la hubiera matado, aunque la hubiese encontrado. Ninguna mujer que haya estado conmigo ha sufrido nunca ningún daño por mi parte, ¿acaso no leíste el informe policial? Todas dicen claramente que nunca las traté mal, que no hubo violencia física ni verbal. Tampoco lo hubiese hecho con mis hijos. ¿No has hablado con Freya? Pregúntale cómo fueron los años vividos a mi lado.

—Ví las fotografías de los cuerpos de todas esas mujeres. Sé de lo que eres capaz, así que no vayas de hombre recto. Eres un sádico sexual.

—¿Sexual? No... Quizás sea un sádico, eso no voy a discutirlo, pero no hubo violación —las aletas de su nariz se movían con rapidez, indicando que el comentario lo había molestado.

—No hace falta que haya violación para ser un acto sexual. Según el perfil, alguien como tú puede conseguir mucho disfrute simplemente con la tortura y tú las torturabas durante días, midiendo bien sus fuerzas para no

matarlas antes de lo debido. Querías verlas sufrir hasta el extremo —recalcó, pero Skald le mostró sus blanquísimos dientes con una media sonrisa. Ni con eso disimulaba que se sentía ofendido.

—¿Sabes quiénes eran esas mujeres? Calixta Robertson me ofreció a su hija de once años a cambio del dinero suficiente para seguir drogándose. “Aún es virgen”, me dijo. Eso aumentaba el precio de la niña. Nicole Viliani maltrataba a sus hijos, les apagaba cigarrillos en la espalda. Susan Monning los encerraba en la habitación, a oscuras y sin comida durante días. Y las demás no eran mejores. Se lo merecían, todas ellas. Se merecían lo que les hice y yo me merezco estar aquí por lo que les hice a ellas. Así funciona el mundo, Travis. Hay que asumir las consecuencias de nuestros actos. Los hijos de las víctimas nunca se personaron como acusación contra mí y pasados los años, algunos incluso me escribieron para decirme que lo que les hice a sus madres era una aberración, un horror, pero que eso les salvó la vida.

—¿Eso es lo que te habría gustado que alguien le hiciera a tu madre para que pagase por cómo te trató? —Skald rio a carcajadas al escuchar la pregunta.

—La verdad es que sí, lo habría agradecido mucho. Pero dejemos a la buena de mi madre fuera de esta conversación. Comencemos con lo que nos ocupa: tu madre, no la mía —respiró profundamente—. La conocí como Melissa Albert, pero estamos casi seguros de que ese no es su verdadero nombre.

—¿Y cuál es su verdadero nombre?

—No lo sabemos —se encogió de hombros y lo miró fijamente—. Tu madre tenía un trastorno de la personalidad, ¿lo sabías? —Travis no respondió así que él continuó hablando—. Paranoias, manía persecutoria, obsesivo compulsiva... Era un saco de problemas, pero las mujeres siempre me han gustado así, como preciosos relojes rotos que tengo que arreglar, colocando cada pequeño y delicado engranaje en su sitio para que funcione otra vez a la perfección. Quizás tu madre era la que más enferma estaba de mis tres mujeres. Nunca logré que se sintiera segura, ni relajada. Decía que la perseguía un ex novio que quería matarla. Más tarde dijo también lo mismo de mí.

—En este caso estaba en lo cierto. La perseguías.

—No quería matarla, solo conocerte, tenía derecho —frunció el ceño—. Es algo que nunca entenderás si no has pasado por ello. De repente una mujer decide que no eres digno de ser el padre de su hijo y te aparta, sin más. Es una de las sensaciones más horribles del mundo.

—Eres un asesino en serie, ¿qué esperabas?

—Ella entonces no lo sabía, y aun así te arrancó de mi lado. Son unos seres extraños, las mujeres. Con mucho más poder del que creen, por eso los hombres les han tenido tanto miedo a lo largo de los siglos y han intentado aplastarlas. Piénsalo bien: si quieren que asumas la responsabilidad de su hijo, pueden obligarte; piden una prueba de paternidad, se demuestra que es tuyo y un juez te obliga a ser padre. A ellas, en cambio, nada las obliga a ser madres. Pueden abortar, por ejemplo, y pueden hacerlo aunque tú les supliques que no lo hagan, que quieres al niño, que te ocuparás de él. O pueden no decirte ni siquiera que vas a ser padre. Ese es el mayor poder sobre la faz de la tierra, el que se ejerce sobre los hijos y los hijos son y siempre serán de sus madres. Para bien y para mal.

—Eso es cierto —Travis tenía la piel erizada. Recordó a Alana y a Melissa, cómo ella le había ocultado que era padre, cómo se sintió y, en este punto, no pudo evitar comprender a *El Monstruo*.

—Crie yo solo a Freya cuando murió su madre. Lo hice lo mejor que pude. Fui estricto, pero comprensivo, y traté de hacerla fuerte, de enseñarle que la mitad de su fuerza radica en ser mujer, que muchos le dirían que eso es un inconveniente, pero es mentira: al contrario. Si yo volviera a nacer, querría ser mujer. No hay nadie más fuerte que una mujer. Incluso las débiles te sorprenden en ocasiones. Y después está ese instinto animal que la civilización no ha logrado apagar: el sentimiento que las une a sus cachorros. Por eso no entiendo a las madres maltratadoras, no lo entiendo y lo castigo. No es complejo de Dios, como me ha dicho el psiquiatra de la cárcel. Es justicia, la justicia que esos niños no recibirán jamás por parte de las instituciones y sé lo que digo, porque a mí me ocurrió.

—Pero disfrutabas matándolas...

—No exactamente... Disfrutaba mucho de las torturas, de verlas sufrir, de cómo gritaban implorando una clemencia que ellas jamás habían tenido con sus propios hijos. De la muerte no disfrutaba tanto. Había que hacerlo y punto.

Ya me había cansado de ellas y dejarlas vivas era arriesgarme a que dieran datos sobre mí. Pero no disfrutaba al matarlas, sinceramente —al escucharlo, Travis recordó que las mataba de un disparo. Quienes disfrutaban asesinando lo hacen de un modo más personal y lento, asfixiándolas o apuñalándolas. Probablemente fuera cierto lo que *El Monstruo* decía: obtenía placer de las torturas, no de las muertes. Miles de imágenes de las fotografías de esas mujeres se acumularon en su retina haciéndolo estremecer. Las cicatrices, las contusiones, incluso las amputaciones de algunos dedos de manos o pies habían sido hechas mientras estaban vivas y conscientes. De nuevo sintió revuelto el estómago y ganas de vomitar. Debía centrar la conversación en lo que le interesaba, en lo que lo había llevado allí: su madre.

—Cuéntame todo lo que averiguaste sobre mi madre.

—Siempre vivía en ciudades pequeñas cuyo nombre comenzaba por erre, así que pensamos que ella misma debe de proceder de un lugar con esas características. Siempre utiliza nombres con las mismas iniciales: M. A., Melissa Albert, Marianne Alexander, Martha Andreotti, Morella Albam,... Pensamos que son sus verdaderas iniciales, pero no sabemos cuál de estos nombres es el verdadero, en caso de que sea alguno. Vamos investigándolos según nos topamos con un nombre nuevo, pero una y otra vez llegamos a callejones sin salida.

—¿Cómo conseguiste la carta que le envié?

—Fue hace un año, aproximadamente. Un detective al que contraté por medio de mi abogado siguió sus pasos hacia un pueblucho del sur de Alabama. Era más pequeño que los que ella solía elegir. Descubrió que había muerto muchos años atrás debido a una cirrosis gravísima que padecía desde hacía mucho tiempo por culpa del alcoholismo. Era ella, sin duda. En el informe estaba la descripción del forense y...

—¿Cómo conseguisteis los papeles del forense? —Travis imaginaba que los habían robado, pero Skald simplemente se encogió de hombros y siguió hablando.

—Cuando la encontraron llevaba encima algunos efectos personales que aún guardaban en una caja con etiqueta identificativa en las oficinas de sheriff. Una de las cosas que conservaban era tu carta, solo una cuartilla, debía de ser más larga. También llevaba un paquete de cigarrillos al que solo le faltaba uno

y una llave que no sabemos qué abre.

—¿Una llave? ¿La tienes? —tuvo un presentimiento respecto a aquello.

—Digamos que sí —la sonrisa de Skald ponía de manifiesto que sabía que le estaba dando importancia al detalle de la llave, así que para no ser demasiado evidente, cambió de tema.

—Colter Bronstein no quiso contarme nada de lo que sabía. Dijo que debías ser tú quien me lo contase.

—Buen chico, ese Bronstein —había algo cálido en su mirada cuando nombró al periodista.

—¿Es hijo tuyo? —no le habría extrañado.

—¿Quién, Colter? No. No me importaría que lo fuera, pero no lo es. Simplemente me cae bien.

—¿Tienes más hijos, a parte de mí y de Freya? —quería forzar una confesión, que le hablara de su otra hija, la que le había nombrado Colt. *El Monstruo* sonrió.

—Nuestro periodista se ha ido de la lengua, me temo. Pero no importa —lo observó detenidamente—. Perdona que te mire así, pero aún me sorprende lo mucho que te pareces al abuelo Johann. Eres un vikingo, no hay más que verte. Eres un Skald de la cabeza a los pies.

—¡No, no lo soy! —murmuró las palabras entre dientes, con rabia.

—Por supuesto que lo eres... ¿Sabes lo que significa nuestro apellido, Skald? Es de origen noruego y es el nombre que se les daba en la Edad Media a los poetas guerreros vikingos. Me gusta porque nos imprime la fuerza del guerrero y nos da la sensibilidad del poeta.

—¿Sensible, tú? —el rostro de Travis se torció con una sonrisa cínica.

—Sí, soy sensible para ciertas cosas. Soy muy sensible ante la belleza, tanto de objetos como de personas. Me conmueve. Soy sensible ante la bondad. Cuando conozco a alguien verdaderamente bueno siento que podría dar mi vida por él —*El Monstruo* cerró los ojos y pensó en Liv, su otra hija, un ser de luz, todo bondad—. No soy capaz de sentir eso que llamáis amor, pero claro que hay cosas que me conmueven. En cuanto a lo de tu otra hermana, Liv, es algo de lo que espero hablar algún día contigo, pero no hoy.

—Entonces imagino que nuestra entrevista ya se ha acabado.

—Imagino que sí, porque tú no quieres hablarme de tu vida, ¿verdad? —al

escucharlo, Travis se puso en pie.

—Mi vida es mía —dijo, con una voz más cortante que el gélido frío noruego que tan bien conocía Skald.

—¿Eres feliz, Travis? —le preguntó cuando ya se alejaba de la mesa. El detective se detuvo y dio media vuelta.

—Sí —la respuesta fue rotunda y *El Monstruo* supo que su hijo decía la verdad. Entonces le preguntó lo que le había estado rondando la cabeza desde el instante mismo en el que se enteró de que era policía.

—¿Conoces a Kurt Donahue? Trabajando ambos en la misma ciudad...

—Sí, lo conozco —a Travis no le resultó extraño que *El Monstruo* quisiera saber si conocía al hombre que lo había metido entre rejas—. No solo trabajamos en la misma ciudad, sino en la misma comisaría. Somos compañeros.

Skald soltó una carcajada que retumbó en la sala vacía.

—El mundo es un pañuelo —saber que Travis y el ex marido de Liv eran compañeros lo había puesto de buen humor. El círculo se iba cerrando. La vida iba reuniendo a sus hijos, acercándolos unos a otros casi como por arte de magia. Solo faltaba Freya y, tarde o temprano, acabaría buscando a sus hermanos. Estaba seguro de ello. Y si no, habría que darle un empujoncito.

## CAPÍTULO 22

**K**URT miró con preocupación la pantalla de su móvil. Estaba al sesenta por ciento de batería y aún les quedaba un día en la cabaña. ¿Cabaña? A aquello no podía llamársele cabaña. Era una construcción pequeñísima de troncos, de esas que utilizan los cazadores y pescadores de Oregón para resguardarse si en medio de su actividad se topan con un temporal de nieve o granizo. Tenía un camastro, una pequeña cocina de fogones, una mesa con dos sillas bastante toscas y un cuarto de baño diminuto con una ducha que debió de haber sido concebida para alguien muy, muy bajo pero que él, que medía más de un metro noventa, tenía que utilizar agachándose tanto que acababa con dolor de espalda. Dormir en un saco en el suelo era lo de menos, lo había hecho millones de veces, pero aquella ducha...

—¿De verdad no sabes nada del asunto? —le preguntó a Alana. *Big*, su gran danés, bostezó y se tumbó a sus pies.

—Nada de nada. Siempre he sabido que había un secreto, algo oscuro sobre su pasado, pero me decía que no estaba preparado para contármelo aún. Por cierto, ¿esperas alguna llamada? —a Alana le llamó la atención lo mucho que miraba la pantalla del móvil. Ella mecía el capazo de la niña para dormirla. Habían decidido no llevar cuna, pues solo pasarían una noche fuera de casa y Melissa dormiría perfectamente cómoda en su cochecito.

—Miraba la batería. Me queda poca y olvidé el cargador por las prisas —refunfuñó él.

—Pero esperas una llamada importante, ¿verdad? Se te nota. Tienes la típica cara...



—¿Qué cara? —Kurt arqueó las cejas, sorprendido. Era increíblemente apuesto, con ese aspecto a medio camino entre un rudo leñador y un guerrero medieval: altísimo, imponente, atractivo con su barba negra y sus resplandecientes ojos oscuros. Tenía todo el aspecto de un hombre lobo.

—La cara del que espera ansiosamente la llamada de alguien. Bueno, la llamada de una mujer —ella le sonrió.

—Travis ya te ha hablado de Olivia, ¿verdad? —chascó la lengua.

—¿Olivia? No, no me ha hablado de ella. ¿Quién es?

—Mi ex mujer —se lo pensó durante unos instantes. ¿Por qué no hablarle de ella? Al fin y al cabo, necesitaba soltarlo, necesitaba una opinión femenina, estaba desesperado por hablar con una mujer sobre el tema—. Me acosté con ella y salí huyendo.

—Vaya, vaya... Esa historia me suena —comentó con sorna al recordar el modo en que se había comportado Travis después de acostarse con ella en la caravana—. ¿Os echan algún producto especial en el agua de la comisaría? Es que todos los policías de Miami sois iguales, por lo que veo. Y dime, cuál es tu excusa para salir huyendo.

—Que debería haber mantenido cerrada la bragueta —estaba sentado en el camastro y se revolvió inquieto. Alana miró a la niña y vio que ya se había dormido, así que dejó de mecer el capazo.

—A ver, vamos a prepararnos para nuestra particular fiesta de pijamas. Por favor, échate en tu saco —él le hizo caso y ella se tumbó en el camastro, apoyó la cabeza en su mano y lo miró desde arriba. Kurt estaba tendido en el suelo, con los brazos detrás de la cabeza y mirando al techo. *Big* se había echado, cuan largo era, a su lado—. Ahora cuéntamelo todo con calma, ponme en antecedentes, ¿vale?

—Cuando la conocí, me pareció la mujer más adorable del mundo —comenzó él. Y fue desgranando poco a poco la historia de su vida al lado de Olivia. Alana lo escuchaba muy concentrada, pensando que ni en un millón de años nadie podría adivinar que aquel gigante de voz de trueno tuviese un corazón tan tierno y una cabeza tan hecha un lío por amor.

Travis le envió un mensaje a Kurt: “Todo bien. Mañana estaré ahí a mediodía” y otro a Alana: “No te imaginas cuánto os echo de menos a la niña y a ti. Te amo”. Ella le respondió: “Yo también te amo. Estoy hablando con Kurt de Olivia. ¡Está loco por ella!”. Travis sonrió, ¡como si él no supiera que ese grandullón seguía bebiendo los vientos por su ex mujer! Se disponía a irse a dormir cuando sonó el timbre del apartamento. Durante unos segundos dudó si debía o no abrir la puerta, pero lo que más le llamó la atención es que no se había puesto en guardia. El antiguo Travis Duncan hubiera sacado su pistola como acto reflejo y habría pensado que el que llamaba era alguien enviado por *El Monstruo*. El nuevo Travis, en cambio, no pensó eso. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo se había producido ese cambio en él así, de pronto? ¿Acaso creía a *El Monstruo* cuando le decía que no iba a hacerle ningún daño?

Se encaminó hacia la puerta y miró por la mirilla. Vio a una mujer rubia y alta completamente vestida de negro. No la reconoció. Abrió la puerta y ella, al verlo, se quedó sorprendida.

—¿Está Kurt? —parecía nerviosa. La voz le temblaba un poco y estaba pálida. El rostro le resultaba familiar, pero no lograba recordar dónde lo había visto, hasta que le vinieron imágenes del álbum de boda de Kurt y supo entonces quién era—. Soy...

—Hola, Olivia —la interrumpió él—, pasa. Kurt está en Oregón haciéndome un favor y me ha dejado quedarme hoy en su piso —ella pareció dudar en cuanto recibió toda esta información.

—Entonces será mejor que me vaya. Volveré otro día —daba la sensación de que había hecho un gran esfuerzo yendo hasta allí y su recompensa había sido esa: no encontrarlo en casa. Trataba de parecer fría y distante, pero el labio inferior le temblaba.

—En serio, pasa. Si hay algo que pueda hacer o si quieres dejarle a Kurt algún recado...

—Tengo su número de teléfono, tal vez lo llame, no te preocupes —su voz era muy queda, casi como si estuviera a punto de llorar, y sus hombros estaban hundidos. Travis supo que no iba a llamarlo.

—Escúchame, soy amigo de Kurt, soy policía... Soy un tipo de fiar. Puedes

pasar al apartamento, que no voy a hacerte nada —ella sonrió al escucharlo. Era realmente guapa, tan rubia, tan esbelta, con unos ojos azules cálidos y un rostro que destilaba cierta inocencia, a pesar de sus ojos enmarcados por los oscuros trazos del *eyeliner*—. Pareces muy triste y a los policías nos enseñan a animar a las chicas tristes.

—¿Sí? ¿Y cómo las animáis? —sonreía, pero su rostro reflejaba tristeza.

—Diciéndoles que sus ex maridos no las odian tanto como aparentan. De hecho, no las odian en absoluto.

Olivia alzó el rostro para mirarlo detenidamente. Parecía una niña perdida y asustada, una especie de *Emily The Strange* rubia y con un cierto aire gótico.

—¿En serio? ¿Aunque la chica lo haya hecho todo mal y le haya roto el corazón? ¿Incluso cuando cree que es la peor persona del mundo, su ex marido no la odia?

—Kurt no cree que seas la peor persona del mundo, créeme.

—Pues tal vez sí lo sea, quizás...

—Vamos, pasa, siéntate y hablemos con tranquilidad. Ahora mismo Kurt está cuidando de mi mujer, lo mínimo que puedo hacer es cuidar yo de la suya.

—No soy su mujer. Ya no. Hace siete años, dos meses y catorce días que no soy su mujer.

—Vamos, siéntate. Lo necesitas, Olivia.

—Nadie me llama Olivia, ¿sabes? Nadie excepto Kurt... Y ahora tú.

—¿Cómo te llaman entonces? —ella dudó ante la pregunta.

—Debo irme —dijo con tristeza, mirando las paredes del apartamento de su ex marido donde colgaban algunos objetos que conocía bien, como la foto de Kurt y su hermano Hank en el embarcadero cercano a su casa—. Necesito salir de aquí, lo siento. Muchas gracias por todo —Se encaminó por el pasillo hacia el ascensor y Travis observó cómo desaparecía tras las puertas metálicas. Pensó si debía enviarle o no un mensaje a Kurt y decidió que mejor se lo contaba al día siguiente, en persona. En esos momentos estaba en medio de la nada y lo conocía lo suficientemente bien como para saber lo mucho que le afectaría saberlo y lo mucho que le dolería no poder echar a correr tras ella. Kurt controlaba sus impulsos con mano férrea, pero seguía amando a Olivia. No le cabía ninguna duda.

Por desgracia, a Travis se le olvidó contárselo a Kurt porque solo tenía

cabeza para lo que *El Monstruo* le había desvelado sobre su madre.

\*

Había llegado el momento y Travis lo sabía, pero la prueba a la que se enfrentaba ahora era mucho menos dura que la que debía superar después. Contarle a Kurt toda la verdad era pan comido si lo comparaba con tener que desnudarse ante Alana y desvelar aquel secreto que nunca creyó que nadie, a excepción de los Longstone, sabría jamás.

Kurt y él estaban en la cabaña, después de dejar a Alana y a la niña con mamá Kate y con Phil. No sabía cómo empezar su relato, así que decidió comenzar de la forma más sencilla y directa. Después de que su compañero le preguntase: “¿Qué está pasando, Trav?”, el simplemente dijo:

—Soy hijo de Hans Skald.

Se hizo entonces un silencio largo y pesado y Kurt lo miró casi sin pestañear. Era un tema demasiado serio como para bromear, pero aquello tenía que ser una broma. No podía ser cierto.

—¿Pero qué estás diciendo? —dudó antes de seguir—. ¿No vivían tus padres aquí, en Renfield? ¿No son esos ancianos con los que has dejado a Alana?

—Los Longstone me criaron, pero no son mis padres biológicos. Mi madre fue una de las mujeres de Skald. Se llamaba Melissa Albert.

—Perdona pero no puedo creerlo. Es todo demasiada casualidad: tú eres el hijo de Skald, yo fui quien lo metió entre rejas, comprenderás que...

—No es casualidad, Kurt. Yo forcé la situación. Después de sacar la nota más alta de la promoción, elegí tu comisaría y a ti como compañero. Ningún otro novato quería formar pareja contigo. Tienes fama de ser bastante difícil, dicho sea de paso —ni siquiera esta broma hizo que Kurt se relajara—. Pensé que podría sonsacarte información. Me di cuenta pronto de que eso era imposible, después comenzamos a ser más que compañeros, fuimos amigos, y se me olvidó cuál había sido el verdadero motivo de querer ser tu compañero.

Accedí, eso sí, a los archivos del caso desde el ordenador de la comisaría.

—Vamos a ver, deja que me centre... Eres el hijo de Skald, un hijo secreto porque en la investigación no apareces por ninguna parte. Tu madre sí, pero de ella solo averiguamos que había abandonado a *El Monstruo*. No logramos contactar con ella para interrogarla, aunque hubiera dado lo mismo, porque todas sus mujeres hicieron idénticas declaraciones: era frío y maniático, pero jamás fue violento con ninguna —resopló—. Centrémonos: eres su hijo secreto, te conviertes en policía y haces todo lo posible para ser el novato que me asignen durante las prácticas —lo miró fríamente—. ¿Por qué?

—Quería sonsacarte información sobre mi madre —Travis sentía en sus hombros el peso de la sospecha de su compañero.

—¿Sobre tu madre? ¿Qué pasa con tu madre? —la sorpresa de Kurt iba en aumento.

—Creo que debo contarte toda la historia desde el principio, paso a paso. Espero que tengas tiempo, porque es bastante larga.

—No tengo pensado hacer nada más durante las próximas horas —declaró el detective Donahue, entonces Travis comenzó a contárselo todo.

\*

Phil había acompañado a Alana y a la niña hasta la cabaña hacía aproximadamente una hora. Para ella, la espera estaba siendo angustiada. Necesitaba saber toda la verdad, saberla ya para asumirla y enfrentar el futuro junto a Travis, así que cuando oyó su todoterreno acercarse por el camino de gravilla, no esperó a que él entrara en casa, salió corriendo a su encuentro. Se vieron brevemente cuando Travis fue a buscarlos a la cabañita del lago, pero apenas intercambiaron un abrazo y unas pocas palabras, pues el detective debía hablar con Kurt Donahue. Alana lo entendía, sabía que Kurt tenía que regresar a Miami de inmediato y que por eso Travis hablaba antes con él, pero la ansiedad la estaba matando. Se abalanzó sobre él y le dio uno de esos abrazos que cortan la respiración. No intercambiaron ni una sola palabra.

Alana enlazó las piernas a la cintura masculina y fue así como Travis la llevó al interior de la casa. La posó después sobre el sofá.

—Necesito una cerveza fría —declaró, al tiempo que iba hasta la nevera y cogía una. Cuando se sentó al lado de ella, en el sofá, su rostro estaba ensombrecido—. Ha llegado la hora de la verdad.

—Si no estás preparado para hablar...

—Ni lo estoy, ni voy a estarlo nunca, pero debo hablar. Haré como hice con Kurt, comenzaré de la forma más sencilla: soy el hijo de Hans Skald —ella alzó las cejas y el detective se dio cuenta de que no reconocía el nombre. No era de extrañar, la mayoría de la gente se quedaba solo con el sobrenombre que le daban en la prensa. Además, todo había ocurrido hacía demasiado tiempo, Alana sería una niña o, como mucho, una adolescente—. Se le conoce como *El Monstruo de Florida*, es un asesino en serie.

—¿Un asesino en serie?

—El más sanguinario de la historia del estado, uno de los más sanguinarios del país. Ahora mismo espera su ejecución en el corredor de la muerte de la cárcel de Florida.

—No me suena su nombre, yo... —comentó, cada vez más asombrada.

—Secuestraba y retenía en el sótano de su casa, durante días, a mujeres a las que torturaba y después mataba —explicó con rostro serio, contenido.

—De acuerdo, un asesino en serie... —intentaba relajarse.

Travis fue contándole toda la historia detalladamente, cómo se enteró de quién era su padre, lo que sabía acerca de su madre, todo. Alana escuchó en silencio, horrorizada, tratando de que su rostro no reflejara sus verdaderos sentimientos por miedo a que Travis la malinterpretara.

—Dime lo que piensas, quiero saberlo —insistió él, después de relatar toda la historia.

—Estoy asustada. Muy asustada. Si ya lo hubieran ejecutado, estaría más tranquila. No es que esté a favor de la pena de muerte, que no lo estoy, pero saber que un hombre como él sigue vivo, que tiene tanto interés en ti, me hace sentir insegura. Ahora te entiendo perfectamente, entiendo que alejaras a todos de tu lado. Lo entiendo, Travis.

—Te alejé porque me importabas demasiado, porque no soportaba la idea de ponerte en peligro, pero después supe que Melissa era hija mía y no podía

desentenderme de ella, ni mi corazón ni mi decencia me lo permitían. Pero, ¿entiendes ahora por qué no quería tener hijos? Toda esta carga genética es una bomba de relojería.

—No digas tonterías. Tu padre es como es por muchas circunstancias, seguro que tenía una predisposición para ello, pero la vida que llevó también tiene que haber influido mucho. En tu caso, ni hay predisposición al crimen ni has vivido en un ambiente que te convirtiera en un delincuente. Muchas veces, ni siquiera dándose las peores circunstancias los individuos salen torcidos. Mírame a mí. Sí, de acuerdo, he robado más de una y de dos veces, pero lo he hecho por necesidad y nunca consideré que ese fuese mi camino, no me veía robando siempre, pero también tengo claro que si paso hambre, no voy a quedarme en un rincón esperando la muerte, volvería a robar para comer. Creo, con todo, que soy una persona bastante decente y mi infancia no ha sido tan distinta a la de tu padre. Quizás mi madre no fuera tan depravada como la de *El Monstruo*, pero me pegaba, se emborrachaba, la nevera siempre estaba vacía y yo tenía que robar si quería comer, traía muchos hombres a casa y a veces he tenido que vérmelas con algunos que querían faltarme al respeto y ella, en vez de protegerme, se sentía atacada, creía que esos hombres trataban de propasarse porque yo era más joven y guapa que ella, lo que la hacía odiarme a muerte. Entonces me humillaba y me pegaba más todavía. A esto hay que añadir que trabajaba como *stripper* y que todos los chicos de los puebluchos en los que viví me trataban como a una puta por eso —Travis la escuchaba en silencio, preguntándose si debía decirle que ya lo sabía, que la había investigado. Lo más decente era decírselo—. Tuve mi etapa autodestructiva, no voy a decirte que no. Durante muchos años me vestí como una auténtica furcia y era por darle en las narices. Me decía que nunca conseguiría a un hombre si seguía con la cabeza entre los libros, que solo se conseguía uno moviendo bien el culo. Ya ves, esos eran los consejos de mi madre. Pero debo decir que también me vestía así por darles en las narices a todos esos catetos que piensan que el aspecto lo es todo, que te echan un vistazo y creen conocerte. No sé, supongo que el nacimiento de Melissa me hizo reflexionar. Quiero ser alguien de quien mi hija no se avergüence. Quiero que ningún chico la juzgue mal solo porque yo vaya vestida enseñando más carne de la cuenta.

—Lo sé —confesó Travis.

—¿Lo sabes? ¿Qué es lo que sabes? —Alana parecía confusa.

—Todo eso que me has contado ya lo sé. ¿Recuerdas cuando me fui a Miami con Harrison? —ella asintió—. En realidad fui a investigarte.

—¿A investigarme? ¿Por qué? ¿No te fiabas de mí?

—¡Claro que sí!, no fue por eso. Lo hice porque te negabas a darme otra oportunidad y estaba desesperado. Creí que escarbando en tu pasado descubriría qué te hacía tan cerrada, tan incapaz de mostrar confianza. Y lo descubrí: todos los que debían haberte amado y protegido te fallaron. ¿Cómo ibas a confiar en nadie? Eso me ayudó a afrontar de otra manera mi relación contigo.

—No me gusta que me hayas investigado —la voz de ella era seca y mostraba resentimiento.

—Lo sé.

—Podías haberme preguntado lo que querías saber.

—¿Me lo hubieras dicho?

—No, pero tendrías que haber esperado a que quisiera hablar, como hice yo contigo. No teforcé, ni investigué por mi cuenta. Confíe ciegamente en ti hasta que tú quisiste contármelo todo.

—Tienes razón, lo siento. Nunca volveré a hacer nada semejante —se notaba que estaba arrepentido.

—Eso espero —parecía un poco enfurruñada y él la abrazó. Se sentía extrañamente feliz, liberado del yugo que suponía mantener su secreto.

—¿Tu opinión con respecto a mí ha cambiado ahora que sabes quién es mi padre?

—¡Por supuesto que no! Claro que me ha impactado saberlo, me da miedo que un hombre así esté relacionado contigo y quiera estrechar lazos, pero no creo que tú y él tengáis nada que ver el uno con el otro. Eres un buen hombre, Travis. El mejor que he conocido, si exceptúo al profesor Darrow. Bueno, debo nombrar también a tu amigo Kurt. Me dejó gratamente sorprendida ese grandullón —sonrió. Tenía que desviar el tema para que Travis no siguiera hablando de su padre. Era doloroso y ya había hecho más que suficiente confesándose todo.

—Lo que te sorprendió fue ver a un hombre con pinta de tipo duro



enamorado como un colegial y suspirando por su ex mujer.

—No, no fue eso. Ya vi antes a un tipo duro enamorado como un colegial y suspirando —se encogió de hombros y sonrió con picardía—. A ti.

Travis rio a carcajadas y la abrazó.

—Pues tengo algo que contarte —se puso misterioso—. La noche que pasé en el apartamento de Kurt, Olivia fue a verle y estuvimos hablando un rato...

—¿Qué?! Oh, Dios, cuéntamelo todo —suplicó ella.

## CAPÍTULO 23

Maddi Applegate acudió a abrir la puerta cuando escuchó el timbre, mientras trataba de controlar los enloquecidos movimientos de su hurona. Finalmente, decidió meterla en su jaula. La anciana sabía que era Alana porque no la visitaba nadie más. En esta ocasión había acudido sin la niña y llegaba llena de bolsas.

—¿Qué traes ahí? —miraba curiosa, intentando atisbar algo.

—Comida, ¿cuándo fue la última vez que comiste algo decente? Seguro que hace mucho tiempo. Te traigo algo de verdura y fruta y un enorme pollo asado que huele de maravilla —los ojos de la anciana brillaron.

—A *Errol Flynn* le encanta el pollo asado —se rio. Alana la miró alzando una ceja—. Sí, lo sé, que un loro coma pollo es un tanto... caníbal, ¿verdad?

Ambas rieron con ganas, pero el aleteo del loro hizo que volvieran la cabeza hacia el rincón donde estaba la jaula.

—¡Mira, hoy podrás verlo por fin despierto! —la anciana se encaminó hacia la jaula y lo sacó de entre los barrotes. El loro, cuyas plumas azuladas comenzaban a ralear, seguramente debido a su avanzada edad, movía la cabeza de un modo extraño, casi como si olisqueara el pollo, aunque eso era del todo imposible, pero entonces comenzó a hablar con voz chillona.

—¡Pollo, pollo! —las risas de Alana le impidieron escuchar lo que dijo a continuación, pero en cuanto volvió a quedarse en silencio, el animal increpó a su dueña con tono amenazante—. ¡Dame de comer Melissa! —chilló—. ¡Melissa Albert dame de comer!

Cuando oyó el nombre dicho por aquel loro, la anciana frunció el ceño

durante un instante, movió la cabeza, como si se sintiera un poco atontada, pero finalmente estalló de alegría: reía, mostrando su boca desdentada y con los ojos llenos de lágrimas trató de explicarse ante Alana, cuyo cerebro trató de procesar a toda velocidad dónde había escuchado antes ese nombre y por qué el loro la llamaba así y no Maddi Applegate.

—Ya te lo dije... Cuando tiene hambre, grita como un condenado y me exige comida llamándome por mi nombre —volvió a reír—. Le enseñó a hacerlo un ex novio mío, que fue quien me lo regaló. Tardó más de un año en lograr que *Errol Flynn* lo dijera correctamente.

Alana miraba a Maddi con gesto congelado y una extraña sensación de mareo revolviéndole el estómago. Melissa... Melissa Albert... ¿No era así como había dicho Travis que se llamaba su madre? Le sonaba raro, como cuando pronunciamos tantas veces nuestro propio nombre que nos parece imposible que podamos llamarnos así porque no nos suena familiar.

—¿Melissa? —la voz de la joven sonaba quebrada, insegura.

—¿Sí? —la anciana aún sonreía.

—¿Por qué viniste a vivir a Renfield? —al escuchar la pregunta, se atusó el cabello canoso y se encogió de hombros.

—Es un buen lugar para esconderse del mundo —su atención se centraba en ese momento en una hermosa manzana roja que asomaba de una de las bolsas del supermercado.

—¿Y de quién tenías que esconderte? —contuvo la respiración, a la espera de su respuesta.

—De un hombre muy, muy malo que quería matarme. Fuimos amantes, ¿sabes?, pero es una larga historia —Alana apartó el montón de ropa que había sobre una de las sillas para poder sentarse.

—Tengo todo el tiempo del mundo y me encantaría que me lo contaras —sus palabras fueron pronunciadas con cautela por miedo a que la anciana se diera cuenta de que había dejado de actuar como Maddi Applegate para convertirse en Melissa Albert. Con disimulo, guardó en el bolso una de las fotos que había logrado arrancar de uno de los álbumes de la anciana.

—Pues verás —comenzó, después de sentarse también ella al lado de Alana— hará unos treinta y pico años abandoné a un hombre con el que estuve viviendo unos pocos meses y entonces él amenazó con matarme...

\*

A Alana le temblaban las manos cuando salió de la casa de la anciana y trató de llamar por teléfono a Travis. Si Melissa Albert era su madre y su madre estaba muerta, ¿quién era aquella mujer?

—Dime, cariño —la voz de Travis respondió con alegría a la llamada de Alana, pero ella fue incapaz de decir ni una sola palabra, como si alguien la estuviera estrangulando, sus palabras parecían morir en la garganta—. ¿Alana? ¿Estás ahí? ¿Por qué no dices nada?

—Tienes... Tienes que venir, Trav. Es urgente.

—¿Ir a dónde? ¿Estás bien? ¿Qué te pasa?

—Ven al Café de Sally, por favor. Te espero —cortó la llamada y fue hacia la cafetería. Se sentó en la mesa más apartada. Quizás debería haber ido a casa para contárselo todo, pero pensó que lo mejor sería estar allí, cerca del portal en el que vivía la anciana. Travis apenas tardó diez minutos en aparecer. Al principio se asustó porque no veía a la niña, quizás Alana tenía ese tono de voz por algo que le había ocurrido a Melissa, pero recordó que estaría con los Longstone mientras Alana visitaba a Maddi Applegate.

—¿Qué ocurre? —le preguntó con voz preocupada, tan pronto como se sentó en la mesa, frente a ella. La joven esperó a que Sally les sirviera el café antes de comenzar a hablar.

—Te he contado mis encuentros con Maddi, ¿verdad? ¿Recuerdas las cosas que te dije? El loro, ¿te acuerdas de él?

—¿El que dice que le regaló Errol Flynn, pero después cuenta que fue un ex novio suyo quien se lo regaló y le enseñó a decir su nombre cuando tiene hambre?

—Sí, ese... Pues hoy el loro ha dicho su nombre.

—¿Y...?

—Travis... La ha llamado Melissa Albert —hubo unos instantes de silencio, el rostro masculino mostraba auténtico estupor.

—¿Estás segura?

—Completamente segura. Después yo misma la llamé Melissa y ella me respondió, como si se hubiera olvidado de que siempre se hace llamar Maddi. Le pregunté por qué había venido a Renfield y me contó su historia.

—¿Y cuál es su historia?

—Es idéntica a la que tu madre te contó a ti, el novio maltratador del que huía, toda la historia es idéntica, Trav. Y otra cosa, solía enseñarme fotos. Eran fotos tuyas, supuestamente, pero se ve a leguas que no se trata de la misma mujer. Mira —sacó del bolso la foto que había logrado extraer del álbum de la anciana. Travis la agarró con manos temblorosas y la miró con ojos desorbitados.

—Esta es mi madre —murmuró.

—¿Tu madre? —se llevó una mano a la garganta, impactada.

—Sí, mi madre —cerró los ojos y suspiró profundamente—. ¿Qué coño está pasando? Tengo que subir a su casa, Alana. Debo hablar con ella.

\*

Cuando sonaron los golpes en la puerta, la anciana se sobresaltó. Estaba comiendo el pollo que le había llevado Alana media hora antes. Nadie llamaba nunca a su puerta, excepto Alana, pero ¿por qué iba a regresar ella tan pronto? ¿Acaso se habría olvidado algo?

—¡Alana! —exclamó al verla, mientras masticaba un bocado de pollo.

—¿Puedo entrar? Quiero presentarte a alguien muy especial para mí...

—Claro, pasa. Estaba comiendo tu delicioso pollo —Alana y Travis entraron en el desordenado apartamento. Él ojeó rápidamente la habitación en la que se encontraban, que albergaba el salón, el comedor y la cocina, todo ello eran espacios abiertos, sin ninguna pared divisoria. Al fondo se veía una puerta que debía de conducir al dormitorio y al baño. Era un apartamento diminuto.

La hurona dormitaba en su jaula y el loro, desde la suya, miraba por la ventana.

—Hola, señora —se presentó formalmente el detective—, soy Travis Duncan, el hijo de Melissa Albert.

—No, querido, estás en un error —los ojos de la anciana eran chispeantes, parecía contenta—. Melissa Albert soy yo. Tú debes de ser el hijo de Maddi Applegate.

—¿De quién?

—De Maddi, ya sabes, la dueña de esta casa. Me dijo que algún día vendrías a hacerme preguntas, mientras tanto debía hacerme pasar por ella.

—¿Y se hizo pasar por Maddi?

—No lo sé, no lo recuerdo —se sentó en el sofá y Alana se acercó a ella para tomar una de las manos arrugadas entre las suyas—, a veces no recuerdo bien las cosas, ¿sabes? A veces es difícil no creerse las propias mentiras, ¿verdad? No lo sé, yo... —señaló unas estanterías—. Maddi dijo que te diera los recortes, las fotos, todo. Dijo que te diera la llave de la caja, pero la perdí, lo siento...

—Espere, por favor, vamos por partes, ¿quiere?

—Sí, muchacho, dime... —se la veía agotada de pronto.

—¿Por qué tenía que hacerse pasar por Maddi Applegate? ¿Dónde se conocieron? —la anciana lo miró extrañada.

—Nos conocimos en el hospital, claro. Era yo quien le administraba la medicación desde que era apenas una niña —al escucharla, Travis se sentó en el sofá.

—¿Qué hospital? ¿Qué medicación?

—El hospital de Rochester. Nosotras somos de allí, de Rochester, Minnesota —el detective pensó en lo que le había dicho *El Monstruo*: su madre vivía en lugares cuyo nombre comenzaba por la letra erre y por eso pensaban que también comenzaba por erre su lugar de procedencia. En efecto, no se había equivocado: Rochester—. La ingresaron por una crisis de nervios, decía que la perseguían, que estaba en peligro, pero el doctor Morton le puso nombre a lo que de verdad le ocurría: trastorno de la personalidad. Tendría quince años cuando la conocí.

—¿Y cómo se intercambiaron los nombres? —Travis tenía el rostro desencajado.

—A mí sí me perseguía un ex novio, había amenazado con matarme si lo

abandonaba y me atreví a abandonarlo, así que estaba aterrorizada. Hablábamos mucho, tu madre y yo. Casi cuatro años después de su ingreso decidimos huir juntas. Matt, mi ex novio, me había atacado y solo permaneció unos meses en prisión. Estaba a punto de salir y sabía que no iba a parar hasta asesinar me. Fue entonces cuando decidimos huir y cambiarnos los nombres. “Tu vida por la mía”, me dijo. Después ocurrieron muchas cosas. Matt nos encontró en un motel de Woodbury y trató de matarme, pero tu madre me salvó.

—¿Cómo te salvó?

—Ella... Ella mató a Matt. Cuando lo vimos tendido en el aparcamiento del motel, después de que ella le diera en la cabeza con el pie de aquella lámpara tan grande, nos asustamos. El suelo estaba lleno de sangre y nosotras también. Robamos un coche del aparcamiento y huimos hacia la frontera. Estaba en deuda con ella. Después nos separamos porque la policía estaría buscando a dos mujeres. Nos cambiamos el color y el corte de pelo y, oficialmente, cada una asumió el nombre de la otra en cuanto llegamos a Wisconsin. En aquella época era muy difícil seguir la pista de alguien en cuanto pasaba la frontera. Cambiamos nuestros nombres aunque a mí ya no me perseguía nadie, pero ella quería dejar de llamarse Maddi Applegate y yo accedí. Se lo debía. No sabía que se podía hacer eso, ¿sabes? Intercambiar legalmente los nombres, pero ella era muy lista, ella siempre lo sabía todo. No dijimos que era un trueque. Primero ella fue a un abogado y pagó por el cambio de nombre, más tarde yo fui a otro e hice lo mismo. Y nos despedimos. Estábamos en contacto a través de carta. Cuando me pidió que viniese aquí, no pude negarme. Se lo debía. Le debo mi vida. Ahora era ella quien estaba siendo perseguida por ese maldito asesino, tu padre. Me dijo que yo no corría peligro, que él pensaba que se llamaba Melissa Albert, que no le había dicho la verdad. Pensé que iba a ser por poco tiempo, que ella lograría deshacerse de él, pero al final ha pasado más tiempo del que imaginaba. ¿Porque ha pasado ya mucho tiempo, verdad?

—Sí, ha pasado mucho tiempo —admitió Travis.

—¿Y te ha dicho tu madre si piensa regresar pronto?

—No, ella... Ella no me ha dicho nada. Lo siento.

—Ya veo... De todos modos, puedes mirar por aquí. Todo esto es la historia de su vida. Me dijo que vendrías, ¿sabes? Lo he conservado todo

intacto. Solo he perdido la llave, lo siento, pero ella tenía otra copia, siempre la llevaba encima —la cabeza de Travis trabajó deprisa... ¿No había dicho *El Monstruo* que cuando su madre apareció muerta entre sus efectos personales había una llave? ¡Dios, sí, estaba seguro de ello! Y Hans Skald tenía esa llave.

—¿Qué es lo que abre la llave?

—Una caja de caudales de un banco —levantó la manga de su camisa blanca y le enseñó el tatuaje, un número y unas siglas: H. F. D. S. B. 113245—. Le dije que podía ser peligroso para ella regresar a Rochester. Al fin y al cabo, se había escapado años antes de un hospital psiquiátrico. Yo era una simple enfermera con un historial impecable. Cuando dejé mi trabajo en el hospital, nadie lo relacionó con la huida de tu madre.

—¿Qué indican las siglas? —preguntó Alana, que se había mantenido en todo momento al margen, atónita al escuchar la historia. Travis buscó a través de su móvil los distintos bancos que había en Rochester para ver cuál coincidía con las siglas.

—Tengo algo: *Home Federal Savings Bank*.

—El resguardo que debes presentar en el banco está en mi mesita de noche —les dijo. Ambos la miraron. Parecía muy cansada. Inclino la cabeza hacia atrás y se apoyó en el respaldo, como si fuera a dormirse.

—¿Usted supo todo el tiempo que Travis era el hijo de Maddi? —quiso saber Alana.

—Maddi debió decírmelo, pero no estoy segura... Sí, creo que sabía que el hijo de Maddi era uno de los chicos Duncan, pero pensé que era el otro —miró a Travis—. No imaginé que serías tú el hijo de *El Monstruo*. El otro me recuerda más a Skald, tanta crueldad en la mirada...

—¿Qué otro? —el detective estaba confuso.

—Se refiere a Nick —respondió Alana justo antes de volver a preguntarle a la anciana—. Una vez me dijo que Nick le tenía miedo a las mujeres rubias, ¿por qué me dijo eso?

—Tiene miedo a las mujeres en general —el tono de voz era cada vez más cansado y somnoliento. Señaló unos prismáticos que reposaban sobre el alféizar de la ventana—. Hace años lo vi con una chica. Era la noche de la feria. La jovencita parecía haber bebido más de la cuenta y trataba de llegar a casa atajando por el prado de los Lombart, pero se cayó cuan larga era. Él

apareció de la nada y la toqueteó, pero en cuanto la chica hizo un mínimo gesto, como si fuera a despertarse, huyó de allí despavorido. Lo vi todo muy bien —volvió a señalar los prismáticos—. Después lo observé a veces. Era espeluznante cómo miraba a las mujeres.

—¿Y no avisó a la policía? —Alana la miraba asustada.

—No, yo... La verdad es que no dije nada. Tampoco me hubieran creído. Aquí todos me toman por loca, ¿sabes? —esto último ya lo dijo en un murmullo, pues su cabeza cayó sobre el respaldo del sofá y se quedó profundamente dormida, pero fueron apenas unos pocos minutos. Enseguida despertó y miró a Travis como si fuera la primera vez que lo veía.

—Señora Albert, debería... —el detective no pudo terminar de hablar.

—¿Señora Albert? Estás confundido, muchacho —respondió con voz gélida y cierto tono de suspicacia—. Mi nombre es Maddi Applegate.



## CAPÍTULO 24

**M**IENTRAS TRAVIS trataba de atar cabos sueltos, Alana buscó en internet información sobre Hans Skald y lo que encontró la dejó horrorizada. Aunque era lo mismo que ya sabía, ese modo tan frío en el que era expuesto, los amplios detalles sobre las torturas y los crímenes, hicieron que tuviera pesadillas durante varias noches y eso que no había visto ni una sola fotografía. Se compró los libros que había escrito Colter Bronstein sobre *El Monstruo* en versión *eBook* y había comenzado ya a leer el primero.

Entretanto, Travis hablaba con Colter Bronstein.

—No me lo puedo creer —le dijo el periodista cuando oyó toda la historia de la anciana.

—Yo tampoco podía —confesó Travis—. Lo que quiero es que investigues la historia, a ver si es cierta. Le pediré la llave a Skald e iré después al banco para abrir la caja de caudales.

Pero Travis se vio incapaz de ir de nuevo a la cárcel y enfrentarse con *El Monstruo*, así que hizo lo que Colter le recomendó, llamó a William Weiss para que este hiciera de intermediario.

\*

William Weiss tenía muchas noticias para *El Monstruo* y sabía que algunas le iban a gustar y otras, no tanto. Como era de suponer, Hans Skald mandó investigar a Travis. Además de informarle de todo lo referente a su trabajo, el abogado le habló también de Alana y de la niña.

—Tiene novia, se llama Alana Keller —*El Monstruo* frunció el ceño al escucharlo. No le gustaba que tuviera una relación seria sin antes haberle dado el visto bueno.

—¿Qué puedes decirme de ella?

—Está limpia. Lo único malo que se puede decir es que vivía en un camping de caravanas, pero todo lo demás es estupendo: buena chica, tranquila, incluso ha estudiado en la universidad y opta a un puesto en la facultad de Arte —Weiss tomó aire antes de soltar la bomba—. Tienen una hija.

—¿Una hija? —tardó en procesar la información. Tenía una nieta. Una nueva generación de los Skald estaba ya en el mundo.

—Tiene pocos meses, ni siquiera un año. Se llama Melissa. La investigación que hemos hecho es muy superficial, porque no hemos visto nada que resultara sospechoso en la señorita Keller.

—No me gusta no saber quién es esa tal Alana Keller. No me gusta nada —hablaba para sí mismo.

—Por cierto, él se ha puesto en contacto conmigo —Weiss tenía miedo de la reacción de Skald.

—¿Quién? —frunció el ceño.

—Travis Duncan. Me llamó ayer para decirme que ya sabe qué abre la llave que encontraron entre las pertenencias de su madre. Me pide que sirva de intermediario, que le pida la llave.

—¿Y por qué no me la pide él?

—No lo sé, pero me dijo que en cuanto supiera lo que había dentro de la caja, vendría a contárselo personalmente.

—De manera que la llave abre una caja... —murmuró—. Eso tampoco me gusta, que no haya venido él. Si no cumple su palabra, si le entrego la llave y después no viene...

William Weiss se preguntó qué haría *El Monstruo* en ese caso. Estaba seguro de que no le haría ningún daño. A él no, ni a la niña, pero si se enfadaba lo suficiente, quizás Alana Keller no corriera la misma suerte.

—Dale la llave —le ordenó Skald y, a continuación, el abogado abandonó la sala de visitas. Como siempre, solo un policía lo acompañó hasta su celda. *El Monstruo* había dado muestras durante todos esos años en la cárcel de que

no tenía intención de crear problemas. Era un preso modelo.

—¿Qué tal su hija, agente Perkins? —le preguntó al policía que lo acompañaba. Sussie, la hija pequeña de Perkins, necesitaba un costoso tratamiento debido a una extraña alergia alimenticia.

—Muy bien, señor Skald. El tratamiento está siendo un éxito. Muchas gracias, nosotros nunca hubiéramos podido pagarlo —susurró, por miedo a que alguien supiera el vínculo que los unía desde hacía más de diez años. Skald había pagado cada nuevo tratamiento experimental hasta que dieron con el que de verdad funcionó.

—De nada, agente. Lo que sea por ver sonreír a un niño —dio varios pasos en silencio—. Tal vez necesite que me ayude a salir de aquí. Un par de horas a lo sumo, nada complicado, ya sabe. Será similar a lo que hicimos la otra vez —el agente Perkins había ayudado con anterioridad a Skald a abandonar por unas horas la cárcel para solucionar un problema de su hija Liv.

Cuando al fin llegó a su celda, comenzó a revisar con desgana el correo. Desde que había ingresado en la cárcel le llegaban decenas de cartas de admiradoras. Le gustaban las mujeres desequilibradas, pero las que le escribían eran demasiado incluso para él. Estaban desesperadas, se enamoraban de un fantasma, de un hombre que él no era. Lo veían por la televisión, alto, guapo y con dinero y escuchaban hablar a sus ex parejas de que con ellas nunca había usado la violencia y lo convertían en el príncipe azul de sus sueños. Puede que él no estuviera del todo cuerdo, pero sí lo suficiente como para preguntarse qué diablos tiene en la sesera una mujer que se enamora de un hombre al que jamás ha visto y que espera su ejecución en el corredor de la muerte. Un hombre, además, que no es ningún angelito.

Fue descartando sobres sin abrirlos siquiera, en algunos incluso había corazones dibujados. Entonces le llamó la atención uno porque el remitente era un hombre: Nick Duncan. Además, estaba lo del apellido... ¿Duncan?

Abrió la carta y la leyó con un gesto entre sorprendido e iracundo... ¡Pero qué demonios era aquello! Si lo que le contaba era cierto, Alana Keller era un mal bicho y su propio hijo no era más que un pelele. Y además le escribía Nick... ¡Nick! Si cerraba los ojos y se concentraba lo suficiente, aún podía ver su rostro de niño asustado, tantos años atrás.

\*

*Admirado señor Skald,*

*No sé si me recuerda. Soy aquel niño que hace muchos años se plantó a la entrada de la penitenciaría implorando hablar con usted y asegurándole que era su hijo. No lo era, como usted descubrió al instante, pero soñaba con serlo. Por cosas del destino, su hijo estaba más cerca de mí de lo que usted nunca podría imaginarse: nos criamos en el mismo hogar de acogida y me enteré por casualidad del parentesco que los unía, por eso hui a Florida para verlo y hacerme pasar por él. Yo debería haber tenido un padre como usted, no Travis, porque su hijo se llama así: Travis Duncan y es detective de la policía de Miami.*

*Su hijo lo decepcionaría de todas las maneras imaginables y lo digo porque lo sé: llevo toda una vida observándolo. Instalé un micrófono en su móvil, ahora ya no me importa que se sepa, y no se imagina la de cosas que descubrí...*

*Tiene una hija, supuestamente. Y digo supuestamente porque el muy imbécil ha creído la palabra de la madre y no se ha hecho las pruebas de paternidad. La mujer en cuestión se llama Alana Keller y no ha llevado una vida demasiado ejemplar. Roba. Se acostó una sola vez con Travis y ha logrado emplumarle la paternidad de la niña que, por cierto, se llama Melissa, ya se imagina en honor a quién.*

*De todos modos, si la niña resultase ser realmente suya, el comportamiento de Alana sigue siendo pésimo, porque le ocultó que había sido padre y él lo descubrió por casualidad, de modo que no sé qué pensar: puede ser su verdadera hija y que ella no lo considerase digno de ser el padre o puede que no sea su hija y ella haya sido tan lista de hacerle creer que sí.*

*Es usted el que debe investigar y llegar a conclusiones, yo ya me desentiendo de Travis.*

*Quiero que sepa que, en muchos aspectos, ha sido una inspiración para mí. Esas mujeres se merecían lo que les hizo. Muchas mujeres se lo merecen.*

*La muerte, la tortura, todo. También algunos hombres, por supuesto. Lo que ocurre es que nunca he tenido el valor para hacer lo que usted hizo. Nunca, hasta ahora. Pero ahora ya es demasiado tarde. Ahora lo único que deseo es desaparecer. Morirme.*

*Un cordial saludo,*

*Nick Duncan.*

\*

Sí, *El Monstruo* recordaba a Nick, aunque habían pasado muchos años. ¿Cómo olvidar el día que William Weiss se sentó frente a él con cara de estupor y le dijo que había un muchacho que decía ser su hijo y que llevaba días y días frente a la puerta de la penitenciaría implorando que alguien lo dejara verle? El abogado le prometió a Nick que hablaría con Skald y así lo hizo.

—¿Crees que puede ser mi hijo? —*El Monstruo* no parecía muy convencido. ¿Qué clase de muchacho suplica para ver a su padre cuando este es un asesino en serie que se encuentra en el corredor de la muerte? Alguien muy perdido y falto de juicio, y Skald no estaba seguro de desear un hijo así, claro que no se tienen los hijos que se desean, sino los que te tocan en suerte, y a todos hay que protegerlos por igual.

—Quién sabe. No se parece nada a usted, pero... —Weiss se encogió de brazos.

—Llévalo esta noche a tu casa.

—¿A mi casa? —movió las manos, inquieto.

—Sí, a tu casa. Yo me encargaré de salir de aquí y regresar sin que nadie se entere.

—¿Como la otra vez? —Skald asintió. En ese entonces aún no trabajaba Perkins en la penitenciaría, pero sí otro agente con problemas familiares, problemas de fácil solución si se tenía dinero. El agente Morgan le estaba más que agradecido a Skald por el respirador artificial que éste le había regalado a

su esposa. A través de William Weiss y su bufete, *El Monstruo* movía discretamente su dinero para que nadie pudiera rastrear qué hacía con él y, mucho menos, descubrieran que estaba jugando en bolsa y amasando una pequeña fortuna. Pensaba en sus hijos. “Dicen que el dinero no da la felicidad, pero mienten. El dinero elimina de la ecuación el noventa por ciento de las preocupaciones del día a día”, solía decir.

El agente Morgan aprovechó el cambio de guardia de las doce de la noche para dejar salir a Skald con su uniforme y en su furgoneta mientras él se echaba en el camastro y se tapaba con la manta, por si el guardia de la noche hacía ronda. Skald debía entrar antes que el resto de los agentes del turno de mañana para que nadie se diera cuenta del cambio. Todo salió perfecto. Morgan no pensó ni por un momento que *El Monstruo* lo iba a traicionar, siempre confió en que regresaría por la mañana, pero es que Morgan era mucho más que un agente agradecido, era un fanático subyugado ante los múltiples encantos que destilaba Skald con las personas de las que quería lograr algo.

El muchacho estaba en casa de Weiss cuando *El Monstruo* llegó conduciendo la vieja furgoneta de Morgan. Esto lo puso de mal humor. Siempre lo ponían de mal humor las cosas viejas y feas, las cosas que no funcionaban. En definitiva: lo que no era perfecto. Cuando vio al chico sentado en el caro sillón de terciopelo del salón del abogado, supo que no era su hijo. Demasiado bajo y endeble. Él medía un metro noventa y la madre del muchacho casi uno ochenta, de manera que era imposible que él fuese tan poca cosa. Sí, es cierto que un gen recesivo podía hacer de las suyas... Algún antepasado bajo podía haber dejado su impronta en aquel muchacho, pero era poco probable. Y después estaban sus rasgos: no encontraba ningún parecido con él ni con su madre. No, no era su hijo, pero estaba muy interesado en escuchar la historia que iba a contarle.

—¿Así que tú eres mi hijo? —tanto Weiss como el muchacho se sobresaltaron cuando lo vieron aparecer entre las sombras del pasillo. No lo habían oído entrar. El abogado comenzó a sudar. ¿Dónde coño había conseguido Skald la llave de su apartamento? ¿O es que había forzado la cerradura?

—Sí, se... señor —le respondió tartamudeando—. Mi nombre es Nick

Duncan, señor.

—¿Has estado en una academia militar? —Nick no supo ver la ironía en las palabras de Skald, pero eso es lo que había pensado *El Monstruo* al escuchar cómo lo llamaba señor cada dos palabras.

—No, señor. Me crie en un hogar de acogida en... —Skald no dejó que continuara hablando, eso es algo de lo que ahora se arrepentía. Tal vez si hubiera permitido que el muchacho le hablara de Renfield, él habría ordenado que investigaran allí y habría dado con Travis mucho antes.

—¿Cómo se llamaba tu madre? —silencio absoluto ante la pregunta. Nick no había logrado escuchar esa parte de las conversaciones de los Longstone, ni nunca había dado con las cartas que Travis recibía de tanto en tanto. No tenía ni idea de dónde podía esconderlas. Cuando por fin descubrió su escondrijo, en una caja de madera en la casucha en la que Phil guardaba su pequeño bote de pesca, fue mucho después de aquello.

—No lo sé, señor —murmuró, tratando de mantener la entereza para que no se diera cuenta de que mentía—. La mujer que me crio solo me dijo que yo era hijo suyo.

—Ya veo... ¿Cuántos años tienes?

—Catorce —la verdad salió por su boca antes de poder controlar su lengua. ¡Dieciséis, dieciséis, tenía que haber dicho que tenía dieciséis, los mismos que Travis!

—¿Catorce, eh? —Skald sonrió. Freya tenía quince y la madre de Freya era la última mujer con la que Skald se había acostado, de modo que era del todo imposible que aquel muchacho fuese hijo suyo—. Entonces no eres hijo mío —se levantó dispuesto a irse y Nick se abalanzó sobre él.

—No, espere —por un segundo cruzó por su cabeza contarle toda la verdad sobre Travis, pero los celos le impidieron hablar. No, *El Monstruo* nunca sabría quién era su hijo porque Travis no se lo merecía. No logró ver, en ese momento, el daño que podría haberle hecho diciéndole la verdad—. Espere, por favor. Yo... Necesito hablar con usted. No hay nadie en el mundo que me pueda comprender, salvo usted.

—Sí, me lo figuro —le dijo Skald, sintiendo verdadera lástima por él. Le hizo un gesto con la cabeza a William Weis para que este se fuera de la casa y los dejara a solas. Esperó a que la puerta se cerrara para continuar hablando.

Aquellas dudas de Nick no debían de ser muy distintas a las que él tuvo a la misma edad. Recién inaugurada la adolescencia, mientras los demás chicos eran un baile de hormonas que no veían más allá de tetas y culos, a él ya le obsesionaba la sangre, ya lo excitaba el dolor ajeno—. Me lo figuro, Nick... Measte la cama hasta hace poco, te encanta el fuego y torturas a pequeños bichos asquerosos, quizás ni siquiera te has atrevido aún con un perro, ¿verdad? Puede que incluso hayas provocado ya algún que otro incendio con consecuencias serias.

—¡Sí! ¿Cómo lo sabe? —había verdadera excitación en sus palabras.

—Es el camino que recorreremos todos, muchacho, y debemos recorrerlo solos —lo miró unos instantes muy serio y le dio el consejo que le hubiera gustado que alguien le diera a él a esa edad—. Sé que piensas que puedo guiarte, pero nadie puede. Debes aprender por ti mismo. Sé listo, lee todos los manuales de psiquiatría que puedas antes de embarcarte en algo gordo. Los policías son imbéciles y creen que nosotros también lo somos. Cuantos más manuales de los que ellos manejan leas, más alejado estarás de que te pillen. Tienes que conocerte perfectamente antes de dar el primer paso, ¿comprendes? Ellos pueden localizarte por el detalle más tonto. Haz lo contrario de lo que se esperan —se sentó en el sofá y le indicó que se sentara a su lado—. Por ejemplo, si conoces a la víctima, lo normal es que escondas su cuerpo, porque eso indica cierto remordimiento por un lado y, por otro, miedo a que te relacionen con ella. Si el cuerpo aparece tirado en medio de la nada y desnudo, asumirán que no os unía ninguna relación y que no sientes remordimiento, de manera que harán un perfil partiendo de eso. También tienen en cuenta dónde desaparecen y dónde aparecen las personas que vas a matar porque siempre lo harás en un radio muy cercano a tu lugar habitual de residencia. Esas son las cosas que aprenderás en esos manuales de los que te hablé. Para asesinar, como para todo lo que quieras hacer bien, hay que formarse en profundidad.

Se levantó del sofá y extendió la mano, esperando a que Nick se la estrechara, pero él dudó unos instantes.

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco? Te he dado la clave para que hagas lo que quieras y salgas impune de ello —no podía evitar sentir pena por él—. Imagino que tus



padres no saben dónde estás.

—Huí de casa hace semanas. He venido hasta aquí haciendo *autostop*.

—¿De verdad has hecho esa idiotez? —Skald tenía el ceño fruncido—. Regresa a casa ahora mismo. Llámalos, di que vengan a buscarte. ¿Sabes cómo acaban los muchachos como tú que viven en las calles? Como chaperos y drogadictos. ¿Sabes lo que es un chapero, Nick?

—Sí, señor, lo sé —se sonrojó.

Nick se levantó del sofá y le estrechó la mano. Se encaminó entonces hacia la puerta, pero antes de abrirla oyó a sus espaldas la voz ronca de Skald.

—Por cierto, Nick, se me olvidó decirte lo más importante —el chico lo miró con los ojos muy abiertos—. Cuando por fin des el paso, disfrútalo, saboréalo segundo a segundo. No hay nada comparable a la sensación de tener la vida y el sufrimiento de alguien en tus manos, ya lo verás. Es embriagador.

El chico asintió, con una sonrisa en los labios tan luminosa como la del propio Skald, y abandonó la casa de William Weiss.

## CAPÍTULO 25

**L**OS cuatro estaban sentados a la mesa de los Longstone con cafés humeantes entre las manos. Los ancianos, boquiabiertos, escuchaban cómo Travis y Alana les contaban todo lo que habían descubierto, todo lo que la anciana del hurón les había revelado. También lo que les contó sobre Nick.

—No, no puedo creerlo —murmuró Kate. Phil le apretó el brazo para tratar de reconfortarla—. Lo que cuentas es propio de un perturbado y Nick no es ningún perturbado. Nos hubiéramos dado cuenta de que algo iba mal.

—Y algo iba mal, cariño. Siempre supimos que algo iba mal con respecto a Nick, que algo en él no era normal... —Phil le hablaba como si fuera una niña pequeña a la que hay que explicar las cosas con delicadeza para que no se asuste.

—¡Pero una cosa es que él tenga problemas y otra que sea un depravado! Esa mujer es una loca, lleva años loca, ¿por qué debemos creer lo que dice sobre Nick o sobre tu madre? —le preguntó a Travis.

—Porque tengo la corazonada de que no miente en nada de lo que ha dicho. De hecho, debo hablar con el jefe Mendelsson sobre Nick. Él verá lo que hace al respecto, pero si fuese yo, emitiría una orden de búsqueda y captura.

—¡Nick no es ningún violador, ni ningún asesino! —la anciana ya no pudo contener el llanto. Travis se levantó de la silla, rodeó la mesa y se puso de rodillas ante ella para abrazarla.

—Siento tener que darte este tipo de noticias, pero la cuestión no es si Nick sería capaz de hacerle daño a alguien, eso ya lo tengo muy claro, mamá

Kate. La cuestión es cuándo va a hacerlo y, a la vista de los últimos acontecimientos, está más cabreado que nunca, así que...

—Yo me hubiese dado cuenta, ¿no lo entiendes? —insistía ella. Alana estiró la mano por encima de la mesa para acariciar el brazo de la anciana.

—Ni siquiera Travis se dio cuenta y se dedica a esto, Kate.

La anciana movió la cabeza a uno y otro lado, triste, desesperada, sintiéndose culpable por no haber estado más atenta y no haber visto quién era Nick en realidad. Tal vez si lo hubiese apoyado más de niño, tal vez si... Se le ocurrieron mil argumentos para culparse de aquella situación.

—Y encima vosotros regresáis a Miami.

—Ya te lo expliqué, mamá Kate. Me incorporo al trabajo dentro de una semana y debo ir a Rochester para buscar el cuaderno que mi madre guardó en el banco. Es absurdo que Alana se quede aquí con la niña esos días. Estaré más tranquilo si se queda en Miami, cerca de Kurt.

—¿No te interesa investigar a fondo lo que hay en el apartamento de esa anciana? Son las cosas de tu madre... —intervino Phil.

—Ahora no puedo. Cuando regresemos lo haré. Esa anciana no se irá a ninguna parte, ni les hará nada a las pertenencias de mi madre. ¡Pero si ni siquiera recuerda todo lo que nos ha contado y vuelve a escudarse en su disfraz de Maddi Applegate!

—¿Cuándo vais a regresar? —preguntó Kate entre lágrimas.

—En Acción de Gracias o puede que antes, te lo prometo —Nick volvió a abrazarla.

—¿Me mantendrás al corriente de todo lo que pase con Nick?

—Claro que sí, no te preocupes —suspiró al escucharlo.

—Antes de llegar aquí estuvo en otro hogar de acogida, ya lo sabes. Su espalda estaba llena de golpes, marcas de cigarrillos, cortes,... Nunca quiso hablar sobre eso y yo no insistí. Tal vez si hubiera insistido...

—No te tortures más, Kate —le dijo Alana con voz cariñosa—. No es culpa tuya.

La anciana no dijo nada, simplemente asintió, aunque todos sabían que no iba a ser fácil conseguir que dejara de culparse.

\*

El pegajoso calor de Miami fue como una húmeda bofetada que Alana sintió en su rostro en cuanto salió del avión. Solo dentro del todoterreno de Travis se sentía cómoda. Se había acostumbrado al agradable clima veraniego de Oregón y aquello le parecía un infierno. Aparcó delante de la casa del profesor Darrow después de dejar a Travis en comisaría. Las maletas aún seguían en el coche. Alana no quería dejarlas en casa de Travis hasta haber hablado con el anciano. Le abrió la puerta una mujer morena, bajita y elegantemente vestida que la miró con sorpresa y después miró a la niña que llevaba en brazos.

—Debéis de ser Alana y Melissa —sonrió con dulzura.

—Sí, somos Alana y Melissa —se dio cuenta de que se trataba de la hermana de Priscilla.

—Soy Rose, la cuñada John. Imagino que vienes a verlo, o sea que deduzco que él no te ha dicho nada.

—¿Nada de qué? —preguntó Alana con el ceño fruncido y evidente preocupación en el rostro.

—Nada de su... Vamos a llamarlo su nuevo hogar. Una residencia de ancianos en Coral Gables. Él te dirá que es como estar en un hotel de cinco estrellas, pero la realidad es que ha decidido enterrarse en vida allí junto a mi hermana. El suyo siempre me pareció un amor de película, ¿sabes? Pero esto ya es demasiado, ¿no te parece? Por cierto, ¿dónde están mis modales? Ni siquiera te he invitado a pasar.

—¿Y *Jagger*? —preguntó preocupada.

—Mi marido lo ha sacado a dar un paseo. Es un perro estupendo. Cuando Ron se entere de que su legítima dueña ha venido a llevárselo, no le va a gustar nada —sonrió—, pero le tengo una sorpresa: voy a comprarle un cachorro de pastor alemán para su cumpleaños.

—¿Cuándo puedo venir a buscar a *Jagger*? —Alana estaba ansiosa por abrazarlo.

—¿Te importaría venir mañana para que Ron pueda despedirse de él esta noche? Es que le ha tomado mucho cariño.

—Por supuesto, vendré mañana. Le agradecería que me diera la dirección de la residencia —dijo Alana, tras declinar amablemente su invitación a tomar

un café. Condujo entonces hasta la residencia *Otoño dorado* y preguntó en recepción por John Darrow y su esposa.

—Acabo de regresar de un viaje y me he enterado de que viven aquí. Ni siquiera sé si este es el horario de visita o si puedo venir con la niña.

—Aquí no tenemos horario de visita, señora, y puede venir usted con quien quiera. No funcionamos como una residencia, sino como un complejo de apartamentos para la tercera edad. Solo están prohibidos los animales de compañía y hacer ruido por la noche —le explicó la recepcionista, una mujer alta y morena con marcado acento hispano—. El apartamento de los Darrow es el 14G. Les avisaré de su visita. Si no los encontrara allí, vaya a la piscina. A la señora Darrow le encanta darse un baño por las tardes.

Alana recorrió los amplios y soleados pasillos de la residencia, abiertos hacia la piscina, y como no vio allí a los Darrow, imaginó que estaban en su apartamento. No le dio tiempo ni siquiera a llamar a la puerta, él la abrió con una enorme sonrisa.

—¡Qué alegría que hayas vuelto! ¿Por qué no me avisaste, eh? —cogió a Melissa en brazos y empezó a darle besos—. Qué grande está mi princesa.

—Quería que fuera una sorpresa, pero la sorprendida fui yo al saber que habías cambiado de casa —le dijo.

—Llevamos una semana aquí, ¿no te parece un sitio muy alegre? Pero pasa, vamos, pasa.

—Lo cierto es que sí, es un lugar bastante alegre —le dijo. Se imaginaba que las residencias para ancianos eran más deprimentes. Incluso el apartamento era bonito—. ¿Qué tal Priscilla?

—Muy bien. Ahora duerme. Cada vez duerme más. El doctor dice que su corazón está más débil —la sonrisa del anciano se torció—. Aquí tenemos un doctor las veinticuatro horas del día, es una de las muchas ventajas de vivir aquí. Es como un hospital, sin serlo; como una residencia de ancianos, sin serlo.

—Me dio la impresión de que a la hermana de Priscilla no le pareció buena idea que vinierais a vivir aquí.

—Ya lo sé... Me quiere mucho, hace las cosas por mi bien. Quería que ingresara a Priscilla en una de esas clínicas que te permiten estar allí el día entero con los enfermos, si quieres, pero esos lugares son deprimentes. Soy

feliz aquí, con ella, en este apartamentito que tanto me recuerda al que compartimos en el campus —sonrió—. Pero siéntate... Estoy tan emocionado de veros. ¿No te habrá parecido mal que no te lo dijera por teléfono, verdad? No quería preocuparte y sabía que te preocuparías en cuanto lo supieras. Ahora lo ves con tus propios ojos, ¿es un sitio bonito o no? Además, sabía que cuando regresaras de Oregón te irías directamente a casa de Travis, ¿me equivoco?

—No te equivocas. De hecho, es lo que iba a decirte cuando me encontré con tu cuñada en la casa de Coconut Grove. Tendré que ir a buscar algunas cosas que me dejé allí... Ropa, la cuna de Melissa. Y sobre todo a *Jagger*.

—Por cierto, antes de que se me olvide. Te llegó una carta justo el día que me venía para aquí —el anciano se levantó del sofá y sacó el sobre del cajón de un pequeño aparador de madera laqueada que había en un rincón de la sala. Alana lo tomó, extrañada, entre sus manos. Vio el matasellos y leyó el nombre del remitente: Nick Duncan. Palideció y se puso nerviosa.

—¿Ocurre algo? —quiso saber el anciano—. Ese tal Duncan tiene algo que ver con Travis.

—Sí y me temo que no serán muy buenas noticias. Tengo que irme, John. Mañana vendré a verte con más tiempo.

—Me estás preocupando, ¿es algo grave lo que puede escribirte en esa carta?

—Problemas entre hermanos. Travis y Nick nunca se han llevado muy bien —era una verdad a medias, pero no se veía preparada para hablarle de Nick, de Travis, de *El Monstruo* y de aquella mujer que aún no estaba claro si se llamaba Melissa Albert o Maddi Applegate.

\*

*Querida Alana,*

*Una vez te dije que podías contar conmigo si querías desenmascarar a Travis. Pareces no querer abrir los ojos a la realidad, pero me siento en la obligación de avisarte. Travis no es quien tú crees. ¿Recuerdas esa terrible historia, hace apenas unos meses, de Ariel Castro? Ya sabes, ese tipo que*

*tuvo encerradas en su casa de Cleveland durante décadas a tres mujeres a las que violó y torturó. Con una de ellas incluso tuvo una hija. Bien, pregúntale a Travis qué tiene en el sótano de su casa y por qué lo cierra con llave.*

*Con mis mejores intenciones,  
Nick Duncan*

\*

Alana confiaba en Travis, pero también sabía que nada bueno podía esconderse detrás de la puerta cerrada con llave de un sótano. No es que creyera que él fuese un asesino, ni que tuviera a nadie secuestrado, pero tampoco sabía hasta qué punto lo había llevado su obsesión por encontrar a su madre.

Había quedado en recogerlo en la puerta de la comisaría y allí se dirigió tras despedirse del profesor Darrow. Travis supo que ocurría algo nada más tomar asiento.

—¿Está bien el profesor?

No le respondió nada. Simplemente extendió la mano y le entregó la carta de Nick. Él la leyó en silencio, frunció el ceño y después la miró detenidamente.

—¿Qué crees exactamente que guardo en el sótano? ¿Un cadáver? ¿Varios cadáveres? —resopló—. Como digno hijo de *El Monstruo*, pensarás que sigo sus pasos, ¿no?

—Lo que creo que es que nadie cierra con llave una habitación dentro de su casa si lo que guarda allí es algo sin importancia.

—Lo dicho, desconfías de mí...

—No desconfío, simplemente me pasma que alguien que es capaz de investigar mi vida para averiguar todo de mí, siga manteniendo bajo llave tantos secretos. ¿Esto no va a acabarse nunca? ¿Siempre va a haber algo

oscuro de ti que otra persona me revelará?

—¿Algo oscuro? ¿Eso es lo que crees?

—Creo que guardas en ese sótano algo lo suficientemente oscuro como para necesitar que esté bajo llave.

—De acuerdo, arranca el coche. Vayamos a casa —en ese momento, Alana se dio cuenta de lo poco que aún sabía de Travis. Ni siquiera conocía su dirección.

—¿Y dónde vives? —él la miró, contrariado.

—En Bay Harbour, en la isla oeste —dijo. Alana se dirigió hacia el puente Causeway que unía Miami con la isla en la que vivía el detective. Nunca antes había estado allí, nada más que de paso, pero sí en la isla este, donde había visitado algunos edificios pertenecientes al estilo llamado “MiMo” o Miami Modern.

Pronto comprobó que el vecindario de Travis era tranquilo, familiar y agradable y que su casa era una bonita construcción de un estilo que recordaba la arquitectura de los años sesenta. A Alana le encantó nada más verla, aunque tampoco pudo detenerse demasiado a contemplarla. Pasaron por el hall y la cocina sin que ella se diera cuenta de otra cosa que no fuera el eco de sus pasos y la desnudez de sus paredes. Parecía que acababa de mudarse, aunque Travis llevaba años viviendo allí. Se pararon frente a la puerta del sótano, al que se accedía a través de una hermosa escalera de madera oscura.

—No deberías ver esto. No podrás olvidarlo nunca, pero me temo que si no te lo enseño, las dudas con respecto a mí te perseguirán siempre —se notaba que estaba muy enfadado, dolido por las sospechas de ella—. Tienes que saber que no podía investigar el caso de mi madre en la oficina y me traía trabajo a casa. También me sirvió para mantenerme con la cabeza fría. Si en alguna ocasión me preguntaba por qué no podía mantener una relación profunda con nadie, bajaba aquí y eso me despejaba la cabeza, porque pensaba: “Cualquier mujer que esté conmigo puede acabar como ellas”. Sacó un llavero del bolsillo del pantalón y rebuscó entre las muchas llaves que tenía. Por fin metió una en la cerradura y abrió la puerta. Estaba oscuro. Tanteó, buscando el interruptor.

—No desconfío de ti, Travis. Si lo hiciera no estaría aquí sola contigo y con la niña. Solo me pregunto hasta dónde te llevó tu obsesión por encontrar a



tu madre —él encendió al fin la luz y, cuando el cuarto se iluminó, Alana vio las decenas de fotografías en las paredes. Un rápido vistazo le hizo comprender de qué se trataba: eran las víctimas de su padre, las fotografías que se guardaban en los archivos. No quiso centrar demasiado la mirada en ninguna, pero atisbó a fogonazos algunos macabros detalles que la hicieron estremecer, unas muñecas magulladas, una pierna rota y con el hueso asomando entre la carne sanguinolenta, unos ojos abiertos mirando fijamente a cámara, como aterrorizados aún, después de muerta. Apartó la mirada de prisa y se topó con el enorme arcón metálico.

—¿Qué es eso? —indicó con el dedo. Travis buscó otra llave y se acercó a grandes zancadas para abrirlo. Comenzó a sacar de él libretas, sobres y fotografías antiguas.

—Es todo lo que me envió mi madre durante los meses que nos escribimos. Lo guardé aquí para que a *El Monstruo* no le fuera fácil abrirlo y acceder a todo este material. Tenía miedo de que le sirviera para encontrarla —Alana desvió la mirada y la fijó brevemente en una fotografía que había sobre el arcón. Era un primer plano de una mano pequeña, blanca y delicada. Le habían arrancado el dedo meñique. No se lo habían cortado, se notaba en los bordes desiguales. Skald se lo había arrancado salvajemente. Sintió el estómago revuelto y ganas de vomitar. Un sudor frío cubría su piel y tiritaba.

—¡Vámonos! —le dijo ella y corrió escaleras arriba.

—Nunca deberías haber visto esto. Tenía que haberlo quitado todo de aquí, pero no tuve tiempo. Nuestra marcha a Oregón fue muy precipitada. No deberías haberlo visto, pero te empeñaste —suspiró profundamente—. Desconfías de mí, ¿no es cierto?

—No digas tonterías.

—¿Entonces, por qué te comportaste así tras leer la carta de Nick?

—Yo... —el móvil de Travis comenzó a sonar y Alana no pudo explicarse.

—Es Colter. Salimos ahora mismo para Minnesota. Cuanto antes acabemos con toda esta investigación sobre mi madre, mejor. Estoy agotado. Ya ni siquiera sé si tiene importancia averiguar la verdad. La mentira, desde luego, era menos dolorosa —se pasó la mano por el pelo, algo nervioso—. Cuando lleguemos al hotel te llamaré.

Subió las escaleras sin despedirse de ella, sin darle un beso. Sin mirarla

siquiera.

## CAPÍTULO 26

CUANDO llegaron al banco, descubrieron que la madre de Travis había indicado que solo ella o su hijo podían acceder a la caja. Daba igual que otra persona apareciera portando el resguardo del alquiler de la misma, solo ellos tenían acceso al contenido. El tipo que les atendió, tras comprobar los documentos identificativos de Travis, los hizo pasar a una pequeña sala y colocó sobre la mesa que había en el centro la caja. Después los dejó solos. Colter y el detective se sentaron y observaron en silencio aquella caja metálica en la que cualquiera podría haber escondido desde lingotes de oro hasta la cabeza de alguien al que hubiera decapitado.

—Es curioso que esto sea legal, ¿verdad? —preguntó el periodista—. A saber cuántos millones en dinero negro hay escondido en cajas como estas, depositadas en bancos —Travis no respondió nada. Respiró hondo y utilizó la llave que le había dado William Weiss para abrir la cerradura. Sintió un escalofrío recorriéndole la espalda justo antes de levantar la tapa. En el interior había una libreta negra tipo *moleskine*. La cogió con manos temblorosas y miró a Colter antes de comenzar a leerla. La abrió por una hoja cualquiera y comprobó que estaba en blanco. Frunció el ceño. Siguió buscando, hoja a hoja, y finalmente descubrió que solo la primera página estaba escrita. Dos simples párrafos. Toda aquella parafernalia, tanta expectación y angustia, para dos simples párrafos. Los leyó.

*Mi querido niño, si has llegado hasta aquí es que eres tan tenaz como siempre soñé que serías. Perdóname por tantas mentiras, debía protegerme, protegernos a ambos de El Monstruo, espero que lo entiendas. Mi verdadero*

*nombre es Madelaine Applegate. Me llamaban Maddi. Entré y salí de instituciones psiquiátricas desde los quince años. Mi padre no era mucho mejor que el tuyo. No era un asesino, pero le amargó tanto la vida a mi madre que la condujo al suicidio. Fui yo quien la encontró en la bañera, desangrada. A mí me hizo pasar por loca, aunque a saber si de verdad lo estaba. O lo estoy. ¿Cómo no estarlo viviendo en aquella casa infernal?*

*Has hablado con la verdadera Melissa Albert, de lo contrario no habrías llegado hasta aquí. Todo lo que hay en aquella casa es mi vida, mis momentos más felices, los otros simplemente los he borrado. No sé en qué año estarás leyendo esto. Hoy, cuando lo escribo, es catorce de septiembre de mil novecientos noventa y tres. Skald está en la cárcel, pero el peligro no ha desaparecido. No te fíes de él, Travis. Jamás bajes la guardia ni te confíes hasta que esté muerto y enterrado. Es el demonio. Peor que el demonio. Te quiero, hijo. Siempre te querré.*

Travis levantó la mirada y le pasó la libreta a Colter, que había arqueado las cejas en señal de expectación.

—No dice casi nada que no sepamos. Solo confirma lo que ya hemos averiguado. Tanto esfuerzo para esto. Solo para esto... —Colter leyó los dos párrafos y miró al detective.

—Ella suponía que lo averiguarías por tu cuenta. Solo escribió esto por si te quedaban algunas dudas, para que supieras cuál de todos los nombres era el suyo, cuál de todas las identidades era la verdadera —le puso una mano en el hombro—. Ahora ya sabes, sin lugar a dudas, la verdad. Investigué lo que te contó la anciana de Renfield: coinciden las fechas con el asesinato de un tal Matt Broddie en el aparcamiento de un motel con el pie de una lámpara de mesita de noche, coincide todo.

—Llevo toda mi vida persiguiendo eso, la verdad. Ahora me siento vacío, como si ya no me quedara nada. Mi madre no es como yo la imaginé...

—Los padres casi nunca son como nos los imaginamos, Travis. De pequeños los idolatramos sin motivo y de mayores los demonizamos en exceso. Creaste un mito a partir de las cartas que te envió tu madre. Ahora tienes algo mejor que el mito, tienes una realidad: una mujer que amó y sufrió, que te protegió como mejor supo y pudo, independientemente de que tuviera

problemas psiquiátricos y fuera alcohólica. Dio su vida por ti. Todo lo que hizo, lo hizo por ti. ¿Te das cuenta de cuánto amor hay en cada uno de sus actos? Para que tuvieras una vida y una oportunidad de ser feliz lejos de *El Monstruo*, ella se sacrificó.

Travis lo escuchó en silencio y pensó que no, que por nada del mundo iba a derramar ni una sola lágrima delante de un desconocido, aunque lo que de verdad le apetecía era llorar. Llorar por su madre, pero también por la desconfianza de Alana. Se sentía tan perdido como si se encontrara en una isla desierta, solo y desorientado.

\*

El teléfono despertó a Alana cuando estaban a punto de ser las doce de la noche. Se asustó, creyendo que algo le había ocurrido a Travis, pero la voz que escuchó fue la de Phil.

—¿Alana, está Travis? —la voz del anciano parecía rota, agotada.

—¿Qué? ¿Qué pasa Phil? —dijo, aún adormilada.

—No puedo ponerme en contacto con él. Llevo un buen rato llamándolo, es urgente —ella se incorporó en la cama al notar el nerviosismo del anciano.

—Estará volando hacia Miami desde Minnesota —el estómago volvió a contraérsele al recordar que ni siquiera la había llamado. Solo se habían comunicado a través de mensajes. Estaba tan dolido que ella no sabía cómo hacerle entender que lo que odiaba eran los secretos, las mentiras, no es que desconfiara de él, ni que lo creyera capaz de hacer ninguna barbaridad como las de su padre. ¡Cómo iba a pensar eso!—. ¿Ha ocurrido algo, Phil?

—Acaba de llamarnos la policía —hizo una breve pausa—. Han encontrado el coche de Nick en un acantilado y él no aparece por ninguna parte. El policía que nos llamó nos ha dicho que nadie se salva al caer desde una altura semejante. Kate está destrozada. ¿Avisarás a Travis cuando llegue al aeropuerto?

—Claro, dalo por hecho —estaba anonadada. No podía decir que sentía

tristeza porque era falso, pero sí sentía una extraña desazón. Calculó que Travis aterrizaría en el aeropuerto de Miami en un par de horas, pero no estaba segura. Él no le había confirmado la hora de salida del vuelo. Todo estaba muy raro entre ellos desde el incidente del sótano. Le escribió un mensaje: “Llama urgentemente a Phil. La policía encontró el coche de Nick en un acantilado. Lo dan por muerto”. Apoyó la cabeza en la almohada, pero supo que no podría dormir.

## CAPÍTULO 27

EL cambio de guardia se llevaba a cabo a las doce menos cuarto de la noche. El agente Perkins hizo la última ronda de rigor en el pabellón de máxima seguridad. La celda de Skald era la última del pasillo. El policía sabía que las cámaras no captaban lo que ocurría dentro y sabía también que justo a esa hora no estaba ninguno de sus compañeros en la sala para ver lo que ocurría en las pantallas. Durante ocho o nueve minutos sería invisible. Abrió la puerta y saludó a *El Monstruo*, que se encontraba sentado en el pequeño escritorio, leyendo relajadamente, como si lo que iban a hacer no fuese peligroso.

—Buenas noches, agente —le respondió. Sus movimientos eran calmados, nada que ver con el modo nervioso con el que se conducía Perkins. Se intercambiaron la ropa en silencio y, cuando el policía se disponía a echarse en el camastro y taparse con la manta, Skald lo inmovilizó por la espalda, le esposó las muñecas y le susurró al oído, antes de que él pudiera reaccionar debido a la sorpresa—. Las cosas hoy pueden descontrolarse y no quiero que salgas mal parado. Tu hija te necesita. Nadie puede saber que me ayudaste. Si te descubren antes de que yo vuelva o si finalmente no vuelvo, esta será tu coartada: diles que me viste tirado en el suelo, que creíste que estaba muerto, que intentaste avisar por el *walkie* pero no funcionaba, ya me encargaré yo de estropearlo. Diles que te golpeé y cuando despertaste ya estabas maniatado. ¿Podrás recordar la historia?

—¿Qué vas a hacer? —murmuró el agente.

—¿Podrás recordar la historia? —insistió, con impaciencia.

—Sí, pero... —las palabras murieron en sus labios. Skald le dio un golpe

seco en el cuello y el agente Perkins se desplomó en el suelo. *El Monstruo* salió de la celda y cerró con llave. Cabizbajo, pasó delante de las cámaras que había en el pasillo, con la gorra calada hasta las cejas. Sorteó la sala de monitores, que estaba vacía. Supo entonces que no encontraría a nadie en los vestuarios. Así lo había hecho la otra vez. Corrió hacia el aparcamiento y subió a la furgoneta del agente Perkins. Este había dejado las llaves debajo del asiento, tal y como acordaron. La tarde anterior Skald había utilizado su llamada semanal para hablar con William Weiss, que le puso al corriente de que Alana se había instalado en la casa de Travis y que él había tomado un vuelo a Minnesota. Condujo despacio (sería una verdadera tragedia que lo detuvieran por exceso de velocidad antes de llevar a cabo su cometido) por el puente Causeway hacia Bay Harbour. Aparcó a unos metros de la casa y tomó el camino de tierra que conducía hasta la puerta principal con la tranquilidad que le daba llevar puesto un uniforme de policía. Se dirigió a la parte trasera y forzó la puerta de la cocina, a la que se accedía por el patio exterior. A oscuras y en completo sigilo subió los escalones. Una luz tenue salía a través de una de las puertas abiertas del primer piso. Cuando Skald puso un pie sobre el penúltimo escalón, este chirrió. El corazón comenzó a latirle muy deprisa. Era una sensación casi olvidada, la del depredador acechando a su víctima y a punto de ser descubierto. Entonces oyó la voz de Alana.

—¿Travis, eres tú? —después solo silencio, a excepción de los pasos de ella acercándose. Skald no movió ni un solo músculo cuando Alana salió de la habitación y encendió la luz del pasillo. Vio perfectamente cómo las pupilas femeninas se dilataban y su rostro se contraía con una mueca de horror al verlo. Lo había reconocido por las fotos que publicaban en internet. Ella gritó y volvió a entrar en la habitación, tratando de cerrar la puerta, empujando con toda la fuerza que era capaz de ejercer. La niña se despertó y comenzó a llorar. De un salto, Skald se abalanzó sobre la puerta y la envergadura de su cuerpo impidió que Alana pudiera cerrarla. Resoplaba, hacía esfuerzos imposibles para su pequeña constitución y, a pesar de que sabía que no lograría impedirle el acceso al dormitorio, no cesó de intentarlo. *El Monstruo* dio entonces un empujón y la joven salió disparada para caer al suelo. Cuando lo vio entrar y pararse justo a su lado, se levantó de un salto para interponerse entre él y la cuna donde dormía Melissa. La niña lloraba y movía los brazos



desesperadamente. Skald la miró y frunció el ceño.

—Tranquilízala —le dijo, sin alzar la voz. Alana tomó a la niña en brazos lo más rápidamente que pudo y la apretó contra su pecho. Melissa se acurrucó y el llanto comenzó a disminuir de intensidad poco a poco hasta que cesó por completo. No habrían pasado más de dos o tres minutos, pero le parecieron siglos. Su corazón estaba desbocado y le temblaba todo el cuerpo—. Ahora échala en la cuna y escúchame bien: si no haces lo que te digo, la niña pagará las consecuencias, ¿de acuerdo?

El cerebro de Alana trabajaba rápido. ¿Qué posibilidades había de que ella se salvara de la crueldad de aquel loco? Muy pocas, por no decir ninguna, pero teniendo en cuenta lo que le había contado Travis, Skald no le haría daño a la niña porque era su nieta. Incluso sin ser su nieta... Él no le haría daño a un bebé. Pensándolo bien, ¿por qué iba a hacerle daño a ella? No poseía ninguna de las características que lo alteraban: no era rubia, ni era una mala madre. Debía mantener la calma, aunque fuera difícil.

—De acuerdo, pero la niña se queda aquí —respondió ella. *El Monstruo* sonrió y miró a su alrededor. Nunca había llevado a cabo las torturas en las plantas principales de su casa. Era en el sótano donde tenía su pequeño santuario. No es que pensara torturar a Alana, simplemente debía descubrir si ella se lo merecía.

—¿Por dónde se baja al sótano? —le preguntó. Ella dejó de respirar durante un segundo. No, no podía bajar a aquel lugar. Si veía todas las fotos con las que Travis había cubierto las paredes...

—No hay sótano —logró decir en un balbuceo. Skald no la creyó, había visto los ventanucos en la parte baja de la casa. Sacó la porra que llevaba en el cinturón de policía y dio dos pasos amenazadores hacia la cuna. Alana estaba casi segura de que no le haría daño a Melissa, pero no podía arriesgarse. Se interpuso en su camino y alzó las manos para detenerlo—. De acuerdo, deja en paz a la niña. Te llevaré al sótano.

Salió de la habitación sintiendo la presencia de *El Monstruo* detrás de ella como un frío que le recorría la espalda. Vio cómo este había enfundado la porra y en su lugar ahora blandía la pistola. Escuchó claramente el chasquido que indicaba que le había quitado el seguro. Estaba preparado para disparar.

Bajó las escaleras, entró en la cocina, abrió una puerta que hubiera podido

ser la de una despensa (“¡Maldita sea, Travis no la cerró con llave!”, pensó) y descendió los escalones hasta llegar al pie de la escalera, aún a oscuras. Los pasos de Skald eran pesados como los de un gigante y hacían que la madera temblara.

—Enciende la luz —el tono de su voz había cambiado. Se había vuelto pesado, espeso. Intuía lo que se avecinaba. Podía estar equivocado, claro que sí, pero algo le decía que Alana había utilizado a su hija como moneda de cambio para que Travis le solucionara la vida y no quería una mujer así al lado de su hijo. La joven tanteó la pared hasta dar con el interruptor. La luz los cegó durante un instante, pero de pronto Skald vio las paredes que había ante él, casi por completo empapeladas con fotografías de sus crímenes. Reconoció al instante a cada víctima y las torturas regresaron a su recuerdo, haciéndolo sentir un placer indescriptible, como si fuego líquido corriera por sus venas.

—Vaya, vaya... ¡Pero qué tenemos aquí! —la empujó hacia el centro de la habitación, encañonándola por la espalda. Dio una vuelta sobre sí mismo, contemplándolo todo—. Me siento verdaderamente halagado. Que alguien estudie tan a fondo tu trabajo es abrumador, ya lo creo —sonrió justo antes de empujarla de nuevo—. Siéntate.

Alana eligió una de las dos sillas que había y apoyó los codos en la mesa. Respiró profundamente. Las manos le temblaban. Debía resistir lo suficiente para que Travis llegara a casa. No podía desmayarse y mucho menos morirse antes de que él llegara o la niña quedaría a merced de *El Monstruo*. Miró con disimulo su reloj de muñeca. El avión ya habría aterrizado o estaría a punto de hacerlo. Rezaba para que él no hubiera tomado un vuelo más tarde.

Skald ocupó la otra silla, pero antes tuvo que quitar del asiento la montaña de papeles. Seguía apuntándola con la pistola y la miraba de arriba abajo.

—Eres muy guapa —esperó que ella dijera algo, pero permanecía muda—. Para una chica como tú tiene que ser fácil conseguir lo que quiere de un hombre... Conseguir, por ejemplo, que ese hombre reconozca a una hija que no es suya —Skald vio cómo se enrojecía el rostro femenino de pura furia.

—¿Está insinuando que Melissa no es hija de Travis? —arqueó las cejas.

—¿Es su hija? Ni siquiera se hizo la prueba de paternidad y solo os acostasteis una vez... —ella lo miró detenidamente. Estaba tanteándola, eso era todo. Travis le había dicho que era un manipulador nato, que sentía la

necesidad de controlar las vidas de sus hijos. Eso es lo que estaba haciendo y ella se dio cuenta: trataba de comprobar que Alana era buena para su hijo, de lo contrario la eliminaría, así de sencillo. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

—¿Cómo sabe eso?! —sus ojos se abrieron desmesuradamente por la sorpresa.

—Yo lo sé todo. Vete acostumbrándote... Dime, ¿Es hija de Travis?

—Sí —respondió con rabia, sin titubeos.

—¿Por qué le ocultaste que había sido padre? —nueva sorpresa visible en la cara femenina. También sabía aquello...

—Después de aquella noche, Travis no quiso saber nada más de mí. Además, poco antes me había asegurado que no quería ser padre por nada del mundo —al escucharla, Skald frunció el ceño. No concebía que alguien no quisiera tener hijos, perpetuarse.

—¿Por qué no quería tener hijos? ¿Y por qué no quería saber nada más de ti?

—Por tu culpa. En ambos casos la culpa es tuya: no quería tener hijos para no transmitir tu herencia y no quería tener una relación conmigo por miedo a esto que está pasando ahora, que me convirtiera en blanco de tus locuras.

—Ya... —aquella mujer tenía coraje, debía reconocerlo—. Pero después descubrió que teníais una hija en común y no pudo separarse de ti. Qué romántico —había cierto tono irónico en su voz. Alana pensó que habrían pasado diez minutos o más. Tavis llegaría enseguida. Respiro aliviada, pero una sombra cruzó su rostro... ¿Y si aquel loco le hacía daño a su propio hijo?

—Travis es el mejor hombre del mundo. Usted no lo conoce, pero él sería capaz de cualquier cosa por la niña y por mí —sí, sería capaz de cualquier cosa y eso es lo que le daba miedo. Perdería la cordura en cuanto viera aquella situación y si no lo detenía a tiempo, Skald podría incluso matarlo. No, no soportaba la idea de que él muriese, ni tampoco podía soportar la idea de que Melissa se quedara huérfana, con sus dos padres muertos.

—Oh, vaya, pero si estás enamorada... —Skald seguía siendo irónico.

—Mucho, daría mi vida por él —era cierto, no solo lo decía, también lo pensaba. Daría la vida sin dudarlo por Travis y Melissa—. Tú me quieres a mí, no a ellos. Déjalos en paz. Vámonos de aquí tú y yo. La niña quedará sola

por poco tiempo. Travis llegará de un momento a otro —debía salvarlos, tenía que sacar a *El Monstruo* de la casa.

—¿Te estás ofreciendo para que te torture? —una sonrisa cruzó el rostro masculino, creyendo que se trataba de una broma.

—Soy fuerte. Sé que te gusta que las mujeres resistan. Resistiré, te lo prometo, pero déjalos a ellos en paz. Solo me quieres a mí. Vámonos —la adrenalina recorría su cuerpo. Ni siquiera sentía miedo, no cuando era apremiante alejarlo de allí. El miedo vendría después, estaba segura, cuando ella y aquel loco se marcharan de la casa.

—¿Te estás ofreciendo para que te torture?! —*El Monstruo* se dio cuenta de que ella hablaba en serio. Oyeron entonces el chasquido de la puerta principal al abrirse y ambos enmudecieron durante un instante. Con una potencia de voz que no creyó poseer, Alana gritó a pleno pulmón:

—¡Corre, Travis, huye, *El Monstruo* está aquí! —Skald se abalanzó sobre ella para taponarle la boca y Alana lo mordió con todas sus fuerzas, sintiendo el sabor dulzón de la sangre en su boca. Él se retiró y la golpeó con la culata de la pistola, dejándola atontada.

—¡Alana! —oyó el grito histérico de Travis y sus pasos atolondrados moviéndose por la casa. Quiso gritar de nuevo, pero Skald se lo impidió—. ¿Dónde estás?

Tras buscar por cada habitación de la casa, finalmente bajó al sótano y los encontró sentados. Vio la sangre en la frente de Alana, debida al culatazo, y corrió hacia ella haciendo caso omiso al hecho de que Skald tuviera un arma y le apuntara con ella.

—¿Estás bien? —ella asintió—. ¿Y la niña?

—Bien, en su cuna —su voz era apenas perceptible.

—¡Maldito loco hijo de puta, te voy a matar! —dio un paso hacia él y Skald deslizó el dedo sobre el gatillo de la pistola para que se detuviera, pero fue Alana la que consiguió evitar que continuara avanzando, al agarrarlo por el brazo con fuerza.

—Me siento muy halagado por este altar que has instalado en tu casa —señaló las fotografías de los crímenes.

—¿Altar?! Este era mi infierno particular. Aquí bajaba cada día para recordarme por qué, al contrario que el resto de los seres humanos, no podía

mantener una relación estrecha con nadie, porque lo ponía en peligro. Aquí bajaba a recordarme que no debía tener hijos, para no transmitir tu maldita herencia genética. Esta es mi condena por ser tu hijo: vivir con el recuerdo de estos crímenes por los que me siento culpable sin serlo...

—No seas sentimental, Travis. Yo nunca me sentí culpable por las cosas que hizo mi madre, ni ella por las que hizo mi abuelo, aunque en realidad mi abuelo era eso que se llama un buen hombre. Me recuerda a ti. Muy recto, incluso muy religioso, y ya ves, su hija fue una zorra de la peor clase. Como madre, se ganaría un hueco en el castillo de los horrores. ¿Culpable por lo que yo he hecho? Bah, no seas idiota.

—¿Cómo demonios has salido de la cárcel y por qué quieres hacerle daño a Alana? —estaba de pie, con los puños apretados y unas ganas horribles de sacarle los ojos, de matarlo.

—Huir de la cárcel es fácil cuando quienes deben custodiarte bajan la guardia porque creen que no vas a hacerlo. En cuanto a Alana, recibí una carta de Nick y...

—¿Nick?! —dijeron al tiempo Travis y Alana.

—¿Por qué te escribió? Voy a matar a ese cabrón en cuanto me lo encuentre, lo juro —murmuró Travis entre dientes. Alana lo miró con los ojos desorbitados.

—¿No has leído mi mensaje? —parecía sorprendida.

—¿Qué mensaje?

—El que te envié al móvil... Phil lleva horas intentando localizarte. Lo ha llamado la policía para decirle que encontraron el coche de Nick, se cayó por un acantilado. No sé los detalles, pero dan por hecho que está muerto.

—¿Muerto?! —ahora eran Travis y Skald los que hablaban al mismo tiempo. A *El Monstruo* le hubiera gustado preguntar si habían encontrado el cuerpo. ¿Muerto? No se creía que estuviera muerto.

—La carta que me envió, entonces, fue una despedida —había una luminosa sonrisa en su rostro—. Me decía cosas muy interesantes, como que instaló un micrófono en tu móvil y así se enteró de toda tu vida —Travis se llevó la mano al bolsillo en el que llevaba el móvil de manera inconsciente. Debía encargarse de ese maldito micrófono—. Me contó también que aceptaste que Melissa era hija tuya sin las pruebas de paternidad y que Alana

te ocultó que habías sido padre. ¿Te planteaste si te estaba engañando?

—Por supuesto que no. La verdad es que... —su ira iba a explotar de un momento a otro.

—Sí, ella ya me lo contó todo y me pareció bastante convincente, así que ahórrame la historia. Odio que me repitan las cosas —Skald parecía aburrido.

—¿Cómo supo Nick de tu existencia? No lo comprendo... —el detective parecía desorientado.

—Nos conocimos hace muchos años. Él no era más que un crío. Aseguré que era mi hijo y... —en este punto comenzó a inventarse la historia, pues no podía decirle que le habían ayudado a salir para verlo— se plantó durante muchos días ante la puerta de la cárcel. Weiss le sacó fotos y me las enseñó. Supe de inmediato que no era hijo mío y cuando Weiss le apretó las clavijas, el chaval contó que había conocido mi historia por los periódicos y que quería conocerme —no pensaba revelarle la interesante conversación que había mantenido con él acerca de asesinar y cómo hacerlo. Nick Duncan aún podía estar vivo en alguna parte y merecía su oportunidad.

—Hace muchos años... —repitió Travis.

—¡Por eso se había fugado a Florida durante aquellas semanas, de adolescente! Sí, fue por eso —exclamó Alana, como si con eso se completara el rompecabezas.

—No tenía ni idea de que crecisteis juntos. Me lo dijo en la carta —Skald sonrió.

—Lo sabía todo. Durante todos estos años... —Travis parecía perdido, pero fijó la mirada en Skald—. ¿Y la carta?

—La tiré —era cierto. La memorizó y luego la hizo añicos y la tiró por el inodoro de la celda. No le interesaba que nadie supiera todo lo que Nick le había contado. Tenía muchas esperanzas puestas en ese muchacho. En cierto sentido, era como si se viese a sí mismo de joven, aunque él se atrevió a dar el paso definitivo mucho antes que Nick. Mató a su primera víctima a los veintidós años.

—¿Y qué se supone que vas a hacer ahora? ¿Matarnos? —había rabia en su voz. Rabia e impotencia. Como siempre que entraba en casa, sobre todo desde que tenía a la niña, le había puesto el seguro al arma y la había guardado en la guantera de su coche. Era policía y las armas eran necesarias

en su trabajo, pero no estaba a favor de tenerlas en casa. No creía que un arma protegiera siempre, a veces solo empeoraba situaciones que podrían arreglarse de otro modo. En esos momentos, en cambio, un arma cargada y lista podría darles una oportunidad. No creía que Skald fuera a matarlo a él o la niña, porque eran de su sangre, pero Alana...

—Ahora me matará, Trav —dijo Alana, sintiéndose de pronto tranquila, casi resignada—. Me matará y tú no harás ninguna locura porque Melissa va a necesitarte, no puede quedarse sola en el mundo. Por más que te provoque o por más que te duela lo que vaya a hacerme, tú no harás nada porque yo no quiero que te arriesgues, necesito saber que estarás con la niña y no muerto o en la cárcel, ¿de acuerdo?

—¡No! —gritó, entonces miró a Skald.

—Justo antes de que llegaras se estaba ofreciendo para que la torturara, ¿sabes? A cambio de que os dejara en paz a ti y a la niña —le guiñó un ojo a Travis, sin dejar de apuntarle con la pistola—. Es una mujer fuerte. Me gustan las mujeres fuertes. Y está dispuesta a dar su vida por su hija... Y por ti. Eso también me gusta —con un movimiento rápido, le puso el seguro a la pistola, la colocó sobre la mesa y se la entregó a Travis—. Solo quería saber si ella estaba a la altura y lo está. He terminado aquí. Puedes avisar a la policía, no pienso moverme.

El detective pareció no creerse lo que estaba escuchando, pero de pronto despertó de su aturdimiento y miró a Alana.

—¿Estás loca?! Ofrecerte para que te torturara, joder... —le dijo, mientras volvía a quitarle el seguro a la pistola y apuntaba con ella a Skald—. Debería matarte, cabrón, te lo mereces —atrajo hacia sí a Alana, temblando con la sola idea de que él pudiera haberle hecho daño.

—Sí, pero no vas a matarme, Travis, porque no eres como yo, ¿verdad? —el tono burlón de su voz era más que evidente.

En adelante, ambos recordarían a retazos lo que ocurrió a continuación: las sirenas de la policía acercándose a la casa, Skald esposado subiendo por las escaleras del sótano y criticando la decoración, el color de las paredes, los muebles... El propio alcaide se había personado para detenerlo y le había gritado a *El Monstruo* que se habían acabado todos sus privilegios, ya no recibiría más cartas, ni más visitas, ni el paseo semanal de una hora por el

patio... Pero Skald no se inmutaba. Tenía suficientes amigos entre los policías de la cárcel como para saber que siempre habría alguna carta que se traspapelara y llegase hasta su celda o algún mensaje suyo que fuera recibido por William Weiss. Además el alcaide no había dicho nada de quitarle los libros y mientras tuviera sus libros, lo demás le importaba poco.

\*

Travis y Alana estaban sentados en el sofá del salón, escuchando cómo se alejaban las sirenas de la policía. Él movió la cabeza, parecía molesto.

—Jamás vuelvas a hacer nada semejante —rugió—, ponerte en manos de ese loco habría sido como decirle a un niño goloso que coma chocolate y ponérselo delante de las narices. Por mucho que no fueras su tipo, no se podría contener, ¿no lo entiendes?

—Contaba con eso, con que no era su tipo. Soy una buena madre, ¿por qué iba a hacerme daño? Pero, al mismo tiempo, tenía miedo. Es un asesino, al fin y al cabo...

—Entonces, ¿por qué demonios te ofreciste para...?

—Porque quería que nos fuéramos a otra parte o, si me torturaba aquí, quería que no estuviera en guardia por si llegabas tú, así podrías reducirlo. Solo pensaba en ti y en la niña.

—¡Pero estás loca! ¿Tienes una mínima idea de lo que te habría hecho? ¿Acaso no viste las fotografías que tengo en el sótano? —no esperó su respuesta. La atrajo hacia él y la abrazó fuerte—. Nunca vuelvas a ponerte en peligro por mí, ¿de acuerdo? ¡Promételo!

—Lo prometo —murmuró ella con tono burlón y abrazándose fuerte a él—. Si alguna vez vuelves a estar en peligro, dejaré que te maten. Es más, incitaré al asesino para que lo haga.

—No digas tonterías. Estoy hablando en serio —hubo un silencio largo.

—¿Travis?

—Dime.



—Confío en ti, creo que con lo del sótano me interpretaste mal. Confío en ti, de verdad, pero no quiero más secretos. Si tienes un rincón oscuro lleno de fotos espeluznantes, necesito saberlo —su voz era firme.

—De acuerdo.

—Por cierto, en cuanto al sótano...

—No te preocupes, mañana todas esas fotos habrán desaparecido —prometió él. La abrazó más fuerte aún y dio gracias por que no le hubiera ocurrido nada.

\*

Travis y Kurt seguían al jefe de policía Donovan, que los llevó hasta el acantilado desde el que se había precipitado el coche de Nick. Estuvieron viendo el viejo *jeep* en uno de los hangares cercanos a la comisaría. Se encontraron rastros de sangre en el asiento del conductor y uno de los zapatos de Nick, así como su cazadora. El cuerpo, en cambio, había sido devorado por las aguas del Golfo de México. “Puede que el mar lo arrastre hacia alguna playa, pero lo más probable es que nunca aparezca”, les había dicho el jefe Donovan.

—Justo ahí fue donde apareció —el hombre señaló un punto entre las rocas contra las que chocaban las olas del mar—. Nos avisó un chico que estaba practicando parapente. Dijo que había visto el coche. Cuando llegamos, nos dimos cuenta de que no había ninguna marca brusca en la gravilla que indicara que el señor Duncan perdiese el control del coche y se precipitara al vacío de manera fortuita, sino que se veían las marcas de las ruedas bien definidas, como si hubiera entrado con cuidado, de forma deliberada. Aquí —señaló el punto más cercano al acantilado— las marcas de los neumáticos eran más profundas, lo cual indica que el coche estuvo detenido. Todo parece indicar que el señor Duncan lo hizo en pleno uso de sus facultades. Me temo que ha sido un suicidio.

—¿Había huellas de pisadas en esta zona? —preguntó Travis.

—Ninguna, ¿por qué? ¿Cree que alguien pudo haber empujado el coche? ¿Piensa que asesinaron a su hermano? —Donovan lo miró interesado.

—No, solo trataba de manejar todos los datos. No creo que nadie lo matara —más bien se planteaba si Nick había sido tan retorcido como para hacer creer a todos que estaba muerto... ¿Y si empujó su propio coche para que creyeran que él iba dentro?

—Pues no había ninguna huella, se lo aseguro. Nadie pisó esta gravilla. Las únicas huellas eran las de los neumáticos del *jeep*.

Travis frunció el ceño. Algo no acababa de cuadrarle bien y el hecho de que no apareciera el cuerpo de Nick hacía que cierta desazón lo mantuviera alerta y desconfiado, pero pensó en *El Monstruo* y en lo mucho que había amargado su vida por miedo a que lo encontrara. No permitiría que otra vez el miedo lo atormentara. Esta vez no. Lo más probable era que Nick estuviese muerto, porque cualquier otra explicación resultaría demasiado retorcida.

—Muchas gracias, Donovan —estrechó su mano antes de despedirse.

—De nada, Duncan. Siento de verdad lo de su hermano —Travis asintió en señal de agradecimiento, se puso sus gafas de sol estilo aviador y miró a Kurt.

—Bueno, parece que todo ha terminado —le comentó, una vez ambos subieron al coche patrulla y vieron cómo se alejaba Donovan.

—Sí, eso parece —respondió Kurt, aunque tampoco a él le gustaba nada que el cuerpo no hubiera aparecido, teniendo en cuenta las cosas que Travis le había contado de Nick, pero también él deseó esas ideas descabelladas. El detective Donahue arrancó el coche y tomó la carretera con rumbo a Miami.

## CAPÍTULO 28

**E**L tiempo voló hasta el día de Acción de Gracias. Tal y como prometieron a los Longstone, Travis y Alana fueron a pasar esa noche con ellos. Durante toda la mañana estuvieron revisando las fotografías y los recortes de periódico que la verdadera Melissa Albert custodió durante aquellos años para que el detective pudiera conocer algún día mejor a su madre. Hacía muchas semanas que habían hecho desaparecer las horribles fotografías de los crímenes de *El Monstruo* de su sótano. Los macabros recuerdos quedaban atrás y habían decidido mirar hacia el futuro con esperanza. Empaquetaron todas las fotografías y recortes de periódico de la madre de Travis para llevarlos a Florida. Incluso había alguna película antigua en la que aparecía como actriz de reparto o como simple figurante. Mientras tanto, la anciana dormitaba en el sofá junto a su hurona, asegurando que se llamaba Maddi Applegate. No recordaba nada de lo que les había contado. El loro miraba por la ventana y silbaba cuando pasaba alguna mujer.

Alana deseaba preguntarle algo a Travis desde hacía mucho tiempo, pero tenía miedo a ponerlo triste. Ese parecía el momento propicio. Ya estaba lo bastante melancólico con todos aquellos recuerdos de su madre a su alrededor, así que no podía sentirse peor.

—¿Piensas ponerte algún día en contacto con tus hermanas? —el detective la miró extrañado por la pregunta.

—No lo sé. Tal vez con Liv sí. Creo que Colter ha comenzado a investigarla. Sabes la debilidad que siente por todo lo que tiene que ver con *El Monstruo*, pero le he pedido que no me cuente nada por ahora. Todo lo que

hemos vivido ha sido demasiado difícil y aún no ha pasado tanto tiempo como para volver a escarbar en los asuntos de ese cabrón de Skald. Mis hermanas no tienen la culpa, pero me lo recuerdan a él y aún no estoy preparado para abrir esa herida otra vez. En cuanto a Freya, no sé... Ha vivido con *El Monstruo* los primeros años de su vida y aún hoy sigue manteniendo su apellido. No lo comprendo. No creo que fuera bueno para mí acercarme a ella.

—De acuerdo —dijo Alana, comprensiva. Se prometió no volver a tocar el tema. Entonces se fijó en el periódico que había sobre la mesa de la cocina. Primero vio la fotografía y después leyó el titular: “Reputado político local acusado de contratar los servicios de una prostituta menor de edad”. Miró de nuevo la fotografía... ¡Sí, era él! ¡Era McPherson! Leyó entonces la noticia mientras Travis terminaba de recoger algunas cosas—. No me lo puedo creer, ¿ves a este tipo? Es un cabrón de primera. Se pasó un año entero insultándome cuando íbamos al instituto, diciendo que de mayor iba a ser una puta como mi madre, trató de besarme a la fuerza... ¡Y un día apareció desnudo y atado al mástil de la bandera que había en el patio del instituto y ya no volvió a meterse conmigo! —rio a carcajadas—. Lo han pillado con una prostituta menor de edad. Le está bien, por depravado. Siempre se creyó por encima del bien y del mal porque su padre era concejal de urbanismo...

Travis sonrió al escucharla. Después de la boda debería decirle que no era casual que las fotos con aquella prostituta menor se hubieran filtrado a la prensa. El ex novio de la madre de Alana le había hablado del comportamiento poco ético de McPherson, a pesar de pertenecer al ala más conservadora de los republicanos y cacarear a los cuatro vientos su rectitud moral. Él solo tuvo que contratar a un detective privado que lo siguiera y después pedirle ayuda a Colter Bronstein, que siempre estaba dispuesto a desenmascarar a un político corrupto. El artículo no solo hablaba de su relación con prostitutas menores de edad, sino de los fondos de su campaña que había destinado a cosas que nada tenían que ver con su carrera política. Sí, algún día tendría que contárselo a Alana. Decidió que lo haría al regresar a Miami, después de la boda. Y ese era el último secreto que quedaba por desvelar. Entre ellos ya no los habría nunca más.

\*

Esa noche de Acción de Gracias iba a ser muy especial. Se cenaría pavo, como siempre, pero eso sería después de la ceremonia. Todas las personas que eran importantes para Travis y Alana estaban allí: el profesor Darrow, que había dejado a su mujer a cargo de su hermana y cuyo regalo de boda emocionó hasta el llanto a la novia: se jubilaba y había propuesto a Alana como su sustituta ante el decano; Kurt Donahue había llegado acompañado de una morena que lo miraba como si fuera de su propiedad.

—¿Es tu pareja? —le preguntó Alana un tanto molesta, pues se había hecho ilusiones de que Olivia y él se reconciliaran.

—Es una de mis mejores amigas desde hace años —respondió, quitándole importancia.

—¿Ella lo sabe?

—¿Saber qué? —parecía confundido.

—Que solo la consideras una amiga... Te mira como si fueras de su propiedad.

—Joder, no empieces tú también. Le escuché esa cancioncita a Olivia durante todo nuestro matrimonio —se le veía molesto.

—¿Sí? Pues deberías haberle hecho caso. Lo último que desea esa —dijo con tono despreciativo— es ser amiga tuya. Céntrate en tu ex, es la que te conviene —después de esto se alejó de él pensando que los hombres se comportaban como idiotas casi la mayor parte de su vida.

Todos los hermanos de Travis (veintitrés en total) estaban también allí y eran muy ruidosos. Alana no logró recordar el nombre de más de cuatro o cinco, pero hubo uno que le llamó especialmente la atención porque su cara le sonaba.

—¿Recuerdas a Orson? —le preguntó Travis. Ella trató de hacer memoria, pero no sabía dónde lo había visto antes—. Es el dependiente que te pilló robando en el supermercado y me llamó —Alana se acordó entonces de quién era.

—¿Sois hermanos?! —ambos asintieron con una gran sonrisa.

—No quería llamar a los de la patrulla porque sabía que te metería en líos,

pero como necesitaba darte un escarmiento, le pedí ayuda a Trav.

—Ya veo... Bueno, en mi defensa diré que he abandonado la cleptomanía —ella sonrió.

—Tranquila —su voz era apenas un susurro. Se había inclinado para decírselo al oído—. Esto es un secreto entre nosotros. Ni mamá Kate, ni Phil, ni el resto de los chicos tienen por qué saber nada.

Alana se lo agradeció con un fuerte abrazo justo antes de ir a saludar a los Longstone. Kate no había vuelto a ser la misma desde que había ocurrido lo de Nick y todos se temían que jamás volvería a serlo. Cada chico Duncan era consciente de la cantidad de amor que había invertido en ellos, de modo que el hecho de que Nick terminara así y las cosas que descubrieron de él la habían destrozado. Melissa, que ahora mismo estaba en su regazo, era una de las pocas alegrías de la anciana. Harrison comenzaba ese año la universidad y había decidido estudiar en Portland para continuar cerca de ellos y poder regresar a casa los fines de semana. Aun así, se había terminado una etapa. Los Longstone se quedaban solos en su enorme casona, donde durante tantas décadas habían escuchado las voces de todos aquellos muchachos.

Había tanto ruido en el jardín que incluso les costaba escucharse los unos a los otros aunque alzarán bastante la voz, así de escandalosos eran los chicos Duncan cuando se reunían, pero durante unos segundos el nivel de ruido descendió y Travis pudo escuchar con total claridad el tintineo que se producía con cada movimiento de Alana. ¿Se había puesto de nuevo el *piercing*?! La miró con las pupilas tan dilatadas que sus ojos parecían negros, su respiración se aceleró y ella, que en esos momentos se dirigía hacia la puerta de entrada a la cocina, tal vez para buscar alguna bebida, se giró un instante y al toparse con la mirada ardiente de Travis supo que él lo sabía, que había escuchado el tintineo. El detective cruzó el jardín a grandes pasos, decidido. Ella negó con la cabeza intuyendo cuáles eran sus intenciones. La tomó de la mano y la arrastró, literalmente, hasta el cuarto de la colada, que quedaba justo al lado de la cocina. Era tan diminuto que no cabían dentro los dos de pie, así que la cogió por la cintura para sentarla sobre la lavadora.

—¿Estás loco? El reverendo dijo que la ceremonia comenzaría en diez minutos. ¡Diez minutos, Trav! —se quejó ella.

—Haberlo pensado antes de ponerte de nuevo ese *piercing*. Sabes que

cuando lo escucho no soy dueño de mí —levantó la falda de su vestido azul (había decidido casarse con un vestido corto azul, en vez del blanco de rigor, porque nunca le habían gustado los vestidos de novia) y observó el pequeño cascabel con tanta insistencia que ella sintió su mirada de una manera casi física, como si la tocara.

—Vas a arrugarme el vestido y a despeinarme y a...

—Por Dios, mujer, calla, ¿no ves que solo tenemos diez minutos? —cuando quiso darse cuenta las bragas yacían en el suelo y el vestido se arremolinaba en la cintura, pues Travis se lo había bajado para tener libre acceso a su pecho.

—¿Por qué demonios tengo tan poca fuerza de voluntad para mandarte parar? —le susurró ella entre gemidos. Una señal de alarma se encendió en su mente... ¡Estaba tomando antibióticos, como cuando se quedó embarazada de Melissa! La píldora perdía su eficacia en esos casos y él lo sabía. Claro que lo sabía, pero ¿se acordaba en ese momento?—. Dime que tienes un condón, sabes que... —ni siquiera tuvo tiempo de terminar la frase, lo sintió dentro de ella moviéndose y ya nada más importó, salvo el placer y los besos de Travis. Cuando todo terminó, Alana pensó que no tenía por qué ocurrir esta vez lo que pasó la primera. Era poco probable tener tanta puntería dos veces.

—Sé que no soy muy efusivo en eso de decir lo que siento. Soy más de acciones que de palabras, pero te amo, lo sabes, ¿verdad? —ella estaba acomodándose el vestido y el peinado y sonrió—. Te amo más que a nada en el mundo.

—Lo sé —su tono se volvió burlón, aunque estaba a punto de llorar—. Es muy evidente que estás loco por mí. Se te nota demasiado.

—Mira quién fue a hablar —dijo él después de soltar una carcajada. Se estaba abrochando los pantalones de su traje negro y arreglándose la corbata—. Si alguien bebe aquí los vientos por alguien, esa eres tú por mí.

—Exactamente diez minutos, eso es lo que hemos tardado —se rio después de mirar el reloj—. Incluso llegaremos a tiempo a nuestra propia ceremonia. Por cierto, no te acostumbres a esto de los diez minutos, ¿eh? Me gusta más que te tomes tu tiempo, como haces siempre.

Él soltó otra carcajada, la tomó de la mano y salieron juntos al jardín para pronunciar los votos delante de todos sus seres queridos.

Nueve meses y cuatro días más tarde nacería Eric, su segundo hijo.



## EPÍLOGO

UNO de los agentes había logrado esconder una carta entre las páginas del libro que Skald solicitó a la biblioteca de la penitenciaría. Fue rotundo a la hora de hacer sus indicaciones. “Solo me interesan aquellas cuyo remitente sea un hombre”. Daba por supuesto, aunque no sabía por qué (quizás porque él mismo lo hubiera hecho así) que si seguía vivo y volvía a escribirle, firmaría sus cartas con algún tipo de seudónimo y, desde luego, no usaría un nombre femenino. Ya había leído varias cartas durante aquellas semanas, todas eran falsas alarmas, en cambio aquella le dio buenas vibraciones. El remitente firmaba como “Admirador Secreto”, algo demasiado manido. Abrió el sobre y comprobó que solo contenía la fotografía de una mujer rubia, joven y muy guapa. Había sido hecha en una calle de una ciudad que no reconocía. Al fondo, se veían coches y edificios. Ella llevaba un abrigo *beige* que le llegaba por la rodilla y el cinturón marcaba su hermosa silueta. Estaba en un quiosco comprando una revista y sonreía. Por la parte de atrás había escrito apenas un puñado de palabras. *El Monstruo* las leyó con una euforia que hacía siglos no sentía:

*Admirado señor Skald,*

*Por fin voy a atreverme a dar el paso. Le presento a Lucy, veintiséis años, maestra de escuela, amante de los gatos y obsesa del fitness. Como puede comprobar, es un ángel.*

CONTINUARÁ...

## INOLVIDABLE

(Saga “Los hijos de El Monstruo”, 2)

En la siguiente novela de la saga, titulada “*Inolvidable*”, conoceremos la historia de amor de Kurt Donahue y Olivia Nash y cómo Hans Skald influyó en sus vidas. También tendremos noticias de Nick Duncan...

## AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi marido y a mi madre por el apoyo incondicional. Os quiero hasta el infinito y más allá.

A mis hijos, porque con ellos aprendí lo que de verdad importa en la vida, por mucho que refunfuñe cuando no tengo tiempo para escribir.

A mi prima Eva Valella, que leyó y comentó esta novela con entusiasmo y que siempre está conmigo en los momentos que más importan.

A Ana Fernández (Ana F. Malory), gracias porque lo leísteis con actitud crítica y me diste tu opinión sincera y muchos consejos. Eres una lectora increíble.

A Marian Rodríguez (Marianchu Hermana Tres), gracias por tu enorme generosidad y por corregir la novela codo a codo conmigo.

A Marta Fernández, gracias por haberla leído con cariño y darme siempre tantos ánimos para que siguiera creyendo en la historia de Travis y Alana.